
AL FINAL DEL
CAMINO
UN CASO DEL CABO HOLMES
GUARDIA CIVIL
CARLOS LAREDO
NEGRA

Vuelven las aventuras de la serie «El cabo Holmes»

Al final del camino, la décima novela de esta serie de éxito, sitúa la acción en el Camino de Santiago cerrando así, simbólica aunque no definitivamente, un primer ciclo de narraciones localizadas principalmente en la Costa de la Muerte, que incitan a visitarla.

Al final del camino

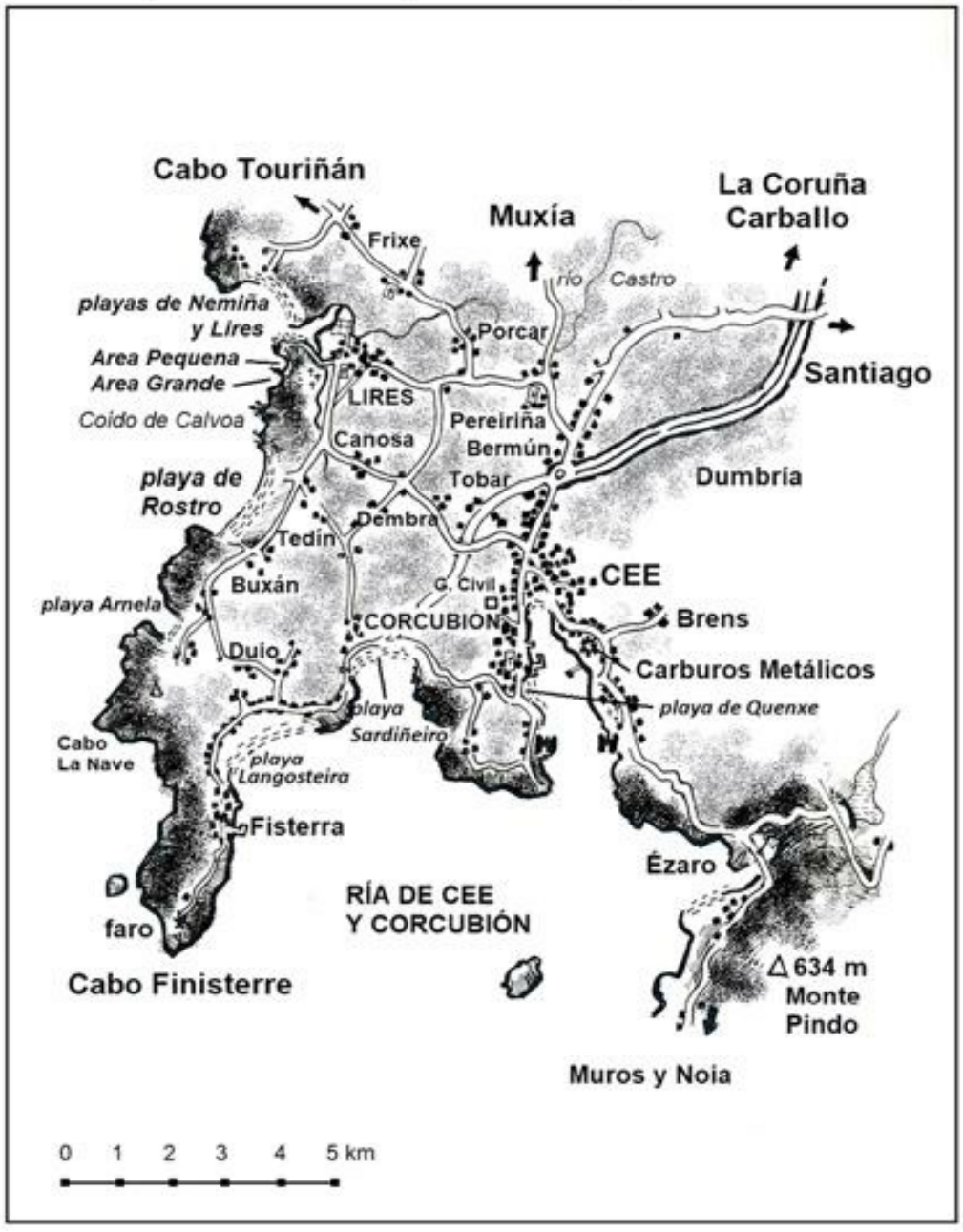
un caso del cabo Holmes

Carlos Laredo

Índice

Al final del camino
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Epílogo
Notas

Mapa de los municipios de CEE y CORCUBIÓN



Capítulo I

Todo camino tiene un principio y un fin. El Camino de Santiago tiene múltiples principios y un solo fin: el abrazo al Apóstol, una talla en granito de estilo románico recubierta de plata y piedras preciosas que se exhibe sobre el altar mayor de la catedral de Santiago de Compostela. Sin embargo, muchos caminantes empujados por la inercia, la curiosidad o la moda, van un poco más allá del fin natural del Camino y siguen hasta el fin de todos los caminos, el fin de la Tierra: el Cabo Finisterre. F*inis terrae*.[1]

Jacques Steiner, un joven belga, hijo único del millonario Jacob Steiner, viudo, presidente de Steiner & Steiner, probablemente la más importante de las mil setecientas empresas que negocian con diamantes en Amberes (acaparan el ochenta por ciento del comercio mundial de esta gema y mueven al año más de cincuenta mil millones de euros), decidió una noche, tras un par de ginebras y para complacer a su novia, hacer el Camino de Santiago con ella.

Santiago, Saint Jacques, *Sanctus Iacob*. A juego con su nombre y el de su padre.

La nueva novia de Jacques, de veintidós años, era española. Se llamaba Rosalía Docampo y era hija de un empresario gallego. Los dos jóvenes se habían conocido gracias al programa Erasmus. Él, por la moderna Universidad de Amberes, donde estudiaba Ciencias Económicas en la sección inglesa. Ella, por la antigua Universidad de Santiago, en la que cursaba Derecho. Con la intención de que su novio conociera España, Rosalía le había propuesto hacer el Camino de Santiago hasta el Cabo Finisterre en bicicleta (a los belgas les gustan las bicicletas casi tanto como las patatas fritas) partiendo de San Juan Pie de Puerto, en el pirineo francés. Cerca de ochocientos kilómetros a través de Navarra, La Rioja, Castilla, León y Galicia. Menos de dos semanas de viaje, sin prisas.

El señor Steiner, Jacob, se mostró dispuesto a financiar la aventura, pero exigió que se tomaran ciertas precauciones. En primer lugar, la pareja iría acompañada de un empleado de seguridad de su empresa, a modo de guardaespaldas, en previsión de cualquier eventualidad. En segundo lugar, deberían alquilar un vehículo de apoyo con chófer, que los acompañara durante todo el recorrido por España, llevara ruedas de repuesto para las bicis, botiquín, material de urgencia sanitaria, refrescos y el equipaje. «Los Steiner no viajamos como vagabundos», había dicho el viejo *diamantier*. Una frase pretenciosa y carente de soporte histórico familiar. Pero, como al que paga le está permitido decir tonterías, nadie discutió.

Al despedir a su hijo, el señor Steiner, que debía de tener una idea folclórica de España, le indicó que, si surgía algún problema con la policía durante el recorrido, acudiera a Bermúdez & Asociados, uno de los despachos de abogados más prestigiosos de Madrid, que se ocupaba de los asuntos legales de Steiner en España. El señor Bermúdez fue informado del viaje del hijo de su cliente.

Rosalía consiguió que su padre le dejara una ranchera y el chófer, Suso Moure, que la llevó hasta San Juan Pie de Puerto, donde se encontró con Jacques. Se alojaron en el Hotel de los Pirineos, cuatro estrellas y excelente restaurante, porque hacer el Camino no suponía necesariamente tener que dormir en cualquier sitio, como un modesto peregrino. Ni ella ni su novio tenían intención de pasarlo mal durante el viaje. Cuando llegaban pedaleando a un puerto de montaña o a una cuesta larga o demasiado pronunciada, montaban las bicis en el soporte de la ranchera y seguían en coche hasta rebasar la pendiente. Al atardecer, buscaban el mejor alojamiento de la población a la que llegaban. Nada de albergues para peregrinos; nada de pesadas mochilas; nada de madrugones; nada de etapas agotadoras, y nada de comer de bocadillos. En la ranchera había siempre una nevera llena de refrescos. De eso se encargaba David Natan, el escolta sefardita, que chapurreaba un español anticuado y los seguía a todas partes silencioso e inexpresivo. Rosalía y Jacques solían hablar en inglés entre ellos, pero Jacques se esforzaba por aprender castellano y no lo hacía mal. A Rosalía aún no se le había pasado por la cabeza aprender flamenco, una especie de holandés con acento belga, que le sonaba fatal.

Llegaron a Santiago en doce días. Se alojaron en el Hostal de Los Reyes Católicos, pero no en la modesta zona reservada a los peregrinos, naturalmente, sino en una suite del lujoso Parador Nacional de cinco estrellas. Se quedaron allí dos días. Al tercero, fueron a Muxía haciendo la primera parte del recorrido en la ranchera, hasta Brandomil, para evitar el tráfico en la incómoda salida de Santiago, muy peligroso para los ciclistas. En Muxía se alojaron en el Parador Costa da Morte, al pie del Monte Facho. Un bonito lugar con bellas vistas.

Lunes, 14 de julio

Por la mañana, al salir del alojamiento en dirección a Lires, coincidieron con una pareja de andaluces que hacían el Camino hasta Finisterre, también en bicicleta. Se detuvieron a charlar y decidieron seguir juntos porque a Rosalía le pareció que eran muy simpáticos. Jacques y Rosalía habían reservado dos habitaciones dobles en un agradable y discreto hotelito de Lires, una casa de turismo rural muy bien cuidada y confortable, cerca de la ría: Casa Lourido. Una para ellos y otra para Suso y David. Los andaluces tenían habitación reservada en As Eiras, a unos cien metros, en lo alto de la aldea. As Eiras era un conjunto de hotel, bar, restaurante y albergue de peregrinos muy concurrido. Las dos parejas se reencontraron en el comedor de As Eiras a la hora de cenar. Un comedor sencillo pero amplio, comunicado directamente con la cocina y decorado con fotos del naufragio del Prestige, cuadros de puestas de sol y un modesto acuario. Manteles blancos de papel sobre otros rojos de tela, servilletas rojas y cestos llenos de esponjoso pan gallego. Comida de buena calidad, más abundante que refinada, perfecta para los caminantes, y precio razonable. David y Suso se sentaron en otra mesa. En el exterior, todas las mesas de la terraza estaban ocupadas por peregrinos, sobre todo italianos, alemanes y norteamericanos. Bastantes más que españoles. Ambiente distendido, buen humor, vino y cerveza con moderación ante la última etapa del largo viaje, de unos trece kilómetros a vuelo de pájaro, bordeando agrestes acantilados, frondosos pinares y playas desiertas hasta el Cabo Finisterre, una abrupta punta rocosa que se hunde en el océano y frente a la que pasan unos cincuenta mil buques al año.

Desde tiempos remotos, esa parte de la costa gallega figura entre las zonas más peligrosas del mundo para la navegación, de ahí su nombre: Costa de la Muerte. El peor naufragio del que hay constancia fue el del navío de guerra británico *Monitor Captain*, que se hundió delante del Cabo Finisterre en 1870 con sus cuatrocientos ochenta y dos tripulantes a bordo. No hubo supervivientes.

En muchas de las hermosas playas de la costa, aún se podían observar restos del petróleo vertido

a causa del desastroso naufragio del *Prestige*, en 2002.

Los bosques, los acantilados, la grandiosidad del paisaje y las leyendas que han surgido de la imaginación popular durante siglos, y que los caminantes se cuentan unos a otros durante la marcha, aportan un toque de misterio y encanto al tramo final del Camino, animan a los peregrinos en su último esfuerzo, aligeran el peso de las mochilas, y ayudan a olvidar el cansancio, las ampollas y los demás sufrimientos de tan larga marcha. Solo les quedan, con el paso del tiempo, agradables e imborrables recuerdos.

Generalmente, los caminantes se acuestan temprano porque madrugan. Pero Jacques y Rosalía no estaban cansados, no madrugaban y no les gustaba acostarse temprano. Por eso, cuando unos y otros empezaron a darse las buenas noches y retirarse a descansar, ellos les dijeron a sus amigos andaluces que se iban a dar un paseo hasta la playa.

—Es un poco pronto para acostarse.

La noche de julio era cálida y estrellada. Su hotelito estaba al final de la estrecha y zigzagueante calle que baja de lo alto de la aldea hasta la ría, flanqueada de viejas casas y hórreos. Por la tarde, la dueña del hotel, Consuelo, les había hablado del paseo de algo más de un kilómetro que bordeaba la ría entre la frondosa vegetación de ribera y el bosque y llegaba hasta la playa.

Decidieron hacerlo. Solo eran las diez y media de la noche, una hora perfecta para un paseo nocturno después de cenar.

* * * * * * *

A aquella misma hora, en el salón de un lujoso chalé de ochocientos metros cuadrados, semioculto entre la vegetación de una parcela de media hectárea, frente a la coruñesa playa de Bastiagueiro, sonó un teléfono móvil. Dos hombres de entre cincuenta y setenta años, vestidos con trajes veraniegos de color claro y tejido liviano, degustaban tras la cena un viejo brandy y fumaban sendos puros habanos. No tenían aspecto señorial, sino más bien de acaudalados hombres de negocios, no muy refinados y algo mafiosos. Ante ellos, en un velador, había un tablero de ajedrez con sus trebejos de ostentoso mal gusto perfectamente colocados, que daban la impresión de no estar allí más que a efectos decorativos. El hombre que parecía más joven de los dos cogió el teléfono, miró la pantalla, hizo un gesto afirmativo con la cabeza al más viejo, tocó el icono verde y dijo con un ligero acento gallego:

—¿Hay novedades?

—Hasta ahora, todo ha funcionado como estaba previsto —contestó una voz grave y algo ronca al otro lado de la línea—. Los andaluces estaban donde tenían que estar. Han cenado con la pareja y van a intentar hacerlo ya. Esta noche.

—Bien.

—Hasta mañana —dijo la voz grave y algo ronca.

La comunicación se cortó. Los hombres continuaron fumando y bebiendo. El mayor de los dos dijo:

—Mouriño me aseguró que esos chicos eran de fiar. Espero que no cometan ningún error.

—No te preocupes. Los acompaña Antoliano Fraga, que es de confianza.

Capítulo II

Noche del lunes

Jacques Steiner y Rosalía Docampo salieron de Casa Lourido, bajaron hacia la capilla de San Esteban y llegaron al puentecito sobre el modesto río Lires, que allí se ensancha y se convierte en algo parecido a una ría en miniatura. Lo cruzaron y, dejando el cementerio a la izquierda, torcieron a la derecha por la pista que va hacia la playa y que, durante los primeros quinientos metros, parecía un túnel. La densa vegetación que la cubría no dejaba ver el cielo estrellado. Solo el reflejo de la luna en el agua, como un espejo, devolvía un poco de claridad a la orilla y permitía distinguir el borde de la carretera. Los abundantes múgeles que bullen durante el día en busca de los desechos de la piscifactoría del río Castro, que desemboca un poco más allá, dormían. Nada alteraba la brillante e inmóvil superficie de la ría.

Rosalía y Jacques iban andando cogidos de la mano. Detrás, a unos veinte metros, los seguía la sombra silenciosa de David Natan, el escolta.

Llegaron a la playa de Lires y se detuvieron a contemplar, al otro lado de la desembocadura del río Castro, la playa de Nemiña: una interminable extensión de arena blanquecina, limitada por la línea oscilante de la espuma de las olas que rompían en la lejana orilla y por el monte. El Bar de la Playa estaba cerrado. No se oía nada más que el ronquido sordo del mar. La oscuridad, más allá de las dos farolas que iluminaban el jardín del bar y la bajada a la arena, se perdía en la inmensidad del océano, atenuada por el resplandor de la luna y las estrellas.

Los dos jóvenes bajaron por la escalerita de cemento que salva el corte vertical de unos cuatro o cinco metros que había entre la carretera y la arena. Se descalzaron, dejaron sus zapatillas deportivas en el último peldaño y echaron a andar hacia la orilla. David Natan se quedó arriba mirándolos, apoyado en la barandilla de madera. Unos minutos después, Natan oyó el ruido de un motor y se volvió. Vio una furgoneta de tamaño mediano que subía por el camino de tierra hacia el Bar de la Playa, a unos cincuenta metros, y se paraba delante de la casita que había al lado del bar. Los pinos le impedían ver quién se bajaba. Pensó que sería alguien que vivía allí y no le dio importancia. Aun así, se quedó mirando. Al cabo de un rato, como el silencio se había instalado de nuevo y no observó ningún movimiento extraño, se volvió hacia la playa para seguir con la vista a la pareja.

Jacques y Rosalía habían llegado al final de la playa, a unos doscientos metros, y daban la vuelta andando por el borde del agua. Seguían cogidos de la mano y charlaban en voz baja.

De pronto, oyeron un estallido y se detuvieron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rosalía asustada.

—Un cohete, seguramente —contestó Jacques.

—A mí me ha parecido un disparo —dijo ella levantando la vista en busca de alguna nubecilla blanca—. No se ve nada en el cielo.

—No creo que haya cazadores de noche.

—Bueno, será mejor que volvamos.

Llegaron a la escalera y se sentaron para sacudirse la arena y calzarse. Después, subieron a la carretera y, al llegar, se quedaron paralizados. Dos figuras de negro con la cara tapada estaban allí de pie, esperándolos junto a la barandilla de protección. Parecían salidas de una película de terror. David Natan estaba tendido en el suelo, estaba boca abajo con la cabeza en un charco de sangre. Los misteriosos individuos los apuntaban con sus pistolas. Uno se acercó a Jacques, le puso el arma en la cara y lo hizo arrodillarse de una patada en las corvas. Cogió una bolsa de tela negra que llevaba colgada a la cintura y se la puso en la cabeza. Sacó unas esposas del bolsillo y lo esposó con las manos a la espalda. Todo ello sin pronunciar ni una palabra. Jacques no ofreció resistencia.

Rosalía vio entonces acercarse una furgoneta y, como impulsada por el pánico, lanzó un agudo y potente grito de socorro que despertó a un grupo de urracas dormidas en el cercano pinar. Las aves asustadas y desorientadas se alejaron en desbandada hacia el bosque. El que la estaba apuntando la golpeó en la cara con la pistola con tanta fuerza, que la hizo desplomarse sin sentido. La chica cayó al lado del guardaespaldas, que parecía muerto. Todo ocurrió en unos segundos. Los dos atacantes agarraron a Jacques por debajo de los brazos y lo arrastraron hasta la furgoneta. El conductor se bajó y los ayudó a meterlo dentro por el portón trasero, uno de ellos se sentó dentro con él. El otro subió delante, la furgoneta dio la vuelta y despareció en la oscuridad de la pista por donde había llegado.

La quietud se había restaurado y las urracas regresaron a los pinos en los que dormían, cuando Rosalía recobró el sentido. Sangraba por la boca y notó que tenía varios dientes rotos. Escupió sobre la palma de la mano los trozos. Su ropa y las manos estaban ensangrentadas y le dolía mucho la mandíbula. Se levantó y se separó del cuerpo en apariencia sin vida de David Natan. Miró a su alrededor. Dos farolas iluminaban la carretera desde el jardincito que había delante del Bar de la Playa. Allí no había ni un alma, solo ella y David, en el suelo. Sacó su móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y llamó a Suso, que tardó una eternidad en contestar.

—Diga —dijo por fin el chófer con voz somnolienta.

—¿Suso? Soy yo. Llama a la Guardia Civil. Se han llevado a Jacques y han disparado a David— dijo con voz entrecortada y temblorosa.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Me han golpeado y estoy sangrando. Creo que David está muerto.

—¿Dónde estás?

—En la playa. Ven deprisa, por favor, estoy sangrando. Pide una ambulancia.

—¿Y Jacques?

—Se lo han llevado. Por favor, date prisa.

Eran las doce y media. En Casa Lourido, Consuelo, la dueña, estaba acabando de recoger. Suso llamó al 112 para que enviaran una ambulancia y bajó corriendo de su habitación, vio luz en la cocina y entró. Le explicó a Consuelo lo que pasaba, y le preguntó:

—¿Por dónde se va a la playa?

—Espere un segundo. Saco mi coche y lo llevo.

—No —dijo Suso—. Vaya usted delante, yo iré detrás con la ranchera porque lleva un botiquín.

Consuelo llamó a la Guardia Civil, se identificó, dio el aviso y colgó. Dos o tres minutos después, los dos vehículos se detenían ante el cuerpo inmóvil de David. Rosalía se había sentado al

borde de la escalera de bajada a la playa y, al oírlos llegar, se levantó. Tenía la cara llena de sangre y estaba temblando. Suso Moure sacó del botiquín gasas, algodón y agua oxigenada e intentó limpiarle la cara. Rosalía gritó de dolor en cuanto la tocó.

—Déjeme a mí —le dijo Consuelo.

La mujer cogió unas gasas húmedas y limpió la sangre de la cara de Rosalía con mucho cuidado. Después, la ayudaron entre los dos a sentarse en el coche. Pasados apenas diez minutos, empezaron a oírse las sirenas y, enseguida, un pequeño turismo con una luz azul giratoria en el techo surgió de la oscuridad de la pista como una aparición. Casi inmediatamente, llegó una ambulancia con su estrepitosa sirena y sus luces intermitentes amarillas. Detrás venía un coche patrulla de la Guardia Civil, también con luces azules. Por último, apareció un todoterreno de Informes y Atestados de Tráfico.

Del turismo que había llegado primero y cuya luz azul aún seguía girando en el techo, se bajó un hombre alto, de aspecto serio y autoritario, vestido de modo informal, con una linterna en la mano, que se acercó al cuerpo tendido sobre el asfalto y se agachó para observarlo con atención al tiempo que se bajaban dos sanitarios de la ambulancia. Luego, se enderezó y miró hacia la ranchera, contra la que estaba apoyado Suso.

—Buenas noches —dijo—. Soy el cabo José Souto. ¿Qué ha pasado aquí?

Suso se acercó al cabo Souto y lo saludó.

—La chica me llamó al hotel —dijo señalando el coche de la dueña de Casa Lourido, donde estaba sentada Rosalía con la puerta abierta y las piernas fuera— y me dijo que estaba herida. Que viniera enseguida.

—¿Quién es usted?

—Soy Suso Moure, el chófer de la señorita.

—¿Estaba sola?

—Había salido a dar un paseo con su novio y el vigilante de seguridad, que siempre va con ellos. Es él —dijo señalando el cuerpo de David Natan, al que los sanitarios estaban dando la vuelta con sumo cuidado observados por dos agentes de la Guardia Civil.

—¿Dónde está el novio? —preguntó Souto.

—No lo sé. Ella solo me dijo que se lo habían llevado.

—¿Quiénes se lo habían llevado?

—No me lo dijo. Está muy asustada. Me levanté, pedí a la señora que llamara a emergencias y vinimos corriendo.

—¿Dónde se alojan? ¿En Casa Lourido? —preguntó el cabo, que había reconocido a la dueña.

—Sí.

En ese momento, uno de los sanitarios que se ocupaba de David Natan, levantó la cabeza, miró al cabo Souto y dijo:

—Tiene pulso y respira. Está vivo. Nos lo llevamos.

—Muy bien.

Los sanitarios colocaron al herido en la camilla y lo subieron a la ambulancia. La herida parecía muy grave. Aparentemente, le habían disparado por detrás y presentaba una herida bajo la oreja derecha, en la base del cráneo. La ambulancia arrancó, puso las luces y la sirena y salió a toda velocidad hacia el Hospital Virxe da Xunqueira de Cee. Rosalía no quiso ir en la misma ambulancia porque no había oído al sanitario y pensó que David estaba muerto. El cabo Souto, tras comprobar que ella se encontraba relativamente bien y la herida en la boca, aunque necesitara una cura urgente, no parecía grave, se ofreció a llevarla personalmente a Urgencias. Suso los siguió. Los coches de atestados y de la

patrulla de la Guardia Civil se quedaron para inspeccionar la zona, buscar casquillos de bala, fotografiar huellas de neumáticos y hablar con la dueña de la casa rural.

Durante el trayecto, el cabo Souto solamente le preguntó a Rosalía si había visto al que la golpeó.

—Eran dos —dijo ella, que hablaba con dificultad—. Iban de negro, con gorros y verdugos que les tapaban la cara y la cabeza completamente. A Jacques le pusieron una bolsa en la cabeza y lo esposaron. Entonces apareció una camioneta. Yo grité pidiendo socorro y uno de ellos me dio en la cara con la pistola. Ya no sé nada más. Cuando recuperé el conocimiento, allí no había nadie. Solo David, en el suelo, muerto.

—No está muerto, señorita —le dijo el cabo.

—¡Dios mío! —exclamó ella echándose a llorar.

—¿Le habían dicho a alguien por dónde iban a pasear? —le preguntó el cabo Souto cuando estaban llegando.

—Se lo dijimos a una pareja de amigos andaluces, pero nos dijeron que estaban cansados y que se iban a dormir.

Rosalía Docampo fue atendida en Urgencias. Le hicieron una radiografía de la mandíbula y no se apreció ninguna fractura. Le habían roto dos incisivos y tenía un corte en el labio superior, que necesitó tres puntos de sutura. Le pusieron antibióticos, le suministraron calmantes y antinflamatorios y la dieron de alta al cabo de tres cuartos de hora. Durante la espera, Suso Moure tuvo tiempo de explicarle al cabo Souto quiénes eran Rosalía y su novio y por qué estaban allí. El cabo llamó inmediatamente al capitán Corredoira, que ya se había acostado. Cuando le explicó que se había producido el secuestro del hijo de un importante negociante de diamantes de Amberes y lo ocurrido con su novia y el escolta, Corredoira se quedó callado durante unos segundos.

—Mañana a las ocho de la mañana estaré ahí, cabo —dijo al fin—. Ahora no podemos hacer nada.

—Si se trata de un secuestro, los secuestradores tendrán tiempo de irse muy lejos, mi capitán.

—¿Y qué quiere que hagamos? ¿Tiene datos del vehículo, marca, color, matrícula, algo para buscarlo?

—No, señor.

—Pues, ¿entonces?

—¿Avisamos a la familia del novio?

—No, cabo. Si la chica quiere llamar a sus padres o a la familia de su novio, que lo haga. Mañana por la mañana, hablaremos con ella. Usted espéreme en el cuartel. Y ahora váyase a dormir, son casi las dos.

El cabo Souto captó el mensaje. «Váyase a dormir» quería decir «déjeme dormir». Colgó y le dijo a Suso Moure que volviera a Casa Lourido con Rosalía.

—No se muevan de ahí. Mañana a primera hora vendré a verla y veremos qué más nos puede contar. Antes de ir, pediré al hospital que me digan llamaré al hospital algo sobre su acompañante, ¿cómo se llama?

—David Natan.

El cabo anotó el nombre y se fue a su casa. Le quedaban menos de cinco horas de sueño.

Martes

Al día siguiente, a las siete y media, el cabo Souto ya estaba en su despacho. Llamó al hospital y preguntó por David Natan. Le dijeron que estaba muy grave y que lo iban a operar a las nueve. El

médico de guardia no pudo darle más información ni emitir una valoración sobre sus posibilidades de supervivencia. Todo dependía del resultado de la intervención quirúrgica. Souto le dio las gracias y le pidió que, cuando terminara la operación, hicieran el favor de informar a la Guardia Civil.

A las ocho de la mañana, llegó el capitán Corredoira en un Honda Civic blanco con conductor. El cabo primero Souto, como jefe del puesto de Corcubión, salió a recibirlo. El madrugón le había sentado mal a Corredoira, que venía de pésimo humor. Souto había dormido menos que él, pero tuvo que aguantarse. Rosalía Docampo había llamado a su padre por la noche y al padre de su novio. El señor Docampo le dijo que intentara dormir y que él iría a buscarla a Lires por la mañana. El señor Steiner había llamado al despacho de Bermúdez & Asociados en Madrid, donde no encontró a nadie, como era lógico. Dejó un recado para que lo llamaran urgentemente. Después llamó a la embajada de Bélgica en Madrid, donde un funcionario de guardia tomó nota de la furibunda reclamación del millonario, que exigía una serie de explicaciones que el somnoliento funcionario no le podía dar, entre otras cosas, porque apenas se enteró de lo que Jacob Steiner le decía. Algo perfectamente natural, ya que el padre de Jacques tampoco sabía con exactitud lo que había pasado, excepto que su hijo había desaparecido, lo habían secuestrado o algo parecido. El de la embajada, que no estaba seguro de que el asunto justificara despertar al secretario o al embajador, decidió esperar a que llegara algún funcionario con más capacidad de actuación.

El capitán Corredoira y el cabo Souto llegaron en el coche del capitán a Casa Lourido a las ocho y cuarto, seguidos de un coche patrulla conducido por el agente Aurelio Taboada al que acompañaba la agente Verónica Lago. Esperaron en el salón de la chimenea, que era también el comedor de los desayunos, mientras Consuelo y la agente Lago subían a la habitación de Rosalía Docampo.

Suso Moure y el agente Taboada se quedaron charlando junto al pozo decorativo que había en el porche. En la gran mesa del comedor había unos clientes desayunando. El capitán le preguntó a la camarera que servía si no había un despacho o cualquier otro sitio más discreto donde pudieran hablar con Rosalía cuando bajara. La chica le contestó que se lo preguntara a Consuelo, porque «no le sé decir» (traducción literal al castellano de la forma de hablar gallega). Esperaron pacientemente durante unos veinte minutos. Por fin, apareció la dueña para avisarlos de que ya bajaba Rosalía. Souto le pidió entonces que los llevara a un lugar donde pudieran hablar tranquilamente sin la presencia de otros clientes del hotel.

—Vengan por aquí —dijo Consuelo y los llevó a un despachito que había cerca de la entrada.

Era una habitación de unos cuatro por cinco metros, con una ventana que daba al jardín. Las paredes estaban pintadas de amarillo y decoradas con fotos de vistas aéreas de la zona. El suelo era de baldosas marrones relucientes. En un rincón había un pequeño escritorio con un ordenador y dos sillas. A su lado, el clásico archivador gris, metálico, de cajones, coronado por un jarrón con un ramo de hortensias. En medio del cuarto había un tresillo completo. Sofá, dos butacas escay rojo y una mesa de centro, con su tapete de encaje y un gran cenicero decorativo, sobre una alfombra lisa. Todo muy limpio y rebuscado. El despacho donde trabajaba la dueña, sin duda. Si fuera un hombre no estaría todo tan ordenado, con sus tapetes y sus flores.

Rosalía Docampo llegó cogida del brazo de la agente Lago, parecían de la misma edad. Rosalía tenía la mejilla izquierda amoratada, la boca hinchada y un apósito sobre el labio superior que protegía los puntos y parecía un bigote postizo medio ladeado. Las dos jóvenes se sentaron en el sofá. El capitán y el cabo lo hicieron en las butacas.

—Soy el capitán Corredoira —empezó diciendo el capitán—. ¿Cómo se encuentra?

—Ya ve —dijo ella—. Me duele cuando me río, pero no es una broma. Me duele una barbaridad.

—Lo siento mucho. ¿Ha avisado a su familia?

—Sí, mi padre vendrá ahora. Vivimos en Pontevedra.

—Ya —dijo lacónico Corredoira, que había visto la ficha del hotel.

—¿Saben algo de mi novio? —preguntó Rosalía poniéndose una mano sobre la boca con un gesto de dolor.

—Aún no. Precisamente por eso necesitamos hacerle unas preguntas. Hable despacio, tranquila, no se esfuerce. Si se cansa, me lo dice y esperamos un rato. —Ella meneó la cabeza—. Díganos qué es lo que vio exactamente; intente recordar todos los detalles.

—Jacques y yo estábamos paseando por la playa y oímos algo que, a mí, me pareció un disparo. Pero luego pensamos que podía haber sido un cohete. Nos calzamos y subimos por la escalera a la carretera. Entonces, vimos a dos hombres completamente vestidos de negro. Parecían jóvenes, eran delgados. Estaban allí parados, con las piernas abiertas y una pistola en la mano, apuntándonos. Llevaban gorros de marinero calados hasta la frente y un verdugo negro en la cara con dos agujeros para los ojos. No se les veía nada del pelo, nada de piel. Y guantes, llevaban guantes. O sea que podían ser rubios, morenos o negros. Imposible saberlo.

—¿Estatura? —preguntó el capitán.

—Uno era más alto y más corpulento que el otro, pero no mucho.

—¿Está segura de que eran dos hombres? —preguntó Souto— ¿Podían ser un hombre y una mujer, por ejemplo?

—Sí, claro. Ahora que lo dice.

—¿Dijeron algo? ¿Hablaron? —le volvió a preguntar el cabo Souto.

—No. Ni una palabra. Estaban quietos esperando a que acabáramos de subir. Entonces, vi el cuerpo de David tirado en el suelo. Creí que estaba muerto y me quedé quieta, paralizada de miedo. Los dos nos quedamos quietos. El que estaba a la derecha, el más alto, le dio una patada por detrás a Jacques y le hizo caer de rodillas. Entonces le puso una bolsa por la cabeza y lo esposó con las manos a la espalda. Todo ocurrió muy deprisa.

—¿Qué pasó después?

—Apareció una furgoneta blanca. No me fijé de dónde salió. La vi venir por la carretera de repente, como si llegara de la aldea, por la izquierda. Pensé que sería alguien… No sé qué pensé. Solo sé que grité pidiendo ayuda. Ellos no se volvieron a mirar a la camioneta. El que estaba a mi lado levantó el brazo y vi venir la pistola hacia mí, muy deprisa. Sentí un golpe muy fuerte en la cara y ya no recuerdo nada más. Me caí, seguramente. Me dolía la boca. Noté con la lengua que tenía algún diente roto y vi que sangraba mucho. Estaba como atontada. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Solo al pobre David allí tirado y la sangre. ¿Saben cómo está?

—Lo van a operar —dijo Souto—. Cuando sepamos algo más, se lo diremos.

—Ah, bueno. Como le decía, yo tenía el móvil en el bolsillo. Llamé a Suso y le pedí que viniera corriendo. Al cabo de un rato llegaron Consuelo y él. Eso es todo lo que le puedo decir.

—¿Y nos puede decir algo más sobre la camioneta? Algo que nos ayude a buscarla.

—No, señor. Solo que era blanca y no demasiado grande. Una camioneta de tipo medio. Tengo una imagen borrosa de lo que pasó, ¿sabe? Vi la camioneta, grité y vi la pistola que venía hacia mí. No tuve tiempo de fijarme en nada ni de pensar en nada.

Se abrió la puerta del despachito y apareció Taboada.

—Ahí fuera hay unos chicos en bici que dicen que vienen a buscar a Rosalía y a Jacques. Son andaluces. Dicen que son amigos suyos. Al menos eso me pareció entender porque hablan muy deprisa.

—Sí —dijo Rosalía—. Serán los andaluces que conocimos ayer. Pensábamos ir juntos hasta el Cabo Finisterre. Habíamos quedado.

—Discúlpeme, capitán —dijo el cabo Souto—. Yo me ocupo. Aurelio, ven conmigo.

Souto salió a la entrada de la casa y vio a la pareja de andaluces con sus bicis cargadas con las mochilas. Estaban charlando con Suso Moure y gesticulando mucho. El chico llevaba la voz cantante. El cabo los saludó y les preguntó:

—¿Sois amigos de Rosalía y de Jacques?

—Sí, señor. Yo soy Rafa y ella es Rocío —dijo el chico—. Quedamos con ellos para seguir juntos el Camino.

—¿Hace mucho que venís con ellos?

—No. Nos conocimos ayer en Muxía, nos encontramos en la carretera y anoche cenamos juntos en As Eiras. Nosotros dormimos allí.

—¿Erais solo vosotros dos o había alguien más?

—¿Cenando? Solo nosotros.

—¿A qué hora os despedisteis?

El joven miró a su amiga y dijo:

—Sobre las diez y media. Estábamos cansados y nos fuimos a la cama. Ellos se fueron al mismo tiempo. Quedamos en salir hoy a las nueve.

—¿Me dejas ver tu DNI?

El joven sacó del bolsillo de sus vaqueros una cartera, extrajo su carné de identidad y se lo dio. Souto lo miró y se lo pasó a Taboada.

—Toma nota —le dijo. Luego se volvió hacia la chica—: Por favor, dale al agente tu documentación, es solo por si tenemos que buscaros para testificar.

La joven sacó su carné y se lo entregó a Taboada, que anotó los datos en su libreta y le preguntó:

—¿Sois hermanos?

—Sí.

Taboada le devolvió el carné. Rafa, después de guardar el suyo, preguntó:

—¿Pasa algo?

—Sí, Pasa algo. Vais a tener que seguir solos.

—¿No puede decirnos qué les ha pasado a nuestros amigos?

—No. Ahora, no. Quiero preguntaros otra cosa, ¿habéis visto algo o a alguien que os llamara la atención desde que conocisteis a Rosalía y a Jacques? Alguna persona rara que os siguiera o alguien que no os pareciera normal.

—No sé qué quiere decir, señor.

—Cuando os encontrasteis con la pareja, en Muxía, ¿había alguien más por allí? ¿Visteis una camioneta que os siguiera o que estuviera aparcada por allí cerca?

—No, no vimos nada raro ni nos fijamos en ninguna camioneta. Nosotros veníamos solos y ellos también.

—¿Cuándo regresáis?

—Queremos volvernos mañana. Iremos a Santiago y cogeremos el tren a Madrid. De allí a Málaga. No podemos ir en avión por culpa de las bicis.

—¿Dónde vais a dormir esta noche?

—Pensamos encontrar algún sitio en Cee. Aún no hemos reservado.

—Bien. Pues haced el favor de darnos los números de vuestros teléfonos móviles, por si tenemos que llamaros antes de que os vayáis.

El joven dio el suyo y la chica hizo lo mismo. Taboada los apuntó y se fueron en sus bicicletas. Cuando torcían en el puente hacia la pista de Fisterra, se cruzaron con el Mercedes de Andrés Docampo, el padre de Rosalía. Docampo era un hombre de cincuenta y tantos años, más bien alto, de complexión fuerte, gesto adusto, poco pelo y mal carácter. Entró en la casa rural como un rinoceronte. Cuando se encontró con los guardias civiles hizo un esfuerzo por contenerse y se mostró casi educado. Miró a su hija, soltó una retahíla de blasfemias y terminó diciendo:

—¡Hijos de puta! Como encuentre al que te hizo eso, se va a acordar de mí toda su vida.

El capitán Corredoira intentó tranquilizarlo, consciente de que era como intentar tranquilizar un toro que sale del primer encuentro con el picador. Después de contestar a las preguntas de los guardias y facilitar sus datos personales, le dijo a Rosalía que recogiera sus cosas; pagó la cuenta, se despidió y salió con ella. En la puerta, esperaba Suso sin saber qué hacer.

—Mete la bicicleta de Rosalía en la ranchera y vámonos.

—¿Qué hago con las cosas de David, jefe?

—¿David? A mí que coño me importa ese. Haz lo que te salga de los cojones.

Suso Moure miró al cabo Souto, que salía en ese momento, como preguntando si podía irse. Souto le pidió sus datos y el nombre de la empresa de Docampo. Moure se los dio, Taboada los apuntó. Suso subió a su cuarto a recoger la maleta. Bajó, colocó la bicicleta de Rosalía en el soporte de la ranchera, se despidió y se fue por donde se había ido su jefe.

El cabo Souto se quedó mirando cómo se iba y le dijo a Taboada:

—Sigue a ese par de andaluces, a ver a dónde van. Cuando los alcances, llama a Orjales y que te sustituya. Que vaya de paisano.

* * * * * * *

En el chalé de la playa de Bastiagueiro, sonó el teléfono móvil que estaba sobre el mantel, en la mesa del desayuno. El más joven de los dos hombres, que ya había terminado de desayunar, lo cogió y miró la pantalla. Luego miró su reloj.

—Dime.

—Está hecho —dijo Mouriño, con su voz grave y algo ronca.

—¿Algún problema?

—Sí. Ha habido un problema, pero no creo que sea grave.

—¿Qué ha pasado?

—Iban con el escolta. Tuvieron que quitárselo de encima.

—¿Podrá declarar?

—No creo. Un disparo en la cabeza.

—¿Y Rosalía?

—Parece ser que a la chica le dieron demasiado fuerte. No es grave, pero han tenido que darle varios puntos. No hacía falta tanto. De todos modos no tuvo tiempo de ver gran cosa. Mi jefe está muy cabreado.

—Vaya, dile que lo sentimos mucho. ¿Y el belga?

—Se lo llevó Antoliano a la casa de su abuelo, en Duio, cerca de Corcubión. Lo tiene en un sótano. Dice que espera que encontremos una solución rápida; no es bueno tenerlo allí mucho tiempo.

—Eso dependerá del viejo de Bélgica.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Esta mañana el hotel de la pareja estaba lleno de guardias civiles.

—Los habrá llamado Rosalía.

—Supongo. De todos modos, ella no ha visto nada, o sea que no tiene nada que decir.

—¿Y los andaluces?

—Se largan mañana. Pero la Guardia Civil los identificó.

—Bien. Pasamos a la fase dos. Te encargas tú. Lo único importante es que no localicen las llamadas. Ya sabes. Un teléfono distinto y un lugar distinto cada vez. Y al de Amberes, cuanto menos plazo le des, mejor. Primera llamada, esta misma tarde.

—De acuerdo.

Capítulo III

Martes

Jacob Steiner no sabía qué hacer. Después de estar largo rato dudando si avisar a la policía o no, optó por esperar alguna llamada de los secuestradores de su hijo. A las nueve de la mañana consiguió comunicarse con el abogado Félix Bermúdez en Madrid. Le contó lo que le había dicho la novia de su hijo y le pidió ayuda. Bermúdez lo tranquilizó.

—Lamento profundamente lo ocurrido, señor Steiner —le dijo—. Tengo a la persona idónea para ocuparse del asunto. Avíseme en cuanto sepa algo más. Habrá un detective *in situ* hoy mismo. Se trata de mi sobrino, Julio César Santos, no solo es muy competente, sino que, además, está bien relacionado con la Guardia Civil de la zona.

—¿Cree usted que debería acudir a la policía española? —preguntó Steiner.

—Sería mejor, en mi opinión, esperar a que los secuestradores se pongan en contacto con usted. Solo entonces podrá decidir lo que quiere hacer. En cualquier caso, puedo asegurarle que nuestra policía, especialmente la Guardia Civil, está al mismo nivel técnico y dispone de los mismos medios que las mejores de Europa. De eso, no le quepa la menor duda.

En cuanto colgó, el abogado Bermúdez llamó al detective Julio César Santos. Lo llamó a su casa, en la madrileña calle de Serrano, y no a su despacho de la calle de Fuencarral porque lo conocía lo suficiente como para saber que, a las diez de la mañana, era muy probable que aún no se hubiera levantado. Julio César Santos era rico, muy rico, por su familia. Había estudiado Derecho, pero no ejercía, estaba soltero y tenía como hobby una agencia de detectives en la que no trabajaba nadie más que él y solo aceptaba casos si le parecían particularmente interesantes. Uno al año como máximo. Santos tenía cuarenta años, medía un metro noventa, era bien parecido, sumamente refinado y no madrugaba salvo en caso de extrema necesidad. El prototipo del señorito madrileño.

Santos era íntimo amigo del jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión,[2] el cabo primero José Souto, y tenía desde hacía poco una novia en Brens, muy cerca de allí, por lo que iba con frecuencia a su magnífica finca de Vilarriba, junto a la aldea de Duio, en el municipio de Fisterra.

La llamada de su tío lo despertó:

—¿Ha ocurrido alguna desgracia? —preguntó con voz somnolienta.

—Perdona que te despierte tan temprano, querido sobrino —dijo Bermúdez—, pero es algo muy urgente.

Bermúdez le contó lo que ocurría, le explicó quién era Jacob Steiner y le pidió que fuera sin tardanza a Corcubión a ver qué había pasado. Santos no necesitó más explicaciones. Se levantó, desayunó, le dijo a su vieja sirvienta que estaría unos días fuera y bajó al patio interior, donde

guardaba su Porsche. A las once de la mañana salía por la autopista A6 hacia Galicia. No llevaba equipaje. En Rueda, como de costumbre, se paró a tomar un café y comprar un par de botellas de Vega Sicilia para su amigo el cabo José Souto. Llamó a Marimar, su novia, para decirle que llegaría sobre las seis o las siete de la tarde. Llamó a los guardas de su finca para decirles lo mismo y, finalmente, llamó a Lolita Doeste, la mujer del cabo Soto, para preguntarle si los invitaba a él y a Marimar a cenar.

Era un día cálido y soleado de mediados de julio. Santos mantenía en la autopista una velocidad constante de unos ciento cuarenta kilómetros por hora, salvo en los adelantamientos o cuando quería alejarse de algún coche que rodaba a la misma velocidad. Hacía el mismo recorrido varias veces al año y conocía perfectamente todos los emplazamientos de los radares fijos. Prestaba especial atención a los coches que tuvieran aspecto de poder llevar radares móviles. Solo temía a los helicópteros de Tráfico, en verano, porque el calor, el implacable sol de Castilla y la velocidad le impedían abrir el techo corredizo de su Porsche. Había muy pocos, pero no era fácil verlos venir. De todas formas, hacía tiempo que no recibía ninguna denuncia por exceso de velocidad.

Por el camino, no dejó de pensar en cómo hacer frente a un caso de secuestro. El hijo de un negociante en diamantes de Amberes. El asunto parecía interesante, pero no tenía ni idea de cómo se presentarían las cosas hasta no recibir noticias de los secuestradores. ¿Serían mafiosos gallegos? Nunca había oído nada sobre secuestros en Galicia por parte de traficantes de drogas. Si habían secuestrado al hijo de un negociante de diamantes de Amberes en Galicia, tenían que haberlo planeado con mucha anticipación, saber que iba a hacer el Camino de Santiago, cuándo iba a llegar, con quién viajaba y dónde se iba a alojar. Por lo tanto, los secuestradores debían de ser españoles relacionados con belgas, a fin de coordinar sus informaciones sobre la víctima y su familia en Amberes, por una parte, y la estrategia en el lugar del secuestro, Lires (municipio de Cee), por otra.

Mientras Julio César Santos conducía su Porsche por las interminables rectas de Castilla, el señor Jacob Steiner, en Amberes, recibía en su teléfono móvil un WhatsApp procedente de un teléfono con el prefijo 34, de España, que decía:

Tenemos a su hijo. Si quiere volver a verlo con vida, tendrá que hacer lo que le indicamos:

Prepare una bolsa con cincuenta diamantes de entre 5 y 10 quilates cada uno, certificado GIA, HRD o IGI. Talla redonda, grado y calidad muy altos, sin fluorescencia.

Le concedemos 24 horas. Sabemos que no tiene ningún problema para conseguirlos. Lo volveremos a llamar para darle instrucciones sobre cómo hacérnoslos llegar.

La Guardia Civil española está al corriente de la desaparición de su hijo, pero si usted se pone en contacto con ellos, tendrá que atenerse a las consecuencias. Mañana lo llamaremos y le permitiremos hablar con su hijo. Los diamantes tendrán que estar preparados. No hay negociación posible.

El mensaje había sido enviado desde Sanxenxo, enclave turístico por excelencia de las Rías Bajas, provincia de Pontevedra. El equivalente de Benidorm en Galicia, pero sin los rascacielos. Bonita playa, agua tirando a fría, bellos paisajes cubiertos de inmuebles construidos sin orden ni concierto e imposibilidad metafísica de encontrar un sitio donde dejar el coche a menos de un kilómetro de la playa. En agosto, si uno se limita a pasar de largo, tardará media hora en atravesar esta localidad de diecisiete mil quinientos habitantes (que puede llegar a los setenta mil en verano), sin ver el mar más que de refilón.

El teléfono desde el que se envió el mensaje era de prepago. Había sido comprado junto con otros seis en una tienda de Vigo por alguien que presentó el DNI de una persona fallecida hacía dos años. Unos minutos después, la efímera vida útil del aparato terminó en el fondo del mar, tras haber sido machacado con un martillo.

El señor Steiner, que hablaba español, sintió un escalofrío al leer el mensaje. Lo leyó varias veces seguidas y, después, lo pasó a su ordenador. Se lo envió por *email* a su abogado en Madrid y a sus abogados en Amberes. Volvió a llamar por teléfono a Bermúdez, que buscó el mensaje en su correo personal. Lo leyó y le preguntó:

—¿Cuándo lo ha recibido?

—Hace diez minutos. ¿Qué opina?

—Señor Steiner —dijo Bermúdez en un tono muy serio y con voz pausada—, ante un secuestro y una petición de rescate, todos sabemos que no hay más que dos opciones. Pagar o no pagar y llamar a la policía. Es una terrible decisión que solo usted puede tomar. Cabe la posibilidad de negociar, de retrasar las cosas al máximo, de ganar tiempo. Pero el riesgo aumenta a medida que el tiempo pasa.

—¿Qué me aconseja?

—No puedo aconsejarle, señor Steiner. No tengo hijos. Mi cerebro me dice que nunca se debe ceder. Pero, si tuviera un hijo en esa situación, estoy seguro de que mi corazón me haría pagar lo que fuera por salvarlo. De ocurrir lo peor, si se ha negado a ceder a la extorsión, tendría que vivir el resto de su vida con un terrible remordimiento. Ponga en un platillo de la balanza la bolsa con los diamantes y en el otro, todo lo demás. Es lo único que puedo decirle. También puedo decirle que la persona de la que le hablé, mi sobrino, ha salido esta mañana para Galicia. Llegará por la tarde. Pero lo que él pueda hacer allí se refiere a la posibilidad de dar con los secuestradores…, ¿cómo le diría?, después de haberse resuelto el tema, esperemos que felizmente, dentro de lo que cabe.

—Entiendo —dijo con resignación Steiner.

—¿Puedo trasmitirle a mi sobrino el mensaje de los secuestradores?

—Si lo cree necesario. ¿No hablará con la Guardia Civil?

—Solo si usted lo autoriza. No creo que sea necesariamente malo hacerlo ahora. La Guardia Civil ya estará buscando a los secuestradores, puesto que estará al corriente de lo ocurrido por la novia de su hijo. En ese sentido, Julio César Santos puede ser bastante útil. Cuando los secuestradores le comuniquen las condiciones de la entrega del rescate, entonces usted decidirá si las acepta o no y si avisa a la Policía o no.

—Esperaremos hasta mañana.

—Estoy a su entera disposición y créame, señor Steiner, que siento profundamente lo ocurrido.

—Muchas gracias, señor Bermúdez —dijo Steiner—. En cuanto tenga más noticias de los secuestradores, le llamaré de nuevo.

—Puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche. Mantendré encendido mi teléfono personal.

Bermúdez colgó y llamó a su sobrino. Santos le dijo que iba conduciendo y que lo volvería a llamar en cuanto encontrara un lugar donde parar en la autopista. El abogado recibió su llamada siete minutos después, desde una gasolinera, cerca de Puebla de Sanabria.

—César, escucha con atención —dijo el abogado—. Te voy a enviar un WhatsApp con el mensaje que los secuestradores le han enviado a mi cliente, Steiner.

—¿Cuánto? —preguntó Santos.

—No te precipites. Le piden diamantes. Mañana le dirán cómo, cuándo y dónde debe entregarlos. De momento, no va a avisar a la policía belga ni a la Guardia Civil. La Guardia Civil ya sabe que ha habido un secuestro y, aparte de lo que esté haciendo, esperará. En cuanto Steiner sepa las condiciones del rescate, decidirá si acude o no a ellos. Lo que quiero es que hables con tu amigo el cabo Souto y veas lo que están haciendo o piensan hacer. Steiner me llamará mañana, cuando sepa

algo más. Entonces decidirá si paga o no y si avisa a la policía o no. Según lo que decida y lo que me diga a mí, podrás informar al cabo Souto o no. ¿De acuerdo?

—Está claro, tío Félix. Esta noche cenaré con él. Supongo que podré enseñarle lo que me vas a enviar, ¿no?

—Sí, puedes. Pero explícale que el padre del chico aún no ha decidido lo que va a hacer. Por lo tanto, el cabo Souto debe ser consciente de la situación y no informar a sus superiores hasta que ese señor tome una decisión. Digamos que tú lo informas, si quieres, a título personal.

—Pero, querido tío, un guardia civil no puede aceptar una información a título personal. Eso no existe. Pepe Souto tendrá que actuar de modo oficial.

—Pues, entonces, no le digas nada y espera a mañana. Tú y yo tenemos que respetar el derecho de Steiner a no informar a la policía, si considera que es lo mejor para salvar la vida de su hijo. No olvides que el señor Steiner es nuestro cliente, él nos paga y, por lo tanto, estamos obligados a hacer lo que nos diga. Y lo que él nos diga es confidencial, secreto profesional. ¡No metas la pata, César!

—Mensaje recibido. Esperaré tu llamada.

El coche del detective rugió, salió de la estación de servicio y se incorporó a la autopista.

A las nueve y media de la noche, Julio Cesar Santos y su novia, Marimar Pérez Ponte, aparcaban delante de la puerta de la casa de turismo rural Doña Carmen, que pertenecía al cabo José Souto y a su mujer. Cenaron en el comedor privado porque en verano solía haber clientes en el comedor del restaurante y querían un poco de intimidad. Julio César Santos explicó al cabo Souto el motivo de su viaje. El padre del chico secuestrado era cliente del despacho de Bermúdez & Asociados. Su tío, Félix Bermúdez, quería estar informado de la actuación de la Guardia Civil en lo referente al secuestro y de cualquier cosa que se descubriera al respecto para poder informar a su vez al señor Steiner.

—Y has venido —dijo con cierta sorna el cabo Souto— para que yo te informe de la actuación de la Guardia Civil, claro.

—Lo has entendido perfectamente, Pepe —contestó Santos con una sonrisa.

—¿Podrías decirme por qué razón iba yo, jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión, a informar a un detective madrileño de lo que hacemos aquí? Porque lo lógico sería que el abogado del señor Steiner se dirigiera directamente a nosotros como representante del padre del secuestrado, ¿no te parece?

—A la primera pregunta, te respondo dos cosas. Una razón es que soy tu amigo y acabo de hacer setecientos kilómetros para pedirte ese favor. Otra es que yo tengo una información importante que tú, gran jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión, no tienes. A la segunda pregunta, te diré que me parece normal que mi tío, que sabe que somos amigos, piense que, al estar yo aquí, podrá informar mejor al pobre señor Steiner, que debe de estar angustiado.

El cabo José Souto sonrió ante los buenos reflejos de su amigo, que siempre tenía respuesta para todo y solía obtener de él, como guardia civil, más información de la que en principio pensaba facilitarle. Levantó la vista y miró las dos botellas de Vega Sicilia que Santos le había traído y que Lolita había dejado encima del aparador. Su visión atenuó la frialdad inicial con la que había pretendido sorprender al detective.

—Supongo que tendrás la intención de facilitarme esa información tan importante de la que hablas.

—Supones bien, en principio.

—¿En principio? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que depende. Depende de que dejes de hacerte el duro y te avengas a ayudarme en la misión que me ha encomendado mi tío. No lo digo solo por el aspecto humanitario de su

encargo, ya sé que tú eres una persona poco sensible, sino porque Bermúdez y Asociados le pasará una factura considerable al señor Steiner por su información y, por lo tanto, quiero hacer un trabajo bien hecho.

Lolita Doeste y Marimar Pérez se divertían observando el duelo dialéctico de los dos amigos y no intervinieron en la conversación.

—¡Ah!, bueno. O sea que estás trabajando —dijo el cabo Souto echándose para atrás—. Haberlo dicho antes. Eso lo cambia todo. Pues no faltaba más, cuenta conmigo. Para una vez al año que trabajas, no te voy a fallar. Y dime, ¿cuál es esa información tan importante que no tengo?

—Los secuestradores ya se han puesto en contacto con el señor Steiner.

Al cabo José Souto le cambió la cara. Se puso serio de pronto, se limpió la boca con la servilleta y miró fijamente a su amigo. Lolita también dejó de comer y se quedó mirándolo.

—¡Coño, César! ¿Cuándo?

—Esta mañana. Le mandaron un WhatsApp al señor Steiner. Por eso estoy aquí.

—¿Qué dicen?

—Ahora vamos a hablar en serio, Pepe, ¿verdad? Tengo aquí, en el bolsillo, el mensaje. Y pensaba dártelo. Pero tú tienes que prometerme que me tendrás al corriente de todo lo que descubras para que yo pueda informar al padre del chico a través de mi tío. Aparte de eso y dado que tengo el encargo de enterarme de todo lo que pueda, pienso investigar por mi cuenta. —Souto hizo un gesto de asombro—. No pongas esa cara. Soy detective y me han contratado para algo. Por eso, lo mejor será que nos ayudemos mutuamente, como ya hemos hecho otras veces.

—De acuerdo —concedió Souto—. ¿Me dejas ver el mensaje?

—Sí. Pero antes tengo que decirte otra cosa, Pepe —dijo sacando un papel doblado en cuatro del bolsillo superior de su camisa de verano—. Tengo instrucciones concretas de mi tío Félix, mi cliente, sobre esto. Me ha dicho que prefiere que no te lo enseñe, pero que si lo hago sea a título personal y con la condición de que no informes a tus jefes hasta que el señor Steiner decida si acepta las condiciones o no y si acude a la Guardia Civil o no. Por eso, te dejo leerlo, solo si me prometes que esta información no saldrá de aquí. Se trata de la vida de Jacques Steiner. Solamente su padre tiene derecho a decidir. ¿Estás de acuerdo? Seguramente mañana conoceré su decisión y te informaré.

—De acuerdo, César. Guardaré el secreto hasta que me lo digas o hasta recibir información por otro conducto.

César Santos desdobló el papel y se lo dio. El cabo Souto lo leyó dos veces y se lo devolvió. Entonces Santos se lo dejó leer a Lolita Doeste. Cuando esta se lo devolvió, Santos lo guardó en el bolsillo. No se lo pasó a Marimar porque ella ya lo había visto antes.

—¿Tienes una idea de cuánto pueden valer esos diamantes? —preguntó Souto.

—No estoy seguro, pero calculo que entre tres y cinco millones de euros. Aunque para un negociante será bastante menos. Ahora dime tú, ¿habéis descubierto algo sobre el secuestro?

—Nada. Solo sabemos que se llevaron al chico en una furgoneta blanca. Que eran dos secuestradores y el chófer de la furgoneta. Eso es todo. Al hombre que les hacía de escolta le pegaron un tiro en la cabeza. Lo han operado esta mañana y no parece que haya peligro inminente de muerte, según nos han dicho, pero está muy grave y tendremos que esperar varios días para hablar con él, si es que sale de esta. De todas formas, no creo que nos diga nada interesante porque lo normal sería que se acercaran por detrás y le disparasen antes de que se diera cuenta de nada. Hay un par de cosas, sin embargo, que me preocupan o, mejor dicho, que me dan mala espina.

—¿Qué cosas?

—Ayer, el joven Steiner y su novia salieron de Muxía y se encontraron con una pareja de

andaluces que también hacían el Camino. Cenaron con ellos y, después, se fueron a dar un paseo por la playa solos, con su escolta. Eso no tiene por qué tener nada que ver con lo que pasó una hora después. Pero hay unas preguntas que no dejo de hacerme y son: ¿quién sabía que el hijo del millonario iba a dar un paseo aquella noche por la playa de Lires?, ¿quién, aparte de las familias de la pareja, sabía que estaban haciendo el Camino de Santiago? Para la primera pregunta solo tengo una respuesta: la dueña del hostal y los andaluces que «casualmente» se encontraron por la mañana. La segunda pregunta es mucho más compleja y tiene varias respuestas. Tengo a los andaluces controlados, sé quiénes son y dónde durmieron ayer. Pero no puedo hacer nada porque, si tienen algo que ver y doy un paso en falso, los secuestradores matarán al chico. Si hago indagaciones en As Eiras para saber si se fueron a dormir después de cenar o si salieron del hotel, incluso si se lo pregunto a ellos y, como te digo, están implicados, sonará la alarma en quien tenga secuestrado a Jacques y, sin duda, lo matarán. Lo mismo ocurre si investigo a la familia de la chica, Rosalía, a la que los secuestradores solo le dieron un golpe y la dejaron allí tranquilamente. Me comprendes, ¿verdad?

—Perfectamente. Por eso tenemos que esperar hasta mañana a ver qué decide el señor Steiner.

—Eso mismo me ha dicho el capitán Corredoira. Pero es una pena tener que esperar. Los peregrinos que durmieron en el albergue ya se han ido y me costará encontrar testigos de lo que hicieron los andaluces. Por eso te digo que no puedo hacer nada.

—Bueno, en As Eiras —dijo Santos—, se puede preguntar si alguien vio entrar o salir a dos personas a las doce, a la una o a la hora que fuera cuando ocurrió el secuestro. No hay por qué referirse a los andaluces ni ellos tienen por qué enterarse.

—Si me permitís intervenir—dijo de pronto Lolita, que llevaba un momento esperando la ocasión—, tengo algo que decir. Pepe no ha dormido esta noche más que cuatro horas y tú, Cesar, estarás cansado del viaje. ¿Por qué no os vais a dormir los dos y mañana seguís hablando en el cuartelillo?

La idea fue bien acogida. Santos dijo:

—Eres una mujer sabia, Lolita.

Capítulo IV

Miércoles

A las nueve de la mañana del día siguiente, el señor Steiner recibió en su teléfono móvil un SMS, enviado desde Santiago de Compostela a través de un teléfono de prepago comprado por alguien que presentó el DNI perteneciente a la misma persona fallecida de la vez anterior. Decía:

Esta tarde le llamaremos. Su hijo se pondrá al teléfono para decirle que está bien.

La entrega de los diamantes se hará del modo siguiente:

Usted enviará a un hombre en el vuelo de Iberia de Bruselas a Santiago de mañana jueves 17 de julio, IB5507, que llega a las 13h10. El hombre llevará puesta una gorra de béisbol de color rojo, una camisa blanca, una mochila a la espalda y gafas de sol. Llevará los diamantes en una bolsita de paño negro de joyería, en el bolsillo izquierdo del pantalón. Que no sean vaqueros, sino unos pantalones de color oscuro y holgados. Saldrá del aeropuerto y tomará un taxi a Santiago. Le dirá al taxista que lo lleve a la plaza de A Porta Faxeira. Se bajará en el paso de peatones que da acceso al Paseo de La Alameda. Irá paseando hasta el final del parque y volverá paseando al mismo sitio. Siempre con la bolsa de los diamantes en el bolsillo izquierdo y sin llevar la mano en ese bolsillo. En algún momento se dará cuenta de que ya no tiene la bolsa. Entonces puede hacer lo que le dé la gana. Verificaremos el contenido de la bolsa. Si es correcto, liberaremos a su hijo. La Guardia Civil recibirá una llamada indicando dónde recogerlo.

Una advertencia: No volverá a ver a su hijo vivo si observamos algo que nos parezca un truco o que no se ajuste a las instrucciones o si vemos en el Parque de la Alameda la sombra de un policía escondido, disfrazado o siguiendo a su hombre. Lo mismo ocurrirá si a la llegada del vuelo de Iberia no vemos salir a esa persona.

Jacob Steiner pasó el mensaje a su ordenador. Lo leyó una y otra vez y cerró el archivo. Se apoyó con los codos en la mesa de su despacho, de roble macizo, un precioso mueble de más de cien años, y se cogió la cabeza con las manos como un jugador de ajedrez. Ya tenía los diamantes seleccionados y apartados. Ese no era el problema. Digamos que era un grave perjuicio, pero no una catástrofe. Su padre había perdido mil veces más para comprar su libertad y un permiso de salida de Bélgica con lo puesto, en 1**9**40, tras la rendición del ejército belga y la ocupación alemana. Lo verdaderamente trágico era regalar aquella pequeña fortuna a los secuestradores, sin ninguna garantía de que fueran a respetar la vida de su único hijo. Y, por otra parte, no tenía medio de comunicarse con ellos. Los mensajes que recibía no le daban ninguna opción de respuesta. No ya para discutir, sino incluso para ofrecerles más si le devolvían al joven con vida. El teléfono desde el que habían enviado el mensaje se había apagado para siempre. Roto en un montón de pedazos, yacía entre los escombros de un contenedor.

Steiner, siguiendo el consejo de su abogado español, puso en un platillo de la balanza los diamantes y en otro la vida de su hijo y el remordimiento durante toda su vida si se negaba a pagar y lo mataban. Pagaría.

Llamó a Bermúdez y le transmitió el texto con las condiciones del rescate. Después le dijo que estaba decidido a hacer lo que le exigían y que no quería informar a la policía española ni a ninguna otra. Si liberaban a su hijo, entonces, daría toda la información que poseía a la policía para que hicieran lo que considerasen oportuno. Pero no hasta que Jacques estuviera en casa.

Bermúdez le dijo que compartía su decisión.

—Dígale a su sobrino —añadió el viejo Steiner— que espere hasta mañana por la noche sin hacer nada. Solo tiene que informarnos de lo que la Guardia Civil haga o descubra. En cuanto nos digan que han liberado a Jacques, tiene vía libre.

Félix Bermúdez llamó a César Santos y le pasó copia del mensaje de los secuestradores al tiempo que le advertía de que la Guardia Civil no debía intervenir mientras no liberaran a su hijo.

—No te preocupes, tío Félix —le dijo Santos—. El jefe de la Guardia Civil de Corcubión ha paralizado sus investigaciones, precisamente porque no quiere que los secuestradores se alarmen y la vida de Jacques Steiner corra aún más peligro. Tranquiliza a su padre en ese sentido. Claro que no tenemos ni idea de cuáles son las intenciones de esa gente. Pueden matar a Jacques en cualquier momento, simplemente porque estorba o porque no saben qué hacer con él. Dile también, si quieres, para que tu cliente no crea que no hago nada, que me he enterado de que la Guardia Civil tiene dos sospechosos y que los tiene bajo control, pero que, como te acabo de decir, no va a hacer nada que pueda provocar desconfianza o miedo entre los secuestradores y los lleve a hacer algo irremediable.

—¿Es cierto?

—Sí. El cabo Souto Sospecha de un par de andaluces que se encontraron con Jacques y su novia el día del secuestro por la mañana. Puede que solo sea una sospecha sin demasiado fundamento. Pero, ya te digo, están bajo control. Todo está a la espera de los acontecimientos. ¿Puedo informar a Souto del comunicado que me acabas de pasar?

—Preferiría que no —dijo Bermúdez—. Pero si lo haces, asegúrate de su discreción hasta ver qué pasa mañana. ¿Sabes algo del acompañante de los chicos al que dispararon?

—Solo que lo operaron ayer y está muy grave. Le preguntaré al cabo Souto.

César Santos había hablado con su tío en la cama. No eran más que las nueve y veinte, demasiado pronto para levantarse un señor, según él. Pero como la conversación lo había despejado, se levantó, se duchó, se afeitó, se puso una bata de seda y bajó a desayunar. Desde el comedor, llamó al cabo José Souto.

—Hay noticias, Pepe —dijo—. Jacob Steiner ha decidido pagar, pero no quiere informar a la policía. Eso es lo que hay.

—¿Le han dicho cuándo y dónde debe pagar?

—Sí.

—¿Lo sabes tú?

—Sí.

—¿Me lo vas a decir o tengo que estar haciéndote preguntas toda la mañana?

—Acércate a tomar un café a mi casa y te lo cuento. No quiero hacerlo por teléfono y aún no me he vestido.

—César, estoy terriblemente liado. ¿Por qué no vienes tú por aquí?

—Te lo acabo de decir, Pepe, estoy en bata. Del cuartel a mi casa tardas menos de cinco minutos en coche y, además, eres tú el que está interesado. O sea que no se dan las circunstancias idóneas para que me moleste personalmente en ir a verte, ¿no crees? Date prisa para que no se enfríe el café. En mi casa hay café de verdad, no eso que dan en la cantina del cuartelillo.

El cabo Souto, que estaba de mal humor, colgó y salió disparado hacia Vilarriba. Santos le dijo

al guarda que abriera la verja porque venía su antiguo jefe con prisas (Remigio era un guardia civil retirado). El coche de Souto levantó un montón de polvo y gravilla al detenerse con un ligero derrapaje ante la entrada de la señorial casa de César Santos. No tuvo tiempo de llamar a la puerta porque Santos la abrió antes de que lo hiciera, como si estuviera esperándolo detrás, escondido, mirando por la mirilla.

—Pasa —le dijo.

El cabo lo siguió hasta el comedor. Aurora apareció con una jarra de humeante café recién hecho, que dejaba escapar un aroma irresistible. Souto sonrió y le dijo a su amigo:

—César, eres un cabrón.

—¿Solo porque tengo buen café o por algo más?

El cabo José Souto se sentó y se sirvió café. Animado por su amigo, untó de mantequilla y mermelada una tostada y se la tomó como si no tuviera demasiada prisa.

—Cuéntame —dijo.

—Cuéntame tú algo primero.

—¿Cómo qué?

—No empieces, Pepe. No me creo que hayas estado sin hacer nada desde las ocho de la mañana. —Miró el reloj—. Son más de las diez.

—Antes de ir al trabajo, me di una vuelta por As Eiras. Estuve charlando con la dueña. El lunes, a la una y cuarto de la noche, cuando apagó las luces y se fue a dormir, no había ninguna llave en el casillero. Eso quiere decir que, en principio, todos los clientes estaban en sus habitaciones.

—¿Qué quieres decir con «en principio»?

—Pues que algún cliente pudo haber salido llevándose la llave. No es lo más frecuente porque las llaves son de esas que van en un llavero enorme de latón con una bola. Pesan mucho y son incómodas de llevar, sobre todo en verano, cuando la gente va con ropa ligera.

—¿Y?

—Me dijo que, cuando llevaba un rato acostada, pero aún no se había dormido, oyó llegar a alguien. Escuchó y oyó abrirse y cerrarse la puerta de una de las habitaciones del primero. El primer piso tiene forma de ele. En el lado corto está la vivienda de los dueños y en el largo hay cuatro habitaciones de clientes. Calcula que serían entre la una y media y las dos, pero no miró el reloj.

—¿Oyó algún coche?

—Sí. Oyó un ruido de motor y el ruido de una puerta al cerrarse de golpe. La señora duerme con la ventana abierta. Dice que el portazo fue el de un coche que se paró en la carretera, que está a unos quince metros del edificio. Después de cerrarse la puerta, el coche se fue. Esa gente, que vive en un sitio tan pequeño, reconoce bastante bien los ruidos. Poco después, oyó la puerta de la habitación, pero nada más. Ni pasos, ni voces. Era alguien que no quería hacer ruido.

—¿Un solo portazo del coche, dices?

—Sí. Veo que estás pensando lo mismo que yo —dijo Souto—. Se trata de alguien a quien traían, puesto que el coche se fue.

—Claro, pero podían ser dos personas —precisó César Santos—, si las trajeron en una furgoneta, donde pueden ir tres delante.

—Cierto.

—¿Averiguaste algo más?

—Le pedí a la señora que me diera los nombres de los clientes que ocupaban el lunes las cuatro habitaciones del primer piso.

—Y aparecieron los andaluces… ¿me equivoco?

—No, César. No te equivocas. ¿Puedo servirme más café? —preguntó el cabo y, sin esperar respuesta, se sirvió y continuó—. Tenían sitio en el albergue para peregrinos, que cuesta mucho menos, sin embargo pidieron una habitación para ellos solos en el hostal.

—Interesante.

—Cierto. Eso no prueba nada, pero es interesante. Estamos investigando a los otros tres clientes. Bueno —dijo el cabo Souto después de una pausa durante la cual se puso otra tostada—, ¿me vas a contar ahora las novedades?

—Sí, señor. El padre del chico ha recibido las instrucciones para la entrega de los diamantes. Será mañana.

Julio César Santos le leyó al cabo Souto la nota que le envió su tío y que guardaba en su móvil, ya que aún no había tenido tiempo de pasarla al ordenador e imprimirla.

—Muy ingenioso —comentó el cabo—. Emplearán a un par de carteristas para quitarle la bolsa del bolsillo del pantalón. Un pantalón holgado, dicen. Es más cómodo. A esa hora habrá mucha gente paseando por la Herradura y será fácil.

—¿La Herradura? —preguntó Santos sorprendido.

—Así es como llaman en Santiago a ese paseo. Es por la forma que tiene. Habrá mucha gente paseando, como te digo. Estamos en julio, se acerca la fiesta del Apóstol y Santiago está lleno de turistas y peregrinos. Si el tipo de la bolsa va y viene por el paseo, un carterista no tendrá ningún problema en quitarle la bolsa del bolsillo.

—¿Por qué has dicho antes «un par» de carteristas?

—Porque uno se la quita del bolsillo e, inmediatamente, se la da a otro con el que se cruza. Así, si cogen al primero, no le encuentran nada. Suelen operar siempre en parejas. Una bolsa con cincuenta diamantes, ¿cuánto abultará?

—No más que un paquete de tabaco, supongo —dijo César Santos.

—Me tengo que ir —dijo el cabo Souto—. Gracias por el café.

—De nada. Supongo que no le irás con el cuento al capitán Corredoira. Ya sabes, secreto profesional y una vida en juego.

—No seas pesado, César.

* * * * * * *

Los dos hombres con pinta de mafiosos tomaban el aperitivo bajo una sombrilla al borde de la piscina del chalé de Bastiagueiro, a la una y media de la tarde, en aquel día soleado del mes de julio. Sonó el teléfono. El más joven lo cogió, miró la pantalla, pulsó el icono del telefonito verde y dijo:

—¿Novedades?

—Mi contacto en Corcubión ha hablado con el hospital de Cee. El tipo sigue muy grave. No han querido decirle nada más por teléfono. Enviaré a alguien para que obtenga más información. El viejo ya ha recibido las instrucciones. Esta tarde lo llamaremos y dejaremos que su hijo le diga algo para demostrar que está vivo. Mañana iré personalmente con Antoliano al aeropuerto para arreglarlo todo.

—No le deis ninguna oportunidad de charlar al chico. Que le diga algo a su padre y colgáis.

—Vale. ¿Qué vamos a hacer por fin con él después?

—¿Tiene problemas Antoliano para retenerlo en ese sótano de Duio?

—Problemas, no. El lugar es seguro. Pero él está muy nervioso. No hace más que preguntar hasta cuándo va a tener que esconderlo allí. Vive en Corcubión, y Duio es un lugar muy pequeño en

el que los aldeanos observan cualquier cosa que se salga de lo corriente. Antoliano tendrá que ir todos los días a llevar comida y vigilar. Está acojonado.

—Dile que mañana se habrá acabado.

—Ya. No me has contestado, ¿qué hacemos con el chico?

—Si todo sale bien, podéis soltarlo. Siempre que no haya visto a nadie, que no pueda reconocer el sitio donde ha estado encerrado y lo soltéis lejos de ahí. ¿Vale? Cuesta más deshacerse con garantías de un cadáver, que llevar a alguien de noche a cualquier sitio con los ojos vendados y soltarlo en la carretera. Le devolvéis su móvil y que se las apañe. Mañana lo hablamos.

La parroquia de San Vicente de Duio, en el término municipal de Fisterra, agrupa una docena de casas en torno a la iglesia, en medio de la punta que forma el Cabo Finisterre, entre la bonita y turística Playa de Langosteira, en la ría, y la playa salvaje de Arnela, abierta al océano. Un poco más alejadas de la iglesia, quedan esparcidas otras casas del lugar, con sus pequeñas huertas, algunos maizales y, sobre todo, bosque. La casa de los abuelos de Antoliano estaba aislada. Era una casa de piedra de dos plantas, tenía un gran pajar en el que antiguamente se guardaban el heno, la leña y el carro de vacas, junto a las cuadras. El pajar había sido remodelado y convertido en un galpón que servía de almacén y garaje para el tractor y los aperos. Ya no había vacas. Solo unas cuantas gallinas que picoteaban alrededor de la casa durante el día y se encerraban en el gallinero por la noche para evitar que las matara algún zorro hambriento. En la casa vivía solo el abuelo. Un hombre viudo, de ochenta años, aún fuerte y autosuficiente, pero sordo como una tapia. Una vez a la semana, venía una hija que vivía en Cee y le lavaba y planchaba la ropa.

Al viejo lo atropelló un coche a finales de junio. Se fracturó la cadera y sufrió múltiples contusiones. Estaba ingresado en el hospital de Cee a la espera de ser operado. Esa fue la razón por la que Antoliano propuso su casa para esconder a Jacques Steiner. Pero, aun estando vacía, temía que algún familiar se diera una vuelta por allí y descubriera que había alguien en el sótano.

La casa había sido construida aprovechando el desnivel del terreno, por lo que la planta baja estaba parcialmente enterrada. En esa parte, detrás de la cocina, había unas escaleras que bajaban a un sótano de dos piezas. Una servía de bodega y la otra, al fondo, no se utilizaba. Solo había algunos muebles viejos y olvidados.

Allí estaba encerrado Jacques Steiner. Tenía un colchón en el suelo y un cubo para hacer sus necesidades. Estaba encadenado por un tobillo a una viga de hierro. Antoliano le había dejado una linterna, pero le advirtió de que solo la utilizara si era indispensable porque, si se le agotaban las pilas, no le daría otras. De modo que el joven pasaba casi todo el día a oscuras. Cuando lo dejaron solo, en la madrugada del lunes al martes, encontró en el suelo dos botellas de litro de agua mineral, dos de leche y cuatro bocadillos envueltos en papel de aluminio.

A las seis de la tarde, Antoliano aparcó su furgoneta Renault Trafic delante del galpón. Se bajó y entró en la casa. Fue a la cocina. Bajó las escaleras del sótano y dio unos golpes en la puerta del cuarto donde estaba Jacques Steiner.

—Voy a abrir. Vamos a llamar a tu padre.

Antoliano se puso un verdugo que solo dejaba ver sus ojos. Abrió la puerta y le dijo al joven que se acercara todo lo que diera de sí la cadena. Tenía el móvil en una mano y una pistola en la otra.

—Vas a marcar el número de tu padre. Tienes que decir solamente algo para que te reconozca y vea que estás vivo. Una frase corta. ¿Entendido? Nada de preguntar qué tal esto y lo otro. Solo una frase. Venga, marca.

Jacques Steiner marcó y esperó. Cuando su padre descolgó, le dijo con voz temblorosa:

—Papá, soy yo. Por favor, haz todo lo que puedas para que no me maten.

En ese momento, Antoliano le arrancó violentamente el móvil y lo apagó. Empujó a Jacques hacia dentro del cuartucho y le dijo:

—Muy bien. Si tu padre hace lo que le hemos dicho, mañana por la tarde te soltamos. ¿Necesitas algo?

—Un poco más de comer, por favor.

—¡Ah! Sí, se me olvidaba. Tengo algo para ti en el coche. Ahora vuelvo. Entra y espera.

Antoliano cerró la puerta y fue a buscar a la furgoneta una bolsa del supermercado con agua mineral, leche y unos cuantos sándwiches envasados. Volvió a abrir la puerta, le dio la bolsa, cerró con llave y se fue. Antes de subir a la furgoneta, sacó un móvil y marcó un número:

—Hecho —dijo cuando oyó que la voz grave y algo ronca dijo «diga»—-. Ya habló con su padre. Todo en orden. Espero que mañana acabemos con esto.

—Lo sabremos a mediodía —contestó Mouriño—. Te iré a buscar por la mañana.

Antoliano miró a su alrededor y no vio nada que le llamara la atención. Tiró el móvil al suelo, lo destrozó a pisotones y arrojó los trozos a una zanja inundada que había a un lado de la casa. Otro móvil de prepago comprado con el DNI del muerto.

A las siete de la tarde, Julio César Santos fue a buscar a su novia, Marimar, a la gestoría y asesoría jurídica que tenía con Alfredo Bustelo, su socio, en la salida de Cee hacia Santiago. Aparcó el Porsche subiéndose a la acera, delante de la puerta, y dio un breve toque de bocina. Marimar no tardó en aparecer. Santos salió del coche, le dio un beso, le abrió la puerta y esperó a que se sentara para cerrarla. Luego, dio la vuelta y subió al coche. A Marimar, la encantaba aquel detalle que nunca nadie había tenido con ella antes, más que él. Había llevado su coche a la revisión por la mañana, por lo que le pidió a su novio que fuera a buscarla. A cambio, le ofreció quedarse con él en Vilarriba hasta el día siguiente, en vez de pedirle que la llevara a su casa de la aldea de Brens, donde vivía con su madre. El detective aceptó el trato.

Marimar Pérez, procuradora de los tribunales, y Julio Cesar Santos, abogado como ella, pero no ejerciente, se conocían desde hacía ocho años. Ella era compañera de colegio de Lolita Doeste, la mujer del cabo José Souto. Una de las veces en las que Santos viajó a Corcubión solo, Lolita invitó a su amiga para que se conocieran. Pronto se hicieron muy amigos, pero tardaron años en formalizar su relación. Santos era un soltero empedernido, un señorito madrileño que solo iba de vez en cuando a Galicia. Cuando se hizo construir su magnífica casa en la finca que adquirió en Vilarriba, entre Corcubión y la playa de Arnela, empezó a ir con más frecuencia. Su relación con Marimar, una mujer de belleza excepcional y gran personalidad, pero lenguaje muy vulgar, había ido más allá de la simple amistad con el paso del tiempo. Llegó un momento en el cual, con la complicidad de los hados y otras circunstancias favorables, aquella relación se hizo tan fuerte que doblegó el egoísmo del detective. César Santos sucumbió definitivamente a los encantos de la procuradora y le declaró su amor. A Marimar, enamorada de él desde que lo conoció, le faltó tiempo para confesarle el suyo.

Aún no habían hablado acerca del problema que representaba el hecho de que ella viviera y trabajara en Cee y que él tuviera su vida y sus negocios en Madrid. Para eso, quizá tuvieran que hablar de matrimonio, palabra que ambos trataban momentáneamente de evitar porque solo pretendían ser felices, aunque vivieran a setecientos kilómetros de distancia.

Marimar Pérez no era especialmente curiosa, aun así le preguntó a su novio si sabía algo más del secuestro del hijo del «diamantero» belga.

—¿De dónde has sacado esa palabreja? —le preguntó César Santos.

—¿Cómo coño quieres que llame a los que venden diamantes? Si el que vende pescado es pescadero, el que vende diamantes será diamantero.

Santos aceptó la lógica aplastante del razonamiento de su novia, al fin y al cabo los belgas decían *diamantier*, y le contó lo que sabía. Ella le preguntó:

—¿Crees que el padre pagará?

—Supongo que sí.

—¿Y que no habrán matado ya a su hijo?

—Eso ya no lo sé. En principio no deberían matarlo porque si los secuestradores mataran siempre a los rehenes, tanto antes como después de cobrar el rescate, llegaría un momento en que nadie pagaría. Yo creo que nunca se debería pagar rescate en los casos de secuestro. Es la única manera de acabar con ese tipo de delitos —dijo Santos en tono de predicador y sin ningún convencimiento.

—¿Ni siquiera si el secuestrado es tu hijo y tienes el dinero? —dijo Marimar.

—Si me ocurriera a mí, sin duda pagaría. Una cosa es la teoría y otra… Ya sabes. Como lo de los curas.

—Ya —lo cortó Marimar—. Todo el mundo quiere jamón, pero nadie quiere tener el cerdo en casa.

—No exactamente. Pero veo que lo has entendido.

—Ni que fuera idiota —protestó ella.

—Querida, tú eres más lista que el hambre. Jamás lo he puesto en duda.

Capítulo V

Jueves

El vuelo de Iberia Bruselas-Santiago, aterrizó en el aeropuerto internacional de Santiago de Compostela-Rosalía de Castro (que la gente del lugar llama Lavacolla, nombre antiguo que corresponde a la aldea en la que se construyó) con seis minutos de retraso. En el panel de llegadas ponía IB5507 *ON TIME*. El aparato rodó hasta la terminal y unos minutos después empezaron a salir los pasajeros. La mayor parte se dirigió a la salida reservada a los residentes en la Comunidad Europea y solo unos pocos fueron hacia el despectivo «otros». La fila más numerosa se dividió, algunos se dirigieron hacia la cabina de reconocimiento automático y los demás, la mayoría, pasaron por la cabina donde un agente de la Guardia Civil verificaba someramente los documentos de identificación y echaba una mirada inquisitiva al rostro indeciso de cada pasajero. Un público mayoritariamente veraniego, sonriente, vestido con ropa ligera y colorida.

Al final de la fila apareció un hombre relativamente alto, de unos cuarenta años, con pantalón oscuro bien planchado, zapatos de vestir, camisa blanca con las mangas remangadas y una pequeña mochila a la espalda, que le sentaba como un tiro. Llevaba una gorra de béisbol de color rojo y gafas ahumadas. Su aspecto, además de ridículo, era completamente distinto al del resto de los pasajeros. El hombre avanzaba serio, tenso y mirando a todas partes con desconfianza. Se dirigió a la cabina automática, puso su tarjeta sobre el escáner, se quitó las gafas ahumadas para mirar a la cámara de reconocimiento facial y siguió hacia la puerta exterior de «Llegadas», donde había un nutrido grupo de gente esperando a los recién llegados, que aún debían pasar a recoger sus equipajes. El hombre no traía más equipaje que la mochila y se dirigió directamente a la salida. A mitad de camino, se cruzó con dos mujeres de mantenimiento que venían en dirección contraria charlando en voz alta. Bata azul, zuecos blancos, un escobón cada una en la mano y tarjeta de identificación colgando del cuello. Una de ellas tropezó con el hombre. Era una mujer gruesa que casi lo tira. La otra lo ayudó a mantener el equilibrio sujetándolo por un brazo. Las mujeres se disculparon, le dieron unas palmaditas en la espalda y siguieron su camino. Lo primero que hizo el hombre, una vez repuesto del susto, fue palpar el bolsillo izquierdo del pantalón y verificar que la bolsa seguía en su sitio. Seguía allí. Respiró hondo. Salió a paso ligero y tomó el primer taxi de la fila. Le dio la dirección del Parque de la Alameda. El taxista lo entendió a la primera, a pesar de que el hombre había pronunciado el nombre del parque con un marcado acento extranjero. Los taxistas españoles no son como los ingleses. Entienden cualquier cosa y, si no, se lo imaginan.

El hombre no abrió la boca durante el recorrido, de unos veinte minutos. El taxista dedujo que su cliente no hablaba español y también permaneció en silencio. El taxi se detuvo a la entrada del

parque. El hombre pagó, se bajó y echó a andar por el paseo, con el brazo izquierdo colgando y rozando el bulto de la bolsa en el bolsillo del pantalón. Fue hasta el final, se asomó a la barandilla de piedra de la rotonda y contempló los jardines y edificios del campus universitario. Dio media vuelta y regresó paseando por donde había llegado. Al llegar de nuevo casi al final, a la altura de las dos esculturas de piedra coloreada de «Las Marías», que parecen dos paseantes más, se palpó el bolsillo y notó que la bolsa seguía allí. No era lo que esperaba y no supo qué hacer. Entonces, después de mirar a su alrededor con desconfianza, metió la mano en el bolsillo y sujetó la bolsa. Se quedó perplejo. Notó un tacto distinto del que esperaba. La tela era más áspera y el contenido más grueso. No se atrevió a sacarla con tanta gente a su alrededor. Cruzó el paso de peatones, entró en el bar que había justo enfrente, pidió un café y fue al servicio. Cerró la puerta, sacó la bolsa y la abrió. Dentro había un montoncito de garbanzos. Volvió a respirar hondo. No se había dado cuenta de en qué momento le habían quitado la bolsa y colocado otra similar en su lugar. Se quedó pensando y, finalmente, se dijo casi en voz alta: «¡En el aeropuerto!»

Salió del servicio y, antes de tomar el café que humeaba en la barra, sacó el móvil y envió un mensaje al señor Steiner, en el que decía que todo había sucedido como estaba previsto, según las instrucciones.

No se equivocaba al pensar en el aeropuerto. Las dos mujeres con apariencia de limpiadoras eran dos carteristas profesionales contratadas por Mouriño, acompañado por Antoliano Fraga. Se habían colado en la zona de salida de viajeros y recogida de equipajes, gracias a un sustancioso soborno negociado con dos empleadas del aeropuerto, que les cedieron sus identificaciones, sus batas y sus escobas durante una hora. Justo en el momento de la llegada del vuelo de Bruselas. Nada complicado. Un tropiezo, un empujón, un susto y, entre tanto, se cambia una bolsita por otra en el bolsillo del señor de la gorra roja, la mochila y la camisa blanca. En la puerta de llegadas, el hombre que las había contratado las estaba esperando. Recogió los diamantes y desapareció.

Tarde del jueves

—¿Diga? —dijo al descolgar el más joven de los dos hombres que paseaban por el parque de la finca cercana a la playa de Bastiagueiro.

—Todo en orden —contestó la voz grave y un poco ronca—. Ningún problema.

—¿Las piedras?

—Se ajustan a lo exigido. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—En la bolsa, encontré una nota del viejo Steiner. ¡No os lo vais a creer!

—¿Qué es lo que no nos vamos a creer?

—La nota dice que, si su hijo llega a casa sano y salvo, está dispuesto a darnos otros diez diamantes del mismo valor.

—No se fía de nosotros.

—Eso qué importa. Ha cumplido su parte y quiere asegurarse. Deberíamos haber pedido cien, en vez de cincuenta. Aún estamos a tiempo.

—Pedir es fácil. Pero todo tiene un límite.

—Por intentarlo…

—Espera. Te llamo en media hora.

Los dos hombres regresaron al chalé y discutieron sobre el asunto un buen rato. Finalmente decidieron dejar las cosas como estaban y limitarse a aprovechar la nueva oferta. El hombre más joven llamó a Mouriño.

—Creemos que es mejor soltar al chico y aceptar los diamantes extra. Coméntalo con tu jefe. Con el hijo en casa, quizá el belga quiera tendernos una trampa. Dile que todo ha salido bien y que pensamos que no conviene tentar la suerte. Podemos amenazarlo y decirle que, si no recibimos lo prometido cuando su hijo haya vuelto a casa, iremos a por el chico y a por él sin miramientos. Es lo mejor. Salimos ganando y no arriesgamos nada. ¿De acuerdo?

—Vale, se lo diré. Entonces lo soltamos esta noche.

—Asegúrate de que no vea a nadie ni nada hasta que esté lejos. ¿Dónde piensas dejarlo?

—Le diré a Antoliano que lo lleve lo más lejos posible y lo suelte en la carretera, de noche.

—¿Qué pasa con el escolta?

—Sigue en cuidados intensivos. Pero no creo que nos pueda causar problemas. Lo andaluces me aseguraron que no pudo verlos. Llegaron por detrás y, antes de que tuviera tiempo de volverse, le dispararon.

—Esos imbéciles podrían haber hecho su trabajo correctamente. Las cosas no se dejan a medias. ¿Te sigues fiando de ellos? No nos gusta que queden cabos sueltos por ahí.

—¿Por qué me preguntas eso? Me los envió mi jefe por encargo tuyo.

—Su padre dio un golpe de los que hacen historia.

—Sí, pero lo trincaron y lleva seis años a la sombra.

—Pero las joyas nunca aparecieron. ¡Varios millones! ¡Chapeau, amigo mío!

—Vale. Habrá que pensar algo para los diez diamantes que quedan.

—No nos complicaremos la vida. Quizá lo mejor sea que los entregue en Bélgica.

—Ya hablaremos.

El de la voz grave y un poco ronca colgó.

Antoliano recibió la llamada minutos después. Instrucciones claras: liberar al joven, devolverle sus cosas y soltarlo lejos de cualquier lugar concurrido. Siempre con la cabeza metida en una bolsa para que no pudiera ver absolutamente nada hasta su liberación.

—¿Cómo de lejos? —preguntó.

—Cuanto más, mejor. Cien kilómetros —dijo Mouriño.

—¿Estás de coña? ¡Cien kilómetros con un tío esposado detrás! Si tengo cualquier problema o me paran en un control, la hemos cagado.

—¿Cuánto tiempo hace que no te paran en un control?

—¡Qué tiene que ver! La Guardia Civil sabe que ha habido un secuestro; la chica pudo haber visto la furgoneta en Lires y pueden dedicarse a parar todas las furgonetas como la mía. Es muy arriesgado. Me alejaré un poco, pero no cien kilómetros. No tienen ni idea de dónde ha estado encerrado, ¿qué más da dónde lo deje?

—Haz lo que quieras, pero dale unas cuantas vueltas antes de soltarlo porque puede calcular el recorrido de la furgoneta, ¿comprendes? Es igual que lo dejes delante de tu casa. Si ha estado media hora dando vueltas, pensará que está a treinta kilómetros, por lo menos.

—Vale. —Antoliano omitió el hecho de que se había olvidado de quitarle el reloj.

—Haz lo que tienes que hacer. Verifica que no queden restos o marcas en el cuarto donde estuvo encerrado y suéltalo donde te dé la gana, pero que no sea cerca de ninguna casa o de sitios donde te puedan ver. Devuélvele su teléfono para que pueda pedir ayuda y vete a tu casa.

Antoliano estaba deseando quitarse de encima cuanto antes al secuestrado, pero no le quedó más remedio que esperar. A mediados de julio, en el extremo occidental de la Península, no empieza a anochecer hasta las diez de la noche y no hay oscuridad total hasta cerca de las once. A las diez y media llegó a la casa de su abuelo. Dejó la furgoneta pegada a la casa, de espaldas a la puerta de la

cocina. Entró, atravesó la cocina y bajó al sótano. Dio unos golpes en la puerta y se puso el verdugo que le tapaba la cara. Abrió y le dijo a Jacques:

—Has tenido suerte, chaval. Te voy a soltar.

Jacques se echó a llorar.

—No llores, joder, te lo digo en serio. No te voy a hacer nada. Pero tienes que hacer lo que te diga, ¿vale? ¿Me comprendes? —Jacques dijo que sí—. Te voy a devolver tus cosas, el teléfono y la cartera, y te voy a soltar. Tienes que ponerte la bolsa en la cabeza porque no quiero que veas nada a partir de ahora. Pon las manos a la espalda. Te voy a esposar para llevarte a la furgoneta.

Jacques obedeció. Antoliano lo empujó contra la pared y le puso las esposas. Luego, abrió el candado que sujetaba la cadena a su tobillo. Lo llevó a través de la bodega hasta las escaleras. Subieron, atravesaron la cocina y salieron. Antoliano abrió el portón trasero de la furgoneta y lo ayudó a entrar y sentarse dentro, en el suelo.

—Ahora, escucha. Te voy a llevar a un sitio apartado. Te quitaré las esposas y te dejaré allí para que llames a quien quieras. ¿Vale? ¿Me entiendes?

—Sí. ¿Me vas a soltar? ¿Es eso? —preguntó Jacques que no estaba seguro de haber comprendido.

—Eso. Ahora quédate quieto ahí. No te muevas hasta que pare y te abra.

Antoliano se montó, arrancó y salió en dirección norte. Había decidido llevarlo hasta el cabo Touriñán, a algo más de veinte kilómetros. Un lugar deshabitado e inhóspito, donde seguramente no habría nadie de noche porque es peligroso andar tan cerca del mar y los acantilados en la oscuridad. El faro ilumina el mar, pero no la tierra. Para no pasar por Lires, se desvió por Canosa, atravesó la carretera de Cee y siguió hacia Porcar y Frixe. A partir de allí, no se atravesaba ningún otro lugar habitado, excepto la aldea de Touriñán, que quedaba a un lado de la pista a unos tres kilómetros del cabo.

Aparcó delante del edifico del faro. Una construcción pequeña, cuadrada, de una planta, cerrada a cal y canto y rodeada de una verja antigua de hierro oxidado. A unos metros, había otro edificio auxiliar, que también estaba cerrado. No había ninguna luz. Nadie a la vista. El viento del nordeste soplaba con fuerza.

Antoliano se bajó, abrió el portón trasero de la furgoneta y sacó a Jacques tirándole de un brazo. El joven se puso de pie y se tambaleó empujado por el vendaval. Antoliano lo sujetó y lo llevó hasta el edificio auxiliar para que se protegiera del viento detrás de la pared.

—Apóyate aquí —le dijo—. No te quites la bolsa hasta que oigas marcharse la furgoneta. ¿Has entendido?

—Sí.

—Te voy a quitar las esposas, date la vuelta. —Se las quitó—. Te dejo aquí, en el suelo, tu cartera y tu teléfono. Toma esta linterna. Me parece que el móvil no tiene batería, pero puedes llamar a emergencias. Es el uno, uno, dos. ¿Vale? Uno, uno, dos. Ahora, me voy. Ya sabes —insistió hablando muy despacio y fuerte—. No te quites la capucha hasta que dejes de oír el motor de la furgoneta.

—¿Dónde estoy? —preguntó Jacques.

—Esto se llama cabo Touriñán. Cabo Tou-ri-ñán. Tú di eso. En emergencias saben dónde está. Tienes suerte. Si tu padre no hubiera pagado, habría tenido que tirarte al mar por encima de esas peñas.

Jacques no entendió lo que acababa de decir su carcelero.

Antoliano subió a la camioneta y se fue tan rápido como pudo. Volvió a Duio para verificar que

todo estaba en orden en la casa de su abuelo y eliminar cualquier rastro de la estancia de Jacques Steiner. Vació el cubo en la zanja trasera, tiró al contenedor de basura que había junto a la cuneta las botellas vacías, los envoltorios de papel de aluminio y la bolsa del súper y dio un barrido superficial. Cuando terminó, apagó las luces, cerró las puertas y se fue a su casa. Asunto concluido. Solo le quedaba esperar a que los diamantes se vendieran y su socio le pagara la otra mitad de los cien mil euros prometidos. Tenía el convencimiento de haberlo hecho todo bien y de que el chico no tenía ninguna posibilidad de saber dónde había estado encerrado.

Jacques Steiner se sacó la bolsa en cuanto oyó que la furgoneta arrancaba. Miró y la vio alejarse. Encendió la linterna y encontró en el suelo el teléfono y la cartera. Intentó marcar el número de emergencias, pero no había cobertura. Hacía mucho viento, sin embargo la temperatura era agradable aunque tirando a fresca. Miró a su alrededor, el faro enviaba su luz giratoria hacia el horizonte, lentamente sobre el mar y muy deprisa, o esa era la impresión que daba, cuando pasaba por encima de él. El efecto de la distancia y la proximidad al centro de giro. Las olas chocaban contra las rocas de los acantilados produciendo un ruido constante y ensordecedor. Miró hacia donde se había ido la furgoneta. Aún se veían sus luces en la oscuridad, muy pequeñas, avanzando por el tramo recto de la pista, después de una curva pronunciada que salvaba el desnivel del cabo, situado en un promontorio. Un poco más allá, se veían unas luces inmóviles. Casas. Echó a andar. A juzgar por el tiempo transcurrido desde que se fue la furgoneta, cuyas luces acababan de desaparecer, calculó que las casas podrían estar a dos o tres de kilómetros como mucho.

Anduvo a paso ligero, al principio cuesta abajo y después por terreno llano. Al cabo de unos veinte minutos, pasó delante de unas instalaciones agrícolas. No había ninguna luz ni parecía que hubiera nadie. Pero ya se veían las casas más cerca. Siguió andando unos diez minutos más y llegó a la aldea de Touriñán. Vio una casa iluminada junto a un viejo hórreo. Había luz en la planta baja. Junto a la puerta había un pequeño letrero rojo: «AT»: Apartamentos Turísticos. Rodeó el muro de piedra y llamó. Eran las doce de la noche.

El cabo José Souto estaba a punto de acostarse cuando lo llamaron del cuartelillo para decirle que Jacques Steiner estaba en Casa Currás, una casa de apartamentos en Touriñán. Sintió un estremecimiento de alegría. El cabo le dijo al agente que él se ocupaba personalmente de ir a buscar al joven belga y que llamaran a la comandancia de A Coruña para que informar al capitán Corredoira.

Cuando se lo dijo a Lolita, que estaba sentada al borde de la cama, dispuesta a acostarse, ella dio un grito de alegría. Souto le pidió que llamara a Casa Lourido para avisar a Consuelo de que iba a buscar al joven y que lo llevaría allí.

—Avisa también a César —le dijo a su mujer—, por favor. Le alegrará saberlo.

El cabo Souto salió a toda prisa hacia Touriñán. Tardó algo menos de media hora. Encontró a Jacques sentado en una butaca, en el recibidor de Casa Currás, rodeado de varias personas que lo atendían. Le habían dado café y estaba sonriente. Era un joven de complexión fuerte. A pesar de llevar una barba de tres o cuatro días, tenía buen aspecto. Nadie diría que había estado encerrado casi tres días en un sótano, bajo el estrés que supone una situación tan penosa y con su vida pendiente de un hilo.

El cabo Souto se presentó, le dio un abrazo a Jacques Steiner y le dijo que se alegraba muchísimo de que lo hubieran liberado.

—¿Has hablado ya con tu padre?

—No, señor —dijo el joven—. Lo he intentado pero aquí no hay buena cobertura y se me corta.

—No importa. Ahora te llevo a Casa Lourido para que descanses. Desde allí puedes llamarlo por

el teléfono fijo.

—¿Y Rosalía, mi novia?

—Está bien, no te preocupes. Ven, vámonos ya. Comprende que antes de que hables con la gente, tienes que hacerlo con la Guardia Civil.

El cabo Souto dio las gracias a las personas que habían atendido a Jacques, se despidió y salieron hacia Lires.

—¿Murió nuestro acompañante, David Natan? —preguntó Jacques en cuanto arrancó el coche.

—No. No murió. Está muy grave. Lo tuvieron que operar porque le dispararon en la cabeza, pero hay esperanzas de que se salve. A tu novia, la golpearon en la cara. Fue un golpe fuerte, pero sin consecuencias graves para su vida. Le rompieron dos dientes y le hicieron una herida en un labio. La llevé yo personalmente a Urgencias y le dieron el alta esa misma noche. Vino su padre a buscarla y se la llevó.

—Gracias, señor.

—Dime una cosa, Jacques, ¿te acuerdas bien de los dos tipos de la playa?

—Sí, muy bien.

—¿Los oíste hablar en algún momento?

—No. No dijeron ni una palabra. Después de meterme en la furgoneta, ya no volví a verlos.

—Crees que podrían ser un hombre y una mujer.

—Sí. Podían ser un hombre y una mujer. Solo los vi unos segundos, pero creo que sí.

—Y dime otra cosa, ¿crees que podían ser los andaluces con los que habíais estado todo el día? ¿Coincidían en cuanto a corpulencia, altura y esas cosas?

Jacques Steiner se quedó callado un momento. Se volvió hacia el cabo y le preguntó:

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Sospecha que fueron ellos?

—Hay un par de cosas que me extrañan. Una, que no hablaran, que no dijeran ni una palabra. Es evidente que, si eran ellos y hubieran hablado, los habríais reconocido. Otra, que eran las únicas personas que sabían que ibais a ir a dar un paseo por la playa. Me lo dijo Rosalía.

—Tiene razón, señor. Podrían ser ellos. Por la estatura, podrían.

—Otra cosa —dijo Souto—. Cuando los encontrasteis en Muxía, ¿qué pasó? ¿Fuisteis vosotros los que entablasteis conversación o fueron ellos?

—Fueron ellos los que nos abordaron. Salíamos del hotel y ellos estaban allí parados. Al vernos, nos saludaron y nos preguntaron a dónde íbamos. Les dijimos que a Lires y nos dijeron que ellos también. Nos preguntaron si no nos importaba que fuéramos juntos. ¡Me parece imposible que hayan sido ellos!

—Bueno, ya hablaremos de todo eso con calma mañana. Otra cosa, ¿tienes alguna idea de por dónde o a qué distancia de aquí estuviste encerrado?

—Desde donde estuve encerrado hasta donde me dejó el hombre, tardamos media hora. Ese hombre fue la única persona que vi, pero él siempre llevaba la cara cubierta con una capucha o un pasamontañas. El segundo día me llevó agua, leche y sándwiches en una bolsa del supermercado. En la bolsa ponía: «La Abuela María, Supermercado. Corcubión». Como comprenderá, me fijé bien. No se me olvidará nunca.

José Souto sonrió. La Abuela María era un pequeño supermercado de pueblo, situado en el bajo de una casa en el centro de Corcubión. Primer grave fallo de los secuestradores, pensó Souto. ¡A quién se le ocurre dejar la bolsa con el nombre de la tienda en la que se compró la comida! Un fallo garrafal e incomprensible. Le extrañó que alguien de Corcubión, tan poco profesional, hubiera podido organizar el secuestro del hijo de un millonario negociante de diamantes de Amberes. No

quiso seguir pensando en eso. Eran demasiadas cosas las que había que investigar y tendría tiempo de hacerlo. Lo importante era que Jacques Steiner estaba sentado a su lado en el coche, sano y salvo.

En cuanto llegaron a Casa Lourido, el cabo Souto llamó al cuartelillo y dijo que enviaran un coche patrulla y que dos agentes permanecieran de guardia allí toda la noche. Souto le pidió a Jacques que descansara y no hablara con nadie de lo relativo al secuestro.

—Llama a tu padre y, si quieres, a tu novia —le dijo—, pero no hables con nadie más. Luego vete a dormir. Mañana vendré a buscarte a las diez de la mañana. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—Me puedes llamar Souto o cabo Souto. —Se quedó mirándolo y le dio una palmada en el hombro. Luego, le dijo—: Me alegro de que estés bien, chaval. Me alegro mucho, ¿sabes? Hablas muy bien español, por cierto.

—Gracias, cabo Souto. Pero no crea, muchas veces no me entero de lo que me dicen porque ustedes hablan muy deprisa.

A la una y cuarto, José Souto se acostaba junto a su mujer, la besaba y se daba la vuelta en la cama para intentar dormir.

Capítulo VI

Jueves

Durante la noche del jueves al viernes hubo un agitado intercambio de llamadas. En cuanto Lolita Doeste llamó a César Santos para decirle que Jacques Steiner había sido liberado, Santos llamó a Bermúdez y este, a su vez, llamó inmediatamente a su cliente, Jacob Steiner. El viejo se emocionó y le dio las gracias. Poco después, recibió la llamada de su hijo y le dijo que iría al día siguiente a buscarlo a Santiago en un avión privado de la AWDC[3]. Hablaron poco porque ambos estaban muy emocionados. El chico le preguntó si había tenido que pagar mucho y el padre le contestó que no pensara en eso. «Habría pagado mucho más, le dijo, todo lo que me pidieran».

—Lo siento, Papá.

—No importa, hijo, tenemos un seguro de secuestro. Era tu vida lo que me preocupaba, no un puñado de diamantes.

Como el viejo Steiner había llamado a la embajada de Madrid, que se había puesto en contacto con el Ministerio del Interior español, la Guardia Civil se había movilizado. El cabo Souto, a pesar del carácter confidencial de la información que le había dado su amigo Cesar Santos, consideró necesario advertir al capitán Corredoira e informarlo de las condiciones impuestas por los secuestradores para la entrega de los diamantes. Sin decírselo al cabo Souto, la comandancia de A Coruña había puesto en marcha un dispositivo de control en el Parque de la Alameda de Santiago para vigilar al mensajero portador del rescate y tratar de descubrir a los carteristas que, como lógicamente habían supuesto, le sustraerían la bolsa. Los agentes, camuflados como una familia de turistas, incluso con un niño pequeño, tenían instrucciones precisas de no intervenir. En caso de observar el momento del hurto previsto, debían comunicarse con otros agentes situados en las entradas del parque y darles la descripción de los carteristas para que los siguieran, siempre sin intervenir, solo con la intención de descubrir quiénes eran, a dónde se dirigían o algo que facilitara su detención posterior, una vez resuelta la situación del rehén. La sorpresa de la Guardia Civil fue grande cuando supo que el rehén había sido liberado y que, por lo tanto, los secuestradores habían conseguido llevarse los diamantes sin ser descubiertos.

El capitán Corredoira quiso saber qué había pasado y llamó al cabo Souto a las dos de la madrugada, cuando este dormía plácidamente. Al cabo José Souto le sentó como un tiro que el capitán lo despertara solo para preguntarle si sabía algo de la entrega de los diamantes. No sabía nada y, aunque lo supiera, probablemente no se lo habría dicho en aquel momento. Consideró que, una vez liberado el rehén, ya nada justificaba despertar a la gente a aquellas horas. Lo único que el cabo José Souto quería hacer con urgencia era detener a los andaluces para interrogarlos. Aun suponiendo

que sus documentos de identidad fueran auténticos, no creía que fuese fácil dar con ellos y, en cualquier caso, no a las dos de la mañana.

Cuando el señor Steiner tuvo noticias del hombre que había enviado a Santiago, se lo comunicó a su abogado, Félix Bermúdez, que se lo dijo a César Santos. Steiner esperaba ahora a que los secuestradores le dijeran cómo, cuándo y dónde querían que les entregara los diez diamantes extra que les había prometido por liberar a su hijo vivo. Santos, una vez más, estaba mejor informado que su amigo José Souto. Claro que no se le habría ocurrido despertarlo para decírselo.

Viernes

La agente Verónica Lago se presentó a las diez menos cinco de la mañana en Casa Lourido para recoger a Jacques Steiner. El joven había desayunado, se había cambiado de ropa y tenía buen aspecto. Al ver a la agente Lago, que era casi de su edad, rubia y muy guapa, se quedó sorprendido. Cuando le dijeron que una agente de la Guardia Civil lo estaba esperando fuera, no contaba con ese tipo de agente. El cabo Souto había enviado a Verónica Lago precisamente con la intención de causar en el joven secuestrado una buena impresión y de que llegara al interrogatorio relajado.

La agente Lago le dedicó una sonrisa encantadora y lo invitó a sentarse en la parte delantera del coche.

—Estamos todos muy contentos de tu liberación —le dijo tuteándolo—. Todo ha salido bien y ha sido bastante rápido. Espero que no lo hayas pasado demasiado mal.

—Lo peor fue el miedo —dijo él—, porque no me hicieron daño. Creo que a mi novia le dieron un golpe muy fuerte.

—Sí. Fueron muy brutos. No hacía falta golpearla así. Pero se recuperará pronto. No tiene nada grave. Ahora, en el puesto de la Guardia Civil, el cabo Souto te va a interrogar como testigo. Es muy importante lo que recuerdes, para poder descubrir a los secuestradores.

—¿Un cabo?

—El cabo primero José Souto es el jefe del Puesto de Corcubión. Es licenciado en Derecho y tiene varias condecoraciones, ¿sabes? Es muy inteligente y ha resuelto muchos casos difíciles.

—¿Y por qué no lo han ascendido?

—Porque vive aquí, en Corcubión, tiene aquí su vida y no quiere que lo asciendan. Si lo ascendieran, tendrían que trasladarlo a otro sitio. No sabemos cuánto tiempo podrá aguantar.

Verónica no se atrevió a decirle al joven Steiner que, a Souto, sus compañeros lo llamaban cabo Holmes. Llegaron al cuartelillo y Lago llevó a Jacques hasta el despacho del cabo Souto, que lo estaba esperando. El cabo se levantó, lo saludó efusivamente y le preguntó si quería un café, aun sabiendo que el café de la cantina era algo que podría causar una horrible impresión a un belga. Los belgas son grandes de bebedores de buen café y el cabo lo sabía. Por suerte, Jacques Steiner le dijo que no. Souto le dijo a Lago que se quedara para tomar nota.

—Supongo —empezó el cabo Souto— que has tenido tiempo de pensar en lo que te ha pasado y en dónde has estado.

—No he pensado en otra cosa, cabo.

—Naturalmente. Y estoy seguro de que habrás tenido tiempo de recordar algunos detalles del lugar donde te tuvieron encerrado. —El joven asintió con la cabeza—. Bien, pues me gustaría que me contaras, paso a paso, todo lo que ocurrió desde el momento en que te secuestraron. A dónde te llevaron, el tiempo que tardaron, todo lo que recuerdes. Tómatelo con calma. Vamos a hacer como una película del secuestro, ¿de acuerdo?

—Como ya le dije anoche, lo primero que vi al subir las escaleras de la playa, fue a dos hombres,

bueno, quizá fueran un hombre y una mujer. Iban de negro. Menos las zapatillas deportivas, que eran blancas y azules. Fue lo primero que vi cuando asomé la cabeza a la altura de la carretera, desde los últimos escalones. Eso y a David tirado en el suelo. Levanté la vista y los vi de cuerpo entero. Llevaban vaqueros negros y sudaderas negras de manga larga y guantes. En la cabeza llevaban pasamontañas o verdugos negros. Llevaban una pistola cada uno en la mano derecha. El más alto de los dos me empujó en un hombro para que me girara y me dio una patada en las piernas que me hizo doblarlas y caer de rodillas. Inmediatamente me colocó una bolsa de tela oscura en la cabeza. Ya no vi nada más, claro. Después me esposó con las manos a la espalada. Oí acercarse un coche y mi novia se puso a gritar muy fuerte pidiendo socorro. Me pareció que le daban un golpe. Dejó de gritar.

—Me dijiste que nadie habló, ¿no?

—Cierto. No dijeron ni una palabra. Me agarraron por debajo de los brazos y me subieron a la parte de atrás de la furgoneta. El suelo era de metal. La misma en la que ayer me llevaron al cabo Touriñán. Estoy seguro. El mismo ruido, el mismo olor.

—¿A qué olía? —preguntó el cabo Souto.

—Olía a pescado.

—Muy bien, sigue.

—Uno de los secuestradores se quedó detrás, conmigo. Me quitó la cartera y el móvil. La furgoneta arrancó e hizo el camino que habíamos hecho paseando. Al llegar al final, donde hay que pararse prácticamente y girar en ángulo recto, en el puentecito, se paró. Oí cómo se abría una puerta delantera y se bajaba alguien. Se cerró la puerta y la furgoneta arrancó de nuevo y subió hacia la aldea. Es fácil darse cuenta porque es una subida muy empinada con muchas esquinas entre las casas y se sube en primera o en segunda. Al llegar arriba, giró a la derecha y se paró otra vez. Se bajó el que iba conmigo, cerró de un portazo y la furgoneta siguió por una carretera normal. Aquí hay pocas rectas o sea que perdí por completo el sentido de la orientación; además, no conozco el lugar o sea que no tengo ni idea de por dónde fui.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Unos quince o veinte minutos. No pude mirar el reloj hasta que estuve encerrado, pero es lo que calculé. La furgoneta se paró solo una vez. Hizo una maniobra, como para dar la vuelta y apagó el motor. Entonces el conductor se bajó y abrió la puerta trasera. Me agarró por un brazo y me dijo: «Baja y quédate quieto». Fue la primera vez que oía una palabra desde la playa. Me bajé. Me cogió por un brazo y me llevó a través de un par de habitaciones. Lo sé porque pasamos por dos puertas, además de la de la entrada de la casa, que tenía un escalón. Luego, bajamos un tramo de escalera y entramos en una bodega. Había en el aire ese olor inconfundible a vino de las bodegas. Después, abrió una puerta y me empujó dentro. Me dijo que me sentara en el suelo y me ayudó porque yo seguía esposado. Me puso una cadena en el tobillo derecho y un candado. Antes de quitarme las esposas, me dijo: «Te voy a quitar las esposas. Quédate en el suelo y no te quites la bolsa de la cabeza hasta que yo me vaya y cierre la puerta. Te aviso, chaval —así me llamó—, si me ves la cara, tendré que matarte. ¿Lo has entendido bien? Si me ves —repitió despacio—, te mato». Me quitó las esposas y se acercó a la puerta. Dijo: «Te dejo una linterna, pero si se te acaban las pilas, no te daré otras. Tienes ahí un cubo para tus necesidades y agua, leche y bocadillos. Espera aquí calladito hasta que vuelva». Salió y cerró con llave. Eso fue la noche del lunes. Cuando se fue, me quité la bolsa de la cabeza, encendí la linterna y miré el reloj. Eran las dos y veinte de la madrugada. Había dos botellas de agua grandes, dos cartones de leche, dos bocadillos envueltos en papel de aluminio y un rollo de papel higiénico. También había un colchón viejo en el suelo. No había sillas ni bancos. Solo unas cajas y un mueble medio roto, como un aparador y unas mesillas de noche o algo así. Y mucho

polvo.

El cabo Souto se levantó, fue hacia un armario de madera que había cerca de la puerta y sacó una botella de agua mineral. Se volvió hacia Jacques y le preguntó si quería. Él dijo que sí. Miró a la agente Lago con cara de preguntarle si también quería. Ella se levantó y dijo:

—Deje, cabo. Ya lo hago yo.

Verónica Lago sacó tres vasos de plástico y se ocupó de servir el agua.

—Venga, sigue contando —le dijo Souto a Jacques Steiner—. Lo haces muy bien.

—El día siguiente, martes, creo, no vino nadie hasta las ocho de la tarde. A las ocho lo oí llegar. Era el mismo hombre. Abrió la puerta un momento y miró como para comprobar que yo estaba allí. Tenía puesto un pasamontañas negro. Solo se le veían los ojos. Fue la primera vez que lo vi. Le pedí que vaciara el cubo. Se lo llevó y lo trajo enseguida otra vez. Luego, me dijo que volvería al día siguiente. Cerró y se fue.

—¿Cómo era?

—Un tipo de estatura media, sobre un metro setenta y cinco. Llevaba deportivas gruesas, pantalón vaquero y una camisa tosca de cuadros con las mangas remangadas. No le vi la cara, claro. Tenía brazos peludos y manos grandes. Un tipo bastante fuerte. Hablaba con acento de aquí. Un acento muy marcado.

—¿Y el miércoles?

—El miércoles, a las seis y cuarto de la tarde, apareció el mismo hombre con su pasamontañas. Me dijo que llamara a mi padre y me dio un teléfono móvil de esos baratos con teclas. Solo me dejó decir una frase y me lo quitó enseguida. Le pedí algo más de comer; me dijo que tenía una bolsa en el coche y fue a buscarla. Me la trajo. Ya le dije que era de un supermercado de Corcubión: «La Abuela María». Había un cartón de leche, dos botellas de agua y sándwiches de esos que vienen empaquetados. Pensé en guardar la bolsa para dársela a la policía más tarde, por las huellas y eso, pero tuve miedo de que me la encontrara. Por eso retuve el nombre del supermercado. ¡No creo que pueda olvidarlo nunca!

—Bien hecho, Jacques. Muy bien hecho. Eso nos será de gran ayuda. Sigue.

—Bueno, ayer, ya sabe lo que pasó. Vino el mismo hombre. Me dijo que había tenido mucha suerte y me llevó al cabo Touriñán. Otro nombre que nunca olvidaré. Me llevó con la cabeza metida en la bolsa. Allí me quitó las esposas, dejó mis cosas en el suelo y me dio la linterna. En cuanto oí que se iba, me quité la bolsa y lo vi. La camioneta era una Renault Trafic blanca. No vi la matrícula, no la pude distinguir. Pero la camioneta sí, porque son las que tenemos en nuestro negocio de Amberes. Eché a andar hasta las casas que se veían a lo lejos y, desde allí, les llamaron a ustedes.

—Muy bien, Jacques. Da gusto encontrar gente observadora como tú. Todo lo que me has contado nos va a permitir encontrar a ese hombre y a quienes están detrás. Puedes estar completamente seguro.

—Gracias, cabo Souto. Por cierto, si quiere la linterna, la tengo en el bolsillo. Procuré tocarla lo menos posible porque supongo que tendrá sus huellas. El hombre no llevaba guantes.

—Claro, dámela. Has tenido buenos reflejos. Una última pregunta importante. Está claro que aunque el hombre que te tuvo encerrado no parezca muy listo, este secuestro ha tenido que ser planificado con antelación y meticulosamente. Por eso te digo que es importante lo que te voy a preguntar. ¿Quién sabía que ibas a hacer el Camino de Santiago y cuándo lo ibas a hacer?

—Lo sabía mi familia, claro. Mi padre, la abuela y unas tías que tengo en Amberes. También varios amigos. La fecha exacta, creo que solo mi padre. Bueno, también David. Lo de que llevara un escolta, lo decidió mi padre a última hora.

—¿Alguno de esos amigos te preguntó sobre el Camino, fechas precisas o detalles sobre el recorrido? Algo que, ahora que sabes lo que pasó, te parezca sospechoso.

—No, cabo. Ninguno se interesó demasiado. La gente sabe lo que es el Camino de Santiago, bueno, mucha gente lo sabe en Bélgica. No recuerdo que nadie se interesara excesivamente.

—Y por parte de tu novia, ¿sabes si se lo dijo a mucha gente?

—No sé. Tendría que preguntárselo a ella. Lo sabía su padre, claro, porque le dejó la ranchera y a Suso, el conductor. Y su madre. Eso me lo dijo. Pero no sé a quién más se lo diría.

—Muy bien, Jacques. Muchas gracias. Vamos a pasar a limpio tu declaración, la firmas y te llevamos a casa Lourido.

Verónica se fue a pasar la declaración a limpio.

—¿Cuándo llega tu padre?

—Llegará a las tres de la tarde. Me dijo que tiene contratado un coche en Santiago y que vendrá a buscarme a Lires.

—¿Le dijiste que podíamos llevarte a Santiago?

—No, cabo. No se lo dije. Conozco a mi padre. Me dijo que no me moviera de Casa Lourido. Sé que quiere venir personalmente a ver dónde estoy.

—Muy bien. La agente Lago te acompañará hasta que llegue.

—¿Piensa que corro peligro?

—No. Pero me gusta asegurarme. —Bajó la voz—: No te preocupes, no se lo diré a tu novia.

El joven sonrió y el cabo lo invitó a sentarse en la salita de espera mientras Lago terminaba. Cuando el informe estuvo listo, se lo dieron a firmar. Souto le dijo a Lago que acompañara a Jacques a Casa Lourido y que se quedara con él hasta que llegara su padre.

—Podéis comer en As Eiras —le dijo a la agente—. Llámame cuando llegue el padre. Quiero saludarlo.

El cabo José Souto encargó a Orjales que investigara a la pareja de andaluces. Tenían sus datos y dirección en Málaga. Lo que Souto le pidió a Orjales fue que hablara con el puesto de la Guardia Civil de Málaga para averiguar algo sobre ellos. A qué se dedicaban, cuándo se habían ido de viaje para hacer el Camino de Santiago y dónde lo habían empezado. También le pidió que llamara a Rosalía Docampo y le preguntara qué sabía de los andaluces que habían conocido el último día. Si sabía, por ejemplo, dónde habían empezado el Camino o por dónde habían pasado.

—Averigua si llevaban la Credencial del Peregrino, si la sellaron y si obtuvieron «la Compostela», ya sabes, el diploma que te dan en la catedral de Santiago.

Orjales se puso en marcha. El cabo Souto llamó al padre de Rosalía, Andrés Docampo, para interesarse por el estado de la joven. Hizo la llamada sin dar ningún otro motivo, como simple cortesía e interés por su recuperación. Le dijo que la llamaría un agente para preguntarle un par de cosas y le pidió que hiciera el favor de atenderlo. Pensaba volver a llamar, pasados unos días, para tomarle declaración de modo oficial.

Antes de comer, llamó a Taboada y fueron juntos al hospital Virxe da Xunqueira de Cee, que estaba a cinco minutos del puesto de la Guardia Civil. El hospital formaba un conjunto aislado, con una arquitectura moderna de cubos de hormigón que, visto desde algunos ángulos se asemejaba más a un búnker o a una prisión que a un hospital. Estaba en el centro de Cee, junto a la pequeña playa, pomposamente llamada La Concha. Ningún parecido con la de San Sebastián. Souto pidió ver a David Natan. El escolta de Jacques Steiner ya había sido trasladado de la UCI a una habitación. Una habitación de hospital exactamente igual a cualquier habitación de hospital, con los mismos aparatos, la misma cama, un crucifijo para dar ánimos y un cuarto de baño con una ducha minúscula, en la

que los pacientes no pueden caerse porque el exiguo espacio entre las paredes los obliga a mantenerse de pie. Colores pálidos verdosos en un pasillo idéntico a los de todos los hospitales y enfermeras amables, siempre con prisas, como si varios pacientes se estuvieran muriendo a la vez en habitaciones distintas.

Los guardias civiles fueron atendidos por un joven médico, seguramente en prácticas, que se daba aires de jefe de servicio.

—Ya está despierto y puede hablar. Pero no deben forzarlo ni obligarlo a recordar demasiadas cosas. Su estado es grave, aunque, si no se presenta ninguna complicación, parece que se recuperará.

—No se preocupe, doctor —le dijo el cabo Souto—, no tenemos intención de someterlo a ningún interrogatorio. Básicamente, solo queríamos verlo y saber cómo está. Es una víctima y quizá un testigo, no un sospechoso.

Entraron en la habitación. David Natan tenía la cabeza vendada, estaba intubado y tenía una vía en la muñeca conectada a un goteo. Al oír entrar a los agentes, abrió los ojos.

—Venimos a ver qué tal está, señor Natan —dijo Souto—. ¿Me entiende usted? ¿Habla español?

Natan afirmó con la cabeza varias veces.

—Yo soy el cabo Souto y este es el agente Taboada. Nos ha dicho el doctor que está usted mejor y ya fuera de peligro. Nos alegramos mucho. ¿Cómo se encuentra?

—¿Qué ha pasado con los chicos? —preguntó.

—Están bien. A Rosalía le dieron un golpe, nada grave, está en su casa con sus padres. A Jacques, lo secuestraron. Pero, afortunadamente, ya está libre otra vez y perfectamente. Esta tarde viene el señor Steiner a buscarlo. Supongo que también vendrá a verlo a usted. No tiene que preocuparse. Cuando se encuentre mejor, le preguntaremos algunas cosas, lo que recuerde que pasó.

—Me atacaron por detrás. No me di cuenta de nada. No recuerdo nada. Estaba mirando cómo paseaban por la playa, apoyado en una barandilla y ya no recuerdo nada más.

—No se preocupe, hombre. Lo importante es que usted se ponga bien. Tengo que preguntarle por los chicos con los que se encontraron en Muxía, ya sabe, los andaluces. Pero no hay prisa.

—Los andaluces, sí. Ya veo. Se acercaron cuando salíamos del hotel. Luego cenaron con ellos. Yo estaba en otra mesa con el conductor. ¿Le pasó algo a él?

—No, nada. Él fue quien nos llamó para avisarnos de que lo habían herido a usted. Gracias a eso la ambulancia lo recogió a tiempo. Dígame una cosa, señor Natan, ¿recuerda haber visto algo que le llamara la atención antes de que le dispararan? Me refiero a cuando dieron el paseo hasta la playa. Algún coche aparcado o alguien merodeando por allí.

—No, señor. No vi nada raro. Bueno, vi llegar una furgoneta que se metió detrás de una casita al borde del pinar. Era una Renault Trafic blanca. Llegó, se paró allí y no vi nada más porque se quedó detrás de los pinos, a unos cincuenta metros.

—Pues en esa furgoneta iban los que le dispararon.

—No sospeché nada. Pensé que era alguien que vivía allí, en la casita. Estuve mirando un rato y no vi salir a nadie. —Se quedó pensando—. O sea que fue un secuestro.

—Sí. Seguramente no contaban con que usted estuviera allí.

—Para lo que sirvió. A ver cómo se lo explico al señor Steiner.

—Tranquilo. Hablaremos con él. Usted no tiene ninguna culpa. Estaba vigilando a los chicos y lo atacaron por detrás. Eso le hubiera pasado al mejor escolta del mundo —le dijo el cabo Souto para tranquilizarlo, aunque no fuera lo que pensaba.

—Tenía que haberlos oído llegar.

—¿Con el ruido del mar? Llevaban zapatillas deportivas, de noche y saliendo del bosque. Imposible oírlos. No se eche la culpa, amigo.

Al ver el estado en el que se encontraba el pobre hombre, Souto se esforzó por darle ánimos. En realidad, pensaba que no había hecho bien su trabajo. Si su obligación era proteger a la pareja, no debería haberse quedado apoyado en la barandilla mirándolos y descuidar lo que pasaba a sus espaldas. Debería haber bajado con ellos a la arena o, de no hacerlo, haber permanecido más atento. De todas formas, pensó finalmente, un solo escolta contra varios secuestradores armados poco podía hacer. Su presencia podría tener cierto valor disuasorio frente a un atacante aislado o a un borracho peleón, pero ninguno ante un grupo de profesionales. La prueba, la tenía delante de sus ojos con aquel hombre, vivo de milagro, en una cama de hospital.

—Señor Natan —le dijo el cabo Souto al despedirse—, espero que se recupere pronto. Si cree que puedo hacer algo por usted, dígamelo. Aquí le dejo mi tarjeta. Llámeme si me necesita o si recuerda algo que le parezca interesante. En Casa Lourido le guardan sus efectos personales. Cuando llegue el señor Steiner, esta tarde, le diremos dónde está usted para que decida lo que crea necesario.

Los guardias se despidieron y volvieron al puesto de Corcubión.

A las tres y media, Verónica Lago llamó al cabo Souto para decirle que había llegado el señor Steiner. Souto salió a toda prisa hacia Lires. Catorce minutos después llegaba a Casa Lourido. Delante de la entrada había un Mercedes negro de alta gama aparcado, con dos hombres con aspecto de escoltas apoyados contra un lateral. Souto iba de uniforme. Los hombres se enderezaron y lo saludaron. Él les hizo un gesto impreciso y entró. El señor Steiner estaba sentado en el salón de la chimenea charlando con su hijo y Verónica Lago.

Jacob Steiner era un hombre de unos sesenta años, pelo blanco, una calva reluciente y aspecto de banquero. Iba vestido con un terno azul marino, camisa blanca y corbata gris. No parecía que el verano tuviera nada que ver con su vestimenta, que sin duda sería la misma en invierno. Al ver entrar al cabo Souto se levantó y lo saludó con marcada deferencia. Hablaba bastante bien español. Souto correspondió al saludo, abrazó a Jacques y le dio al padre la enhorabuena por la rapidez con la que su hijo había sido liberado, sano y salvo. El señor Steiner le preguntó cómo estaba David Natan.

—Acabo de verlo hace un momento —dijo Souto—. Le dispararon en la cabeza, por detrás. No tuvo tiempo de ver a los asaltantes. Era de noche y los secuestradores surgieron de la oscuridad mientras él vigilaba a su hijo y a su novia, que paseaban por la playa. No pudo hacer nada. Era él solo contra tres. Si quiere, puedo enseñarle el lugar donde ocurrieron los hechos, está aquí al lado. El estado actual de David es grave, pero no se teme por su vida. Lo primero que hizo cuando se despertó fue preguntar por Jacques y por Rosalía.

—Comprendo —dijo Steiner—. Nunca pensé que ocurriría algo así. David viajaba más como acompañante y asistente que como verdadero escolta. Ni siquiera iba armado.

—Si lo desea, podemos acercarnos un momento al hospital a verlo. Está a unos diez minutos de aquí. Sabe que usted llegaba esa tarde.

—Me gustaría verlo, papá —dijo Jacques.

—Muy bien, pues vamos. —Steiner se volvió hacia el cabo Souto y le dijo—: He venido en un avión de nuestra organización y me gustaría volver a Amberes esta misma tarde. Supongo que no habrá ningún inconveniente.

—No señor. Es probable que más adelante el juzgado de Corcubión cite a su hijo para declarar, pero ya hablaremos de eso cuando ocurra. Su hijo Jacques y usted pueden marcharse cuando quieran. En cuanto a David, lo mantendremos informado de su evolución.

—¿Tienen ya alguna idea de quiénes cometieron el secuestro?

—Verá, señor Steiner—dijo el cabo Souto muy serio—, usted decidió no acudir a la policía ni a la Guardia Civil cuando los secuestradores se pusieron en contacto con usted y le pidieron el rescate. Lo comprendo perfectamente, aunque no comparta su decisión. Comprendo que usted pensara que, si hablaba con nosotros, pondría en peligro la vida de su hijo. Creo que se equivocó. Afortunadamente, tuvo suerte y liberaron a Jacques. Pero creo que se equivocó porque, si hubiera acudido a nosotros, no solo su hijo no habría corrido más peligro, sino que nos habría sido más fácil dar con los secuestradores. Somos profesionales, señor Steiner, tenemos mucha experiencia en materia de secuestros y no hacemos las cosas a la ligera. Créame, la vida de un rehén es nuestra prioridad en un secuestro.

Jacob Steiner escuchaba con mucha atención al cabo Souto, que continuó:

—No se lo reprocho. Ya le he dicho que lo comprendo. Ahora me pregunta si sabemos algo de los secuestradores. Sí. Sabemos algo. Es más, estoy convencido de que pronto los encontraremos. No solo a quien tuvo encerrado a Jacques, sino a quienes lo organizaron. Hacemos nuestro trabajo.

—Discúlpeme usted, cabo Souto. Un padre piensa de modo distinto a la policía. Tiene que comprender.

—No se preocupe —lo cortó Souto—. Ya le he dicho que lo comprendo. Dejémoslo. Ahora que Jacques está con usted, le agradecería que me contara con todo detalle qué ocurrió exactamente, cuántas veces lo llamaron, qué le dijeron, como se hizo la entrega del rescate y cualquier otra cosa que pueda facilitarnos la búsqueda de los secuestradores. ¿Lo hará usted?

—Por supuesto. Supongo que no sabrá que el rescate consistió en cierto número de diamantes de gran valor.

—Cincuenta, ¿no es eso? —le dijo Souto.

Steiner se mostró muy sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso qué importa. Lo que quiero es, como le acabo de decir, que me dé todos los detalles relativos a las llamadas y a la entrega de los diamantes. Es muy importante para avanzar en nuestra investigación. Por mi parte, le prometo contarle, cuando los secuestradores estén en la cárcel, cómo los encontramos. ¿Le parece bien?

El señor Steiner sonrió. Mientras iban al hospital para ver a David Natan, le contó cómo los secuestradores se habían comunicado por medio de mensajes, sin darle ninguna oportunidad de negociar. También le explicó las condiciones de entrega de los diamantes en un parque de Santiago, el viaje de un empleado de su firma para llevarlos en una bolsita y cómo no se había dado cuenta al principio de en qué momento se los habían quitado del bolsillo.

—Supongo que no sería en el parque —dijo Souto— donde se los quitaron.

—¿Por qué lo dice?

—Porque los secuestradores no son tontos. Tuvieron que quitárselos antes, por temor a que el parque estuviera vigilado.

—No podía estar vigilado porque la policía no sabía nada.

—Eso es lo que usted cree, señor Steiner. —Souto hizo una pausa y añadió—: Lo más probable es que fuera a la salida del aeropuerto.

—Sí, señor. Allí tuvo que ser. Según me contó mi empleado, tropezó con unas señoras de la limpieza y piensa que tuvieron que ser ellas.

—No me diga más —dijo Souto.

—No se imagina por lo que tuve que pasar hasta que, en la madrugada del viernes, me llamó mi abogado de Madrid para decirme que habían liberado a Jacques y unos minutos después, me llamó

usted. No sé cómo Bermúdez se enteró antes.

—No se enteró antes. Lo avisó su sobrino César Santos, el detective que había enviado aquí. A Santos, que es amigo mío, lo llamó mi mujer para decírselo, mientras yo iba a toda prisa a recoger a Jacques a Touriñán; Santos llamó a su tío y el tío lo llamó a usted. Por eso se me adelantó. No quise llamarlo mientras conducía porque es una carretera estrecha y llena de curvas; hablar por teléfono sería una imprudencia. Además, quería ver personalmente al chico y comprobar su estado antes de llamarlo a usted.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Capítulo VII

Tarde del viernes

Los belgas se marcharon después de hacer una visita a David Natan. Jacob Steiner dejó instrucciones al abogado Félix Bermúdez para que su empleado fuera atendido en todo lo necesario. Él se hacía cargo de los gastos hospitalarios, de la habitación de Casa Lourido y del billete de avión para su repatriación cuando le dieran el alta. El cabo José Souto se sintió aliviado y dispuesto a iniciar sus investigaciones sin tener que atender a varios frentes a la vez. Informó al capitán Corredoira de su programa para los próximos días:

. Investigar a la pareja de andaluces.
. Interrogar de nuevo a Rosalía Docampo.
. Buscar la camioneta blanca.
. Indagar sobre la personalidad y negocios de Andrés Docampo.
. Investigar en el supermercado de Corcubión.
. Investigar a las empleadas de la limpieza de Lavacolla.

José Souto pensó que ya nada corría prisa y que podría descansar el fin de semana tranquilamente, recuperar el sueño perdido y reiniciar la investigación el lunes siguiente.

* * * * * * *

En el chalé de Bastiagueiro, los dos hombres tomaban sendos whiskies sentados junto a la puerta del salón que daba al jardín. La casa hacía sombra sobre la terraza y el césped. A su izquierda la vista abarcaba toda la bahía de A Coruña y, más allá, la silueta oscura de la Torre de Hércules se recortaba al norte contra el cielo anaranjado del atardecer. A la derecha, las playas de Santa Cruz y Mera. Una hermosa tarde de julio.

Sonó el teléfono. El más joven respondió y puso el teléfono en modo altavoz.

—¿Novedades?

—Poca cosa —contestó la voz grave y algo ronca de Mouriño—. El viejo ha venido desde Amberes en su jet privado a recoger al chaval; me han avisado del aeropuerto. Sigo pensando que nos quedamos cortos.

—Lo hecho, hecho está.

—Bien. La Guardia Civil anda detrás de los andaluces. No me gusta nada. Podrían descubrir que lo del Camino de Santiago era una coña.

—¿Por qué crees que sospechan? —dijo el más viejo.

—Porque eran los únicos que sabían lo que iba a hacer la pareja aquella noche. Porque les puede

parecer raro que se unieran a ellos sin venir a cuento. Porque no tienen a nadie más de quién sospechar. Por todo eso.

—¿Y…?

—Esos chavales tienen que desaparecer del mapa durante una temporada. No me gustaría que los fueran a buscar, los interrogaran y se fuesen de la lengua. ¿Están ustedes seguros de que sabrán tener la boca cerrada? Y tampoco me fío de que nadie los viera el lunes por la noche salir o volver a su hotel.

—¿Cómo quieres que estemos seguros? —dijo el más joven—. Es de suponer que sabían lo que hacían. Haremos todo lo posible para que no los encuentren, por lo menos durante unos meses. Y tú, ¿estás seguro de Antoliano? Ya sabemos que es de fiar, pero no debía de haber hecho lo que hizo con su propio furgón. Fue arriesgado.

—Hay montones de Renault Trafic y la matrícula era falsa. No veo dónde está el riesgo.

—El cabo de la Guardia Civil de Corcubión es un tipo listo –dijo el más viejo—. Lo sé muy bien.

—¡Qué dices! ¡Una mierda de cabo del puesto de Corcubión! Esa es la última de mis preocupaciones. Bien, ¿qué hacemos con los diamantes extra? No podemos dejar que el tema se enfríe o que el viejo cambie de opinión. Ahí puede haber más de un cuarto de millón de euros. Es una buena propina.

—Pensaremos algo y te llamaremos. Si se te ocurre algo a ti, llámanos.

El cabo José Souto reunió a sus colaboradores antes del fin de semana para recabar información y organizar los siguientes trabajos.

Orjales le confirmó que los andaluces se habían alojado en el Hotel Insua de Cee la noche del martes y habían salido por la mañana, a las nueve y media, en dirección Santiago. Él había ido también el miércoles hasta Sarriá y Piedrafita preguntando en todos los albergues de peregrinos por la pareja, pero en ninguno había constancia de que se hubieran alojado ni sellado la credencial. Lo sorprendió especialmente no haberlos adelantado por la carretera de Cee a Santiago, pues ellos iban en bici y habían salido solo media hora antes que él. En cuanto a las camionetas Renault Trafic, tenía una lista y estaba haciendo las verificaciones necesarias.

—¿Has mirado en los albergues y pensiones de Muxía? Pudieron que dormir allí la noche del domingo —le preguntó Souto.

—No, jefe —contestó Orjales—. Pero lo verificaré.

—¿Hablaste con Rosalía Docampo, como te encargué?

—Sí, jefe. Se me olvidó decírtelo. No se acordaba de dónde habían iniciado el recorrido del Camino. Sabía que lo habían comentado, pero no lo recordaba. Le parecía que había sido por Piedrafita, pero no estaba segura.

Verónica Lago le preguntó al cabo:

—¿Cree que esos chicos pudieron ser los que dispararon al escolta y secuestraron a Jacques?

—Creer es mucho decir —contestó Souto—. Pero piensa, Vero, pensad todos. Por lo que acaba de decir Orjales, no hay constancia de que los andaluces se alojaran en los albergues que hay desde Piedrafita hasta aquí. Es extraño que una pareja de jóvenes peregrinos se aloje en el mejor hotel de Cee, en vez de hacerlo en los albergues. Orjales no se los encontró en la carretera de Cee a Santiago, por donde debían circular en bici, según nos dijeron, para ir a coger el tren a Málaga. Y, sobre todo, eran los únicos que sabían que aquella noche del lunes, Jacques y Rosalía iban a dar un paseo hasta la playa de Lires después de cenar. Eso, sin contar con que la dueña de As Eiras oyó llegar un coche a las dos de la madrugada y a alguien entrar en una de las cuatro habitaciones del primer piso, donde

ellos se alojaban. Y también se da la coincidencia de que tanto Rosalía como Jacques vieron a los secuestradores y dicen que podían ser una pareja, que eran de estatura y complexión similar a la de los andaluces y que no abrieron la boca, es de suponer que para no ser reconocidos. Media docena de coincidencias sospechosas. ¿Qué os parece?

Tras el silencio significativo de sus colaboradores, el cabo Souto empezó a repartir órdenes. A Aurelio Taboada le pidió que se enterase de quiénes eran las mujeres de la limpieza que estaban de servicio en el aeropuerto de Lavacolla el jueves por la mañana cuando llegó el vuelo de Iberia IB5507. Que hablara con ellas y averiguase lo que pasó.

Verónica Lago debía ir al supermercado «La Abuela María» de Corcubión y averiguar quién compró en los últimos días unas botellas de leche y de agua mineral y unos sándwiches.

Los colaboradores del cabo José Souto se fueron cada uno por su lado a preparar su trabajo. El cabo Souto llamó a Rosalía Docampo, se interesó por su recuperación y le pidió que tratara de recordar cualquier cosa sobre los andaluces que le pareciera rara. Después le pidió que le pasara a su padre, si andaba por allí. Era viernes por la tarde y Andrés Docampo estaba en casa. Se puso al teléfono.

—Dígame, cabo Souto —. Fue su saludo, con una voz decidida y autoritaria.

—Señor Docampo, buenas tardes. En realidad solo quería saber cómo estaba su hija, pero ya que lo tengo al teléfono, me gustaría preguntarle una cosa. Quisiera saber si tiene usted alguna relación, por lejana que sea, con el señor Steiner. Quiero decir si alguien de su entorno, de sus relaciones empresariales o negocios, ha tratado alguna vez con ese señor o con alguna empresa de Amberes que negocie con diamantes.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque estoy tratando de averiguar quién sabía, aparte de su familia, que su hija Rosalía salía con Jacques Steiner y que estaban haciendo juntos el Camino de Santiago. En principio, suponemos que solo los dos muchachos andaluces que conocieron el lunes por la mañana en Muxía sabían que iban a dar un paseo después de cenar por la playa de Lires. Eso es ya algo muy importante y que bastaría para hacerlos sospechosos. Pero tratamos de averiguar quién más sabía que su hija y el hijo del señor Steiner viajaban juntos, porque como usted puede suponer, un secuestro no se improvisa y esos dos jóvenes no pudieron haberlo organizado por su cuenta. Estamos buscando por el lado de Steiner y, por eso, me gustaría buscar también por el suyo, señor Docampo. Por eso, también le agradecería cualquier información o sospecha que pueda usted tener sobre gente de su entorno que sepa quién es el señor Steiner y que su hijo viajaba por España. No hace falta que me conteste ahora mismo. Solo le pido que me informe de cualquier cosa que crea que pueda ayudarnos a encontrar a los secuestradores.

—Entiendo, cabo. En este momento no se me ocurre nada que pueda interesarle, pero lo pensaré con calma. Tiene usted mucha razón. Alguien tenía que saber que el hijo de ese señor andaba por aquí con mi hija para planear su secuestro.

—Me alegro de que me comprenda y le agradezco su ayuda.

—¿Han detenido a esos andaluces?

—No.

—Pero, supongo que sabrán quiénes son, ¿no?

—Sí.

—Disculpe mi curiosidad, cabo Souto, pero ¿por qué no los han detenido? Si son los únicos que sabían que mi hija y el belga iban a pasear aquella noche por allí, como me acaba de decir, no cabe duda de que tienen algo que ver.

—No le he dicho que lo sean, señor Docampo, le he dicho que, en principio, suponemos que lo son. También podría haber alguien más en el restaurante aquella noche, por ejemplo, que estuviera siguiendo a su hija y al belga en espera de la oportunidad.

Docampo se quedó callado durante unos instantes. El cabo Souto no estaba dispuesto a darle explicaciones sobre lo que la Guardia Civil hacía o dejaba de hacer respecto a la pareja sospechosa. Simplemente trataba de conocer la disposición del padre de Rosalía respecto a la investigación para descubrir a los secuestradores. En el fondo, el cabo no estaba tan seguro de que, directa o indirectamente, Andrés Docampo no estuviera relacionado con el secuestro, pues de alguna manera había tenido que llegar la información sobre el nuevo novio de su hija a oídos del cerebro de la operación. Incluso quizá sin que el propio Docampo se diera cuenta.

Domingo

El agente Orjales era joven y bastante desinhibido. La mayoría de la gente se asustaba cuando se presentaba como miembro de la Guardia Civil, vestido como un macarra y sin afeitar. Siempre tenía que enseñar su identificación y dar alguna explicación para justificar su aspecto. Planificó su trabajo empezando por Muxía, la bonita localidad que tanto atrae a los turistas, a unos quince kilómetros de Cee. Allí no encontró ningún rastro de los andaluces en ninguno de los seis albergues de peregrinos que visitó. Era sorprendente, puesto que por la mañana del lunes estaban a la puerta del hotel donde se alojaban Jacques y Rosalía, en la salida de Muxía hacia Lires. Antes de mediodía, ya estaba de nuevo en Corcubión.

El siguiente paso era encontrar la Renault Trafic. El cabo Souto le había dicho que, según Jacques, olía a pescado. Dedujo que podría pertenecer a alguien que trabajara en el puerto. Fue a la lonja de Cee y preguntó. Allí le informaron de cuatro furgonetas de esa marca pertenecientes a pescadores y vendedores. Tomó nota y fue al puerto de Corcubión. Un patrón de pesca local le dijo que conocía dos intermediarios que tenían furgonetas Renault Trafic blancas. Gente que compra en la subasta y luego vende a restaurantes. Le dio dos nombres. Orjales volvió al cuartelillo para buscar a aquellos seis propietarios. A las ocho de la tarde, cuando terminaba su turno, ya tenía las seis direcciones. Dejó para el día siguiente su búsqueda.

Era domingo, pero como tenía guardia y pensó que sería más fácil encontrar a la gente en su casa, se dedicó a llamarlos a todos. La pregunta era sencilla: ¿Tiene usted una furgoneta Renault blanca? La contestación solía ser: «¿Por qué me lo pregunta?». Entonces se presentaba como agente Orjales, de la Guardia Civil de Corcubión, y hacía una segunda pregunta: «¿Podría decirme si la utilizó en la noche del lunes pasado? Hay una reclamación por un perro atropellado a medianoche cerca de Corcubión y un testigo afirma que se trataba de una furgoneta Renault Trafic blanca. Usted no tendría de qué preocuparse aunque lo hubiera atropellado, la culpa es del dueño del perro. Solo queremos saber si es verdad o se lo ha inventado para reclamar algo. ¿Comprende?».

El resultado fue de cinco noes y un sí. Antoliano Fraga había decidido decir que sí, que había salido de noche el lunes, porque pensó que varias personas lo habían visto y si la Guardia Civil se enteraba, le sería más difícil explicar por qué había mentido. En cambio, al reconocerlo daría la impresión de que no tenía nada que ocultar.

Orjales fue a verlo. Le tomó los datos: Antoliano Fraga, de cuarenta y dos años, soltero, antiguo marinero y actualmente tratante de pescado, con domicilio en Corcubión. Le volvió a contar la historia del perro atropellado bromeando sobre la poca seriedad de la gente que deja un perro suelto de noche y luego se queja si lo atropellan en la carretera. Cuando notó que el hombre estaba relajado y confiado, le preguntó, como sin darle ninguna importancia:

—¿Adónde iba usted con la camioneta por la noche? ¿A tomar una copa?

Antoliano no se lo esperaba. Se había creído lo del perro y se quedó dubitativo un momento. Tosió, carraspeó y se rascó la cabeza para ocultar su sorpresa.

—Verá usted, mi abuelo está ingresado en Cee porque lo atropelló un coche el mes pasado. El pobre viejo está sordo como una tapia y cruza la carretera sin mirar. Yo voy un par de veces por semana a su casa, en Duio, para dar de comer a las gallinas y echar un vistazo. Voy por las noches, antes de acostarme. Pero, si le digo la verdad, no recuerdo haber atropellado a ningún perro. Sería un perro pequeño, supongo.

Orjales le dio las gracias y se despidió. Como no tenía otra cosa que hacer, se acercó a San Vicente de Duio, parroquia de Fisterra de unos cuarenta habitantes, a menos de diez minutos del cuartelillo. Su pequeña iglesia de piedra, con los laterales encalados y una espadaña muy airosa con dos campanas, el típico crucero en el atrio y el cementerio a un costado. Dejó el coche en la placita, junto a la iglesia, y se acercó a un banco en el que estaban sentados un par de ancianos, que habían observado todos sus movimientos como si fuera un extraterrestre recién llegado, pero sin mostrar la menor sorpresa. Se acercó y dijo que era guardia civil. Los ancianos lo miraron de arriba abajo dándole a entender que les importaba un comino lo que fuera. Él les preguntó:

—¿Saben ustedes donde está la casa de un señor de aquí que está en el hospital de Cee porque lo atropelló un coche hace poco?

Los ancianos se miraron el uno al otro con un gesto indescifrable, luego miraron a Orjales y, finalmente, uno de ellos levantó el brazo y señaló la pista que salía de la plaza hacia la ría.

—La primera casa antes del pinar —dijo uno—. ¿Se ha muerto?

—No, no —dijo Orjales—. No que yo sepa. ¿La primera casa?

—La primera y la única —contestó el otro viejo.

—¿Conocen ustedes a Antoliano Fraga, su nieto?

—¿Ha hecho algo malo?

—No. Solo quiero saber si lo conocen.

—Sí —dijo uno de los ancianos.

—Creo que viene por aquí a cuidar las gallinas y vigilar la casa de su abuelo.

—Vendrá.

—¿Lo han visto esta semana? —dijo Orjales.

Los viejos volvieron a mirarse, inexpresivos.

—No —dijo el primero.

—Es que viene de noche —dijo el otro.

—¿Pero lo han visto o no?

—Yo, no —dijo el viejo.

—Entonces, ¿cómo sabe que viene de noche?

—Lo han visto. Esta semana vino varias veces.

—¿Quién lo ha visto?

—Mi mujer —dijo uno.

—Y mi hija —dijo el otro.

El trabajoso diálogo duró bastante rato, Orjales se divertía con aquellos dos ancianos a los que tenía que ir sacando la información con sacacorchos, como si quisieran alargar su presencia para combatir el aburrimiento. Por fin consiguió hablar con la hija de uno de ellos, que vivía allí mismo. Era una mujer de unos sesenta años, buen aspecto de aldeana sana y fuerte, que conocía al cabo José Souto. Se llamaba Adelina. A las preguntas de Orjales, contestó con mucha precisión. Antoliano

había estado en la casa de su abuelo varias veces el lunes, por la mañana y por la tarde. El martes, vio su furgoneta parada delante de casa sobre las ocho de la noche. También la vio llegar el miércoles a media tarde. Adelina dijo que el jueves por la noche, ya tarde, después de cenar, lo había visto pasar hacia su casa, pero no sabía cuánto tiempo había estado allí ni lo oyó marcharse porque se fue a dormir.

—O sea —dijo Orjales— que Antoliano viene mucho a casa de su abuelo desde lo del accidente.

—No, señor. Yo, hace cosa de un mes que no lo veía por aquí. Siempre viene su tía Herminia a ocuparse de la casa y las gallinas. Un vez cada quince días o así. Cuando su padre estaba en casa, antes del accidente, venía una vez a la semana. A lo mejor está enferma o se habrá ido a algún sitio, por eso habrá venido él.

Orjales le dio las gracias y se fue. Estaba seguro de que aquella información iba a interesarle al cabo Souto. Quizá fuera una casualidad, pero las idas y venidas del tal Antoliano Fraga a la casa vacía de su abuelo eran muy sospechosas. Al salir de Duio, Orjales fue hasta la casa y se quedó delante durante un rato observándola. Un lugar aislado, muy adecuado para esconder a alguien. Por allí no pasaba casi nadie que no fuera de la aldea. Claro que la gente de las aldeas se fija en quién va y quién viene y detecta, incluso involuntariamente, los movimientos de sus vecinos. Era algo que probablemente Antoliano no había tenido en cuenta.

Aquel mismo domingo, por la mañana, Julio César Santos llamó al cabo José Souto para preguntarle si le apetecía ir a merendar con Lolita a su finca por la tarde. Fue idea de Marimar, que ya empezaba a moverse por la casa de su novio como si fuera suya, gracias a lo cual, César Santos no tenía que ocuparse de nada. No es que antes se ocupara de mucho, para eso estaban Remigio y Aurora, pero con Marimar de organizadora ni siquiera tenía ya que molestarse en dar instrucciones. Estaba encantado. Mientras hablaban por teléfono, Santos aprovechó para preguntarle a su amigo algunos detalles sobre el secuestro y enterarse de por dónde iba la investigación. José Souto le contó algunas de las cosas que había averiguado, ya que el intercambio de información era algo que habían convenido anteriormente.

El cabo Souto y Lolita llegaron a las siete. Hacía una tarde muy agradable y se instalaron en la galería, con los ventanales abiertos. Mientras Loli y Marimar charlaban de pie a la entrada de la galería sobre cómo habían crecido en los últimos años los árboles del parque y las hortensias del porche que tenían delante, el cabo y el detective se sentaron a tomar una cerveza en las cómodas butacas de mimbre con sus mullidos cojines de flores.

—He estado pensando —le dijo Santos al cabo Souto— en el secuestro de Steiner. La verdad es que parece raro que en un sitio tan recóndito como Lires se haya producido el secuestro del hijo de un millonario belga.

—Veo que te sigue preocupando el asunto.

—No me preocupa, pero no olvides que es la razón por la que estoy aquí.

—Bueno, no parece que te hagan falta muchos pretextos o razones para venir últimamente.

La intencionada ironía del cabo Souto, referida al reciente noviazgo del detective y la procuradora no hizo mella en Santos, que estaba acostumbrado a las puyas de su amigo e hizo como que no lo había oído.

—Como te decía, estuve dándole vueltas al asunto y creo que no puede ser una casualidad. Más bien creo que tuvo que ser algo preparado; me refiero a la localización, a que lo hicieran aquí, en Galicia.

—¿Por qué?

—Porque se supone que un secuestro de esas características y con un rescate millonario en diamantes no se les ocurre a unos paisanos de la aldea. No me creo que el dueño de una furgoneta que huele a pescado y un par de chavales andaluces lo hayan organizado ellos solitos, aunque el chico hubiera estado escondido por aquí cerca, lo que es evidente según me has contado.

—Yo no te he dicho dónde lo tuvieron escondido, entre otras razones porque no lo sé.

—Ya, pero si estaba a media hora del cabo Touriñán, debía de estar a un minuto del puesto de la Guardia Civil —contraatacó Santos, molesto por el comentario.

—Eso suponiendo que fuera media hora hacia el sur, pero podía estar a media hora hacia el norte, por Muxía o Camariñas.

—¿No me dijiste esta mañana que habían comprado los sándwiches en Corcubión?

Souto no le contestó y bebió un largo trago de cerveza. Santos continuó:

—Lo que pienso es que tiene que haber un cerebro de la operación, alguien informado y con medios suficientes para organizar el secuestro y cobrar el rescate. Alguien, además, que entienda de diamantes, a juzgar por el mensaje en el que pedían el rescate, ¿no te parece?

—Pues claro, César, eso cae de cajón. ¿Es todo lo que se te ha ocurrido?

—No, Pepe, no es todo lo que se me ha ocurrido. Te noto bastante escéptico en cuanto a lo que yo pueda pensar y me parece que tienes mala memoria.

—¿A qué viene eso?

—Recuerda. Hace unos años, tú y yo trabajamos en un caso del que, por cierto y con razón, guardo un pésimo recuerdo, en el que estuvo implicado un pez gordo gallego. ¿Sigues sin acordarte? Yo lo investigaba para el despacho de mi tío y tú buscabas a los asesinos de un hombre que tiraron al mar desde su yate[4].

—¡Coño! —exclamó el cabo Souto saltando en la butaca— ¡Claro! ¡Los diamantes! El señor Vilacoba.

—En eso es precisamente en lo que estaba pensando —dijo Santos triunfante—. Parece que lo vas pillando. Para buscar a los organizadores del secuestro en Galicia, no hace falta ir a Bélgica, sino que es necesario buscar aquí. Porque es aquí donde hay que llevarlo a cabo, encontrar un sitio donde esconder al secuestrado, contratar cómplices y preparar el cobro del rescate, que se hizo en Santiago. Es aquí donde hay que buscar a alguien que conozca o sepa quién es Jacob Steiner y que supiera que su hijo tiene una novia gallega e iba a hacer el Camino de Santiago con ella.

—Sí, señor, tienes razón. Es verdad que, de vez en cuando, tienes alguna idea brillante. Debo reconocerlo.

—Gracias —contestó con aire indiferente el detective—. Y se me ocurre algo más, Holmes. Puede ser que alguien relacionado con el mundo de los diamantes, como el señor Vilacoba, supiera que el hijo del mayor tratante de diamantes de Amberes iba a hacer el Camino de Santiago con su novia, una chica gallega. Pero también puede ser que una chica gallega conocida por el señor Vilacoba, se hiciera novia del hijo del mayor tratante de diamantes de Amberes para hacer el Camino de Santiago con él, llevarlo al sitio adecuado en el momento oportuno para secuestrarlo y pedir un sustancioso rescate en diamantes. ¿Qué me dices?

Antes de que José Souto tuviera tiempo de contestar a César Santos, Marimar y Lolita se les acercaron. Marimar dijo:

—¿Podemos empezar o vais a seguir hablando de trabajo en domingo y ningunearnos como si no existiéramos? Estoy haciendo un gran esfuerzo para no decir tacos, cariño, pero me lo estás poniendo jodidamente difícil.

Lolita, como siempre, intervino para rebajar la tensión y soltó una sonora y alegre carcajada.

—Bien dicho, Marimar —dijo—. Parece que no saben hablar de otra cosa.

César se levantó, le dio un rápido beso en la mejilla a su novia y le dijo:

—Perdona, querida, pero como no veía llegar la merienda por ningún lado y vosotras estabais de cháchara ahí fuera, intentaba que Pepe no se aburriera. ¿Vamos a merendar ya o qué?

El cabo Souto se echó a reír, lo que impidió que Marimar soltara una retahíla de improperios. Ella, muy en su papel de anfitriona, pulsó un botón disimulado junto la jamba de la puerta y acercó el carrito de las bebidas. A los pocos segundos apareció Aurora con una enorme bandeja llena de pinchos variados. Las mujeres se sentaron en torno a la gran mesa de cristal, de hierro forjado con volutas y espirales, en la que la cocinera fue depositando, uno a uno entre los vasos, las copas, las servilletas y los cubiertos, los platitos con los pinchos. Luego, echó una mirada para comprobar que no faltaba nada y se dio la vuelta con la bandeja vacía. Marimar la miró sonriendo y le dijo:

—Gracias Auroriña, esto tiene muy buena pinta.

—Luego hablamos de lo que me acabas de decir —le dijo en voz baja Souto a su amigo.

Marimar, que lo oyó, preguntó:

—¿Qué es eso tan importante de lo que tenéis que hablar luego? ¿No podemos oírlo nosotras?

—Venga, Marimar —dijo el cabo Souto—, no empieces. Son cosas de nuestro trabajo y supongo que no os interesan. Era algo que me dijo César y que me parece interesante, solo eso.

—No me toques los cojones, Pepe —le soltó Marimar enfadada y sin poder contenerse—. Os invito a merendar para pasar un rato agradable los cuatro juntos y vosotros dos os liais con vuestros secretitos supuestamente profesionales. Desde que nos conocimos, Pepe, cuando atracaron la Caja de Ahorros de Cee, hasta hace poco, cuando el crimen del puente, ¿cuántas veces te he dado información importante sobre casos en los que no tenías ni puta idea de lo que estaba pasando? No me vengas ahora con gilipolleces. O hablamos todos del secuestro de ese chico belga o háblalo tú solo en el cuartelillo con tus colegas en horas de trabajo.

—Querida —dijo César Santos—, no la tomes con Pepe. No es para tanto. Vosotras estabais hablando de vuestras cosas ahí, en la puerta de la galería, y nosotros de las nuestras. No hay ningún secreto ni nada que no queramos compartir. Solo le estaba comentando algo que se me ocurrió sobre el secuestro, una posibilidad.

Marimar se calmó un poco y le contestó:

—Venga, pues cuéntanoslo a nosotras. Seguro que es algo interesante.

—Le decía —siguió Santos—, aunque es solo una suposición sin fundamento, que podría ser que el noviazgo de esa chica de Pontevedra con el hijo del millonario belga no fuera una simple coincidencia, sino algo preparado con el fin de traer al chico a Galicia y secuestrarlo aquí.

—¡Madre mía! —exclamó Lolita—, qué cosas se os ocurren.

—Podría ser que —continuó Santos— la chica conociera casualmente a ese chico en sus viajes o donde fuera…

—Se conocieron en un viaje del plan Erasmus —lo interrumpió el cabo Souto, que no se había inmutado con la filípica de Marimar porque la conocía muy bien y tenían mucha confianza.

—Bien, pues eso —siguió Santos—. Se conocieron de modo normal. Pero mi idea, quizá totalmente absurda, es que ella pudo haber contado en su entorno, hablando con su padre o vete a saber con quién, que salía con el hijo de un millonario del mercado de los diamantes. Eso es algo que llama la atención. Y, a partir de ahí, alguien pudo tener la idea de aprovecharse para organizar el secuestro. No sé ni quién ni cómo, es solo una posibilidad que estaba comentando con Pepe cuando llegó la merienda. Y él me dijo que ya lo hablaríamos.

—Exacto —confirmó el cabo Souto—. De eso hablábamos hace un momento, cuando te has puesto hecha una furia, Marimar. Pero no te preocupes. Cambiamos de conversación.

—¿Quieres decir que esa chica —dijo Marimar, que ya no parecía enfadada— pudo haberse hecho novia del belga a propósito para secuestrarlo?

—No me escuchas. Dije que pudo ser eso o que alguien que se hubiera enterado casualmente se hubiese aprovechado para organizar el secuestro.

—¿Sin saberlo ella?

—Sí. Sin saberlo ella. La prueba es que le partieron un labio y dos dientes de un culatazo. No es algo que se haga con un cómplice, ¿no crees?

Marimar se quedó un rato pensando y no contestó al cabo Souto. Luego se volvió hacia César Santos y le preguntó:

—¿Es eso lo que piensas que pudo pasar?

—Es una posibilidad, querida. Una posibilidad que explicaría muchas cosas. No conozco a la familia de Rosalía. No sé con qué mundo se relaciona su familia ni quién es su padre. Lo único que digo es que, en una investigación, hay que analizar todas las posibilidades y esa es una de ellas. Por eso se lo comentaba a Pepe. Quizá él te pueda decir algo más.

Marimar miró fijamente a Pepe Souto, que acababa de meterse en la boca un pincho, delicioso a juzgar por su placentera expresión. Él la miró, tragó el pincho, le sonrió y dijo:

—Estamos investigando por ese lado.

—Si pensáis que va a soltar prenda —dijo ella mirando a los demás—, vais de culo. Perdón.

A pesar del comentario de Marimar, las dos parejas pasaron el resto de la tarde hablando del tema del secuestro, formulando hipótesis y teorías cada vez más fantasiosas, a medida que la cerveza, el vino y, luego, las copas, fueron desatando su imaginación. Solo les faltó sospechar de ellos mismos en alguna de las múltiples posibilidades, algunas de ellas disparatadas, que pasaron por sus mentes y afloraron en las conversaciones.

Capítulo VIII

Domingo por la noche

De nuevo sonó el teléfono en el chalé de la playa de Bastiagueiro. Los dos hombres estaban jugando al billar en la biblioteca, donde los libros, comprados por metros lineales de estantería, eran meramente decorativos.

—¿Novedades? —dijo el más joven al descolgar sabiendo quién llamaba.

—Nada especial —dijo la voz grave y algo ronca.

—¿Y que no sea especial?

—El guardia civil de Corcubión sospecha de los andaluces. Piensa que son los únicos que sabían dónde estaba la pareja la noche del lunes pasado.

—Claro, ¿cómo no iban a saberlo? —El hombre se rio—. Ya nos lo habías dicho. No parece un gran descubrimiento. ¿Algo más?

—Sí. Otro guardia fue a ver a Antoliano y le preguntó si tenía una camioneta Renault Trafic blanca.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Me has oído?

—Sí. Te he oído y no me gusta nada.

—Ni a mí. No sé cómo han dado tan pronto con él. Hay muchas iguales en Galicia.

—Ya. Pero han ido a hablar precisamente con él, ¡joder! ¿Qué le preguntaron?

—Que si había atropellado un perro o una chorrada parecida la noche del lunes. Nada que ver con lo otro. ¡Ah! Y que a dónde iba aquella noche tan tarde.

—¿Qué dijo?

—Que había ido a dar de comer a las gallinas a la casa del abuelo, que está ingresado. No parece que la cosa vaya a más.

—Lo del perro me suena a disculpa para que no sospeche nada. ¿Te dijo algo más?

—No. De todas formas, ya sabes que Antoliano es de fiar. No va a meter la pata ni, mucho menos, a irse de la lengua. Lleva años con nosotros y nunca nos ha fallado.

—No es cuestión de confianza. Es cuestión de inteligencia. Antoliano es leal, pero tiene pocas luces. Si la Guardia Civil lo engaña y lo enreda, puede caer en una trampa. Tienes que insistirle en que tenga mucho cuidado con lo que dice. Si los guardias vuelven a hablar con él, que se haga el tonto y que repita siempre lo mismo. Si mete la pata, todo puede irse al carajo. Haz una cosa. Envíale esta misma tarde a Ferreiro, el abogado. Que vaya a verlo y lo aleccione. Que le explique lo que tiene que decir o no decir. Si lo detienen mañana ya será demasiado tarde porque la Guardia Civil no va a

dejar que hable con su abogado. Llámalo ahora mismo.

—¡Es domingo!

—No me jodas, Mouriño. Que Ferreiro vaya a su casa esta misma noche y hable con él. Para eso le pagamos. ¿Entendido?

—De acuerdo, ahora lo llamo.

—Y los andaluces, que desaparezcan. Tienen que desaparecer ya porque estoy seguro de que la Guardia Civil de Corcubión hablará con la de Málaga, si no lo ha hecho todavía, y los tendrán controlados. ¿Les has pagado?

—La mitad.

—Pues que se larguen de la ciudad, lo más lejos posible durante una temporada y que tengan mucho cuidado cuando se gasten el dinero. La mitad ya es mucho. Eso es lo primero que la pasma va a mirar si los encuentra y, como tienen sus datos, no les será difícil vigilarlos. Por eso es esencial que cambien de sitio con frecuencia. Lejos de Málaga y de Andalucía.

—Vale. —La voz grave y algo ronca de Mouriño cambió de tono—. ¿Qué pasa con los diez garbanzos que faltan? ¿Han pensado ya en algo?

—Sí. Vamos a decirle al viejo que los envíe por mensajero en un paquete como un libro a un apartado de Correos que hemos contratado en la oficina de Betanzos a nombre de un tío que murió hace tiempo. Tenemos un empleado de confianza allí. Lo recogerá en cuanto llegue. Si vigilan la oficina, pueden esperar sentados a que alguien se presente en horario de apertura a recoger el paquete. Cuando se cansen de esperar y decidan abrir el apartado, la casilla estará vacía. Ya te avisaremos. Tú tennos al corriente de lo que pase por ahí.

—Y de los otros, ¿qué hay?

—La semana que viene debería estar el tema resuelto. Te llamaremos.

—Gracias.

Los teléfonos por los que se comunicaban eran seguros, aun así el hombre había hablado de la oficina de Betanzos, cuando, en realidad, era la de Carballo, a unos treinta y pocos kilómetro de A Coruña. Más valía prevenir.

A las nueve y media de la noche, apareció por la casa de Antoliano Fraga don Luis Ferreiro, conocido abogado criminalista de Santiago de Compostela. Antoliano lo recibió en una sala-comedor pequeña que casi nunca utilizaba porque él hacia la vida en la cocina. Una pieza modesta, decorada con un gusto más que dudoso. Antoliano le pidió que se sentara en una silla que estaba arrimada a la mesa del comedor, una mesa plegable para cuatro personas o seis, si se abría. El abogado fue directamente al grano. Estaba visiblemente malhumorado por haber tenido que desplazarse en domingo desde Santiago.

—Te interrogó un guardia civil, según me dijeron, ¿cierto?

—Sí, señor.

—Dime lo que le dijiste exactamente al guardia.

Antoliano se lo contó.

—Muy bien —dijo el abogado cuando terminó—. Vamos por partes. Si te detienen, tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor. ¿Quién le manda? ¿Mouriño?

—¿A ti qué más te da quién me manda? No vas a tener que pagar nada. Si te encierran, yo te sacaré. Eso es lo único que te importa. Si la Guardia Civil te pregunta si estás de acuerdo en que yo sea tu abogado, contestas que sí, y punto. No les digas si me conocías o no, si me has llamado o no.

—Pero algo tendré que contestar.

—Pues dices que supones que alguien de tu familia, al enterarse de que te habían detenido, me llamó. Nada más. Lo supones. Si te preguntan quién, dices que no sabes. Responder a todo con no sé o no me acuerdo no te compromete. Aparte de eso, no estás obligado a contestar a nada que pienses que pueda comprometerte. Es muy importante que lo tengas en cuenta. Y ahora, como te decía antes, vamos por partes. Tienes perfecto derecho a no declarar; por eso, si tienes dudas sobre qué responder o si no estás seguro de si debes contestar o no, dices que te acoges al derecho de no declarar y te callas. Sin embargo, a veces, es bueno contestar algo para que no se cabreen y, sobre todo, cuando declares ante la jueza, para que no ponga pegas a la libertad provisional. Supongamos que, por lo que sea, hayan descubierto que fuiste tú quien escondió a Jacques Steiner. Si te dicen que saben que lo llevaste en tu furgoneta. No vale la pena negarlo. Lo que tienes que contestar es que no tenías ni idea de cómo se llamaba ese joven. Dices que te ordenaron recogerlo en la playa de Lires y esconderlo en la casa de tu abuelo. Fuiste allí. Había unos tipos encapuchados que te lo entregaron. Lo metiste en la furgoneta y te lo llevaste sin parar en ningún sitio. No viste a nadie más, solo a los fulanos. No estás seguro de si eran dos o tres. Era de noche, no los viste bien, no te fijaste, no hablaste, no podrías describirlos, nada. Metiste al joven en la camioneta y te lo llevaste. Punto. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. No vi nada, no me fijé y no me acuerdo.

—Perfecto. Siguiente pregunta: ¿quién te lo ordenó? Contestas que fue alguien que te conocía, que sabía tu nombre y dónde estaba la casa de tu abuelo y que tenías una furgoneta. No dijo su nombre, no sabes quién es. Dijo que tenías que hacer algo y que te iba a pagar. Te dijo que había que esconder a alguien en la casa del viejo unos días. Puedes decir que intentaste negarte, pero que te amenazó. Te dijo que, si no lo hacías, ibas a tener problemas. Te ofreció diez mil euros. Aceptaste porque te diste cuenta de que era alguien que iba en serio y te pareció peligroso negarte. Por la noche echaron un sobre por debajo de la puerta de tu casa. Contenía mil euros y una nota que decía: «A cuenta, el resto al final. El lunes por la noche a las doce en la playa de Lires con tu furgoneta. Recoges a un fulano y lo escondes en casa de tu abuelo hasta que te avisemos. Dale agua y comida. No puede verte la cara. Si te la ve, se acabó para el fulano y para ti». Eso es todo. No añadas nada. Apréndelo de memoria y repítelo tantas veces como haga falta. Cualquier otra cosa que te pregunten, no sabes o no te acuerdas. ¿Cómo era la voz del tipo que te llamó? Normal. ¿Qué acento tenía? No te fijaste. Y recuérdalo: si te preguntan algo y no estás seguro de qué contestar, di que te acoges al derecho a no declarar. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Muy bien. Si te detienen, alguien estará al tanto y me avisará. Me presentaré en el cuartelillo antes de una hora. O sea que tú estate calladito hasta que yo llegue. Allí, no podemos hablar, pero si ves que yo me rasco la cabeza cuando te preguntan algo, eso quiere decir «no respondas». ¿Vale? Rascarme la cabeza quiere decir que mantengas la boca cerrada. Derecho a no declarar.

Lunes, 21 de julio

El lunes por la mañana, la agente Verónica Lago se presentó en el supermercado «La Abuela María» de Corcubión, unos minutos antes de la hora de abrir, a las nueve menos diez de la mañana. Era un pequeño supermercado de barrio situado en una casa nueva de planta baja y dos pisos, entre el puerto y el Ayuntamiento, en el casco viejo. Calles estrechas, empedradas con losas de granito, sin aceras. Los dueños eran gente amable y simpática. Verónica Lago, que iba de uniforme, les preguntó si recordaban a alguien que hubiera comprado, un par de días seguidos, a principios de la semana anterior, sándwiches envasados para llevar y varias botellas de leche y agua mineral. Un hombre. La

dueña se acordó al momento.

—Sí, claro que me acuerdo. Antoliano, el tratante de pescado. Es de Duio, pero vive aquí en Corcubión, por donde la farmacia de Seoane, frente al juzgado. Lo atendí yo. No es cliente nuestro, no compra nunca aquí. Yo creo que era la primera vez que entraba en la tienda. Pero solo vino un día, no dos, espera…, creo que fue el miércoles o el jueves, no estoy segura. Compró un cartón de leche, dos botellas de agua mineral y media docena sándwiches envasados. Este verano atropellaron a su abuelo y aún sigue hospitalizado. Pobre hombre, tan mayor.

Lago no se entretuvo. Dio las gracias y se fue a toda prisa. Estaba contenta con la información, que le iba a encantar a su jefe. Ventajas de un pueblo de dos o tres mil habitantes, pensó, todo el mundo Se conoce. A veces, no son ventajas, pensaría Antoliano.

En cuanto llegó al cuartel, a las nueve y media, y se lo contó al cabo Souto, este dio un salto en su butaca.

—¡Excelente, Vero! Muy bien. Este es el primer paso en firme para descubrir a los secuestradores. Llama a Orjales. ¿Está Aurelio?

—No, cabo, Aurelio está en Santiago.

—¡Ah, es verdad! No me acordaba. Bueno, pues que venga Orjales, no lo he visto esta mañana.

El agente Orjales había llegado un poco tarde. Se disculpó ante su jefe y le dijo que tenía una información que le iba a alegrar la mañana. Como solía hacerse de rogar antes de soltar cualquier tipo de información que hubiera obtenido, Souto, que estaba de buen humor por el descubrimiento de Lago, se armó de paciencia y le dijo:

—Espero que me digas lo que sea que hayas averiguado sin que tenga que hacerte veinte preguntas. Y no empieces diciéndome, como de costumbre, que te ha costado mucho trabajo obtener esa información o que ha sido muy peligroso, etcétera, etcétera.

—Por supuesto, jefe. ¿Puedo decirte que he estado trabajando todo el domingo?

—Me lo acabas de decir.

Orjales, resignado al ver que no iba a poder adornar el resultado de sus indagaciones, fue al grano y le contó, sin más preámbulos, las idas y venidas de Antoliano a la casa de su abuelo en Duio durante los días del secuestro de Jacques Steiner. El cabo Souto casi no le deja terminar de contar lo que le habían dicho los viejos de Duio. Ni Orjales ni Verónica lo habían visto nunca tan excitado. Dos buenas noticias casi al mismo tiempo. Dos informaciones seguras y cruciales para detener a uno de los responsables materiales del secuestro. Primera sospecha confirmada.

Salió de su despacho y le dijo a Vero que lo acompañara al juzgado.

—Voy a informar a la jueza y pedirle una orden de registro de la casa del abuelo en Duio. Tú, Orjales, busca a Antoliano Fraga y tráelo al cuartelillo. Hay que darse prisa. No se nos puede escapar. Tienes sus datos, ¿no? Pues búscalo, encuéntralo y enciérralo. Busca la camioneta, tráela y precíntala. Llama a la comandancia y habla con los colegas de la científica. A ver cuándo pueden venir para revisarla. Yo llamo luego al capitán Corredoira. Vámonos, Vero.

Cuando estaba a punto de salir, le dijo a Orjales:

—No se te olvide lo que te encargué de Málaga, los andaluces, ya sabes. Es importante.

Orjales asintió sin decir nada.

A aquella misma hora, Aurelio Taboada se encontraba en Santiago para cumplir el encargo del cabo Souto. Taboada era un guardia experimentado y paciente. Sabía lo que hacía. En el aeropuerto de Santiago, lo primero que hizo fue ir a las oficinas, presentarse y preguntar por el Director. El Director lo recibió. Taboada había llamado antes al jefe del puesto de la Guardia Civil de Santiago para ponerlo al corriente de la situación y de la gestión que iba a hacer con la autorización del capitán

Corredoira de la comandancia de A Coruña. Las cosas había que hacerlas bien y siguiendo los procedimientos establecidos.

El Director del aeropuerto llamó a la encargada de mantenimiento y le dijo que atendiera al agente Taboada. Taboada le expuso el asunto. Quería hablar con las empleadas de la limpieza que estaban de turno el jueves a mediodía. La encargada le explicó que se trataba de empleadas subcontratadas, de una empresa externa. Eran siempre las mismas. Por lo tanto, estarían allí y podría hablar con ellas aquella misma mañana.

—¿Me puede decir por qué quiere hablar con ellas? —preguntó la encargada.

—Necesitamos saber si vieron a una determinada persona que llegó en un avión a mediodía. Nada importante.

—Lo acompaño.

La mujer llevó a Taboada hasta el cuarto de limpieza donde estaban las dos mujeres descansando, les dijo que atendieran al agente y se fue. Taboada las saludó, les preguntó cómo se llamaban, tomó nota de sus nombres, direcciones y teléfonos y las invitó a sentarse en el banco que había junto a una de las paredes del cuarto, bajo los ganchos de los que colgaban sus batas. Estaban muy nerviosas. Taboada no se anduvo con rodeos.

—Tengo que hacerles unas preguntas —les dijo—, pero antes voy a decirles un par de cosas. Veo que están nerviosas y sé por qué. No se preocupen; si me dicen la verdad y me dan la información que necesito, las dejaré en paz y no tendré en cuenta lo que hicieron el jueves pasado.

Una de las dos mujeres empezó a protestar y decir cosas sin sentido. Antes de que se pusiera completamente histérica, Taboada dio un par de voces y la mujer se tranquilizó. La otra estaba pálida, pero no abrió la boca.

—Siéntese y escuche —le dijo a la que había empezado a protestar y, luego, se dirigió a ambas —. La Guardia Civil sabe perfectamente lo que hicieron ustedes el jueves pasado. Estábamos vigilando el aeropuerto. Pero no es eso lo que nos importa. Como les acabo de decir, solo queremos que nos den cierta información. A ver, usted —le dijo a la que parecía más tranquila—, ¿quién las contrató para dejar que otras dos mujeres las remplazaran a la llegada del avión de Bruselas?

—No lo conocíamos de nada —dijo ella—. Se lo aseguro, nunca lo habíamos visto. ¿Verdad, Fina?

La otra negó con la cabeza y no se atrevió a hablar.

—Usted es Marisol, ¿no? —siguió Taboada dirigiéndose a la que había hablado, que asintió—. Bueno, pues quiero que me diga qué pasó. Quién les propuso el cambio, cómo era y qué les contó. No tenga miedo, Marisol, no le va a pasar nada.

—¡Ay, señor! Es que si ese hombre se entera de que hemos hablado con usted, no sé qué será capaz de hacernos. Nos amenazó.

—Mire, ese hombre no lo sabrá si yo no se lo digo y no se lo pienso decir. Pero si ustedes dos no me dicen lo que quiero saber, las llevaré ahora mismo al cuartel, las meteremos en un calabozo y le diremos al juez que, además de lo que hicieron, se niegan a colaborar con la autoridad. A partir de ahí ya no les garantizo nada. Y es evidente que esa persona, la que las contrató, se enterará entonces de que las van a interrogar. Creo que no les interesa demasiado. De modo que les conviene contestar a mis preguntas.

Las mujeres se miraron una a la otra y Marisol empezó a hablar:

—El jueves por la mañana, bueno, cerca de las once, vinieron dos señores y se acercaron a nosotras. Uno, se veía que era el jefe, iba bien vestido y era el que hablaba, el otro era como su empleado o su criado y no dijo nada. Nos llamó por nuestro nombre, como si nos conociera, y nos

preguntó si queríamos ganar quinientos euros cada una por hacer algo muy sencillo y que no nos iba a comprometer. Sobre las doce y media, teníamos que darle a su empleado la llave de nuestro cuarto, donde nos cambiamos, dejar allí nuestra ropa de trabajo y las tarjetas de identificación, irnos a dar una vuelta y volver una hora después. Sacó diez billetes de cincuenta y dijo: «Aquí tenéis quinientos euros, después os doy los otros quinientos». No quiso explicar nada ni contestar a nada de lo que le preguntamos. Solo nos dijo que nadie nos iba a echar en falta porque vendrían otras mujeres a remplazarnos durante ese tiempo. Fue muy tajante y mal educado. No admitía discusión. O cogíamos el dinero o no lo cogíamos. Al final, lo cogimos. A las doce y media o la una menos cuarto, volvió su empleado. Le dimos la llave y nos dio los otros quinientos euros. Nos dijo: «Como habléis con alguien de esto, os arrepentiréis». Fina y yo nos fuimos a casa y volvimos al cabo de una hora. Vivimos aquí, en Lavacolla. El empleado nos estaba esperando y nos devolvió la llave del cuarto. Le juro por mi madre que no sabemos lo que hizo ni queremos saberlo. Nos callamos como muertas y seguimos trabajando por la tarde como si tal cosa.

—Muy bien. Ahora, haga el favor de describirme a ese señor, el jefe, y a su empleado.

—El jefe era un señor de mediana edad —dijo Marisol mirando a Fina.

—De unos cuarenta y cinco años —precisó su amiga.

—Más bien alto, fuerte y ancho de hombros —siguió Marisol—. Pelo blanco y con una voz ronca.

Taboada tomó nota.

—¿Y el otro? —les preguntó.

—El otro era normal, ni alto ni bajo. Un poco más joven, de unos cuarenta. Era un hombre de mar, tenía el color de piel de los marineros.

—Y peludo —volvió a precisar Fina.

—¿Eran de por aquí? —preguntó Taboada— ¿Hablaban gallego o castellano?

—Hablaban castellano, pero se notaba que eran gallegos.

Taboada les dio las gracias y les dijo que era mejor que no hablaran con nadie de lo ocurrido y menos aún que dijeran que la Guardia Civil les había estado preguntando y que sabía lo que habían hecho.

—Si van por ahí contándolo —les dijo en tono amenazante—, pueden tener serios problemas.

—¿Y no nos va a decir qué pasó?

—Más les vale no saberlo. Ándense con ojo. Lo que hicieron ustedes es muy grave, sobre todo trabajando en un aeropuerto. ¿No se dan cuenta? Han dejado que alguien con su identificación entrara en el área restringida, en la zona de seguridad.

—Pero si nosotras solo limpiamos las salas de embarque y de la recogida de equipajes. Ahí puede entrar casi todo el mundo, además de los pasajeros. Entran amigos de los empleados del aeropuerto, de los guardias, los camareros y cualquiera que le eche un poco de caradura.

—Bueno, vamos a dejarlo. Tengan cuidado con lo que hacen y lo que dicen. Si se lo cuento a sus jefes, las pondrán de patitas en la calle, pueden estar seguras. Solo le he dicho a la encargada que iba a preguntarles si habían visto a un pasajero que andamos buscando.

A las once de la mañana, salió del aeropuerto. Antes de las doce, estaría en Corcubión con buenas noticias para el cabo Souto. Condujo sin prisas. Llovía ligeramente y el asfalto brillaba con el reflejo de las nubes grises, que le daban un toque acerado y aspecto resbaladizo. A pesar de eso, la carretera era buena y segura. Una vez pasada la circunvalación de Negreira, el tráfico era escaso.

Cuando Taboada llegó al cuartelillo y le contó al cabo José Souto lo que había averiguado en Santiago, el jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión experimentó una sensación de felicidad

desacostumbrada al darse cuenta de que, gracias al buen hacer de sus colaboradores, había conseguido establecer los cimientos de la investigación del secuestro sobre una base mucho más sólida de lo que era habitual al inicio de cualquier otra. Se encerró en su despacho y empezó a escribir en su libreta de hojas cuadriculadas.

LUNES NOCHE: SECUESTRO

Los dos andaluces: avisan a Antoliano – salen discretamente y por separado de As Eiras – Antoliano los recoge en algún punto entre el hostal y la playa – disparan a David, dejan sin sentido a Rosalía y se llevan a Jacques – en el puente se baja uno de los dos, que sube a pie a As Eiras para que nadie los vea juntos – Antoliano y el otro suben hasta As Eiras en la furgoneta (los oye llegar la dueña) – Antoliano sigue hasta Duio con Jacques.

MARTES POR LA MAÑANA – los andaluces se presentan en casa Lourido como si tal cosa preguntando por sus amigos – van a Finisterre y duermen en Cee (Orjales los siguió).

MIÉRCOLES POR LA MAÑANA – van a Santiago – Orjales no los encuentra en la carretera (?) – se les pierde el rastro.

Los andaluces y Antoliano son meros ejecutores. Dos jóvenes andaluces y un aldeano de Duio no pueden tener los medios para organizar un secuestro tan bien calculado y obtener un rescate tan técnico y con tanta precisión. ¡La bolsa del súper de Corcubión! Error garrafal. Aeropuerto de Santiago: Antoliano (o alguien cuya descripción coincide con su físico) y un «jefe», de pelo blanco y voz ronca, que tampoco debe de ser el cerebro, pues no se mostraría en público en un lugar tan concurrido.

El cerebro: alguien con conexiones internacionales, relacionado con el mundo de los diamantes. Seguramente gallego (conocimiento de los lugares y posibilidades de la última etapa del Camino de Santiago). ¿Familia o conocidos de Rosalía? Sospechosos nº 1 – ¿Familia o conocidos de Steiner? nº 2.

A. Docampo ---------- CEREBRO ---------- J. Ssteiner
Intermediario
Los andaluces --- Antoliano --- ¿Otros?

PREGUNTAS

¿Por qué un rescate en diamantes y no en dinero?

¿Quién está relacionado en Galicia con los diamantes? ¿Vilacoba?

El cabo José Souto dejó la libreta abierta encima de la mesa. Tiró el lápiz de punta afilada sobre las hojas. La punta no se rompió. Miró el reloj y pensó que quizá su amigo Julio César Santos lo invitaría a comer en algún sitio apetecible si lo llamaba y se lo sugería. Lo llamó.

Cuando iba a salir, llegaron Orjales y otro agente con Antoliano Fraga, esposado y con la cara descompuesta. El cabo Souto lo miró de arriba abajo y le dijo a Orjales:

—Bajadlo al calabozo y dejadlo tranquilo. Tendrá mucho en que pensar. Yo volveré dentro de una hora.

Julio César Santos se sorprendió agradablemente con la llamada de su amigo. No le gustaba comer solo. Su novia, Marimar, solía hacer una comida rápida en algún bar o restaurante barato cerca de su oficina. Menú del día. No era plan para un sibarita como él. En cambio, su amigo, después de hacerse de rogar para guardar las formas, solía dejarse invitar encantado a algún restaurante agradable de Corcubión o sus alrededores, donde ambos disfrutaban del marisco de la ría. Era Santos quien solía llamar, por eso le sorprendió la iniciativa de su amigo.

—Creía que estabas muy ocupado —dijo el detective cuando se encontraron en el restaurante Mar Viva, donde eran muy conocidos—, por eso no te llamé.

—Lo estaba, por eso te llamé yo —le contestó Souto—. Demasiado trabajo me impide sopesar los datos. ¿Has averiguado algo?

—Nada. Me encuentro en la fase reflexiva.

—O sea, en la de no pegar golpe.

—No seas prosaico, Pepe —contestó despectivo Santos—. Yo no tengo, como tú, guardias a los

que mando aquí y allá a investigar, interrogar y todas esas cosas que hace la Guardia Civil. Yo me limito a pensar. Y cuando tengo algo que me parece interesante, voy a comprobarlo. Aún no he llegado a ese punto. Pero estoy seguro de que tú sabes muchas cosas que yo ignoro y supongo que tendrás el detalle de contármelas a cambio del placer de estar conmigo, que he hecho setecientos kilómetros para estimularte y, si me dejas, ayudarte.

—Pues sí, César. Sé algunas cosas y supongo algunas más.

La pescadería restaurante Mar Viva, estaba en el casco viejo de Corcubión. Una casita de esquina, antigua, de piedra y con planta baja y dos pisos. El primero con dos ventanas a un balcón corrido y el segundo con galería. Abajo, está la pescadería donde el cliente elige el pescado o el marisco que desea comer. Después, sube a la primera planta, a una sala decorada con artes de pesca, mesas con bancos de madera, paredes de piedra vista, techo de vigas de madera, todo con encanto rústico y buen gusto, y espera a que le sirvan su compra cocinada. Santos y el cabo Souto se sentaron en un rincón para poder hablar sin comensales a su alrededor.

—Cuéntame algo —dijo en tono suplicante y algo irónico Julio César Santos—. Seguro que te sentirás aliviado.

El cabo Souto sonrió. Tenía ganas de hablar y su amigo se había dado cuenta. Igual que, según dicen, los osos se dan cuenta de que los hombres tienen miedo cuando se enfrentan a ellos.

—A ti, César —empezó el cabo Souto—, te llama tu tío y te cuenta lo que le cuenta a él el señor Steiner de Amberes. Pero yo, para saber algo, tengo que observar, buscar, indagar, comprobar. No es lo mismo. Gracias a eso, sé dónde estuvo secuestrado el joven Jacques Steiner. Sé quién lo llevó allí, le dio de comer y, finalmente, lo soltó.

—¡No fastidies! ¿Me estás hablando en serio?

—Sí señor. Completamente. Y no solo lo sé, sino que esa persona está desde hace una hora encerrada en un calabozo del cuartelillo. No me lo dijo nadie. Lo descubrimos nosotros solos. Se llama Antoliano Fraga y cometió un error. Por eso lo cogimos.

—Esa suele ser la primera razón por la que a uno lo detienen.

—Así es. Pero esa persona, autora material del secuestro, no es quien lo planeó, lo ordenó y consiguió los diamantes. Como tampoco lo son los dos jóvenes malagueños que, es de suponer, lo ayudaron y dispararon al escolta.

—¿También los tienes?

—No, César. Aún no, pero sé quiénes son, cómo se llaman y dónde viven. Pronto los cogeré. Sin embargo, aunque eso parezca importante, no lo es para mí. Yo quiero al cerebro. Y eso me va a costar más trabajo. Esa gente no comete errores como Antoliano o los jóvenes que lo ayudaron.

—¿Tienes alguna idea?

—Sí. No de quién es, pero sí de por dónde empezar a buscar.

—¿Hablará ese Antoliano que tienes encerrado?

—No creo que él sepa quién es el cerebro de la operación. Pero alguien lo contrató y le paga. Ese alguien ya es más interesante. Es un camino que empieza por abajo. De abajo arriba. También buscaré por otros caminos.

—¿Cómo cuáles? —preguntó César Santos.

—¿No decías que estabas en fase de reflexión? Explícame sobre qué reflexionas.

En ese momento, el camarero depositó sobre la mesa el primer plato, que era una enorme fuente de percebes. La conversación se interrumpió. Santos levantó la servilleta que los cubría y el aire se llenó del perfume humeante de los cefalópodos, una mezcla de suave olor a mar y algas marinas, un ligero toque de laurel y el propio aroma de sus potentes patas arrancadas de las rocas batidas por las

olas. Un regalo de Neptuno.

—Empieza —dijo el cabo Souto.

Santos cogió un puñado de percebes, lo dejó caer en su plato, eligió uno y empezó a romper con la uña del pulgar su correosa piel. Cuando apreció el sabroso músculo, de un suave color entre rosa pálido y anaranjado, sintió una repentina segregación de saliva.

—Verás, Pepe —dijo el detective, después de tragárselo y suspirar—, en mi opinión, hay dos caminos. Dos direcciones por las que buscar. Uno, es la chica y, otro, el chico.

—Empiezas bien. ¿Puedes decirme por qué? —dijo Souto.

—Si te secuestran en el recorrido de tu casa al trabajo, puede ser cualquiera. Pero si un día se te ocurre ir a un lugar al que no has ido nunca y te secuestran al llegar allí, lo más probable es que lo haga alguien que supiera que ibas a ir allí. ¿Sí o no?

—Elemental.

Mientras hablaban seguían comiendo uno tras otro los deliciosos animalitos.

—Bien, pues entonces tendremos que pensar en los que lo sabían: la chica y el chico. La familia y los amigos del chico y la familia y los amigos de la chica. ¿De acuerdo? —Souto asintió con la cabeza para no hablar con la boca llena—. Es difícil admitir que los amigos ocasionales de un par de chavales de veinte años planifiquen un secuestro de esas características. Lo que me hace pensar que el cerebro debe ser, necesariamente, alguien cercano a los padres, no a los hijos. Alguien que entienda de diamantes, dadas las especificaciones exigidas. Alguien que quiera o necesite los diamantes. Porque, si no, pediría dinero, que es mucho más manejable. No como los diamantes, que es preciso vender o intercambiar. Y aquí, las posibilidades se abren en abanico. Porque los diamantes, en determinados casos, son una moneda de cambio mucho más interesante que el dinero.

El cabo José Souto escuchaba con mucho interés a su amigo, sin dejar por ello de seguirle el ritmo en cuanto al trasiego de los deliciosos percebes, cuyas uñas y carcasas vacías se iban amontonando en ambos platos.

—Si quieres que te diga la verdad —continuó el detective madrileño—, me cuesta pensar que el propio señor Steiner planeara el secuestro de su hijo. También me resulta difícil imaginar que el secuestro hubiera sido planeado por algún competidor o enemigo personal del *diamantier* belga. No creo que el viejo Steiner se dedicara a comentar con sus enemigos los planes de vacaciones de su hijo y su novia española. Y, aunque lo hubiera hecho, ¿cómo iba a ocurrírsele a alguno de ellos organizarlo en la última etapa del Camino de Santiago, en una zona apartada de un país lejano, donde no conocería a nadie? Si sus enemigos quisieran secuestrar a su hijo, lo lógico es que lo hicieran en el entorno geográfico de sus negocios, donde podrían contratar esbirros que dominasen el territorio. ¿Cómo iba a conocer el viejo Steiner o alguno de sus competidores a ese No-sé-cuántos Fraga que habéis detenido o a los chavales andaluces de los que me has hablado?

—¿Entonces? —preguntó el cabo Souto.

—¿Quién es el padre de la chica? ¿Lo has investigado?

—Estamos en ello.

—Si yo tuviera que elegir entre una de las dos vías de investigación posibles, me tiraría de cabeza sin dudarlo hacia la de la familia de la chica.

—¿A pesar de que le partieran la cara y un par de dientes?

—Pudo ocurrir sin querer, en un mal calculado exceso de violencia debido a los nervios, o quizá fuera algo deliberado, para dar más realismo al secuestro y alejar las sospechas. Habría sido demasiado evidente dejar a la chica tan tranquila en la playa después de haber visto lo que vio.

—¿Y por qué no secuestrarlos a los dos? —preguntó Souto.

—¿Y qué hacen si el viejo no paga? ¿Matan a uno y sueltan a la otra? Además, es mucho más complicado esconder a dos personas que a una. Necesitas saber si la chica estaba o no al corriente de que se iba a producir el secuestro. Si está metida en el ajo y hasta qué punto o si no tenía ni idea. Eso es muy importante.

—Me alegra constatar que pensamos de forma parecida, Pepe. Era precisamente en eso en lo que estaba pensando cuando te llamé este mediodía. Pensé que quizá tu intuición, siempre genial, como todo el mundo sabe, aclararía mis dudas. De momento no has hecho más que confirmarlas. Que ya es algo.

Trajeron el segundo plato. Tanto el cabo Souto como el detective Santos se olvidaron momentáneamente del secuestro ante el magnífico espectáculo de un enorme mero abierto en dos, cocinado al horno, salpicado de perejil y dorados dientes de ajo, en una fuente que casi no cabía en la mesa.

Capítulo IX

Los dos hombres estaban tomando café en el comedor abierto sobre la terraza y el césped del jardín en el chalé de Bastiagueiro cuando sonó el teléfono del más joven.

—Dime.

—Malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

—La Guardia Civil ha detenido a Antoliano Fraga esta mañana y ha confiscado su furgoneta, que está precintada en el cuartelillo de Corcubión.

Silencio por parte del hombre más joven.

—¿Estás ahí? —preguntó Mouriño.

—¿Qué coño ha pasado?

—No lo sé. Ha debido de meter la pata en algo o lo ha visto alguien con el secuestrado. ¿Qué más da? Lo que importa es que está encerrado e intentarán que hable. Pero no creo que se vaya de la lengua. El abogado le ha dicho que, si lo detenían, se negara a hablar. Yo lo tenía vigilado. En cuanto me han dicho que se lo llevaban, he llamado a Ferreiro, o sea que ya estará en el cuartelillo.

—Más le vale —dijo amenazante el hombre—. ¿Ves cómo tenía yo razón en lo de darnos prisa? Si Ferreiro no llega a haber ido a verlo ayer, seguro que Antoliano ya habría metido la pata. Pero me pregunto cómo coño han podido cogerlo tan pronto. Llámame en cuanto sepas algo más.

—Lo haré.

—Dime una cosa, ¿qué sabe exactamente Antoliano?

—Sabe quién soy y conoce a mi otro contacto en Corcubión, que es pariente mío. Si habla, nos jode a todos. Pero no lo hará. Ferreiro le ha dicho que se tranquilice. Que, si lo detenían, no íbamos a dejarlo solo y que tendrá dinero y toda la ayuda que necesite.

—Pregúntale a Ferreiro si hay alguna posibilidad de sacarlo bajo fianza. Al fin y al cabo, no ha hecho nada más que retener al chaval tres días sin hacerle daño.

—Sí. Ferreiro es bueno. Seguro que lo consigue.

El hombre más joven colgó y se dirigió al más viejo.

—¿Me has oído, no? Han cogido a Antoliano. No me lo explico.

—Ya te dije que ese cabo Souto de Corcubión es un tipo listo. Tiene fama. A mí estuvo a punto de joderme hace años. Me libré por los pelos, pero perdí un montón de diamantes.

—No le va a ser fácil llegar hasta nosotros, de todos modos hay que cortar todos los hilos entre Antoliano y Mouriño. Si cogen a Mouriño, la cosa se podría poner muy fea.

—¿Qué piensas hacer?

—Habrá que tomar una decisión antes de que Antoliano hable o de que lo relacionen con Mouriño. Esto no me gusta nada.

—Podrías hacer que quemaran la casa donde estuvo el chico, para que no encuentren pruebas. Porque Antoliano tendrá que decir dónde lo tuvo encerrado. Puede sostener que nunca vio a la persona que le encargó el trabajo ni sabe cómo se llama, pero no puede decir que no sabe dónde escondió al secuestrado.

—No me parece buena idea. Quemar la casa es como confirmar que estuvo allí. Y todo el mundo sabe que es de la familia de Antoliano. No importa lo que descubran en el sótano. De todos modos, tienen la furgoneta, que es una prueba porque habrá restos, pelos o algo que demuestre que se utilizó para llevar al chaval. El único peligro es que consigan que Antoliano acabe hablando.

—Tienes razón.

Lunes por la tarde

Poco más de una hora después de la detención de Antoliano, se presentó en el cuartelillo de la Guardia Civil de Corcubión don Luis Ferreiro, un abogado de Santiago. Exigió estar presente en el interrogatorio de su cliente Antoliano Fraga. El cabo Souto, visiblemente fastidiado, autorizó la visita. El abogado esperó sentado en un banco del pasillo de la entrada a que subieran a Antoliano Fraga a la sala de interrogatorios. En el cuartelillo no había un despacho para encuentros detenido-abogado. La celda donde lo tenían encerrado estaba en el sótano. Era una habitación con las paredes encaladas y una puerta metálica. El mobiliario consistía en una cama de tubo sin cabecera, con una colchoneta, una almohada y una manta gris, pegada contra una pared. Arrimada a la pared de enfrente había una mesa con patas de tubo y tablero de formica y una silla que no hacía juego con nada. Material de recuperación. El calabozo no tenía ninguna ventana al exterior. En el techo había un plafón con una bombilla led de luz blanca. Si un detenido tenía necesidades fisiológicas, debía llamar a un guardia para que lo llevara a los servicios comunes del sótano. Era de suponer que el detenido tenía que gritar lo bastante fuerte como para que alguien lo oyera, pues no estaba prevista la presencia en el sótano de ningún carcelero o vigilante permanente. Pero no era frecuente que hubiera detenidos en el cuartelillo de Corcubión; aquello no era una cárcel, sino un lugar de paso para los delincuentes que, después de ser interrogados, o salían libres a la calle o ingresaban en los calabozos del juzgado de instrucción. A pesar de ello, la celda estaba razonablemente limpia y carecía de sordidez tercermundista. Para los interrogatorios, subían a los detenidos a un cuarto contiguo a la sala de los guardias. Allí subieron a Antoliano y, después, llamaron al abogado Ferreiro.

El cabo Souto le permitió al abogado saludar al preso, decirle que era su abogado y preguntarle si le habían explicado sus derechos. Antoliano le dio la mano y le dijo que sí, que le habían explicado sus derechos. El cabo Souto le pidió al bogado que se sentara al lado del detenido y le rogó amablemente que permaneciera callado, a menos que le pareciera que los derechos del detenido no eran respetados, en cuyo caso debería dirigirse a él personalmente y, en ningún caso, hablar con el detenido, dado que la jueza de Corcubión había autorizado la detención provisional con incomunicación y, por lo tanto, no era de aplicación el derecho a la comunicación privada previa con el detenido, del artículo 520 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, explicó el cabo José Souto haciendo gala ante el letrado de su titulación en Derecho.

Verónica Lago se sentó en un extremo de la mesa, dispuesta a tomar nota con su libreta y una grabadora, que puso a su lado.

El interrogatorio resultó, al principio, muy frustrante para el cabo Souto porque Antoliano, siguiendo las indicaciones de su abogado, no respondía a la mayoría de las preguntas clave que le iba

haciendo Souto. Además, el cabo se dio cuenta de que cada vez que el abogado se rascaba la cabeza tras una pregunta, Antoliano se negaba a contestar. Eso le hizo pensar que ya habían hablado anteriormente y acordado algunos signos, como era habitual entre los delincuentes y sus abogados. Por eso, lo obligó a cambiar la orientación de su silla, de forma que el detenido no pudiera ver al abogado sin girarse. Luis Ferreiro inició un gesto de protesta al que el guardia civil respondió levantando la mano con un mirada furiosa que lo que obligó a resignarse. No fue necesaria ninguna explicación. El letrado comprendió.

A partir de ese momento, Antoliano Fraga empezó a responder a todas las preguntas de Souto con la frase «me acojo a mi derecho a no declarar». El cabo Souto no perdió la paciencia y decidió marcarse un farol utilizando la información que le había pasado el agente Orjales.

—Le voy a dar una última oportunidad, Antoliano —le dijo tras un largo silencio—. Escúcheme bien. Usted no organizó el secuestro. Eso es algo tan evidente que no merece la pena perder tiempo demostrándolo. Usted es un peón en esta partida. Le encargaron recoger al rehén y esconderlo hasta nueva orden y, después, le ordenaron soltarlo. Piénselo bien, Antoliano, su delito es el menos grave de cuantos se han cometido en este caso. Participó como cómplice en un secuestro, retuvo al chico tres días y lo soltó sano y salvo. No negoció ninguna condición, no cobró rescate, no disparó a nadie, no golpeó a nadie. De modo que, solo por tener encerrado al chico durante tres días, si colabora con la Justicia, pasará poco tiempo en la cárcel. Entre unas cosas y otras es posible que apenas un año. No le voy a pedir que delate a nadie porque supongo que tendrá miedo, pero sí le pido que admita que tuvo encerrado a Jacques Steiner. No me andaré con rodeos. Sabemos que lo escondió en la casa de su abuelo, en Duio. En un sótano que hay detrás de la bodega.

Antoliano abrió mucho los ojos y contuvo un gesto de incredulidad o sorpresa. El abogado se revolvió en su silla. El cabo continuó con el farol:

—Es usted muy torpe, Antoliano. En primer lugar, le diré que lo hemos estado siguiendo. Lo vimos ir y venir a casa de su abuelo a las horas en las que el secuestrado dice que fue usted a verlo, llevarle comida y decirle que llamara a su padre. Nunca se le debe dejar el reloj a un secuestrado. ¿No lo sabía? Como le decía, lo vimos en su furgoneta Renault, desde la noche del secuestro hasta el jueves, cuando lo liberó en Touriñán. Hasta el propio secuestrado vio la furgoneta en la que lo llevó y lo dejó junto al faro. Lo hemos visto comprar bocadillos, leche y agua en la tienda de «La Abuela María», aquí, en Corcubión. Llevó esas cosas al sótano donde estaba encerrado el muchacho. Una bolsa con el nombre de la tienda y con sus huellas. Sus huellas están también en la linterna que le dejó al secuestrado. Pero, hombre, ¡a quién se le ocurre! Tenemos una orden de registro de su casa y de la de su abuelo, dictada por la jueza de Corcubión, ¿sabe?

El cabo Souto, se echó hacia atrás en su silla y dejó pasar unos segundos antes de continuar. Antoliano se había quedado perplejo.

—Si reconoce eso, algo que sabemos y podemos probar, dará un paso en la buena dirección. Negarlo solo servirá para dejar claro que es un mentiroso. No le va a favorecer ante el jurado. Piénselo. ¿Quiere que le deje pensárselo un rato o me lo dice ahora?

Antoliano dudó unos segundos y dijo:

—Es cierto. Recogí al chico en la playa de Lires y lo llevé a casa de mi abuelo. No le hice ningún daño. Lo traté bien y con educación. Él puede decirlo. El jueves lo llevé a Touriñán, le devolví sus cosas y le dejé una linterna. Le expliqué que podía llamar al 112 para que lo fueran a buscar.

Souto miró al abogado, que puso cara de póquer. La agente Verónica Lago comprobó la grabadora e hizo unas anotaciones. El cabo se dirigió a Antoliano Fraga.

—Muy bien —dijo—. Empezamos a entendernos. Hay otra cuestión que tenemos que aclarar.

No fue usted quien ideó ni planificó el secuestro. En eso estamos de acuerdo. Por lo tanto, alguien tuvo que pedirle que se ocupara de esconder al secuestrado. Y, lógicamente, le daría algo a cambio. Como ya le he dicho, no le voy a preguntar quién fue porque comprendo que no quiera decírmelo. Tiempo habrá para que me lo diga o lo descubramos nosotros, pero sí puedo preguntarle cómo ocurrió. O sea, por qué escondió al muchacho belga. ¿Me lo quiere explicar? Sin nombres. Solo cómo ocurrieron las cosas.

Antoliano se había relajado ligeramente. No miró a su abogado. Se acordó de lo que le había dicho y hablo:

—La semana pasada —dijo— recibí una llamada. No sé quién fue el que llamó. Alguien que me conoce, sabe quién soy yo, dónde vivo y a qué me dedico. Pero yo sigo sin saber quién es. Me dijo que tenía que hacer un trabajo y que me pagaría bien. Diez mil euros, me dijo. Le pregunté de qué se trataba. Me dijo que iban a dar un susto a una persona. Yo tenía que recoger a alguien, esconderlo y liberarlo cuando me lo ordenaran. Primero dije que no, pero el tipo me dijo que, si no aceptaba, iba a tener problemas serios. Me metió miedo. Por teléfono, me pareció como una amenaza seria por parte de algún tipo mafioso. Diez mil euros es mucho dinero y a mí no me sobra. Así que le pregunté qué tenía que hacer. Por la noche, estaba yo en casa viendo la tele, cuando oí que tocaban el timbre. Fui a mirar y vi un sobre en el suelo. Lo habían echado por debajo de la puerta. Lo abrí. Había una nota y diez billetes de cien euros. La nota decía: «Lunes próximo, a las once de la noche vete a la playa de Lires. Junto al Bar de la Playa. Te entregarán a alguien. Tienes que esconderlo en la casa de tu abuelo. Que no te vea la cara bajo ningún concepto. Lo encierras, le das de comer y esperas a que te digamos cuándo tienes que soltarlo. Los mil euros son a cuenta». Hice lo que me pedían, ¿Qué quiere que hiciera?

—Llamar a la Guardia Civil.

—¿Está de coña? No sé quién era. Igual era un mafioso de esos que te pegan un tiro y se quedan tan contentos.

—No hay que ver tanto la tele —dijo Souto—. ¿Qué pasó después?

—Al día siguiente o al otro, no me acuerdo, me dijeron que le dijera al chico que llamara a su padre para que viera que estaba vivo. Lo hice. El jueves, recibí una nota que decía: «Suéltalo esta noche lo más lejos posible. La semana que viene te pagaremos el resto». Volví a hacer lo que me pedían. Eso es todo. Aún no me han pagado.

—O sea que obedeció a ese misterioso personaje que lo llamó por teléfono. Vale. Y fue a la playa de Lires. ¿Qué pasó allí?

—Llegué y había unos tipos vestidos de negro y encapuchados. No recuerdo si eran dos o tres. Me entregaron al chico extranjero. Estaba esposado. Lo metí detrás y me fui a Duio. Lo escondí allí, en la casa de mi abuelo.

—¿Nada más? Recogió al chico y lo llevó directamente a casa de su abuelo. No habló con los que lo tenían, no vio nada, no vio cómo disparaban a una persona ni cómo golpeaban a una chica.

—No. No vi nada de eso. Estaba todo muy oscuro. Cuando me vieron llegar me hicieron señas. Me entregaron al joven esposado. Me ayudaron a meterlo detrás y salí a toda prisa sin parar en ningún sitio. Estaba asustado. No me fijé en nada ni vi ninguna chica.

—Háble me de los tipos que estaban en la playa. ¿Cómo eran? ¿Qué le dijeron?

—No me acuerdo. No los vi bien. Era de noche. No tengo por qué hablar de ellos, tengo derecho a no declarar.

—Muy Bien. Está en su derecho. Pero con esa actitud de obstrucción y falta de colaboración, no esperará que lo dejemos marchar. Y no creo que la jueza se incline por dejarlo en libertad provisional.

—Está usted coaccionando a mi cliente, cabo —dijo el abogado.

—En absoluto, letrado —contestó Souto—. Lo estoy informando. Las preguntas que le he hecho no suponen ningún riesgo para su seguridad ni sus respuestas son susceptibles de ser utilizadas en su contra. Se trata de detalles, hechos y circunstancias útiles para la investigación de un delito. Negarse a contestar sin razón y sin que su respuesta pueda acarrear un perjuicio posible para él mismo pone en evidencia una postura claramente negativa de falta de colaboración, por no decir de obstrucción a la Justicia. Yo me limito a ponerlo al corriente del perjuicio que esa postura puede causarle. Es más, le doy la oportunidad de corregir algunos errores o fallos de memoria, por no decir «mentiras», que he observado en sus declaraciones. Por ejemplo, ha dicho y ha recalcado, que recogió a Jacques Steiner en la playa de Lires y lo llevó directamente, sin detenerse, a la casa de su abuelo, donde lo encerró. Resulta que el joven Steiner afirma sin ningún género de duda que se paró dos veces. Una antes de cruzar el puentecito de la ría de Lires, delante del cementerio y, otra, en lo alto de Lires. En ambas ocasiones, oyó como se bajaba alguien de su furgoneta. En la segunda parada, se bajó el secuestrador que iba con él detrás. El secuestrado no tiene ninguna razón para inventarse esas paradas.

—Puede que tenga razón —dijo Antoliano—. Yo estaba muy nervioso y no me acuerdo.

—¿O sea que llevó a los dos secuestradores en su furgoneta? Uno se bajó en el puente y al otro lo subió hasta As Eiras, ¿es así?

—Puede ser. No me acuerdo muy bien. Ya le digo que estaba muy nervioso.

—Bueno, ahora no hay ninguna razón para estar nervioso. Haga un poco de memoria. ¿Los llevó o no los llevó en su furgoneta? No le va a pasar nada por decirlo, no es ningún delito.

—Puede que los llevara, no digo que no. Pero no me acuerdo y no me gusta mentir.

—¿Tampoco recuerda que uno de los secuestradores entrara detrás con el secuestrado y el otro se sentara a su lado? Es francamente difícil olvidarse de eso, Antoliano, de verdad. Nadie se lo va a creer. Fue la semana pasada. ¿De verdad no se acuerda? Entiendo que estuviera asustado: eran dos individuos armados y lo obligaron. Usted no hizo más que llevarlos hasta la aldea. ¿Qué iba a hacer? No va a ir a la cárcel por eso. Le doy una oportunidad de corregir su declaración inicial para que no conste una mentira. Comprenda que eso es importante para la investigación sobre los dos secuestradores, no sobre usted. Lo suyo está claro. Ya lo ha reconocido. Recogió al muchacho en Lires, lo escondió en la casa de su abuelo y luego lo soltó en Touriñán. Sano y salvo. Lo que le estoy preguntando es sobre los dos secuestradores, ¿por qué no quiere responder? Me ha dicho que no los conocía y yo le creo. No se preocupe, ya sabemos quiénes son, tenemos sus datos personales, sus nombres y direcciones. Se llaman Rafa y Rocío Moreno y son hermanos.

—Yo solo los vi encapuchados, no podría decirle cómo eran.

—Uno era más alto y fuerte que el otro. De eso se daría cuenta, ¿no?

—No me fijé, era de noche.

—Pero cuando los recogió para llevarlos hasta la playa, los vería ¿no? Vería que eran diferentes.

—Ya le he dicho que estaba oscuro.

—No me tome el pelo, Antoliano. Usted recogió a los secuestradores, supongo que abajo, cerca del puente, y los llevó hasta la playa. Un kilómetro y medio o dos. Metió la camioneta detrás de la casita que hay junto al Bar de la Playa y esperó. La pareja de secuestradores bajó hasta la carretera y disparó al escolta que acompañaba al secuestrado y a su novia. Entonces, usted bajó con el furgón por el camino de tierra hasta la carretera. Eso es lo que declaró la chica, que lo vio y que, a pesar de los nervios y del pánico, lo recuerda perfectamente, hasta que la golpearon y la dejaron sin sentido. Usted no disparó al escolta, lo sabemos. Nadie lo va a acusar de eso. ¿Está de acuerdo con esta

versión de los hechos?

—Sí, más o menos, las cosas debieron de ocurrir así.

—De modo que, después de que los dos secuestradores dispararan al escolta, usted acercó la camioneta para que metieran dentro al secuestrado. Uno detrás con él y otro delante con usted. ¿Cierto?

—Creo que sí. Puede ser. Era de noche y estaba todo muy oscuro.

—Por favor, Antoliano, se lo repito: no me tome el pelo. La zona de delante del bar, donde está la escalera que baja a la playa y donde dispararon al escolta, está perfectamente iluminada por las farolas. Su furgoneta tiene faros. No me diga que no vio cómo eran los dos secuestradores.

—Bueno, puede que sí los viera, pero no me fijé.

—Uno se subió detrás con el secuestrado, seguramente el chico, ¿no? y el otro, o sea la otra, fue con usted delante, ¿me equivoco?

—No sé, no me fijé.

—¿No sabe distinguir si la persona que se sienta a su lado en el furgón es un chico o una chica? Venga ya, Antoliano. ¿No hablaron ni una palabra? ¿No dijo «para aquí, adiós, buenas noches», nada de nada?

—No me acuerdo. Nadie habló.

—Mire, Antoliano, no lo estoy amenazando ni nada que se le parezca. Solo le digo que, si durante el juicio por secuestro, el fiscal le dice al jurado que, seis días después de los hechos, usted no recordaba ni cómo eran sus cómplices, a los que llevó en su furgoneta, ni si el que iba a su lado era un hombre o una mujer, ni cuántos eran, todo eso amparándose en que no se veía nada en una zona iluminada, lo va a tener muy crudo. A los jurados no les hacen ninguna gracia lo mentirosos.

—¡Yo no miento! —saltó Antoliano muy irritado.

—¿No miente? ¿Acaso no dijo que no había parado en ningún sitio una vez que el secuestrado subió a su furgón? Mentira. ¿Acaso no dijo que no se acordaba de si eran dos o tres secuestradores? Mentira. ¿Acaso no dijo que no se veía nada en la zona iluminada? Mentira. ¿Acaso no le dijo ayer al agente, cuando le preguntó qué había hecho el lunes pasado por la noche, que había salido a dar de comer a las gallinas de su abuelo? Mentira. ¿Quiere que siga? ¿Sabe una cosa, Antoliano? Me fastidia que me mientan y, cuando alguien lo hace una vez, ya no le vuelvo a creer nunca más. Y ahora, va a tener que volver a mentir a la jueza de instrucción. Quizá su abogado le consiga la libertad provisional. Es su trabajo. Pero todas esas mentiras se irán acumulando en el proceso. Cuando llegue la hora, su peso se hará notar en la sentencia. Reírse de la Justicia puede costar caro. Solo algunos muy listos o poderosos lo consiguen. Pero no los tontos.

—Cabo —saltó el abogado Ferreiro—, está usted amenazando e insultando a mi cliente.

—No, letrado. Le estoy avisando de lo que le va a pasar si sigue mintiendo. Solo eso. En cuanto a insultarlo, ¿a qué se refiere? ¿A que lo he llamado listo y poderoso o tonto?

—Lo sabe de sobra.

—Mire usted —contestó Souto enfadado pero con una sonrisa irónica—, si se refiere a lo de «no los tontos». Dígame, ¿cómo llamaría usted a un secuestrador que le lleva la comida al secuestrado en una bolsa que pone el nombre de la tienda donde la compró y, además, le da una linterna y ni siquiera se molesta en borrar sus huellas digitales? Pero ahora no lo estoy interrogando sobre lo que hizo él, sino sobre la pareja de secuestradores, sus cómplices. Por ejemplo, me gustaría que me dijera quién disparó al escolta. ¿El hombre o la mujer? O quién golpeó a la chica. No veo qué problema tendría en decírmelo, puesto que estoy seguro de que lo vio perfectamente. No lo voy a llamar para que testifique. Solo quiero saber quién cometió, además del de secuestro, un delito de asesinato

frustrado y quién, uno de lesiones. Pero, claro, su cliente dirá que estaba oscuro, que no vio nada o que no se acuerda. Y eso, letrado, no le va a favorecer cuando esté ante un jurado. Vio cometer dos delitos y se niega a declarar. ¿Qué es eso sino obstrucción a la Justicia? Si no habla, lo denunciaré por eso. Es bueno que lo sepa, ¿no cree?

—Haga el favor de decirme —dijo Luis Ferreiro como si no hubiera oído al cabo Souto— cuándo piensa poner al detenido a disposición judicial.

El cabo Souto se quedó mirando al abogado un largo rato sin contestarle. Luego miró a Verónica Lago. Cerró su libreta, en la que no había apuntado nada durante el interrogatorio, se levantó y le dijo:

—Vista la actitud de su cliente y dado que soy muy escrupuloso en lo que se refiere al derecho a la libertad de las personas, no voy a retener innecesariamente al detenido. Ahora mismo llamaré a la jueza de instrucción para poner a Antoliano Fraga a su disposición.

Martes

No se equivocó el cabo José Souto. El abogado Ferreiro consiguió que la jueza, tras el interrogatorio a Antoliano Fraga, ordenara su libertad provisional con la prohibición de salir de la provincia de A Coruña y la obligación de presentarse todos los jueves en el cuartel de la Guardia Civil.

El cabo Souto, que ya disponía de la autorización para el registro de la casa donde habían tenido al chico encerrado, consiguió también una orden de registro del piso de Antoliano en Corcubión y la autorización de la jueza para intervenir el teléfono de su vivienda y solicitar información sobre todas las llamadas recibidas en el último mes, así como el control de las hechas y recibidas con los teléfonos de los jóvenes andaluces. De vuelta al cuartel, el cabo informó al capitán Corredoira y le pidió su aprobación para programar un seguimiento a Antoliano Fraga durante las veinticuatro horas del día con el fin de descubrir quién era su contacto. La persona que le había ordenado esconder al secuestrado y que era de suponer que le pagaría. El capitán le dio su conformidad y le envió a un joven agente para ayudar en las medidas de seguimiento. Lo que fue de gran utilidad para el cabo Souto, dada su escasez de efectivos y la dificultad que implica en un pueblo pequeño, donde todos se conocen, seguir a alguien sin ser descubierto. Souto sabía que Antoliano se daría cuenta de que lo vigilaban, así que le venía bien en aquellas circunstancias disponer de un agente desconocido en el pueblo.

El cabo Souto no buscaba en los registros pruebas del secuestro. Estaba claro que Antoliano Fraga había escondido a Jacques Steiner en el sótano de la casa de su abuelo. Lo que buscaba era dinero y cualquier pista que lo condujera al que le había encargado el trabajo. Las llamadas telefónicas registradas en su móvil personal no aportaron información. No lo había utilizado para el secuestro. Las llamadas del último mes eran de trabajo o familiares. Nada extraño ni en las llamadas entrantes ni en la salientes. Los especialistas encontraron restos de un teléfono móvil machacado en una zanja, detrás de la casa del abuelo. No se podía obtener nada de aquellos restos. Pero la paciencia de José Souto y su insistencia para que sus colegas especialistas de la comandancia siguieran buscando en la casa del abuelo dieron un resultado que, si no era esencial para la investigación, sí permitía confirmar que alguien importante manejaba los hilos del secuestro.

En una bolsa de plástico oculta bajo el doble fondo de un barril antiguo y lleno de polvo, en la bodega del viejo, encontraron cinco fajos de cien billetes de cien euros cada uno, precintados, completamente nuevos. Cincuenta mil euros en total. Nada que ver con los mil euros a cuenta de diez mil, como había contado Antoliano. Cincuenta mil euros, posiblemente a cuenta de otro tanto. Eso ya eran palabras mayores.

El registro del piso de Antoliano en Corcubión no dio ningún resultado. Era un piso pequeño y viejo en una casa antigua de tres pisos y un bajo. En la fachada de piedra se abrían dos ventanas y un balcón. Una sola vivienda por piso. El suyo era el primero. El segundo estaba vacío y en el tercero vivía un matrimonio de edad avanzada. Dos habitaciones, un salón comedor, cocina y cuarto de baño, con un patio de luces cruzado por cuerdas forradas de plástico para tender la ropa, en las que había pinzas de colores, como pájaros en un tendido eléctrico. Los especialistas, observados por el abogado y el propio Antoliano, buscaron a fondo: armas, dinero, anotaciones, listas de teléfonos. Solo encontraron dos móviles de prepago sin usar. Cuando se fueron, el joven agente enviado por la comandancia, que permanecía en el portal, no hizo ningún esfuerzo para ocultarse. Había aparcado su coche frente a la puerta y se quedó allí cuando el abogado se fue, casi al mismo tiempo que los especialistas. Se le podía ver desde las ventanas del piso. Antoliano ya no salió de casa en todo el día. Por la noche, el agente de la comandancia hizo un primer turno hasta las tres. Lo remplazó otro agente local hasta las siete de la mañana. A esa hora llegó Orjales. Orjales aparcó en el mismo sitio, casi pegado a la pared porque en aquella calle del casco viejo no había aceras.

El cabo José Souto había dicho que quería que el hombre se sintiera vigilado para forzarlo así a buscar algún medio comprometido de comunicación con su contacto.

Capítulo X

Miércoles y jueves

El miércoles por la mañana, Antoliano salió de casa a las ocho y media. A pie. Orjales lo siguió de lejos con el coche hasta el puerto, donde aparcó, dejó el coche y se mantuvo a una distancia segura para no perderlo de vista. Era fácil en un pueblo tan pequeño, a no ser que el otro echara a correr por las callejuelas y se escondiera en un portal. No tenía sentido hacer algo así. Antoliano entró en un bar y desayunó allí. Orjales se sentó en un banco de la avenida da Mariña a esperar. Unos veinte minutos después, Antoliano salió del bar y fue a la Cofradía de Pescadores, donde permaneció media hora. Orjales se sentó en la terraza de un bar, enfrente, y pidió un café y un bollo. Llamó al cuartelillo para informar. Souto envió al agente Taboada a verificar quién más estaba en ese momento en la Cofradía.

La marea estaba baja y el fondo de la ría aparecía oscuro y cubierto de algas entre las que picoteaban grupos de gaviotas. Hacía sol y las casas mostraban sus fachadas alegres y coloridas, con su piedra clara y sus galerías, pero el fondo de la pequeña playa que forma la bajamar tenía un aspecto fangoso muy feo. Algunas lanchas varadas reposaban en la arena sucia y de las amarras que las unían al muro del paseo colgaban, como estalactitas, algas verdosas.

Antoliano hizo tres visitas a otros tantos restaurantes de la zona próxima al puerto y el casco viejo. Probablemente para explicar su situación a los clientes habituales. Orjales tomó nota de los restaurantes. A la hora de comer, Antoliano volvió a su casa. Orjales fue hasta su coche y lo aparcó delante de la puerta de la casa. Cuando Antoliano desapareció en la oscuridad del portal, él llamó al cuartelillo para pedir que viniera alguien a relevarlo porque tenía hambre. Media hora después apareció el joven agente de la comandancia. Orjales cerró la libreta donde había hecho sus anotaciones con una breve descripción de las dos únicas personas que habían entrado y salido de la casa durante el tiempo que duró su turno de vigilancia, saludó al nuevo y le dejó el sitio donde estaba aparcado. Sobre las cuatro y media, Antoliano volvió a salir. El agente nuevo lo siguió a pie hasta un café que estaba a unos cien metros de la casa. Entró detrás de él y observó cómo se sentaba a jugar una partida de cartas con otros tres hombres que tenían aspecto de pescadores. Salió a la calle, llamó al cuartelillo e informó al cabo Souto de la situación. El cabo envió a un agente veterano de Corcubión, que conocía a todo el mundo en el pueblo, para comprobar la identidad de los jugadores. Poco antes de las seis de la tarde, se levantó la partida y Antoliano volvió a su casa. Ya no volvió a salir en lo que quedaba del día. Ni en toda la noche ni en todo el día siguiente. Ni en toda su vida.

El detective Julio César Santos se había dedicado a pasarlo bien durante aquellos días. El martes y el

miércoles había salido por las mañanas a navegar con su motora por la ría y a hacer como que pescaba. No tenía ni idea de cómo se hacía y nunca pescaba nada. Por las tardes iba a buscar a la salida de su trabajo en la gestoría a su novia, Marimar. Daban juntos un paseo en coche hasta las calas de Lires o la playa de Rostro. Por las noches cenaban en casa de Santos. Durante la cena del miércoles, Santos le preguntó si aún seguía trabajando el tío de su socio, Santiago Bustelo, que tenía un bufete en Vilagarcía.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Podíamos ir a hacerle una visita en plan profesional —contestó Santos—. Seguro que conoce a ese tal Docampo, el padre de la chica que golpearon en la playa de Lires. La novia del belga.

—¿Por qué iba a conocerlo?

—Mujer, si es un empresario importante de Pontevedra, lo conocerá. ¿Recuerdas que hace años, cuando fuimos a verlo, dio con lo que buscábamos?

—¿Y a ti qué más te da quién sea ese individuo?

—Se me ha ocurrido algo sobre el tema del secuestro del belga y quizá ese abogado pueda ayudarme.

—¡No empieces, César! —dijo ella enfadada—. No me digas que quieres meter las narices en la investigación de Pepe Souto. ¿Es que no escarmentaste con lo que te pasó entonces?[5]

—Vamos, querida. Soy detective, me encanta meter las narices, como dices, en los asuntos que lleva Pepe. Le he ayudado en varias ocasiones; tú y yo lo hemos ayudado. Vine de Madrid hace una semana para saber qué había pasado y echar una mano porque me lo pidió mi tío Félix. Ahora, me gustaría colaborar en la investigación y, además, me aburro sin hacer nada. ¿O prefieres que me vuelva a Madrid?

—¿Y qué genial idea se te ha ocurrido? —dijo ella, molesta por el chantaje que le hacía su novio.

—Se me ha ocurrido que el padre de esa chica…

—Rosalía.

—Eso. Que el padre de Rosalía podría estar relacionado con Manolo Vilacoba,

—De eso ya estuvimos hablando el viernes pasado.

—Precisamente. Y también hablé con Pepe Souto ayer a mediodía, cuando fuimos a comer. Pero no sé lo que piensa él porque no suele contar nada relativo a lo que está investigando. Por eso quiero hacer algunas averiguaciones por mi cuenta.

—El otro día, durante la merienda, dijiste que Docampo y su hija podrían haber montado el número del secuestro para sacarle los diamantes al señor de Bélgica. ¿No fue eso?

—No, no. No fue eso lo que dije. Durante la merienda, se habló de modo informal y se dijeron muchas cosas, algunas bastante disparatadas. Yo no creo que Rosalía, de acuerdo con su padre, se hiciera novia de Jacques con la idea de extorsionar más adelante al señor Steiner. Eso no me parece verosímil. No puedo admitir que la juventud actual, por mucho que la critiquemos, carezca de principios. Nada es imposible, pero me parece del todo improbable que una chica de veinte años sea capaz de formar parte de un plan tan diabólico. Es una estudiante de Derecho. No puede ser tan inmoral y tan cínica como para llegar hasta ese punto. Los jóvenes, en general, son idealistas y enamoradizos, creen en un mundo mejor, son poco tolerantes y hacen tonterías. Es lo propio de su edad. Pero descarto totalmente, aunque no la conozca de nada, que esa chica urdiera con su padre semejante trama delictiva.

—¿Entonces? —preguntó Marimar mirando a su novio con expresión dubitativa.

—Pienso que Rosalía pudo haber sido un instrumento en manos de su padre. Puede que al

hombre no le hiciera ninguna gracia que su hija saliera con un belga. Entonces, al enterarse de quién era el padre del joven, se le pudo haber ocurrido la idea del secuestro. No es completamente descabellado, ¿no crees? Así, mataba dos pájaros de un tiro. Por eso me interesa ese señor y quiero saber a qué se dedica, qué negocios tiene, cuál es su reputación, sus antecedentes…, esas cosas. Me gustaría saber si tiene algún tipo de relación con los contrabandistas gallegos que operan actualmente en Andalucía y, sobre todo, si es amigo del famoso Vilacoba.

—¿Vilacoba? ¿Por qué él?

—Porque Vilacoba, como recordarás, tenía negocios relativos a los diamantes. Y esa podría ser la razón por la que el rescate del secuestro se exigió en diamantes. Tengo entendido que el pago en diamantes es frecuente en transacciones internacionales, tanto en el mundo de la droga como, sobre todo, en el del tráfico de armas. Un puñado de diamantes por valor de varios millones de euros se puede llevar en un bolsillo del pantalón. En cambio, para llevar el mismo importe en billetes se necesitaría una maleta. Lo que pasa es que los diamantes de máxima calidad y origen legal no son fáciles de conseguir o son carísimos. ¿Me sigues?

—Claro, no soy idiota. Lo que no veo es en qué te basas para sospechar de ese señor, me refiero a Andrés Docampo.

—No me baso en nada. Lo tengo en el punto de mira por eliminación. Elimino al señor Steiner porque me parece completamente absurdo que organizara el secuestro de su propio hijo. Elimino a los chavales andaluces y a ese tal Antoliano, un aldeano, porque creo que solo son autores de la ejecución material del secuestro. Como cerebro, no me queda nadie más que alguien de la familia de la chica, alguien gallego, con conocimiento suficiente de los lugares y, naturalmente, de las fechas del viaje de la pareja. Y si ese alguien gallego tiene que ver con otro alguien gallego que negocia con diamantes…, pues ya tienes la respuesta a tu pregunta.

—¿Y por qué no podían ser los chicos andaluces?

—Ellos directamente, no lo creo. Demasiado jóvenes. Pero es posible que, por encima de ellos, haya alguien relacionado con el asunto. Habría un montón de preguntas a las que responder. Por ejemplo: ¿cómo sabían esos chicos que Rosalía y Jacques iban a hacer el Camino de Santiago, cuándo y por dónde? ¿Cómo sabían quién iba a hacerse cargo del secuestrado? ¿Cómo se pusieron en contacto con Antoliano para encontrarse en la playa de Lires? ¿De qué lo conocían? La única posibilidad, creo yo, es que esos dos chicos, los hermanos andaluces, fueran contratados por algún mafioso, quizá uno gallego, quizá uno andaluz relacionado con la mafia gallega. Eso puede que nos lleve también a Andrés Docampo. Pero yo no tengo medios para investigar a los andaluces. La Guardia Civil se está encargando, supongo. Por eso, si investigo a Andrés Docampo, y Pepe Souto lo hace con Antoliano y los andaluces, es muy posible que nuestros caminos acaben convergiendo.

—¿No crees que a Pepe también se le haya ocurrido investigar a Docampo?

—Seguro que sí. Pero sus métodos y los míos son distintos.

Jueves por la noche

Al cabo José Souto le mosqueó que, a las ocho de la noche, cuando se disponía a irse a su casa, aún no hubiera aparecido Antoliano Fraga para cumplir con su obligación de presentarse los jueves en el cuartel de la Guardia Civil, tal como le había ordenado la jueza de instrucción de Corcubión. Llamó al agente de la comandancia que vigilaba la casa y le preguntó si el sospechoso había salido. El agente le contestó que no.

—¿Está completamente seguro?

—Claro, cabo. Estoy delante de la puerta y le aseguro que, al menos estando yo aquí, ese señor

no ha salido. Y la luz de esa ventana —dijo señalando el balcón del primer piso— estuvo encendida toda la noche. Ahora no sé, porque es de día.

El cabo Souto se quedó dudando. Era raro. Según los informes de los tres agentes que se habían turnado para vigilar el portal, Antoliano Fraga no había salido de su casa desde la seis de la tarde del día anterior, cuando regresó de jugar la partida. Constaban entradas y salidas de los dos ancianos que vivían en el piso de arriba y la de otro señor mayor, de pelo blanco, encorvado y con bastón, probablemente un amigo del matrimonio, que había entrado en la casa el miércoles a las siete y media y salido a las nueve menos cuarto. Así constaba en el informe del agente nuevo, correspondiente a la tarde del miércoles y en los otros dos del día siguiente. La vieja casa del casco antiguo no tenía ninguna otra salida. Solo el portal vigilado. Aquello no le gustó al cabo Souto.

Llamó a Orjales y le dijo que fuera a echar un vistazo a la casa del abuelo de Antoliano Fraga, en Duio, para ver si estaba allí. Pensó que quizá el hombre hubiera salido en algún momento sin que el agente de turno lo viera, por despiste o distracción.

—Llámame al móvil en cuanto lo compruebes.

Orjales se fue y Souto decidió acercarse personalmente a la casa de Antoliano, a menos de cinco minutos del puesto de la Guardia Civil. Aparcó detrás del coche del guardia de la comandancia, que estaba fumando un cigarrillo apoyado en el capó.

Después de saludarlo, el cabo Souto entró en la casa. Atravesó el portal, estrecho y oscuro, y subió por la vieja escalera de madera hasta el primer piso. Los peldaños estaban gastados, tras muchos años de ser fregados con cepillo de raíces y lejía, como se hacía antiguamente. Olía a caldo gallego. Un olor característico a unto rancio y berzas. Se detuvo ante la puerta del primero y escuchó durante un rato. No se oía nada. Llamó al timbre y esperó. Volvió a llamar y volvió a esperar. Cerca de un minuto. Luego subió al tercero, pues sabía que en el segundo no vivía nadie. Llamó a la puerta. Abrió una señora de más de ochenta años, bajita y menuda, con el pelo completamente blanco. Llevaba la típica bata de cuadros y zapatillas de franela.

—¿Qué desea? —dijo con voz temblorosa al ver al cabo Souto, que iba de uniforme.

—Buenas tardes —dijo Souto—. Disculpe que venga a molestarla a estas horas, pero necesitaría que me contestara usted a una pregunta, si es tan amable.

—Usted dirá.

—Necesito saber si, ayer por la tarde, sobre las siete y media, recibieron la visita de un señor mayor de pelo blanco.

—No, señor. Ayer no nos visitó nadie por la tarde. No solemos recibir visitas más que la de nuestra hija, que viene los fines de semana. Ayer no vino nadie en todo el día.

—¿Está usted completamente segura? —preguntó Souto.

—Completamente. ¿Quiere preguntárselo a mi marido?

—No, señora. No hace falta. Si usted lo dice, no se hable más. Y dígame otra cosa: el segundo piso, ¿sigue vacío?

—Si, señor. Lleva cuatro años vacío, desde que se murió Amparo, la de Traba. Su hijo vive en Madrid y casi nunca viene por aquí. Es ingeniero, ¿sabe? Mantiene el piso cerrado. Apenas lo hemos vuelto a ver desde que se murió su madre.

El cabo Souto le dio las gracias y se fue. Bajó las escaleras y se detuvo de nuevo ante la puerta del primero. Sonó su móvil. Era Orjales.

—Jefe —dijo el agente—, estoy en Duio, en casa del abuelo de Antoliano Fraga. Aquí no hay nadie.

El cabo Souto bajó a la calle. Le dijo al agente de la comandancia que subiera con él. Subieron

los dos al primer piso. Souto, después de volver a llamar y esperar un minuto, intentó abrir con una tarjeta. La puerta no estaba cerrada con llave y el resbalón cedió sin dificultad. Los dos guardias entraron. La primera habitación, a la derecha, era el salón comedor. La luz estaba encendida y todo estaba aparentemente en orden. Enseguida vieron a Antoliano Fraga. Su cuerpo colgaba de una cuerda sujeta a la falleba de la puerta del balcón. Estaba de rodillas, ya que la falleba estaba a metro y medio del suelo, No había desorden en el salón ni signos de violencia. Solo una silla volcada junto al cadáver. Nada más fuera de su sitio. El guardia de la comandancia dijo:

—¡Joder! Cabo. Ese tipo se suicidó. Parece como si se hubiera sentado y, después, tirara la silla. Debía de estar muerto de miedo.

—¿Está seguro? Entonces, ¿quién es el viejo que vino a verlo el miércoles por la tarde? Porque los ancianos del tercero me acaban de asegurar que ellos no recibieron ninguna visita ayer y el segundo piso está cerrado desde hace cuatro años. ¿Está usted completamente seguro de que el viejo de pelo blanco y bastón que vino ayer por la tarde era lo que parecía?

—¡Coño, cabo! No se me ocurrió que pudiera ser alguien disfrazado. Pensé que era un amigo de los viejos del tercero. ¿Cree que…? ¡Joder, con el viejo! Yo no tenía orden de controlar a los que entraran o salieran, cabo. Solo de informar. Lo siento.

—Tranquilo. A lo mejor el hombre se suicidó de verdad. Pero, entonces, ese viejo que vino a las siete y media y se fue a las nueve, ¿quién era? ¿A qué vino? Comprenda que dude seriamente de que se trate de un suicidio. Bien, quédese aquí ahora y no toque nada ni deje entrar a nadie. Voy a llamar al juzgado y ya veremos. Podrá irse a su casa esta misma noche, si quiere.

El cabo Souto hizo varias fotos al cadáver con su móvil y llamó al agente Taboada, que estaba de guardia. Le explicó el tema y le dijo que llamara al forense y al juzgado y que enviara a alguien al lugar para que el agente de la comandancia pudiera marcharse. Después llamó al capitán Corredoira, que le prometió enviar inmediatamente un equipo de especialistas del Área de Investigación. Souto, a pesar de las apariencias, no se creyó en ningún momento que Antoliano Fraga se hubiera suicidado. Sobre todo por lo del misterioso visitante de la tarde del día anterior. Alguien que tenía que saber que la casa estaba vigilada y que, por otra parte, debía de ser conocido de Antoliano, dado que no había ningún signo de pelea en el pequeño salón comedor del piso.

* * * * * * *

Sonó el teléfono en el chalé de Bastiagueiro. Los dos hombres estaban cenando. El más joven lo cogió y le hizo una señal a la criada que servía la mesa para que se fuera. Esperó a descolgar mirando cómo salía del comedor.

—Diga.

La voz grave y algo ronca, al otro lado de la línea, dijo:

—El problema de Antoliano está resuelto. Me he ocupado yo, personalmente.

—Bien hecho —contestó el hombre más joven de los dos—. Cuéntame.

Se quedó un rato escuchando sin decir nada. Un par de minutos, como mucho. Cuando su interlocutor terminó de hablar, dijo:

—Muy bien, gracias. Siempre es mejor estar completamente seguro. ¿Lo sabe alguien más? ¿Ese pariente?

—No. Nadie más. ¿Qué hay del dinero?

—La semana que viene estará resuelto. No te preocupes. Todo está controlado. Te avisaré.

El hombre más joven colgó el teléfono. El hombre más viejo lo miró con gesto interrogativo.

—Mouriño despistó a los vigilantes de la Guardia Civil y se coló en el piso —dijo el más joven —. Me ha asegurado que parecerá un suicidio. No hubo pelea. Le puso una pistola en la boca, le pasó una cuerda por el cuello y lo estranguló. Luego lo colgó de la falleba del balcón con cuidado de no dejar marcas de violencia. Ni hematomas ni heridas.

—¿Está seguro de que nadie lo vio?

—Claro que lo vieron. Había un guardia en un coche delante del portal. Pero él iba disfrazado de viejo. Peluca, bastón y todo eso. No llamó la atención. Eso es lo que me acaba de decir.

—¿Cuándo fue, esta tarde?

—No. Ayer.

—¿Por qué no llamó ayer?

—No se lo pregunté.

—Quiero estar informado cuando ocurren las cosas, no al día siguiente. Díselo.

—Lo importante es que nos hemos quitado un problema de encima. Un problema serio.

—¿Sabes algo de los chicos andaluces?

—Están trabajando en La Línea con los gallegos.

—¿En Cádiz? Vale. Lo que no quiero es que se queden por Málaga.

Los dos hombres cambiaron de conversación y siguieron cenando. La muerte de Antoliano Fraga, a pesar de ser supuestamente un colaborador de confianza, no pareció afectarles mucho más que si hubieran recibido una información del tiempo sobre el anticiclón de las Azores.

Viernes

El forense, tras un primer reconocimiento general, le dijo al cabo Souto que Antoliano Fraga debía de llevar muerto unas veinticuatro horas. En principio, no se apreciaban heridas o golpes previos a la muerte, ni nada que indicara que la muerte se hubiese producido por ninguna otra causa más que el ahorcamiento. Aun así, como siempre ocurre, se reservó un dictamen definitivo hasta después de que se efectuara la autopsia. El equipo de investigadores enviado por la comandancia estuvo trabajando durante cerca de dos horas. Cuando terminaron, el jefe del equipo, que conocía al cabo Souto desde hacía mucho tiempo, le dijo que tardaría un par de días en enviarle el informe, pero le adelantó que lo del ahorcamiento le parecía dudoso.

—¿Por qué? —le preguntó el cabo.

—He estado observando las fotos del cuerpo que me pasaste, tal como lo encontraste, antes de que el forense lo moviera, y no creo que la postura en la que estaba corresponda a alguien que se sienta y, después, tira la silla. Como te puedes imaginar, he visto bastantes cadáveres de suicidas, de gente que se ahorca. Hacerlo de rodillas no es extraño, es incluso frecuente. En un piso, no suele haber vigas o ganchos en el techo de donde colgarse, como en las películas. Por eso, normalmente, los suicidas se cuelgan del pomo de una puerta, de un toallero, o de algo que esté a su alcance y que soporte el peso de un cuerpo. Luego, se dejan caer de rodillas. He visto varios casos y sé cómo queda el cuerpo.

—Y el de Antoliano Fraga no estaba como tendría que estar, ¿es eso? —dijo el cabo Souto.

—Exactamente. No es una prueba definitiva y puede tratarse de una casualidad. Pero me da que pensar. Quizá el forense te lo aclare. Ten un poco de paciencia. Hoy es viernes, ¿no? Pues espera al lunes por la tarde y te enviaremos nuestro informe completo por fax. Quizá haya alguna cosa más, pero no puedo decirte nada hasta que no terminemos el trabajo, ya sabes: huellas, restos orgánicos y todas esas cosas.

—¿No puedes decirme nada más, aunque no sea seguro?

—No, Souto. Ya sabes cómo trabajamos. No hacemos suposiciones. Pero tú ya puedes registrar el piso, si quieres, quizá descubras algo.

—¿Después de que lo hayáis registrado vosotros? Me extrañaría —dijo el cabo.

—Puede que nosotros no buscáramos lo mismo que tú.

Marimar Pérez llamó por la mañana al tío de su socio, Santiago Bustelo, para preguntarle cuándo podrían ir a verlo César Santos y ella. El abogado le dijo que, si querían, podían ir el sábado por la mañana, ya que él solía estar en su despacho hasta la hora de comer. Santos le sugirió a su novia ir aquella misma a tarde al parador de Cambados y dormir allí. Así, no tendrían que madrugar el sábado, pues Vilagarcía estaba a un cuarto de hora. Marimar salió de la gestoría sobre las cinco de la tarde, fue a su casa de Brens a cambiarse y preparar una bolsa con lo necesario para pasar la noche y luego llamó a su novio para que la fuera a buscar. Sobre las seis y media salieron hacia Santiago para coger la autopista. Llegaron a Cambados poco después de las ocho. Dejaron sus cosas en el Parador y salieron a dar un paseo por los alrededores de la Plaza de Fefiñanes, una de las más bellas de Galicia. Volvieron paseando por la orilla de la Ría y se quedaron a cenar en la terracita del restaurante A Posta do Sol, un sitio que Santos conocía desde hacía años. En la terraza había solo tres mesas. Orientado a poniente y haciendo honor a su nombre, el restaurante ofrecía a aquella hora el espectáculo de una preciosa puesta del sol. La pareja, sin embargo, apreció mucho más los percebes y los camarones que les sirvieron. Marisco de la Ría por el que era reconocido el pequeño restaurante, acompañado de una botella de Vionta servido en una cubitera de cristal, llena de agua y hielo, para hacer honor a la capital del Albariño.

De regreso al Parador, tomaron una última copa en el patio interior antes de subir a la habitación. Allí, Marimar y César sucumbieron a los encantos de su recíproca atracción hasta que el sueño fue más fuerte que el deseo.

Sábado

El sábado por la mañana hacía sol. Un día despejado, en el que la Ría de Arousa gallego lucía un hermoso color azul, reflejo de un cielo limpio y claro. Marimar y César desayunaron en el amplio comedor del Parador Nacional. Después de servirse en el bufé, pidieron unos churros, que no se tomaron porque estaban mal fritos y grasientos. A las once de la mañana entraban en el bufete del abogado Bustelo, en el centro de Vilagarcía. Santiago Bustelo era un hombre mayor y apenas había cambiado desde la última vez que Marimar y Santos habían ido a verlo, hacía unos años. Todos se acordaban muy bien de aquella última visita.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó el abogado después de ofrecerles un café, que aceptaron agradecidos.

Marimar le contó lo del secuestro del hijo de Jacob Steiner con más datos de los que se habían publicado en la prensa y le explicó la razón por la que querían hablar con él, con la esperanza de que les proporcionara alguna información útil sobre Andrés Docampo. El abogado sonrió con gesto complaciente. Se volvió hacia César Santos y le dijo en tono paternalista y, en cierto modo, irónico:

—Creo recordar que, cuando nos conocimos, hace unos años, vinisteis los dos preguntándome sobre otro personaje importante en la industria y los negocios de las Rías Bajas. ¿Me equivoco?

—No, amigo mío, no se equivoca —respondió Santos.

—Y, si mal no recuerdo, vuestra investigación de entonces trajo consecuencias desagradables para ti y tu ayudante, ¿no es así?[6]

—Es cierto. Aquello formó parte de lo que, en nuestra profesión, llamamos gajes del oficio. Pero también es cierto, amigo Bustelo, que nos conseguiste una información muy valiosa, gracias a la cual, tanto nosotros como la Guardia Civil, pudimos dar un gran paso en la investigación que nos traíamos entre manos. La paliza y la humillación que sufrí entonces no fue un precio demasiado elevado para los resultados que obtuvimos.

—Por lo que veo, no has escarmentado, amigo Santos —dijo el abogado.

—La tenacidad es una arma imprescindible para un detective —contestó Santos—, por eso le pedí a Marimar que hablara contigo. Estoy seguro de que sabrás algo interesante acerca de ese señor Docampo.

—Todo el mundo sabe por aquí quién es el señor Docampo, Santos.

—Ya, pero seguro que tú sabes algo más que todo el mundo. No te pido nada en concreto ni mucho menos información confidencial. Nada de eso. Solo me gustaría saber un poquito más acerca del personaje. De la idea que tiene sobre él la gente bien informada, simples opiniones, incluso suposiciones.

—No irás a decirme —lo cortó Bustelo— que basas tu investigación en suposiciones.

—¡En absoluto! Por supuesto que no. Solo que, antes de indagar en una determinada dirección o, más bien, sobre una persona en concreto, me gusta saber lo que opina la gente sobre esa persona, lo que se dice de ella. No importa si es cierto o no, nunca nada de lo que se dice de alguien es completamente cierto, pero me permite orientarme, seguir adelante o abandonar. Si todas las referencias que obtengo sobre Andrés Docampo lo sitúan en un pedestal de honradez, de rectitud y de absoluta carencia de antecedentes penales o procesales, en ese caso no pierdo tiempo buscándole laS vueltas. ¿Me explico?

El abogado Bustelo, sin abandonar una sonrisa apenas esbozada, permaneció en silencio, pensativo, como si buscara una respuesta adecuada a la explicación de César Santos. Marimar permanecía expectante, observando el prudente diálogo entre su novio y el tío de su socio. Finalmente, Bustelo hizo un gesto abriendo los brazos y se dirigió a Santos.

—Amigo Santos —dijo—, qué quieres que te diga. Toda esta región, me refiero a las Rías Bajas, ha sufrido a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado una especie de revolución económica y social. El crecimiento de las ciudades, el contrabando de tabaco, el desarrollo de la industria pesquera y conservera, los fenómenos asociados a la emigración y al turismo y, sobre todo, la explosión del narcotráfico con sus consecuencias en el mundo de la construcción y de muchos negocios especulativos para facilitar el lavado del dinero que han generado la aparición de grandes fortunas cuyo origen es, cuando menos, dudoso. Galicia podría haber seguido desarrollándose progresivamente gracias a la pesca, la ganadería y la agricultura, la industria, la madera, la minería, el turismo y otras fuentes de ingresos, digamos, tradicionales. Pero esta zona, en particular, sufrió una sacudida económica, que afectó a todas las demás industrias y negocios con el apogeo del narcotráfico de hace unos años. Mira a tu alrededor. En muchas aldeas de esta región, cuyas principales fuentes de riqueza eran el vino y el marisqueo, empezaron de pronto a aparecer, surgiendo por todas partes como champiñones, lujosos chalés de granito de cientos de metros cuadrados, fincas enormes con piscinas, canchas de tenis y casas señoriales, pazos restaurados y empresas constructoras. El coche más común en nuestras carreteras era el Mercedes y al borde de los caminos rurales y delante de las tabernas, era frecuente ver algún Ferrari u otro tipo de coches de marcas ostentosas aparcados descuidadamente. No sé cuál es el origen de la fortuna de Andrés Docampo, pero sí puedo asegurar que, hace treinta años, a ese hombre no lo conocía nadie. No es un aristócrata con su histórico pazo, no viene de una familia de conocidos terratenientes o dueños de industrias o

armadores de buques, no es un emigrante que hiciera fortuna. De modo que saca tú mismo tus propias conclusiones. Creo recordar, César —dijo Bustelo después de unos segundos de silencio y reflexión—, que ya tuvimos una conversación semejante cuando viniste a preguntarme sobre Manolo Vilacoba.

César Santos también tardó a su vez en contestar, como si estuviera asimilando la explicación de Bustelo. Después, dijo:

—Cierto. Te entiendo perfectamente. ¿Es todo cuanto puedes decirnos?

—No. Te diré algo más. Andrés Docampo está casado con Amparo Nogueira. Seguramente, el nombre de Tino Nogueira, que es hermano de Amparo, no te dice nada, ¿verdad?

—Pues no, francamente.

—Bueno, pues Tino Nogueira fue procesado hace cuatro años por tráfico de armas. Solo pudo ser condenado por tenencia ilícita, no por contrabando. Se libró con una multa, pues no se pudo probar que traficara con ellas. Aquí, en las Rías, se habla poco de cierto tipo de cosas, pero no hablar no significa no saber o, al menos, suponer. Actualmente, si alguien en Galicia trafica con armas, sabemos que no es para vendérselas a revolucionarios sudamericanos o guerrilleros de países africanos. Es para abastecer a los narcos gallegos. Eso es lo que se supone que hace o hacía Tino Nogueira. Quizá te estés preguntando qué tiene que ver el tráfico de armas con el secuestro del hijo de un negociante de diamantes de Amberes. Aparentemente nada.

Marimar y César Santos tomaban el café despacio atentos a cuanto decía Santiago Bustelo, que hablaba pausadamente y como escuchándose a sí mismo. El abogado hizo una pausa, bebió un sorbo de café y continuó:

—Pero resulta que Tino Nogueira, que es socio en varios negocios de Andrés Docampo, está muy relacionado con Gerardo Lois, el marido de la hija del famoso Manolo Vilacoba, Sandra, que negocia con diamantes africanos, como todo el mundo sabe, incluso tú. ¿Recuerdas a Sandra?

César Santos, que recordaba perfectamente su aventura con la hija de Vilacoba y no quería que Marimar sacara a relucir el tema, hizo como que no oía al abogado y dijo poniendo cara de intrigado:

—¡Qué interesante! O sea que es posible que exista una conexión Docampo-Vilacoba y, a través de su cuñado y ese tal Lois, con Jacob Steiner.

—Arriesgada conclusión, César —dijo Bustelo—, pero no descabellada, si tenemos en cuenta que, según dicen, los diamantes son la moneda de pago más frecuente en muchos de los negocios de compraventa de armas. Tú mismo puedes hacer tus propias deducciones. Un millón de dólares o de euros en billetes ocupa mucho sitio y, por otra parte, es difícil descubrir algunas falsificaciones. En cambio, en diamantes, se puede llevar un millón envuelto en un pañuelo en el bolsillo del pantalón, y cualquier joyero de pueblo sabe reconocer un diamante falso. Creo que no vas descaminado en tus indagaciones, pero ándate con ojo. En ese mundo, tengo entendido que matan con la misma tranquilidad con la que se beben un whisky.

Santos le preguntó al viejo abogado si podía decirle cuáles eran las principales empresas de Andrés Docampo. El abogado le citó unas cuantas y Santos tomó nota.

Julio César Santos y Marimar se despidieron de Santiago Bustelo y se fueron.

—¿A dónde te apetece ir? —le preguntó Santos a su novia al subirse al coche.

—A donde tú quieras —contestó ella—. No tengo nada que hacer hasta el lunes por la mañana.

Julio César Santos, que conocía muy bien los gustos de su novia, la llevó a A Coruña. Se alojaron en el Hotel Finisterre, de cinco estrellas, levantado sobre el mar en la bahía coruñesa, sobre la desaparecida playa del Parrote, en la Ciudad Vieja. No le contó ciertos detalles de la extraña y turbia aventura que había tenido hacía ya algunos años con la hija de aquel señor Vilacoba, del que

les había hablado el abogado Santiago Bustelo. Marimar conocía el final de la historia. A Santos le pareció que no merecía la pena recordar algunos capítulos intermedios en los que su actuación no había sido en exceso brillante.

Capítulo XI

Lunes, 28 de julio

El lunes por la mañana, el cabo Souto recibió casi al mismo tiempo los informes de los agentes del Área de Investigación de la comandancia de A Coruña y el informe de la autopsia del forense del juzgado de Corcubión. En ambos casos, tanto el médico forense como los especialistas de la Guardia Civil, llegaban a la conclusión de que Antoliano Fraga había sido asesinado. La apariencia del ahorcamiento, por lo tanto, había sido un montaje para intentar desviar la atención de los investigadores. Un intento fallido. Una chapuza.

El cabo José Souto llamó a sus colaboradores. Cuando Verónica Lago, la última, entró en el despacho y cerró la puerta, Souto los puso al corriente y les pidió que no comentaran con nadie las conclusiones de la autopsia y del informe de la comandancia.

—¿Por qué? —preguntó Orjales.

—Porque, de momento, prefiero que no lo sepa nadie. He estado dándole vueltas a un tema que me preocupa. Quizá me equivoque, pero no me gusta nada el abogado de Antoliano Fraga y sospecho que puede tener algo que ver con todo el asunto del secuestro. Apareció de la noche a la mañana sin que nadie lo llamara. Estoy seguro de que habló con Antoliano antes de su detención. Me di cuenta de que habían convenido ciertos signos para el interrogatorio. Pero ¿quién lo llamó? ¿Por qué se presentó aquí ese tipo, menos de una hora después de detener a Antoliano? Él no pudo llamarlo desde aquí.

—¿Crees que lo avisó alguien de dentro? —preguntó Aurelio Taboada.

—¿Por qué no?

—Venga, cabo. ¿Quién iba a hacer algo así?

—Vete a saber —respondió el cabo—. Recuerda lo que pasó con Toba hace años.

Se hizo un silencio incómodo. Amaro Toba era un guardia de Corcubión que había sido expulsado del cuerpo por corrupción hacía varios años. Todos, menos Verónica Lago, que no era de allí y llevaba poco tiempo en el Cuerpo, se acordaban muy bien. Algún tiempo después, lo había empleado como chófer un abogado coruñés que, a su vez, se había visto envuelto en un asunto muy turbio[7].

—¿Se sabe algo de él? —preguntó Orjales.

Se cruzaron unas miradas dubitativas.

—No, que yo sepa —dijo Taboada—. ¿Crees de verdad que puede haber alguien aquí que pase información a los secuestradores? ¿Cómo iba a saber…?

—No, no —lo cortó el cabo Souto—. No he dicho eso. Me refiero a que cualquiera puede

hacer sin darse cuenta un comentario sobre cosas que pasan en el puesto, un comentario sin importancia charlando con amigos fuera del trabajo y que llega a oídos de alguien que está interesado en el tema por una u otra razón. ¿Comprendes? No tiene por qué ser algo voluntario. La típica indiscreción. A eso me refería.

—No fastidies, jefe —dijo Orjales—. Si ese abogado de Santiago se presentó a la media hora de detener a Antoliano Fraga, tuvo que ser porque alguien lo avisó. Tenía que estar al loro del asunto. Si se lo cargaron, no fue por casualidad. Tiene que haber más gente metida en lo del secuestro. Se lo cargaron porque sabía quién daba las órdenes, quién le pagaba y quién lo mandó a la playa de Lires la noche del crimen. Fue él quien llevó a los andaluces hasta allí, si no, de qué coño iban ellos a saber dónde tenían que atacar y cómo volver.

—Tienes razón, Orjales. Toda la razón. Y por eso no me gusta nada ese abogado.

—¿Podemos pedir que se le pinche el teléfono? —preguntó Verónica.

—¿Pinchar el teléfono a un abogado? Nunca lo autorizan —dijo Orjales.

—Bueno, no importa —dijo Souto cambiando de tema—. Nos interesa que nadie sepa lo del asesinato de Antoliano hasta dentro de unos días, cuando ya no podamos ocultarlo. Eso nos da cierto margen para seguir buscando. Tú, Orjales, llama a Málaga, a ver si nuestros colegas saben algo de los chavales andaluces. Tú, Vero, estate al tanto de lo que pasa con Antoliano Fraga. Me han dicho que lo entierran esta tarde en Duio. Vete al tanatorio y toma nota de quién está allí y quién va al entierro. El abuelo está hospitalizado, pero tiene una tía, ¿no es eso, Orjales?

—Sí, se llama Herminia.

—Bueno, pues vete de paisano, observa discretamente a la gente, haz fotos si puedes con tu móvil, entérate de quién es quién. Nos interesa mucho conocer a las personas con las que tenía trato y, sobre todo, ver si aparece alguien raro o sospechoso. Comprendes lo que quiero decir, ¿no?

—Sí, cabo. Podría ser que la persona que contrató a Antoliano apareciera por allí para dar el pésame a la familia. Es eso lo que tengo que descubrir, ¿verdad?

—Exacto. Da gusto tratar con gente inteligente —dijo Souto.

—Gracias, jefe —dijo la agente algo ruborizada.

A mediodía, Santos llamó al cabo Souto para ver si podían comer juntos. Para convencerlo, le dijo que quería comentarle lo que había conseguido sacarle al abogado Bustelo en Villagarcía. Souto accedió y fueron a comer al restaurante Playa de Quenxe, en Corcubión. Encontraron sitio en la terraza acristalada y con magníficas vistas. Como de costumbre, ambos se mostraron más interesados en la vista de las fuentes de vieiras, almejas y navajas de la Ría que en el paisaje.

Santos sacó un papel en el que había anotado los detalles familiares que permitían suponer la existencia de una relación entre Andrés Docampo y Vilacoba y lo comentó con el cabo Souto durante la comida.

—O sea —dijo Souto—, que Andrés Docampo está casado con la hermana de un supuesto traficante de armas.

—Eso es —corroboró César Santos—. Y ese traficante de armas es socio del yerno de Vilacoba, que se dedica, entre otras cosas, al negocio de los diamantes. Una de esas casualidades que tú nunca te tragas. La pequeña Sandra Vilacoba, que dirige actualmente los negocios de su padre, podría muy bien tener algo que ver en todo este asunto. El socio de su marido, el cuñado de Docampo, negocia con armas. Ella o su marido, con diamantes. Parece que las cosas empiezan a encajar, ¿no crees?

—La verdad es que, aunque no se pueda probar la relación con toda seguridad —dijo el cabo

Souto—, tienes razón en eso de que no me trago la coincidencia.

—¿Qué piensas hacer, Pepe? —preguntó el detective.

—No lo sé. Pero voy a pedirle al capitán Corredoira que pregunte en la Asociación de Joyeros de Bergondo si saben algo acerca de Vilacoba y Docampo o de su posible conexión con el mundo de la joyería.

—¿De qué va esa asociación? —preguntó Santos.

—En Bergondo, cerca de Coruña, hay una tradición de talladores de piedras preciosas de la que hay constancia desde los tiempos del emperador Carlos Quinto. Ya en el siglo diecisiete eran famosos los joyeros de esa zona. Actualmente existe una asociación que agrupa a muchos de los joyeros más importantes de Galicia. Tratantes de piedras preciosas, joyeros, orfebres y diseñadores de joyas. Creo que es bastante importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Me informé cuando nos hicimos cargo de la investigación de los diamantes hallados en el yate de Vilacoba. Seguro que te acuerdas.

—Preferiría olvidarlo.

—Estoy seguro de que alguien de esa asociación sabrá algo sobre el tráfico de diamantes. Otra cosa es que quiera hablar de ello. Pero es probable que el capitán Corredoira pueda enterarse.

A las cuatro de la tarde, el cabo Souto ya estaba de vuelta en el puesto de la Guardia Civil y César Santos en su finca de Vilarriba. Souto trabajando y Santos echándose una siesta.

Cada uno a lo suyo.

Verónica había ido al tanatorio; Souto escribía el informe para su jefe en la comandancia y Orjales insistía con sus colegas de la comandancia de Málaga en la urgencia de tener noticias del paradero de los dos hermanos andaluces, a los que se consideraba ya con seguridad autores materiales del secuestro del hijo de Jacob Steiner y de la tentativa de asesinato de David Natan, para poner en marcha la orden de detención.

La actuación de la agente Verónica Lago fue crucial. En la funeraria «San Antonio» de Cee obtuvo información sobre la hora del entierro, que tendría lugar en el pequeño cementerio parroquial de San Vicente, en la aldea de Duio, municipio de Fisterra, al día siguiente, a las diez de la mañana. La familia no había contratado velatorio ni reservado ninguna sala, por lo que el féretro sería conducido directamente del depósito del juzgado donde se encontraba al camposanto de la parroquia.

Martes, por la mañana

Verónica Lago estaba en Duio a las nueve y media de la mañana, vestida de negro con un pañuelo en la cabeza que ocultaba su pelo rubio. Aparcó su coche junto al crucero de la placita que hay delante de la iglesia parroquial y bajó las escaleras hasta la verja de entrada. Al fondo del cementerio, había dos aldeanos con aspecto de sepultureros fumando junto a un nicho abierto. La iglesia era más bien una capilla de piedra, de planta rectangular, con su espadaña de dos campanas, sin adornos superfluos.

A las diez menos cuarto, la llamó Orjales desde el depósito para avisarla de que ya había salido el pequeño cortejo, compuesto por el coche fúnebre y otro coche particular con tres personas dentro: la tía de Antoliano y un primo con su mujer. Nadie más.

—Me daré una vuelta por ahí —le dijo Orjales—. Iré de paisano y haré como que no te

conozco.

—Vale —le dijo Vero—. Allí verás mi coche, en la placita. Hay sitio para aparcar.

—Tranquila, conozco el cementerio. Chao.

Verónica vio llegar a pie por la pista un par de señoras mayores, que entraron en el cementerio muy decididas y se quedaron mirándola.

—¿Viene usted al entierro de Antoliano? —le preguntó una de ellas.

—Sí.

—¿Es usted pariente suya? No la conozco.

—No, no soy de la familia. Mi marido está montando un bar en Dumbría —improvisó— y estaba en tratos con Antoliano para que nos sirviera pescado.

—Ah, en Dumbría. —La señora se antiguó—. ¡Que desgracia! Suicidarse. Que Dios lo perdone. Dice don Benito que seguramente perdió la razón, por eso consiente en enterrarlo en sagrado.

—¿Don Benito? —preguntó Verónica poniendo cara de extrañeza.

—El párroco.

—Ah, no sabía. Es que como no soy de aquí, no conozco a nadie.

—¿De dónde es, de Umbría?

—De Santa Comba.

—Ah, de Santa Comba, ¿y su marido es de Umbría?

La agente Lago tenía miedo de cometer algún error con sus mentiras y que la aldeana de Duio la descubriera, por eso procuró alejarse geográficamente cada vez más y dar cada vez menos explicaciones.

—Mi marido es de Santiago. Hace poco que vinimos a Dumbría.

En ese momento apareció el cura en una moto. Era don Benito. Un cura joven que atendía sin duda un montón de parroquias, a juzgar por la prisa que traía. Entró a través de la cancela, dejó la moto apoyada contra la fachada de la iglesia y abrió la puerta. Las mujeres lo saludaron y entraron detrás de él, quizá para protegerse del sol. Verónica Lago también entró. El cura fue hasta un armario que había a la derecha del altar, lo abrió y descolgó de una percha una sotana. Se la puso y desdobló un roquete, que también se puso, así como una estola morada. Después, se acercó a las dos aldeanas y les dio la mano con una sonrisa. Luego, se volvió hacia Verónica y sonrió de un modo muy diferente, como un joven que se acerca a una chica guapa para sacarla a bailar.

—¿Eres familia del fallecido? —le preguntó dubitativo.

—No —dijo Verónica y, acercándose un poco más al cura, añadió en voz baja—, soy guardia civil. Por favor, no me descubras, estoy trabajando.

El cura hizo un gesto de sorpresa, como si le costara creerla, volvió a sonreír y le dio una palmadita en el hombro diciendo:

—No te preocupes. Si quieres hablamos cuando termine el entierro.

Poco después, aparecieron el coche fúnebre y el de la familia, que entraron en el cementerio y se pararon delante de la iglesia. Bajaron los de la funeraria, abrieron el portón trasero del coche fúnebre y sacaron la camilla desplegable con ruedas sobre la que descansaba el ataúd. Todo estaba perfectamente organizado, los de la funeraria lo llevaron hasta el pie del nicho donde los enterradores los esperaban. Tanto el conductor como el ayudante iban con traje negro y cara de circunstancias. Todo muy profesional. Mientras lo hacían, Verónica Lago hizo unas fotos disimuladamente con su móvil. En aquel mismo momento, llegó un Mercedes verde oscuro, que se detuvo ante la entrada ocupando todo el ancho del paso, detrás del coche de la familia. Se bajó un hombre de unos cuarenta y cinco años, bien vestido, alto y ancho de hombros, con el pelo completamente blanco. El hombre

se acercó al grupo de la familia del muerto, saludó a la tía, al primo y a su mujer y se quedó junto a ellos, con las manos a la espalda, mientras el cura rezaba sus responsos. A continuación, los sepultureros introdujeron el féretro en el nicho y colocaron una loseta, que sujetaron con yeso. En ese momento, Verónica Lago vio aparecer a Orjales, sin darse cuenta de dónde salía. Él se mantuvo alejado una decena de metros del grupo. Ella estaba junto a las dos aldeanas, detrás de la familia.

La ceremonia terminó. Las aldeanas se acercaron a dar la mano a la tía de Antoliano, al primo y a su mujer. El hombre que había llegado a última hora se quedó mirando a Verónica, que se retiraba discretamente sin saludar a la familia del muerto y se dirigía a la puerta de la capilla, por donde acababa de meterse el párroco. Después volvió junto a la tía, le puso una mano en el hombro y charló un rato con ella. El cura se cambió en la iglesia y salió, vestido de paisano, a despedirse de la familia. Después, se dirigió a Verónica y le dijo:

—No sé si quiere preguntarme algo. Ahora tengo un poco de prisa. Pero si usted o alguien de la Guardia Civil quieren hablar conmigo de lo que sea, llámenme por la noche a mi casa —dijo dándole un papelito con su número de teléfono.

El cura hizo un gesto de adiós a los demás con el brazo y se fue en la moto. Cuando el personaje del Mercedes y la familia se despedían a la puerta del camposanto, Verónica les hizo unas fotos con su móvil y también a los coches procurando que se vieran las matrículas. El hombre se dio cuenta, esperó a que la tía y los primos de Antoliano se fueran, se acercó a ella con paso enérgico y le dijo con muy malos modales y voz ronca:

—¿Qué coño está haciendo usted aquí? ¿Es periodista?

Verónica, sorprendida ante la actitud violenta del individuo se quedó inmóvil mirándolo fijamente. Las dos mujeres que ya se marchaban en dirección a la aldea, se volvieron a mirar. Ella se le encaró y le contestó:

—Yo hago lo que me da la gana. ¿Quién es usted?

El hombre se acercó a ella amenazante y le dijo:

—¿A usted qué coño le importa? Soy de la familia y he venido al entierro, pero usted, ¿a qué ha venido?

—Yo también he venido al entierro y no tengo por qué darle a usted explicaciones de lo que hago.

El hombre se volvió hacia las dos aldeanas, que miraban asustadas en medio de la pista, y les dijo:

—¿Y ustedes qué coño miran? ¡Váyanse a su casa de una vez!

En ese momento, Orjales, que había estado observando lo que ocurría apoyado en una esquina de la capilla, se acercó despacio al hombre por detrás y, con cierta chulería, le dijo:

—Oiga, es usted un mal educado.

—¡Y tú un gilipollas! —contestó el otro volviéndose—. ¿Quieres que te parta la cara?

Verónica Lago miró a Orjales y levantó un brazo como para indicarle que no entrara al trapo de la provocación de aquel individuo. Orjales sacó del bolsillo trasero de los vaqueros su carné de Guardia Civil al mismo tiempo que la agente Lago extraía del bolso su pistola reglamentaria.

—Guardia Civil —dijo Orjales—. Le conviene cambiar de actitud, señor.

El hombre se detuvo en seco. Levantó los brazos con gesto pacificador y dijo:

—Lo siento. Me pareció que la señorita era una periodista y me fastidió que se pusiera a hacer fotos. El muerto era muy amigo mío y estoy muy dolido. Compréndanme. No estoy para bromas. Discúlpenme.

Verónica Lago guardó su pistola y Orjales le hizo al hombre un gesto amable con el brazo.

—Está bien, señor —dijo—. Puede marcharse.

Cuando se hubo ido, Verónica Lago le preguntó a Orjales por qué no le había pedido que se identificara. Orjales le dijo:

—¿Para qué? Tenemos su foto y la matrícula de su coche. Si el tipo es sospechoso de algo, es mejor que no piense que lo estamos investigando. Lo dejamos marchar sin más y se va tan tranquilo, ¿comprendes? De todas formas, aquí es muy fácil saber quién es quién. Y más, un amigo de la familia de Antoliano Fraga. ¿Nos vamos?

* * * * * * *

Martes, por la noche

Playa de Bastiagueiro, cerca de A Coruña. Los dos hombres terminaban de cenar. Sonó el teléfono. El hombre de la voz ronca dijo:

—Buenas noches, soy yo.

—¿Qué pasa? —respondió el mayor de los dos, que era quien había descolgado el teléfono—. ¿Alguna novedad?

—Nada especial. Quería saber qué pasa con el dinero. Habrá que pagar algo a la familia de Antoliano. También tenemos que pagar lo que queda a los andaluces y, bueno, no es que yo tenga prisa, pero a mí también me gustaría cobrar. Eso, sin contar con el infiltrado.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Quizá cinco segundos. Mouriño estaba nervioso. Dijo:

—¡Oiga! ¿Se ha cortado?

—No te pongas nervioso. No se ha cortado. Estoy pensando.

—¡Ah!

—Escucha. Esto va a tardar unos días, unas semanas, quizá. No veo dónde está la urgencia. Tienes que estar preparado para recibir el envío que falta. Le diremos al belga que lo haga en las próximas cuarenta y ocho horas. A la familia de Antoliano, cuanto menos se le diga, mejor. Si creen que hay que darles algo, se lo das, pero discretamente. De los andaluces, tenemos que hablar. Hay que asegurarse de que mantendrán el pico cerrado. Y esperar. Antes de pagarles lo que falta, hay que estar seguros de que no los va a encontrar la Guardia Civil. No me gusta tirar el dinero, como los cincuenta mil de Antoliano. Y tú tendrás que esperar, como todo el mundo. Las cosas llevan su tiempo. ¿Estás mal de dinero? ¿Tan mal te van las cosas?

—No, bueno, ya sabéis que los cincuenta mil de Antoliano los había adelantado yo. Pero no pasa nada, si hay que esperar, se espera. Solo quería saber algo.

—Pues ya lo sabes. ¿Alguna cosa más?

—Esta tarde hemos enterrado a Antoliano. La Guardia Civil estaba en el cementerio. Nos hicieron fotos a todos. A la familia y a mí. Dos agentes.

—¿La Guardia Civil? ¿Qué coño hacían allí?

—Ni idea. Me encaré con la agente creyendo que era una periodista, porque iban de paisano, pero sacó la pistola y el otro se identificó. No pasó nada. Me disculpé y me dejaron en paz. Ni siquiera me pidieron la documentación. Es muy posible que fuera un servicio de vigilancia rutinaria.

—¿Dos guardias civiles de paisano en Duio? No me gusta nada. Esa gente no da puntada sin hilo. ¿Dónde estás ahora?

—En Poio, en mi casa.

—¿Por qué no desapareces durante unos días? Lárgate a cualquier sitio raro donde no se les

ocurra ir a buscarte. Desapareces y esperamos a ver si hacen algo. Tenemos que permanecer inmóviles, agazapados. Te llamaré mañana.

Miércoles

El cabo José Souto estaba contento el miércoles por la mañana a primera hora en la reunión con sus colaboradores más próximos. Las fotografías que había hecho la agente Lago en el cementerio de Duio le interesaron, especialmente una en la que se veía muy bien al hombre alto de pelo blanco. Después de quedarse mirándola fijamente durante un buen rato sin decir nada, como si estuviera pensando en otra cosa, se dirigió a Taboada y le dijo:

—Oye, Aurelio, ¿tienes ahí tus notas sobre el interrogatorio a las mujeres de la limpieza del aeropuerto de Lavacolla?

Aurelio Taboada sacó su libreta, la hojeó buscando el lunes de la semana anterior. Lo encontró y le dijo a su jefe:

—Si, aquí están.

—¿Quieres leerme la descripción que te dieron las mujeres de los tipos que las sobornaron antes de la llegada del avión de Bruselas? —le pidió el cabo Souto.

—Claro, aquí lo tengo. A ver… El que parecía el jefe era un tipo de mediana edad, entre cuarenta y cuarenta y cinco, alto, fuerte, de pelo blanco y voz ronca. El otro…

—Vale, vale —lo cortó Souto, que se volvió a Verónica Lago y le preguntó—: ¿Coincide?

—Totalmente —contestó sin dudarlo la agente.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer antes de nada. A ver si hay suerte y el coche está a su nombre.

Verónica miró a Orjales y le dedicó una sonrisa que él le devolvió alzando las cejas.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigado el cabo.

—Ya lo comprobamos ayer por la tarde, cabo —dijo Orjales—. Se trata de Celso Mouriño García. Vive en Poio. Tenemos su dirección y su teléfono.

—¡Bravo! ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Ya era muy tarde cuando los de Tráfico nos dieron los datos, jefe —se disculpó Lago—. Se lo iba decir ahora.

—Sabéis algo más. ¿Dónde trabaja? ¿A qué se dedica?

—No. Solo los datos de tráfico.

—Muy bien —dijo el cabo Souto—. Pues vosotros dos intentad enteraros de todo lo que podáis sobre ese tal Mouriño, sin que él se dé cuenta, claro. Tú, Aurelio, coge esa foto y vete a toda leche a Santiago. Enséñasela a las mujeres de la limpieza, a ver si lo reconocen. Yo voy a llamar al capitán Corredoira. Te quiero de vuelta antes de las once. Taboada miró el reloj. Eran las ocho y media

Todos se quedaron mirando al cabo, que sin moverse de su butaca, los miró a su vez con gesto interrogativo y dijo:

—¿Qué pasa? ¡Vamos! No hay que perder tiempo. ¿A qué esperáis?

Aurelio se levantó y salió a toda prisa, después de coger la foto y meterla dentro de su cuaderno de notas. Verónica y Orjales recogieron sus carpetas y salieron como si hubiera sonado la alarma de incendio.

Capítulo XII

Miércoles por la tarde

Los acontecimientos se sucedieron al mismo ritmo urgente con el que Orjales y Lago habían salido del despacho y Taboada había arrancado el coche derrapando para ir a Santiago. El cabo Souto informó al capitán Corredoira en la comandancia de A Coruña. Corredoira le dijo que, en cuanto tuviera la confirmación de que las mujeres de la limpieza del aeropuerto reconocían a Mouriño como el hombre que las sobornó, solicitara de la jueza de Corcubión una orden de detención.

—Hablaré personalmente con la comandancia de Pontevedra para que lo busquen y lo detengan. En cuanto sepa algo, lo aviso para que vayan a buscarlo. Buen trabajo, cabo.

Souto le dio las gracias y llamó a Aurelio Taboada. Estaba impaciente. Taboada acababa de llegar al aeropuerto. El cabo tuvo que esperar. Aquella impaciencia lo estimulaba. Miraba el reloj constantemente, como si así pudiera hacer que las agujas avanzaran más deprisa, y ocultaba su decepción al comprobar que, después de cada mirada, la aguja que marca los minutos apenas se había movido. Estaba nervioso y contento a la vez porque percibía que la investigación estaba en un momento crucial, como los coches de carreras en la parrilla de salida, a punto de apagarse el semáforo. Quizá Celso Mouriño fuera el eslabón que andaba buscando. El enlace entre el cerebro del secuestro y el brazo ejecutor. En ese caso, se despejaría la niebla en la que se movía desde un principio y empezaría a ver claro. Era el mejor momento de la investigación, como si al final de un tupido bosque hubiera descubierto, tras una larga y desesperada búsqueda, el sendero de salida hacia el claro. La luz al final del túnel. Su inquietud era efervescente y le proporcionaba una especie de felicidad morbosa, incompleta, dolorosa y placentera al mismo tiempo.

Finalmente, sonó el teléfono. Era Aurelio Taboada, que dijo:

—¡Bingo, Holmes! Las dos mujeres lo han reconocido a la primera, en cuanto vieron la foto, sin el menor género de duda. Es él: Mouriño. Hasta llevaba el mismo traje que en la foto, me dijeron las dos.

—¡Bravo Aurelio! Supongo que les habrás preguntado si están dispuestas a declarar ante un juez.

—Por supuesto —dijo Taboada—. Pero hay algo más. Hablé con el jefe de seguridad del aeropuerto, que apareció por allí cuando me vio. Algo más que te va a gustar. Le expliqué por encima, sin entrar en detalles, que estábamos investigando la llegada de alguien del extranjero. No puede asociarlo con el secuestro porque no le di ningún dato concreto. Le pregunté si había grabaciones de los vídeos de seguridad del aeropuerto del día diecisiete de julio, jueves. Las vamos a ver ahora. No sé si se verá a Mouriño, pero es muy posible porque tuvo que estar en la zona restringida para hablar con las mujeres de la limpieza. En cuanto vea esas cintas, regreso y te cuento.

Taboada regresó a la hora de comer. Traía una copia de la cinta en la que se veía a Mouriño entrar en el aeropuerto, acompañado de Antoliano Fraga, el jueves anterior. No se veía nada más, pero era suficiente para confirmar la declaración de Fina y Marisol, las dos mujeres de la limpieza. Cuando se lo dijo al cabo José Souto, este se dejó caer en la silla de su mesa de despacho con un gesto de total satisfacción. ¡Bien!, pensó. Llamó inmediatamente al capitán Corredoira y, acto seguido, pidió ver a la jueza de Corcubión.

Entre tanto, Verónica Lago y Orjales habían encontrado la información que el cabo Souto les pidió sobre Mouriño. Celso Mouriño García, cuarenta y seis años, divorciado, aparejador, residente en Poio, Pontevedra, trabajaba de jefe de obras en Construcciones Atlántico, S.A.

El cabo José Souto invitó a cenar a Julio César Santos y a Marimar aquella misma noche en la casa rural Doña Carmen, su casa. Estaba eufórico. Su mujer, Lolita Doeste, no salía de su asombro. Hacía mucho tiempo que no veía a su marido tan contento. A veces hasta sonreía. Cuando, a lo largo de la conversación, José Souto comentó que Mouriño, el tipo sospechoso que querían detener, trabajaba en Construcciones Atlántico, César Santos le pidió que repitiera el nombre de aquella empresa y le dijo:

—Espera un momento, Pepe. —Sacó un papel del bolsillo trasero de su pantalón de verano, lo desdobló y le dijo—: El tío del socio de Marimar nos comentó que Andrés Docampo era dueño de varias empresas. Anoté los nombres que me dio. Los tengo aquí. Docampo y Asociados, Santa Marina, S.A., Viveros Docampo, Contratas Rías Bajas y… —levantó la vista con un gesto de sorpresa— ¡Construcciones Atlántico!

El cabo mostró una amplia sonrisa como nunca se la había visto antes su amigo Santos, que dijo:

—Una de esas casualidades que te encantan, ¿verdad?

—No sabes cuánto.

Hasta aquel momento, Marimar Pérez había permanecido callada. Les estaba dando un plazo y dejándolos hablar de sus cosas para, luego, intervenir de forma bastante agresiva, como de costumbre, intentando que cambiaran de tema. Con el poder que le daba ser ya oficialmente la novia de César, apenas se cohibía (si es que alguna vez lo hizo). Aquella noche estaba especialmente guapa porque se había arreglado para la cena. Su belleza natural no lo necesitaba. Pero, cuando se maquillaba, era como cuando a un hermoso cuadro se le pone un bonito marco dorado. Así como Lolita Doeste, la mujer del cabo Souto, era una mujer cuya discreta belleza no llamaba la atención y solo después de fijarse en ella se captaba su atractivo, Marimar, en cambio, llamaba la atención desde el primer instante. Su fuerte carácter y su mirada inteligente daban a su rostro anguloso una pincelada de fiereza que lo hacía fascinante. Iba de blanco, con un vestido muy liviano y algo escotado, era imposible no volverse cuando pasaba por el comedor como una aparición, sin mirar a nadie, consciente de la impresión que causaba.

—¿Vais a pasaros toda la noche hablando de trabajo? —preguntó en un tono voluntariamente impertinente—. Porque, si queréis, os quedáis cenando solos y Lolita y yo nos vamos a Cee, al cine. ¿Verdad, Lolita?

Lolita sonrió complaciente como era habitual en ella. Miró a César Santos, que se disculpó enseguida.

—Bueno, tampoco es como para ponerse así. Hablamos un poquito de esto y un poquito de lo otro —dijo Santos conciliador—. Lo que estaba diciéndole a Pepe era muy importante. Pero, si queréis, lo dejamos, ¿de acuerdo?

El cabo Souto, que no estaba de acuerdo, puso cara de resignación y guardó silencio. Después, miró a su amigo Santos y le hizo un gesto de complicidad que pretendía significar algo así como: «Ya hablaremos mañana». Santos meneó la cabeza, como diciendo: «De acuerdo». Y la cena siguió en un ambiente relajado. Después de cenar, salieron al jardín y los dos amigos reanudaron su conversación mientras Lolita preparaba unas copas y Marimar la ayudaba. A las doce, José Souto dijo a modo de indirecta que tenía que madrugar al día siguiente. Los invitados se despidieron y se fueron. Santos llevó a Marimar a su casa, en Brens, y a las doce y media ya estaba en su finca de Vilarriba, donde Remigio, el guarda, le abrió la verja al oírlo llegar, como hacía siempre. Al ir a acostarse, Julio César Santos echó un vistazo al móvil antes de apagarlo. Había una llamada perdida de su tío, el abogado Félix Bermúdez. Era demasiado tarde para llamarle, de modo que lo dejó para el día siguiente.

A las nueve de la mañana, cosa insólita en él, se despertó y lo primero que hizo fue llamar a su tío. El abogado Bermúdez le dijo nada más descolgar:

—César, ha ocurrido algo importante. Los secuestradores llamaron a Jacob Steiner. Le han dicho que envíe hoy los diez diamantes que faltaban por entregar.

—¿Qué los envíe? —dijo César que aún estaba en la cama, medio dormido— ¿A dónde?

—Escucha. Es muy curioso. Le han dicho que los envíe por correo urgente certificado en un paquete en forma de libro a un apartado de correos de Carballo, en La Coruña. Apunta el número —se lo dio—. Nada más. Solo insistieron en que los enviara esta misma mañana y que enviara también el resguardo, o una copia, al mismo apartado por correo certificado, para demostrar que había hecho el envío, supongo. Steiner me avisó ayer por la tarde, por eso te llamé por la noche, pero no estabas en tu casa. Me dijo tu muchacha, Aurora, que cenabas fuera y te llamé al móvil, pero no lo cogías.

—Lo siento, tío. No lo oí. ¿Te dijo algo más Steiner?

—Solo lo que te acabo de decir. Bueno, luego, me dijo que, si me parecía, podía avisar a la Guardia Civil, pero que tuvieran en cuenta el riesgo que corría si los secuestradores lo descubrían. Me confirmó que haría el envío esta mañana. Coméntalo con tu amigo el cabo Souto y dime lo que piensa hacer.

—De acuerdo. Ahora mismo lo llamo para desayunar con él y hablarlo. Te volveré a llamar.

Santos llamó a Souto, que estaba reunido con sus colaboradores. Le dijo que tenía algo muy urgente que decirle, noticias de los secuestradores, y le pidió que se acercara a la finca mientras él se daba una ducha y lo esperaba para desayunar. Souto protestó, pero accedió a acercarse a Vilarriba, que solo estaba a un par de kilómetros del cuartelillo, para ganar tiempo y poder tomar un café decente, como el que preparaba Aurora, y unas deliciosas tostadas con mantequilla y mermelada. Tardó menos de diez minutos en llegar y Santos lo hizo esperar casi otros diez. Cuando entró en el comedor, Souto ya iba por la segunda tostada y, con la boca llena, preguntó:

—¿Qué pasa?

César Santos le contó la llamada de su tío. El cabo Souto se quedó pensativo. Finalmente dijo:

—Si el belga envía el paquete esta mañana, llegará entre mañana y pasado. Llamaré al capitán Corredoira para ver cómo podemos vigilar la oficina de Carballo y ver quién se presenta a retirarlo.

Santos se quedó mirando a su amigo y le dijo:

—Pepe, ¿de verdad crees que los secuestradores son gilipollas?

Souto no contestó y lo miró sorprendido.

—¿Te parece que van a presentarse mañana o pasado en la oficina de Correos de Carballo y abrir el apartado así como así? ¿Crees que no han pensado que Steiner pudo haber avisado a la policía?

—Sí, claro. Es normal que se les haya ocurrido. Déjame pensar.

—Yo ya lo he pensado mientras me duchaba. Hay dos posibilidades. Te lo digo por lo que haría yo. Una es que envíen a un niño que no tenga ni idea de qué va el tema con la llave del apartado a recoger el envío. Si lo detienen, no puede hablar porque no sabrá nada, ¿vale? El problema es que, en ese caso, se quedan sin los diamantes. Otra, es que unten al empleado de la oficina que vacía la saca de llegada de paquetes para que el envío de Amberes no llegue al apartado. El tipo, en cuando lo encuentre, lo retira y se lo guarda para entregarlo donde y cuando le digan. Si la Guardia Civil monta una sofisticada operación de vigilancia, se quedará con un palmo de narices cuando vea que pasan los días y no aparece nadie a recoger el paquete.

—Ingenioso.

—Espero que, ya que te he proporcionado esta valiosa información, tendrás la amabilidad de decirme qué es lo que decidís hacer. A título estrictamente privado, por supuesto.

—Ya veremos —dijo el cabo Souto limpiándose con una servilleta y levantándose para irse.

—Mira, Pepe —contestó Santos—, si no me tienes al corriente esta misma tarde de lo que vais a hacer, mañana me voy a Carballo, me presento al director de la oficina de Correos haciéndome pasar por periodista de La Voz de Galicia o de El País. Le digo que quiero hacer un reportaje de su oficina, que tiene fama de eficaz, y que deseo saber qué hace cada funcionario allí dentro, quién se ocupa de qué, etcétera. ¿Ves por dónde voy?

—¿Estás de coña?

—Te lo digo completamente en serio. Mi cliente me ha encargado una investigación y, a pesar de que no debería, te he pasado una información muy valiosa y confidencial. O me tienes al corriente de lo que vais a hacer, para que yo pueda informar al cliente, o rompemos la baraja. O sea que deja de hacer el chorras como de costumbre. Esta noche me cuentas lo que te diga Corredoira. No querrás que lo llame yo personalmente, ¿verdad? Por cierto, este es el número del apartado —añadió dándole un papelito.

El cabo Souto miró el papel, memorizó el número y le dijo tirando la servilleta encima de la mesa:

—Gracias y dale las gracias de mi parte a Aurora por el desayuno. Adiós.

Salió al jardín por el ventanal abierto del comedor, se subió al coche y arrancó levantando una nubecilla de polvo y gravilla, mientras Remigio se acercaba a la verja para volver a cerrarla.

El capitán Rafael Corredoira de la comandancia de A Coruña, le dijo al cabo Souto, cuando este lo llamó, que iba a Corcubión aquella misma tarde. Quería tratar con él varios asuntos. También le dijo que avisara a Julio César Santos (a quien conocía desde hacía años) para ver si podían encontrarse, dada la facilidad con la que el detective madrileño obtenía información del señor Steiner, a través de su tío, el abogado de Madrid. Souto llamó a Santos para decírselo. Santos le dijo que los invitaba a merendar en su finca. Estaba seguro de que Corredoira aceptaría encantado. El capitán pertenecía a la buena sociedad coruñesa y ya había tenido ocasión de disfrutar de la hospitalidad de Julio César Santos y de las delicias que preparaba su cocinera, Aurora. Santos no se equivocó y al capitán Corredoira le pareció una magnífica idea.

A las seis y media de la tarde, Corredoira y el cabo Souto se presentaron en la finca de Julio César Santos, vestidos de paisano, en el coche oficial del capitán. Todo había sido perfectamente organizado. Dos horas de reunión en la biblioteca y, después, un aperitivo en la galería, seguido de una merienda cena con la mujer del cabo Souto y la novia de Santos. Nada más acorde con el buen

hacer de las familias de la alta sociedad gallega en honor del capitán Corredoira. Un extenso parque, una vivienda elegante construida en estilo tradicional gallego, granito dorado, frondosas matas de hortensias de flores azules, interiores decorados con elegante sobriedad, vajilla de Sargadelos, cubertería de plata, manteles de hilo y una cocina refinada, productos de primera calidad cocinados por manos expertas. Julio César Santos sabía cómo deslumbrar a sus invitados haciendo que lo extraordinario pareciera cotidiano, natural y simple. Sin dar ninguna importancia a lo que la mayoría de los mortales consideraría excepcional.

En la biblioteca, el capitán Corredoira le dio las gracias a Julio César Santos por la información que había transmitido con tanta rapidez al cabo Souto. A continuación, pasó a exponer su plan de acción, algo que no habría hecho, dijo, si él no se lo hubiera pedido al cabo Souto para que poder informar a su cliente. Santos sonrió complacido y no interrumpió al capitán.

—La cosa está clara —dijo Corredoira—. Esa gente lo ha planeado todo y tomará las más elementales precauciones. Primero, el número del apartado corresponde a una persona que está muerta. Era de esperar. Como los teléfonos. Consiguen el DNI de alguien fallecido recientemente y lo utilizan para comprar móviles de prepago y contratar un apartado de correos. Es muy difícil trincarlos por ese lado. Tu teoría, César, me parece razonable. Segundo, tiene que haber alguien sobornado en Correos de Carballo. Estamos investigando desde hace un par de horas a todo el personal de la oficina, empezando por el director, y vamos a montar un operativo de vigilancia que afectará a todo el correo que llegue de Bélgica desde esta noche hasta la semana que viene. Hemos obtenido de la central la autorización para controlar las sacas del correo internacional, antes de que lleguen a la sucursal de Carballo. Hay teléfonos intervenidos y vigilancia física del área. Incluso si estamos equivocados en lo referente al soborno de algún empleado, incluso si el paquete pasara los controles, nada podrá salir de esa oficina sin que lo sepamos y nadie podrá acceder al apartado de correos sin ser visto, fotografiado y seguido hasta su eventual detención.

—¿Puedo preguntar una cosa? —dijo Santos.

—Claro —contestó Corredoira.

—No tengo ni idea de cómo funciona Correos, pero la pregunta es: ¿podrían los secuestradores tener a alguien sobornado en una etapa anterior a la llegada de la saca de correos a Carballo? Porque me imagino que el correo que llega por avión, no sé si a Madrid o a Santiago, incluso a La Coruña, será seleccionado por alguien en un momento dado para enviarlo en los furgones de Correos a los pueblos, ¿no?

—Tienes razón, César —dijo el capitán—. He estado hablando esta misma tarde con el jefe de centro de Correos de Coruña. Me ha explicado cómo llega el correo certificado del extranjero. No te daré detalles, pero tenemos medios de controlarlo y se va a controlar. Te puedo asegurar que ese paquete será detectado antes de que llegue a la sucursal de Carballo. Pero lo dejaremos seguir. Una vez allí, también puedes estar seguro de que nadie lo sacará de la oficina sin que nosotros lo tengamos controlado. ¿Te basta con eso?

César Santos sonrió y le dijo:

—Querido Rafael, ni por un segundo pongo en duda la eficacia de la Guardia Civil. Pero, aunque no soy gallego, soy desconfiado. Creo que quienes quiera que sean los que hayan organizado este secuestro no son tontos. Ya visteis cómo se llevaron los diamantes del rescate delante de vuestras narices, no te ofendas —le dijo a Corredoira—, con un pequeño truco en el aeropuerto. No me creo que hayan organizado una maniobra tan ingenua para la recepción de los diez diamantes que faltan, sin tener en cuenta todas las posibilidades de que los descubrierais. Seguramente, se trata de mafiosos, de traficantes de armas o de drogas, que se las saben todas. Probablemente tengan algún infiltrado en

la mismísima Guardia Civil. Me huelo que trincarlos no va a ser tan simple como dices. De verdad, Rafael, —se volvió hacia su amigo—, de verdad, Pepe. Vosotros sabréis muchas más cosas que yo, no lo dudo, pero siempre puede fallar algo, siempre surge algo que no estaba previsto. Recordad lo de la playa de Rostro, el año pasado. Estuvieron a punto de matarme por un pequeño detalle, con veinte guardias vigilándome. Estoy absolutamente convencido de que quien está detrás de todo esto, el que lo haya organizado, no estará dispuesto a perder un puñado de diamantes así como así y habrá calculado todas las posibilidades.

—¿Qué se te ocurre entonces, César? —le preguntó el cabo Souto.

—No se me ocurre nada, Pepe. Vosotros tenéis más experiencia que yo en estas cosas. Solo os digo que deberíais desconfiar.

—Nunca confiamos, César —dijo Corredoira—. No te preocupes. Los cogeremos.

—¿Y qué me dices de ese tal Mouriño que trabaja en una empresa del padre de la chica? —dijo Santos—. Parece que era el encargado de organizar materialmente el secuestro, aunque no creo que sea el cerebro o el top de la pirámide.

—¿Por qué no lo crees? —intervino Souto.

—Fue al aeropuerto con Antoliano. Eso no es propio de un gran capo. Claro que si lo atrapáis, seguramente podáis llegar a algún escalón superior.

—Esa gente no habla. Irá a la cárcel, pero no soltará prenda. Solo se le podrá acusar de cómplice y encubridor en un delito de secuestro de menos de tres días, sin lesiones ni malos tratos, saldrá pronto.

—¿Y del asesinato de Antoliano?

—Antes habrá que demostrar que lo hizo él, si es que lo hizo.

César Santos expresó muy educadamente al capitán Corredoira su deseo de informar a Bermúdez para que este, a su vez, pudiera informar a Steiner de lo que pensaba hacer la Guardia Civil después de la llegada del paquete con los diamantes a Carballo.

—Ya sé —le dijo— que la Guardia Civil no tiene por qué informarme de nada, por supuesto. Pero resulta que, en este caso, yo he proporcionado a la Guardia Civil toda la información que tengo. En eso, estarás de acuerdo —Corredoira sonrió—. Y podría añadir que yo tampoco tenía por qué informar a la Guardia Civil, pues la información que procede de mi cliente forma parte de lo que llamamos secreto profesional. Es lógico que Jacob Steiner quiera saber qué va a pasar, ¿no? No hace falta que me deis detalles, pero sí creo que tengo derecho a saber por dónde van a ir los tiros. Y, como cada vez que le pregunto algo a mi amigo Souto, le da un ataque, te lo pido a ti.

El cabo Souto meneó la cabeza, como diciendo «no tienes remedio» y el capitán se rio abiertamente.

—Bueno, César —le dijo—, he venido a Corcubión a tratar el asunto del envío de los últimos diamantes, en vez de ordenarle al cabo Souto que viniera a Coruña. Le dije que quería que estuvieras presente en esta reunión y acepté tratar el tema en tu casa, precisamente para que tú participaras en nuestras deliberaciones. ¿No contesta eso a tu pregunta?

—Se nota que eres gallego, Rafael —contestó Santos—. No disimules. Solo quiero saber qué medidas vais a tomar con lo de Carballo después de que hayáis interceptado el envío. Creo que merezco esa prueba de confianza. No pienso desvelar vuestros planes ni desbaratar vuestros dispositivos de vigilancia. Es más, dime qué es lo que puedo decir a mi cliente y lo que no y respetaré tu criterio. Pero tengo que decirle algo, ¿comprendes? Mi tío tendrá que justificar la factura que le va a pasar.

—César, te aseguro que aún no sé qué medidas voy a tomar. Tendremos que prepararnos.

Estableceremos un plan de vigilancia de la oficina, por si acaso se les ocurriera ir a recoger el paquete. Ya te he dicho que, de todas formas lo interceptaremos antes de que llegue, que vigilaremos el entorno, que estamos investigando a los funcionarios de Correos. ¿Qué más te puedo decir? Con eso, tu cliente tendrá que darse por informado. Seguro que tú puedes convencerlo de que se hace todo lo necesario y de que se hace de la manera más discreta posible.

—Mi principal preocupación —insistió Santos— es que, si el cerebro de la operación se da cuenta de que la Guardia Civil ha interceptado el paquete o ha detenido a quien fuera a buscarlo, sabrá que el viejo dio el soplo del envío. Si no, ¿cómo se pudo enterar la policía de que el envío se haría a Carballo? En ese caso, pueden tomar represalias contra él o contra su hijo.

—Comprendo. Supongo que el señor Steiner habrá tenido la precaución de protegerse con una escolta y, en cuanto al hijo, espero que lo haya enviado lejos, donde los mafiosos no puedan encontrarlo, al menos durante una temporada. Es lo que yo le aconsejaría. No sé, a los Estados Unidos, por ejemplo, o algo así.

Poco antes de las ocho de la tarde, llegaron Marimar y Lolita Doeste, muy arregladas y repeinadas, para saludar al capitán Corredoira y quedarse a la merienda cena. Los hombres dejaron de hablar de trabajo y la reunión se animó. Marimar se comportaba como si fuera el ama de casa y Santos estaba encantado de no tener que preocuparse por los detalles materiales en lo referente a sus invitados. Su novia había hecho notables progresos en el control de su lenguaje, hasta entonces muy poco refinado, y César Santos llegó incluso a echar de menos, en cierto modo, aquellos exabruptos tan propios de Marimar que muchas veces habían dejado helados a sus invitados.

Cuando Corredoira, a las diez de la noche, se despedía de César Santos y se subía al coche, ya solos los dos, le dijo:

—Sabía que eras una persona de buen gusto, César. Pero tu novia me ha impresionado. No recuerdo haber visto una mujer tan guapa en mi vida y, además, me da la impresión de que no tiene ni un pelo de tonta.

—Gracias, Rafael —dijo Santos muy satisfecho—. Eres buen observador.

Capítulo XIII

Jueves

Orjales irrumpió en el despacho del cabo primero José Soto antes de que este saliera a tomar café, como de costumbre, a eso de las nueve de la mañana. Le habían llamado de la comandancia de Málaga para informarlo sobre los dos hermanos andaluces. Un juez de Málaga, a petición de la jueza de Corcubión, había autorizado el registro de la casa de los hermanos Rafael y Rocío Moreno. La casa de sus padres, en realidad, pues el padre llevaba años en la cárcel.

—Interrogaron a la madre —fue lo primero que soltó Orjales—. La señora asegura que no sabe dónde están sus hijos. Dice que se fueron de repente. Le dijeron que se iban a Barcelona. Los colegas de Málaga no la creyeron. Registraron la casa y encontraron, muy bien escondidos detrás de un mueble de la cocina, dieciocho mil euros y una pistola, una Beretta **9**2FS, completamente nueva. Naturalmente, la madre no sabía nada de nada.

—¿Comprobaron el registro de llamadas de su teléfono? —preguntó Souto.

—Sí. Había llamadas locales y algunas recibidas desde teléfonos de prepago. Seguramente de los hijos, que no utilizan sus teléfonos propios. Los números no coinciden con los que nos dieron en Lires. También encontramos una agenda de la mujer con nombres raros, que no son normales para una señora mayor. Apellidos, iniciales, apodos y cosas así. Varios números de teléfonos fijos de las provincias de Pontevedra y Cádiz y muchos móviles. Los colegas de Málaga dicen que enviarán la agenda y el dinero al juzgado de Corcubión, ya que la orden de registro procedía de aquí.

—¿Algo más?

—Sí, les pedí que me dieran los números de teléfono que hubiera en la agenda con prefijo de Pontevedra: eran tres. Uno figuraba con la letra C y, además del fijo, había un móvil en la misma línea. El otro fijo venía a continuación y ponía: «trabajo».

—¿Y qué has hecho? ¿Los tienes ahí?

—Se los he pasado al agente Bardullas para que averigüe a quién pertenecen. Lo va a mirar ahora. Me avisará cuando termine.

El agente Benito Bardullas, el más nuevo en el Puesto de la Guardia Civil de Corcubión, se ocupaba de la puerta y la centralita.

—Vale.

—¿Qué hacemos?

—Redacta un informe para la comandancia. Llama al juzgado para que te avisen cuando reciban la agenda. Pediremos a la jueza una orden de busca y captura de esos dos angelitos. Tenencia ilícita de armas, secuestro, lesiones e intento de asesinato. En cuanto Benito te diga algo, vienes y me lo

dices. Voy a tomar un café, ¿vienes?

—No, gracias, jefe. Voy a la centralita a ver qué consigue Bardullas.

El cabo Souto aún estaba en la cantina, apoyado en la barra, tomando su café, cuando entró Orjales. Se acercó a él y le dio un golpecito en el hombro.

—Jefe, ha habido suerte —le dijo—. Del primer teléfono fijo, sabemos la dirección a la que corresponde esa línea. Del móvil aún no ha conseguido nada. Y no quise que Benito llamara a ninguno de los dos, o sea, los de la letra C, por si levantábamos una liebre. Hay gente que sabe el número de la Guardia Civil. Pero llamé desde mi móvil al otro número, el que corresponde al trabajo. ¿A que no sabes cómo respondieron?

—No, y espero que me lo digas antes de que me cabree.

—Vale, vale. Salió una voz de mujer que dijo: «Construcciones Atlántico, diga». Yo dije, perdone, me he equivocado, y colgué.

—Bien hecho, tío. Te has ganado un café. —Souto miró a la mujer que atendía la cantina y le dijo—: ponle un cortado.

—Gracias. Y yo me pregunto, ya puestos a creer en las casualidades, esa letra C ¿no podría ser la inicial de Celso Mouriño, que trabaja en Construcciones Atlántico?

—¡Coño!, pues claro. Te has levantado fino esta mañana, Orjales. ¿Quieres una porra con el café? Te invito.

—Vale.

El detective Julio César Santos ya había terminado de desayunar en su elegante comedor.

Dejó La Voz de Galicia sobre la mesa y se quedó mirando hacia el jardín a través de los ventanales abiertos, por los que entraba una suave brisa veraniega que hacía bailar los visillos en una lenta y constante danza. El día era soleado y la temperatura agradable, como suele serlo en la costa de Galicia durante el mes de julio. Llevaba ya un par de semanas en Vilarriba y no echaba de menos ni su piso de Madrid ni su chalé de Miraflores. Estaba encantado con el clima gallego, mientras que en la capital empezaba a hacer un calor fastidioso. Decidió darse un paseo por la ría en su motora de pescador. Sacó su Porsche del garaje y fue al puerto de Corcubión. Armando, el viejo marinero que le había vendido su propia lancha, la tenía siempre lista por si al detective madrileño (como llamaban a Santos en el pueblo) se le ocurría salir a navegar. Santos se lo agradecía con generosas propinas que Armando simulaba no querer aceptar. El viejo se hacía de rogar, hasta que la insistencia de Santos vencía su fingida y educada negativa.

Santos, a quien Marimar había enseñado el manejo de la motora, ya se sentía seguro y se atrevía a alejarse de la costa, justo lo que le permitía su licencia de patrón de embarcación deportiva, y a acelerar a veces hasta los diez o doce nudos[8], que era la máxima velocidad que su motor le permitía alcanzar. Al principio, los pescadores de la ría lo miraban con extrañeza y algunos lo saludaban con una sonrisa burlona y displicente. Pero, con el tiempo, se habían acostumbrado a verlo pasar y correspondían a su saludo (Santos siempre los saludaba educadamente) levantando un brazo con rutinaria cortesía. Esta vez no intentó pescar. Estaba preocupado o, más bien, fastidiado. Aunque disfrutaba del buen tiempo de Galicia y de la compañía de su novia y sus amigos, la inactividad en la que permanecía rozaba el aburrimiento. Y no estaba acostumbrado a aburrirse.

No hacía más que darle vueltas en la cabeza a una idea. Cómo ayudar a su amigo Pepe Souto en la investigación. Cómo indagar él mismo en el complicado caso del secuestro. Cómo hacer uso de su total independencia a la hora de indagar, buscar y preguntar, sin tener que dar explicaciones a nadie.

Pensó en ir a Amberes a hablar directamente con el señor Steiner. Pero le pareció una pérdida de tiempo. Era de esperar que aquel buen señor no aportara nada a la investigación. Si tanto él como el cabo Souto suponían, el origen del secuestro estaba en Galicia, era allí donde había que buscar. ¿Pero dónde? Entre Vilacoba, que se había retirado de los negocios, y Andrés Docampo, padre de Rosalía, víctima indirecta del secuestro, había un vacío difícil de rellenar. El hecho de que el cuñado de Docampo estuviera relacionado con el yerno de Vilacoba era significativo, pero ¿cómo introducirse en las entrañas de aquella relación? Uno de los actores del secuestro, Antoliano Fraga, estaba muerto. Los otros dos, Rafa y Rocío Moreno habían desaparecido del mapa. ¿Dónde buscar? Solo aquel extraño personaje, Celso Mouriño, que parecía ser el eslabón perdido, podría relacionar los hechos con el cerebro de la operación. Pero César Santos no veía cómo acceder al personaje o cómo descubrir la conexión. ¿Por dónde empezar a buscar un resquicio o una oportunidad de introducirse en un mundo que, de momento, solo formaba parte de las suposiciones?

Decidió llamar a su tío Félix Bermúdez y pedirle permiso para hablar con Jacob Steiner directamente. Quizá el viejo *diamantier* pudiera facilitarle algún tipo de información. En cuanto volvió a su casa, lo llamó a su despacho y le comentó su conversación con el capitán Corredoira y cómo parecía que la Guardia Civil estaba cerrando el cerco y tratando de llegar al cerebro del secuestro con suma discreción. Cuando terminó de transmitirle todo lo que sabía, le preguntó directamente:

—Tío, ¿te importaría que yo hablase directamente con el señor Steiner?

—¿Por qué quieres hablar con él, César?

—Porque me gustaría investigar a cierto personaje, aquí en Galicia. Es alguien que está o estuvo relacionado con el mundo del comercio de diamantes. Tú lo conoces. Hace unos años me pediste que lo investigara, no sé si te acordarás, en un asunto de compra de acciones o algo así. Se trata de Manuel Vilacoba.

—Claro que lo recuerdo. ¿No os habían secuestrado, a ti y a tu ayudante, cuando andabais investigando sus negocios?[9]

–Exacto. Resulta que ese personaje estaba también metido en el negocio de los diamantes, y me pregunto si Steiner lo conoce, si sabrá algo acerca de él o si habrán tenido algún tipo de relación. Porque podría ser, es solo una suposición, que en ese caso, Manuel Vilacoba tuviera algo que ver con el secuestro del joven Jacques Steiner, ¿comprendes?

—Interesante —contestó lacónico Bermúdez.

—¿Me puedes dar su número? Avísale, si te parece, de que le voy a llamar.

Félix Bermúdez le dio a Santos el teléfono directo de Jacob Steiner. El detective no perdió tiempo y lo llamó acto seguido. Se presentó y fue directo al grano. El señor Steiner le dijo algo que despertó su interés: conocía a Manuel Vilacoba personalmente. Lo había recibido en Amberes, en su oficina, hacía tres o cuatro años.

—No me gustaron las maneras de ese individuo —dijo Steiner—, lo recuerdo muy bien, ni su idea de cómo hacer negocios. En este mundo de los diamantes se comercia con una materia prima muy delicada y muy valiosa que, en principio, está sujeta a exhaustivos controles internacionales en cuanto a su procedencia. Tratamos tanto con particulares como con empresas y también con intermediarios de gobiernos y fondos de inversión de muchos países. Los diamantes no solo se emplean en la industria, en las agencias espaciales, como la NASA, o en joyería. Con frecuencia se utilizan como moneda de cambio en cierto tipo de transacciones que no pueden salir a la luz pública. Negocios relacionados con la guerra, sobre todo. ¿Me sigue usted?

—Sí, le sigo —contestó Santos.

—Cuando alguien viene a ofrecernos diamantes o a comprarlos, tenemos que ser muy cuidadosos antes de comprometernos, tanto en la compra como en la venta. Necesitamos garantías, información y referencias sobre los vendedores y los compradores y, sobre todo, sobre el origen de los diamantes ajenos, en el caso de compra. No somos tan exigentes, claro está, cuando vendemos los nuestros. El señor Vilacoba vino dos veces a ofrecernos diamantes. No hubo trato. Las gemas no eran de origen limpio y su importación era claramente ilegal. No podemos permitirnos ese tipo de transacciones, a pesar de que son muy lucrativas, comercialmente hablando, porque vendemos diamantes por valor de miles de millones de dólares a países de Europa, Estados Unidos y Canadá, sobre todo, que exigen una documentación aduanera absolutamente libre de sospecha sobre las piedras. Como le decía, no era el caso del señor Vilacoba. Me pareció el clásico negociante que te ofrece por cinco algo que vale diez. No podemos comprar eso. No es una cuestión de moral, es una cuestión de riesgo.

—Entiendo. Pero mi pregunta es, ¿tuvo usted suficiente relación con ese señor como para que él supiera algo de usted y de su hijo? Cree usted que Vilacoba podría, en teoría y solo como una suposición sin fundamento, haber ideado el secuestro de su hijo Jacques para obtener un rescate en diamantes?

—Mire, señor Santos —dijo el viejo—, es igual que le responda que sí o que no. Mi respuesta no tendría ningún valor en su investigación. No tengo ninguna razón para pensar ni en una cosa ni en la otra. Y no la tengo porque no he vuelto a ver a ese señor desde entonces y ni siquiera sé si está vivo o muerto. Claro que es posible. Igual de posible que cualquier otra persona que sepa a qué me dedico: miles de personas. ¿Comprende usted?

—Sí, claro que lo comprendo, señor Steiner. Pero se da la circunstancia de que el señor Vilacoba está relacionado indirectamente con el padre de la novia de su hijo Jacques. Eso reduce esos miles de personas a una, a la hora de sospechar. Y se da la circunstancia de que el autor material del secuestro, la persona en cuya casa estuvo escondido el chico, murió asesinado este jueves pasado y el asesino trató de que pareciera un suicidio.

—¡Qué dice!

—Lo que acaba de oír. Puede decírselo a Jacques. El hombre que lo tuvo tres días encerrado en un sótano, está muerto. Lo asesinaron. Se llamaba Antoliano Fraga. Lo detuvo la Guardia Civil gracias a la información que nos facilitó su hijo. Pero su abogado consiguió la libertad provisional y, al día siguiente, lo asesinaron. Y no solo eso. Parece que el presunto asesino —se arriesgó Santos— es un individuo que trabaja en una empresa perteneciente al padre de Rosalía, la novia de Jacques. El cuñado de este señor, que no hace mucho fue procesado por tráfico de armas, es socio del yerno de Manuel Vilacoba. No creo que haya miles de personas en las que concurran esas mismas circunstancias, ¿no le parece?

—No necesita ser sarcástico, señor Santos. Lo he entendido perfectamente y, la verdad, no sé qué decir. Me cuesta creer que esa chica sea cómplice del secuestro de su novio.

—Todos pensamos que la chica no tiene nada que ver. Además, los secuestradores le causaron lesiones importantes. Le partieron dos dientes y tuvo que recibir varios puntos en el labio superior, lo que probablemente le deje una cicatriz. No. En cambio, su tío, un traficante de armas reconocido y relacionado con el mundo de los diamantes de origen dudoso, quizá no tuviera muchos escrúpulos en organizar el secuestro. Es solo una teoría. Por eso le he llamado, para ver si usted sabía algo acerca del señor Vilacoba.

—Ya le he dicho lo que sé. Sin embargo, hay algo que quizá le convenga saber.

—Usted dirá, señor Steiner.

—En los últimos tiempos, con esas horribles guerras civiles que tienen lugar en Sudán del Sur y en otras regiones de África, se ha producido un incremento de la demanda de diamantes. Como usted dice, es solo una teoría o una suposición, pero no me extrañaría que a algún traficante desalmado se le ocurriera la idea de obtenerlos de los negociantes legales, como nosotros, mediante la extorsión. Quizá no vaya usted tan descaminado. En cualquier caso, señor Santos, no sabe cuánto le agradezco lo que han hecho y están haciendo por solucionar este triste suceso, que tanto me ha hecho sufrir. Afortunadamente, Jacques está sano y salvo. Eso es lo más importante.

—No me lo agradezca a mí, señor Steiner. Dígaselo a mi tío, el abogado Bermúdez. Fue él quien me pidió que me encargara del asunto y ha estado pendiente en todo momento.

Se intercambiaron unas cuantas frases amables y se despidieron. César Santos, nada más colgar, se convenció de que estaba en el camino correcto para llegar al cerebro del secuestro. Docampo y Vilacoba, a través de Mouriño. No tenía la menor duda.

Jueves a mediodía

Un poco antes de la hora de comer, César Santos decidió darse una vuelta por el puesto de la Guardia Civil para ver si su amigo Souto estaba libre para comer con él. El cabo Souto se sorprendió al verlo entrar en su despacho. El guardia de la puerta, Benito, que era el mismo que atendía la centralita, conocía de sobra al detective madrileño, lo dejó pasar sin preguntarle nada. Todos los guardias del puesto lo conocían y sentían cierta admiración por él, no solo por su aspecto físico y su coche, sino porque sabían que el capitán Corredoira iba a su casa con frecuencia cuando venía a Corcubión porque era muy amigo del jefe del puesto y porque tenía fama de haber colaborado con gran eficacia en la resolución de diversos casos difíciles, incluso arriesgando su vida.

Santos, como tantas otras veces, le propuso al cabo ir a comer por allí cerca. Souto le dijo que no podía porque tenía que ir a Pontevedra, donde había quedado con Andrés Docampo por la tarde.

—Te propongo una cosa, Pepe —le dijo Santos—. Tengo ahí fuera mi coche, ¿por qué no le ahorras los gastos del viaje al contribuyente y me dejas que te lleve a Pontevedra?

—¿En el Porsche? —preguntó tentado el cabo Souto.

—Sí, claro, ¿cómo quieres que te lleve, si no? Vamos a comer a Casa Barqueiro, en Negreira, que es un sitio muy decente y estamos en Pontevedra a las cuatro y media o las cinco. Tú vas a ver a Docampo, te espero y luego nos volvemos dando un paseo. ¿Qué te parece?

Santos sucumbió a la tentación y estuvo de acuerdo. Un viaje agradable con su amigo, en lugar de ir solo. Una buena comida en Casa Barqueiro, en Pontevedra, sin problemas para dejar el coche, y regreso dando otro paseo en Porsche. Lo que se dice hacer de lo útil algo agradable. Avisó a Verónica Lago, con la que se cruzó, y al agente Bardullas, en la puerta, de que se iba con el señor Santos a Pontevedra

Durante el viaje hacia Santiago, Santos le contó al cabo su conversación con el señor Steiner.

—Es curioso —le comentó Souto—. El capitán Corredoira me dijo algo parecido.

—¿Sobre qué?

—Sobre los diamantes. Por lo visto estuvo hablando con el presidente de la Asociación de Joyeros de Bergondo, quien le dijo que conocía, por supuesto, al señor Steiner de Amberes. Parece ser que lo conoce todo el mundo en el negocio de los diamantes. También conocía a Manolo Vilacoba, del que no tiene muy buen concepto. No mantienen ninguna relación con él en su Asociación, pero es un hombre muy conocido en toda Galicia. Me comentó el capitán que no le descubrió nada que no supieran ya en la comandancia de Coruña. Lo que sí le dijo es que en este

momento en concreto, hay escasez de diamantes en el mercado y, por eso, hay mucha demanda. O quizá sea al revés, como hay mucha demanda, hay escasez.

—Lo que favorece —dijo Santos— el hecho de que el contrabando se beneficie y que los mafiosos traten de obtenerlos por cualquier medio.

—Como secuestrando al hijo del señor Steiner y exigiendo un rescate en diamantes —continuó el cabo Souto—. ¿Te refieres a eso?

En Pontevedra, Santos dejó a su amigo en la puerta de la oficina de Andrés Docampo y lo esperó allí mismo, junto a La Alameda, donde encontró un buen sitio para aparcar. Souto tardó en salir unos treinta y cinco minutos. Santos, antes de preguntarle qué tal había ido el encuentro con Docampo, le dijo:

—Oye, Pepe, ¿por qué no nos damos una vuelta por Construcciones Atlántico, S.A.? ¿Tienes la dirección?

—¿Para qué?

—Solo por curiosidad.

Souto sacó su libreta y buscó la dirección. Las oficinas estaban en una avenida principal (en realidad era la N.550), muy cerca de la Plaza de Campolongo y junto a una gran tienda de materiales de construcción. Pasaron por delante y César volvió a preguntarle:

—¿Sabes dónde vive?

—¿Mouriño?

—Sí, Mouriño. Y no me vuelvas a preguntar para qué porque te volveré a contestar que por curiosidad.

El cabo Souto volvió a consultar la agenda.

—En Poio —dijo—, a la salida, cruzando otra vez el río Lérez.

Le dio la dirección. Santos la buscó en el GPS del coche.

—No tenemos que desviarnos mucho. Vamos a dar una vuelta a ver dónde vive ese pájaro.

Vivía en una urbanización de chalés semiadosados. Santos detuvo el coche a unos diez metros del número de la casa. No estaba mal. El chalé era de dos plantas y construcción de ladrillo visto. Debía de tener unos cien o ciento diez metros en planta, con un jardincillo delante, entre la cancela y la fachada. Había un garaje en un lado, cuya puerta estaba abierta. La mitad dentro y con el maletero abierto, se veía un Mercedes de color verde oscuro.

—¡Coño! —exclamó el cabo Souto—. No me digas que Mouriño está en su casa—. Eso sí que no me lo esperaba.

Souto llamó a la comandancia de A Coruña y pidió que le pasaran al capitán Corredoira. En cuanto lo tuvo al aparato, le dijo que había ido a Pontevedra para hablar con Andrés Docampo y que, al volver, se había acercado a echar un vistazo a la casa de Celso Mouriño. Que se detuvo a unos metros de la cancela del chalé y vio su coche en el garaje. El capitán le ordenó que permaneciera allí. Iba a llamar inmediatamente a la comandancia de Pontevedra para que fueran a detenerlo.

—Espere ahí hasta que lleguen e infórmeme después.

Diez minutos más tarde, oyeron una sirena.

—Qué rapidez —comentó Santos.

—Es que la comandancia está aquí, en Poio, a la orilla del río —dijo el cabo—. Podían ser más discretos, ¡coño! Si el tipo los ve venir, tendrá tiempo de salir por pies por la parte de atrás.

Eso fue seguramente lo que ocurrió cuando los cuatro agentes de la Guardia Civil se bajaron a toda prisa de los dos coches en los que habían llegado, sin apagar las luces ni las sirenas y entraron en la casa. Allí no había nadie. El pájaro había volado, como se suele decir en esos casos. Souto,

decepcionado, llamó al capitán Corredoira, que le dijo que podía volver a Corcubión a hacer un informe.

* * * * * * *

Jueves por la noche

Playa de Bastiagueiro, en la gran bahía de A Coruña. Los dos hombres charlaban en el porche contemplando la puesta de sol tras el Monte de San Pedro, a su izquierda, que extendía su manto dorado hasta la Torre de Hércules, al norte, un poco más a la derecha. El timbre del teléfono rompió la plácida escena. La voz de Mouriño sonó, además de ronca, algo entrecortada.

—¿Qué pasa? —preguntó el más joven de los dos hombres mayores.

—Problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—La Guardia Civil se ha presentado esta tarde en mi casa a detenerme. Me salvé por los pelos.

—Explícate.

—Después de comer, me llamó nuestro hombre de Corcubión para decirme que el cabo Souto y un detective amigo suyo iban a Pontevedra a hablar con Andrés Docampo. No pensé que vinieran a por mí, pero, por si acaso, me puse a hacer las maletas para irme unos días y esperar acontecimientos. Cuando estaba a medio meter mis cosas en el coche, oí una sirena y salí a mirar. Delante de casa había un Porsche negro y, dentro, estaba el cabo con ese detective.

—¿Un tipo alto de pelo plateado?

—No sé si es alto o no porque estaba sentado al volante. Me pareció que llevaba el pelo ondulado; al que vi bien fue al cabo Souto. Bueno, lo importante es que la bofia llegó con sirenas y luces en dos coches. Si no vinieran a detenerte, no harían tanto ruido. De todos modos, salí a toda leche por la puerta de la cocina y me largué. No iba a quedarme para preguntarles qué querían. No sé qué coño habrá pasado. El otro día, me dijo nuestro hombre que el agente Taboada había ido al aeropuerto de Santiago. Han tenido que sospechar del cambio de las mujeres de la limpieza o algo así, si no, no lo entiendo.

—En Lavacolla hay cámaras. Esa es la única explicación. Y te vieron en el entierro de Antoliano. Ya te dije que no estaban allí solo para mirar.

—¿Y qué coño voy a hacer ahora?

—Desaparecer. Eso es lo que tienes que hacer. Esconderte y no moverte hasta que te avisemos de cómo están las cosas. ¿No tienes la casa de tu abuela en la aldea de Mourín, en Camariñas?

—Sí.

—Escóndete allí. Nadie sabe que la tienes, eso me dijiste, ¿no?

—Cierto.

—Pues vete allí. No te dejes ver. Nos encargaremos de que alguien te lleve un coche, porque tu casa de Poio estará vigilada. Mañana te llamo y te digo algo. ¿Tienes dinero en metálico? Porque no te conviene mover las tarjetas en este momento.

—Tengo un poco y he podido cogerlo antes de escapar. Pero necesitaré salir a comprar ropa y comida.

—Cuando tengas el coche puedes ir a comprar lo que necesites donde nadie te conozca. Tíñete el pelo. Y ojo con los teléfonos. Cámbialos con frecuencia y no se te ocurra llamarnos con el tuyo. Te enviaré unos cuantos con el coche.

—De acuerdo.

—¿Dónde estás ahora?

—He cogido un taxi y estoy en Santiago. Me voy en otro a Mourín. Supongo que no vais a dejarme colgado ahora.

—¿Cómo se te ocurre eso, Celso? ¿Estás de coña? Claro que no. Mañana te enviamos a alguien.

El hombre más joven colgó el teléfono, se volvió hacia el otro hombre mayor y dijo:

—¡Mierda! El cabo Souto y su amigo, el detective madrileño.

—Te avisé —dijo el hombre mayor—. Esos dos son extremadamente peligrosos. El cabo de Corcubión nunca se cansa. Es tenaz como un buldog y el cabrón del madrileño es listo y no se corta, va a su aire. Avisa a Andrés y que suelte a los perros. Ya. Esta misma noche.

Capítulo XIV

En cuanto el cabo Souto llegó al Puesto de Corcubión, preparó el informe para el capitán Corredoira. Cuando lo terminó, lo envió por correo electrónico. Al final, le rogaba que lo autorizara a ponerse en contacto con la comandancia de Pontevedra y solicitar su colaboración para localizar a Celso Mouriño empezando por indagar entre los taxistas de Poio y averiguar si alguno había recogido cerca del chalé de Mouriño a un hombre alto, bien vestido, de pelo blanco, en la tarde del jueves y a dónde lo había llevado. En cuanto se supiera algo, proceder del mismo modo en el lugar de destino. El capitán Corredoira le contestó a vuelta de correo y no puso ningún inconveniente. A las ocho y media de la noche, llamaron al cabo Souto desde Pontevedra. Un taxista aseguró haber recogido a una persona de esas características y haberla llevado a Santiago. El pasajero se bajó en la avenida de Figueroa, número siete, frente al paseo de la Herradura. Justo al lado de una parada de taxis. El taxista dijo que el hombre pagó, se bajó y se subió a otro taxi estacionado en la parada. Era un Škoda.

El cabo Souto agradeció la información y se detuvo a reflexionar. Estaba cansado. Prefirió no seguir haciendo llamadas y dejarlo para la mañana siguiente. Sin embargo llamó a César Santos y le preguntó si quería ir a su casa a cenar. Mejor solo, precisó, para poder hablar a gusto del asunto entre los dos. Santos aceptó.

A las nueve, César Santos aparcaba delante de la casa rural Doña Carmen. Entró, saludó a Lolita, le dio un par de besos y se sentó con el cabo a una mesa retirada al fondo del comedor.

—Entre unas cosas y otras —dijo—, no te conté mi conversación con Andrés Docampo. Fue muy interesante.

—Cuenta.

—Lo primero que hice fue preguntarle por Rosalía. Me dijo que la pobre chica sigue muy fastidiada. Le están reconstruyendo los incisivos y le acaban de quitar los puntos del labio superior. Tiene aún, por lo visto, una cicatriz muy fea y se nota mucho la inflamación —Souto hizo una pausa para beber un sorbo de cerveza y continuó—: Le dije que fue la chica andaluza, Rocío Moreno, quien la había golpeado. Le expliqué que habíamos intentado localizarlos en Málaga, a ella y a su hermano, pero que desaparecieron sin dejar rastro. También le dije que encontramos en su casa dieciocho mil euros y una pistola. Seguramente con la que habían disparado al escolta o, quizá, con la que la habían golpeado a ella. No le dije nada de la agenda de la madre y el teléfono de Construcciones Atlántico, S.A. porque no ganaba nada con decírselo. El hombre estaba enfurecido contra la pareja de hermanos andaluces y, con cierta chulería, me aseguró que ya se encargaría él de encontrarlos. Pasé por alto el comentario, totalmente improcedente por parte de alguien que está

hablando con la Guardia Civil. Después, le pregunté directamente si conocía a Celso Mouriño García. Me miró sin poder disimular cierta sorpresa y me dijo que sí. «Es aparejador, me dijo, y dirige las obras de una de mis empresas de construcción». Quiso saber por qué se lo preguntaba, claro. Me limité a decirle que sospechábamos que era el intermediario entre los secuestradores y el cerebro del secuestro. Insistió y me preguntó por qué, en concreto, sospechábamos de él. No le di detalles. Solo le aseguré que teníamos suficientes pruebas de ello como para detenerlo. Se quedó callado y no preguntó más. Le pregunté si tenía mucha relación con su cuñado, Tino Nogueira, y me dijo que no. «Solo nos vemos en algún encuentro familiar –me dijo–. Mi cuñado es un mangante y siempre anda metido en asuntos feos. No me interesa que me relacionen con él». Antes de irme, le pregunté si conocía a Manuel Vilacoba. Me dijo que sí, que sabía quién era, pero que no lo conocía personalmente.

—¿Y no quiso saber por qué se lo preguntabas?

—Sí.

—¿Qué le dijiste?

—Que sabíamos que en cierta ocasión había sido procesado por contrabando de diamantes. «Supongo que sabrá que el pago del rescate por el novio de su hija se exigió en diamantes», le solté para tantearlo. «No lo sabía, contestó rápidamente. Aunque no me extraña, dado el negocio de su padre. ¿Piensa que Manolo Vilacoba tiene algo que ver?». Puse cara de póquer y no le contesté. Me limité a observarlo, pero debe de jugar al póquer mejor que yo porque no se inmutó. Me sorprendió que lo llamara Manolo, si es cierto que no se conocen personalmente. Le salió espontáneamente, ¿comprendes?

—Si, ya veo por dónde vas. ¿Hablasteis de algo más?

—No. No me preguntó nada acerca de la investigación ni sobre la muerte de Antoliano. Creo que se dio cuenta de que yo le estaba ocultando cosas y no se arriesgó a meter la pata. El tipo no es tonto. Me gustaría saber qué habrá hecho en cuanto me fui o a quién habrá llamado.

—¿No podéis pincharle el teléfono?

—Sí, claro. Pero esa gente no utiliza casi nunca los teléfonos de la empresa ni sus líneas particulares para los contactos de tipo mafioso. Usan móviles de prepago y los cambian constantemente.

—¿Entonces?

—¿Sabes, César? —dijo el Cabo— Tengo una intuición. No sabría explicarlo, pero mi experiencia me dice que ese individuo oculta algo. Cada día estoy más convencido de que el secuestro fue idea suya. Hablando de Jacques Steiner, se refirió a él como «ese belga atontao». No me pareció que el chico le cayera especialmente bien. Puede que el hombre lo planeara de otra forma o que las cosas se torcieran, aunque el secuestro no salió mal, hay que reconocerlo. Pero no veo ningún otro sitio hacia donde dirigir mi investigación.

—Tienes razón. No parece que haya muchas más posibilidades a la vista. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Mañana, a primera hora, voy a ir a Santiago para tratar de localizar al taxista del Škoda en el que se montó Mouriño. No quiero andarme con llamadas y esperas eternas. Y no creo que sea difícil dar con él. Tenemos el sitio y la hora.

—¿Qué te parece si vamos juntos en mi coche?

—César, no quiero que te sientas molesto, pero no puedes acostumbrarte a que trabajemos juntos. No es normal, no es reglamentario, no puede ser. Compréndelo. Una cosa es colaborar y otra que nos vean juntos todo el día.

—¿Quién nos va a ver? Vienes a mi casa y dejas tu coche allí. Nos vamos a Santiago en el mío y tú haces tus pesquisas: yo voy de taxista. ¿O es que un guardia civil no puede coger un taxi? No trabajamos juntos, solo te llevo gratis. Así, durante el viaje, puedes hacer y recibir llamadas, tomar notas, hacer fotos con el móvil y todo lo que quieras. Sin contar con el ahorro de gastos para el contribuyente. ¿O es que está prohibido?

—No insistas, César. Claro que me apetece, pero no me parece correcto.

—¿Te das cuenta del inmenso sacrificio que supone para mí levantarme a primera hora de la mañana? Porque me temo que querrás salir a las nueve de la mañana como mínimo.

—No, pensaba salir a las siete.

—¡No me jodas! ¿Por qué tan temprano? Seguramente a esa ahora aún hay lobos en la carretera. Solo se tarda un poco más de media hora en ir a Santiago. Te propongo venir a desayunar a las ocho. Salimos a las ocho y media y estamos en esa parada de taxis a las nueve y cuarto. Es una buena hora para empezar a trabajar, sin contar con que el viaje ya es en sí un trabajo para ti. ¿Qué me dices?

Souto sucumbió a la tentación y dijo:

—Vale.

Viernes a primera hora de la mañana

El cabo Souto y César Santos ya habían salido hacia Santiago, cuando el capitán Corredoira recibió en la comandancia de la Guardia Civil de A Coruña una llamada del jefe del Centro de Correos de la capital. El envío certificado de Amberes a un apartado de correos de Carballo acababa de llegar. Era un paquete del tamaño de un libro de bolsillo (17 x 11 x 2 cm). Había sido escaneado y se distinguía perfectamente una cajita en su interior con los diamantes. Inmediatamente se puso en marcha el programa planeado con anterioridad y Souto recibió un mensaje de confirmación en su móvil, cortesía del capitán. El paquete pasó por las manos de un equipo especializado de la Guardia Civil, que se instaló en un furgón anodino estacionado a unos quince metros de la oficina de Carballo. Allí, los agentes abrieron cuidadosamente el paquete e introdujeron un pequeño aparato localizador, cuya señal sería captada por los equipos de especialistas mientras durara la batería de litio: una semana aproximadamente. Una vez colocado y probado el sistema, cerraron cuidadosamente el paquete, de modo que no se apreciara ninguna señal de que había sido abierto. El paquete se introdujo en la saca que llegó a la estafeta local.

Aquella misma mañana, llegó de la oficina central de Correos de A Coruña un funcionario de rango superior, debidamente aleccionado por la Guardia Civil, con la misión de no perder de vista el paquete ni un instante durante todo el día y de controlar que nadie permaneciera en la oficina solo, fuera de las horas del servicio. Se presentó como señor Villar. El director local, que no estaba al corriente del operativo montado en torno al envío de Amberes, recibió instrucciones de sus superiores para que el señor Villar pudiera moverse con total libertad por las instalaciones, sin tener que dar explicaciones a nadie sobre su cometido, y de obedecer sus eventuales indicaciones sin discutirlas. Solo le dijeron que se trataba de un asunto de máxima seguridad y que no debía hablar de ello con los empleados de la oficina y, menos aún, con alguien de fuera. También se le ordenó permitir el acceso a los agentes de la Guardia Civil, si se presentaban en la estafeta sin previo aviso, a cualquier hora del día o de la noche. El hombre obedeció sin rechistar y adoptó ante los demás empleados un aire de misteriosa superioridad para disimular su total desconocimiento acerca de lo que estaba sucediendo.

El señor Villar se movía de un lado a otro vigilando discretamente las estanterías donde estaban los paquetes y envíos certificados a la espera de ser reclamados en los mostradores de atención al

público. Le llamó la atención el comportamiento de un empleado al que sus compañeros llamaban Sito, que merodeaba de forma algo errática por delante del estante en el que se hallaba el envío de Amberes. No hacía más que mirar a un lado y a otro como alguien que quiere hacer algo sin que lo vean y comprueba la posición y actitud de los demás. El señor Villar se sentó a una mesa vacía en el fondo de la sala y lo observó discretamente mirando por encima de una hoja que simulaba leer con atención. El tal Sito, finalmente, se acercó al estante, cogió varios paquetes, entre ellos el de Amberes, y se los llevó a una mesa apartada, al fondo del almacén. Allí se puso a comprobar las etiquetas o resguardos y rellenar una ficha. Poco después, volvió a colocar los paquetes en la estantería, pero Villar vio cómo se guardaba bajo la chaqueta uno de los paquetes, quizá el de Amberes (no podía verlo desde donde estaba), y se metía con él en una especie de almacenillo. El señor Villar se asustó y avisó a la Guardia Civil del furgón exterior a través de un móvil que le habían facilitado los propios agentes. Le dijeron que siguiera observando sin hacer nada. Lo único que no se podía permitir era que el empleado saliera de la oficina o le diera el paquete a alguien de fuera. Al cabo de unos cinco minutos, Sito salió del almacenillo con el paquete en la mano y lo dejó en su sitio, en la estantería. El señor Villar informó a la Guardia Civil.

Poco después, apareció un agente vestido con un uniforme de Correos. Se acercó al señor Villar, charlaron un momento y echaron un vistazo al estante de los certificados. Cogieron rápidamente el envío de Amberes y salieron de la oficina. Fueron al furgón de la Guardia Civil. Pasaron el paquete por un escáner y comprobaron que todo estaba en orden. Seguramente, pensaron, Sito se limitó a comprobar que las piedras estaban dentro. Claro que eso también quería decir que podía haber visto el localizador e informado a quien lo hubiera contratado. Tras algunas deliberaciones, los agentes decidieron que era mejor hacer como que no se habían dado cuenta de nada y seguir vigilando. El paquete volvió a su sitio.

El señor Villar se acercó al despacho del director de la oficina de Carballo y le pidió los datos de Sito. La ficha del empleado. El director dudó durante unos segundos, pero reaccionó rápidamente y le proporcionó lo que le pedía. Aprovechó el momento para preguntarle:

—¿No podría decirme de qué va todo este lío? Le aseguro que no lo comentaré con nadie, pero comprenda que, como director de este centro, estoy muy molesto.

—Claro que lo comprendo —le dijo el señor Villar—, pero no puedo decirle nada ahora. Esperamos resolver este asunto rápidamente y, después, le daremos todas las explicaciones debidas. Estoy seguro de que los jefes sabrán agradecerle su colaboración y su discreción.

Entre tanto, Santos y Souto habían llegado a Santiago y estaban preguntando a todos los taxistas de la parada de la avenida de Figueroa si alguno había llevado a un hombre de las características de Mouriño a algún sitio la víspera por la tarde. Uno de ellos les aconsejó que fueran a la oficina de radio taxi a preguntar. Fue lo que hicieron. Enseguida dieron con el taxista, que regresaba de un servicio y estaba de nuevo en la parada. Les dijo que, en efecto, la víspera por la tarde, un cliente de unos cuarenta años, bien vestido, de pelo blanco y una voz ronca, le había solicitado un servicio a Mourín, una aldea muy pequeña, al norte de Camariñas. No tenía la dirección porque el señor no se la dio, solo le indicó la casa. Una casa vieja de piedra, aislada, de una sola planta a la entrada de la aldea, a la derecha.

El cabo Souto y Santos no necesitaban más. Según comprobaron en Google, aquella aldea solo tenía media docena de casas. Salieron inmediatamente hacia allí. El lugar estaba a unos setenta kilómetros de Santiago. Como se trataba de carreteras secundarias era necesario calcular una hora

como mínimo.

* * * * * * *

Cuando los dos hombres mayores, uno más viejo que otro, se iban a sentar a tomar el aperitivo en el porche del chalé de la playa de Bastiagueiro aprovechando la agradable temperatura de veinte grados, que un ligero viento del nordeste mantenía, sonó el teléfono. El más joven de los dos hombres respondió, hizo un gesto al más viejo y se apartó dando unos pasos hacia el césped. Se mantuvo a la escucha un largo rato, hizo un par de preguntas y, finalmente colgó. Se volvió hacia su compañero.

—El paquete llegó a Carballo —dijo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Aparentemente, todo está en orden.

—¿Aparentemente?

—Sí. Nuestro hombre en Carballo no entiende de gemas, solo me ha dicho que pudo encerrarse en un almacén y que abrió el paquete por una esquina. Dice que hay una cajita pequeña, como una caja de cerillas, y dentro vio diez brillantes como diez guisantes. Eso es lo que ha dicho. Lo ha dejado todo como estaba.

—Bien.

—Pero hay algo más. Dice que en el paquete hay una cosa rara, como un aparatito con una batería y un circuito impreso. Supongo que habrán metido un localizador.

—¿Quién? ¿El belga o la policía?

—Vete a saber. No creo que haya sido el viejo. ¿Para qué? Tiene que haber sido la Guardia Civil.

—¿La Guardia Civil? Pero, ¿cómo coño podía saber la Guardia Civil a dónde y cuándo iba a llegar el paquete? Si lo sabe, la hemos cagado. No podremos recoger nunca esas piedras.

—Seguramente el viejo habló con sus abogados, y estos lo han cascado a la policía española. ¿No me dijiste que tenía abogados en Madrid? Bermúdez, ¿puede ser?

—Sí, Bermúdez, claro. ¡Coño! Ese abogado es el tío del detective madrileño que me jodió hace años. Santos, el amigo del cabo de Corcubión. Tiene una finca por allí cerca.

—Entonces, seguro que han interceptado el envío y han metido dentro un localizador. Esperarán a que alguien vaya a buscarlo y no perderán el rastro del paquete hasta que vean a dónde va el que lo retire.

—O sea, que tenemos que darlo por perdido.

—No tan deprisa —dijo el más joven pensativo—. Tengo una idea.

—Ya me dirás.

—Hay que decirle al contacto de Carballo que intente sacar la cajita con los diamantes del paquete dejando el localizador. Tendrá que apañárselas. Por la noche o en cualquier momento en que no lo vean. Si ha podido comprobar lo que había dentro del paquete, podrá sacarlo, ¿no? Cuando lo tenga, que envíe a alguien de los nuestros un aviso de carta certificada para recoger. Mete los diez diamantes entre dos cartones y los coloca en un sobre, como una carta. Nuestro hombre se presenta en el mostrador, como cualquier cliente de Correos, con su resguardo y se lleva la carta con las piedras. El paquete de Amberes sigue tranquilamente en la estantería con su localizador. La poli no puede registrar a todos los usuarios de Correos que retiran cartas o certificados. Estará esperando por uno en concreto: el que reclame el paquete de Amberes. Uno que nunca se presentará. ¿Qué te parece?

—Ingenioso. ¿Cuándo crees que podrán hacerlo?

—En cuanto nuestro hombre saque los diamantes del paquete.

—De acuerdo. ¿Qué pasa con Mouriño?

—Estoy esperando que me llamen. Iban a ir esta mañana.

—Otra cosa —dijo el más viejo después de quedarse callado un rato—, ¿no hay forma de deshacerse de una vez por todas de ese jodido detective de Madrid?

—Eso es muy arriesgado. La Guardia Civil sacaría toda la artillería. Ese tipo es íntimo del cabo de Corcubión. Sería como cargárselo a él.

—Lo que me parece arriesgado es que el detective y el cabo se dediquen a tocarnos los cojones investigando en el tema del secuestro. Si han descubierto las cagadas de Mouriño y Antoliano, no se detendrán. Ese tipo de Madrid es muy peligroso y, además, estoy seguro de que se acuerda de la paliza que le dimos. Si llega a oler que yo ando detrás de esto, vendrá a por mí, no te quepa duda. ¡Lástima no habérmelo quitado de encima para siempre entonces! Mira a ver qué se puede hacer.

—El tipo va y viene de Madrid con frecuencia. Quizá sea más seguro hacerlo allí. No lo relacionarían con nosotros.

—No sé qué decirte. En Madrid no tenemos infraestructura y es su territorio. Intenta antes obtener información de lo que hace aquí, de su finca, sus horarios y todas esas cosas.

—Eso nos llevará algún tiempo. Hay que andarse con mucho cuidado. Quizá no sea el mejor momento.

—El mejor momento para hacer algo siempre es cuanto antes. No hay nada peor que lamentarse diciendo «deberíamos haberlo hecho antes». Cuando se dice eso, ya es demasiado tarde. En la vida, no existe la marcha atrás. Escucha, nos hemos gastado un montón de dinero en preparar este asunto y, hasta ahora, todo ha salido bien. Si ese detective, solo o junto con la Guardia Civil, descubre algo más, estamos jodidos. De nada valdrá entonces lamentarnos. Contra la Guardia Civil, no podemos hacer nada. Pero contra él, sí. Tienes que actuar rápidamente; créeme, no pierdas tiempo. Vete a por él.

En ese momento volvió a sonar el teléfono.

—Diga —dijo el más joven.

Pasaron unos segundos mientras alguien hablaba al otro lado de la línea. El hombre más joven dijo:

—No hagáis nada. Que se vaya a su pueblo. Ese tipo no puede causarnos ninguna molestia: no vio nada.

Colgó, se volvió al más viejo y le dijo:

—Han dado de alta al tipo al que dispararon en Lires, en la playa. Se lo van a llevar a Bélgica en un avión de la compañía de seguros. Ya me has oído. No hay problema con él, no es un cabo suelto. Tuvo suerte.

—Los únicos cabos sueltos —dijo el más viejo—, son esos chavales andaluces y el jodido detective. ¿Nos la vamos a jugar?

Capítulo XV

El mismo viernes, a media mañana

El Porsche de Julio César Santos ralentizó antes de la entrada a la aldea de Mourín, pasado Camariñas. El cabo José Souto le pidió que fuera más despacio.

—Para aquí —le dijo—. Esto que estamos haciendo no me gusta nada y vamos a pedir refuerzos.

Santos obedeció y aparcó a la izquierda, a la sombra de unos pinos, a cien metros de una bifurcación. El cabo lo había pensado mejor y decidió hacer las cosas correctamente. Aquella aventura solitaria en compañía de un civil no lo acababa de convencer. Llamó a Taboada y le dijo que fuera lo antes posible a Mourín, en Camariñas, y buscara el Porsche de Santos a la entrada de la aldea. Insistió en que se diera prisa, lo que encantó a Taboada, que le gustaba correr.

—Vamos a esperarlo aquí. Tardará veinte minutos o media hora como mucho.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que nos ataque Mouriño?

—No digas chorradas, César. Estoy fuera de mi jurisdicción y en el coche de un civil. No podemos hacer nada, veamos lo que veamos. Así que vamos a esperar al agente Taboada, que vendrá en uno de nuestros coches. Mientras esperamos, llamaré a mis colegas de Camariñas para explicarles la situación.

Souto llamó a la Guardia Civil de Camariñas en cuanto Taboada le puso un mensaje diciendo que ya estaba en el pueblo y que tardaría menos de cinco minutos en llegar. El jefe del puesto era un brigada que había trabajado en Corcubión hacía años. Se conocían muy bien. Souto le dijo que era posible que, en una casa de Mourín, estuviera escondido un tipo al que buscaba la comandancia de A Coruña por secuestro y asesinato. Para justificar su presencia en la zona, le dijo a su colega que había llegado a Mourín siguiendo al individuo en un coche camuflado y que vendría alguien más de Corcubión.

—Por favor, no vengas con luces y sirenas —le dijo—. Estamos a la entrada de la aldea esperando y no queremos que el tipo nos vea y se escape por el bosque.

—Voy para allá ahora mismo.

Nada más colgar, vieron llegar, saliendo de la aldea, un Nissan Patrol. Venía más deprisa de lo que era razonable por aquella estrecha carretera. Souto, que tenía aún el teléfono en la mano, tuvo el reflejo de hacerle una foto de frente. Los tipos que iban dentro le miraron. Era evidente que se habían dado cuenta. Dieron un frenazo, como si fueran a pararse, pero inmediatamente aceleraron de nuevo y se perdieron de vista.

En ese momento apareció Aurelio Taboada, que aparcó detrás del coche de Santos. El cabo

Souto, se bajó y le dijo a su amigo antes de cerrar la puerta:

—César, hazme un favor. No quiero tener problemas con mi colega de Camariñas. Date la vuelta y espérame en el pueblo, en la avenida de A Coruña. Es la calle principal. Ya sabes, el puerto y la playa. Hay un Museo del Encaje muy interesante. Te buscaré por allí cuando acabemos con esto.

No le dio tiempo a responder. Cerró de un portazo y se dirigió hacia Taboada. Unos segundos después, el brigada Cedeira aparecía con un guardia a su lado en un coche patrulla. César Santos comprendió. Arrancó el Porsche, dio media vuelta y se fue hacia Camariñas. El brigada se quedó mirando muy sorprendido, saludó al cabo Souto y le preguntó:

—¿Y ese, qué pintaba aquí?

—Era el vehículo camuflado de seguimiento —dijo el cabo fingiendo desinterés.

—¡Hostia!¡Un Porsche! Cómo se las gastan en la comandancia. Por cierto, casi me la pego contra un Patrol que acaba de pasar a toda leche. ¡Qué cabrón! Ni siquiera se acojonó al vernos.

Santos no prestó atención al comentario.

Arrancaron los dos coches y se acercaron a la aldea. La casa que se suponía de Mouriño, según la descripción del taxista, estaba a la derecha. Era una casa de aldea bastante antigua, de mampostería, de una sola planta. Estaba un poco aislada y tenía una huerta completamente abandonada a un lado. No había ningún coche aparcado delante. Los guardias se bajaron de sus vehículos y se quedaron mirando. Con movimientos que parecían ensayados, los dos agentes se situaron a ambos lados de la fachada mientras el cabo Souto y el brigada Cedeira se dirigían a la puerta y llamaban. No hubo respuesta. Insistieron, sin resultado. Después de cruzar una mirada con su colega, el cabo Souto empujó suavemente la puerta, que no estaba cerrada y se abrió plácidamente. Entraron con las armas desenfundadas mirando a derecha e izquierda. Los otros dos agentes se quedaron en la entrada. Frente a la puerta había un pasillo. A la izquierda, sin puerta, había una estancia grande. Una cocina antigua con *lareira* y una gran mesa de madera con bancos a los lados. Un aparador rústico, una gran artesa y diversos objetos colgados de las paredes. Todo lleno de polvo y con algunas telarañas. Era la típica habitación, colindante con las cuadras, en la que solían hacer la vida los aldeanos antiguamente. Un estilo de vida ya desaparecido. Detrás de la mesa, medio oculto por uno de los bancos, descubrieron el cuerpo de Mouriño tumbado boca abajo. Un charco de sangre fresca rodeaba su cabeza, que mostraba un horrible orificio medio tapado por un amasijo de pelo blanco ensangrentado. El cuerpo estaba aún caliente.

El brigada Cedeira se encargó de llamar al juez, y el cabo Souto llamó al capitán Corredoira. Mientras esperaban la llegada de la gente del juzgado y del Área de Investigación, Souto le contó al brigada un poco por encima de qué iba el asunto y su relación con el secuestro del que Cedeira ya estaba al corriente. Como el brigada no volvió a preguntarle nada respecto al Porsche de Santos, él prefirió no mencionarlo.

Después del primer vistazo y las llamadas, el cabo y el brigada salieron a la calle y se dirigieron a la casa más próxima, que estaba a unos veinte metros, del otro lado del camino, donde vieron a una mujer que tendía ropa en unas cuerdas, junto a una huerta. Le preguntaron si había visto algo que le llamara la atención aquella mañana. La señora era de las que les gusta hablar y se mostró visiblemente encantada de que la Guardia Civil le hiciera preguntas. Declaró que Celso Mouriño había llegado la noche anterior en un taxi. La casa era de sus padres y había sido de sus abuelos. Todos ya fallecidos. Estaba medio abandonada y él no venía casi nunca por allí. «Hace cosa de una hora o algo menos, vinieron a verlo dos señores en un coche de color rojo (los guardias cruzaron una mirada de sorpresa). Tocaron la bocina varias veces y él salió a recibirlos. Estuvieron bastante rato dentro. Luego, los dos visitantes se fueron. Tuvieron que cruzarse ustedes con ellos: no hace ni diez minutos

que se fueron. Celso no salió de casa ni siquiera a despedirlos». La mujer describió a los hombres con cierto detalle, aunque quizá de poca utilidad para los guardias. Los dos eran altos y fuertes, de mediana edad, vestían con vaqueros y camisetas de color con algún adorno. Uno de ellos llevaba gorra de visera, el otro, que tenía el pelo cortado al cero, no la llevaba y era más gordo. Los dos llevaban tatuajes en los brazos. Del coche, solo pudo decir que era grande y de color rojo. No hacía falta que dijera nada más.

Souto y Taboada se volvieron hacia Camariñas dejando al brigada Cedeira a cargo del muerto y del follón consiguiente. Allí encontraron el coche de César Santos. Él estaba apoyado en la barandilla del paseo mirando al mar. Souto le dijo que, si no le importaba, volvería con Aurelio Taboada porque tenían varias cosas de las que hablar. Miró el reloj y añadió:

—Si quieres, podemos comer juntos —lo dijo a modo de disculpa para justificarse por dejarlo solo después de haber venido juntos.

—A sus órdenes, señor —dijo con sorna Santos—. Solo soy el chófer. No necesita darme explicaciones.

El detective Santos fue hasta el coche y arrancó para seguir hacia Corcubión detrás de los guardias civiles. Durante el recorrido, el cabo Souto llamó a la comandancia. Envió la foto del coche, en la que se veía bastante bien a sus dos ocupantes, pidió que comprobaran la matrícula y los buscaran por los peajes de las autopistas, las gasolineras y toda la zona, hasta Pontevedra. Quizá estuvieran todavía circulando. Llegaron los dos coches al mismo tiempo al cuartelillo de Corcubión, a la una y media pasadas. Souto le pidió a su amigo que lo esperara un momento porque tenía que hacer unas llamadas y dar algunas instrucciones a sus colaboradores. César Santos aprovechó para llamar a Marimar, que aún estaba en su gestoría. Le dijo que iba a comer con Pepe Souto y que, por la tarde, a la salida del trabajo, la iría a buscar. Se dijeron un par de cosas cariñosas y él colgó porque el cabo Souto, a su lado, le daba a entender que ya estaba libre.

Durante la comida, en la playa de Quenxe, Julio César Santos le dijo a su amigo que, si no se hubieran detenido a esperar al agente Taboada a la entrada de la aldea, seguramente se habrían encontrado a los asesinos en la casa.

—Y estaríamos muertos —le dijo Souto—. Dos sicarios, probablemente armados con subfusiles, sorprendidos infraganti, no se habrían entregado, Pepe. Nos habrían disparado sin dudarlo. Tú, desarmado y yo con mi pistola semiautomática. Antes de disparar el primer tiro, estaríamos fritos. Tuvimos suerte. Bueno, suerte o prudencia. ¿Por qué crees que no fui contigo a la casa? No era prudente y, además, no era lo correcto por mi parte.

—Lo sé, Pepe. Sé que tienes razón. Pero qué quieres que te diga. Me fastidia que se hayan cargado a ese Mouriño mientras estábamos allí parados sin hacer nada. Me fastidia que los asesinos hayan pasado delante de nuestras narices y se hayan largado como si tal cosa. Me habría encantado poder seguirlos, a ver a dónde iban.

—No digas tonterías, César. Cuando apareció el Nissan rojo, no teníamos ni idea de quiénes eran ni de lo que habían hecho. Podían ser dos tipos normales de la aldea que iban a cualquier sitio con prisa. Si los hubiéramos seguido con tu coche, se habrían dado cuenta a los dos minutos. ¿Qué habríamos hecho si se paran de golpe, se bajan y nos meten una ametralladora por la ventanilla? Está avisada toda la Guardia Civil de Coruña y Pontevedra. Tráfico y Puestos locales. A no ser que sean muy listos y hayan quemado el coche antes de desaparecer, es muy probable que los cojan en cualquier momento.

—Estoy seguro de que nos vieron —dijo Santos—. Te vieron haciéndoles una foto. Ya viste que casi se paran.

—Vieron un Porsche negro con dos tipos dentro —contestó el cabo—. Uno de los dos haciendo fotos. ¿Por qué iba a ser a ellos? La Guardia Civil no anda en Porsche. No pueden asociarnos con lo que acababan de hacer. Por eso no se pararon. Por eso siguieron. No me preocupan esos dos tipos. Lo que me preocupa es que, si no me equivoco, esto está relacionado con el secuestro. Intentaron matar al acompañante del joven secuestrado. Mataron a Antoliano Fraga y acaban de matar a Mouriño. Eso quiere decir que quien se oculta detrás de todo esto tiene que ser un mafioso que no está dispuesto a correr ningún riesgo. Se carga a todos los que puedan hablar. No me extrañaría que cualquier día de estos aparezcan los cadáveres de los chavales andaluces.

—¿Tú crees? —preguntó Santos con aire indiferente mientras engullía un delicioso chipironcito de la ría como si fuera una aceituna.

—No te lo tomes a broma, César. Esos tíos no se andan con chiquitas. Ni siquiera se molestan en hacer desaparecer los cadáveres, algo que aquí es fácil. Basta con envolverlos en una lona con una piedra dentro y tirarlos en alta mar desde una motora. Pero, ya ves lo de Mouriño. Tiro en la cabeza y adiós, muy buenas.

El cabo Souto quiso volver pronto al cuartel porque tenía demasiadas cosas que hacer, de modo que no se entretuvieron. Santos lo acercó al cuartelillo en su coche y se fue a Vilarriba a echarse una siesta. El madrugón le había sentado mal y no tenía nada que hacer hasta las siete, cuando Marimar cerraba su oficina de Cee. Durante su espera en Camariñas, había comprado dos preciosos paños de encaje, uno para la madre de Marimar y otro para Lolita, la mujer del cabo Souto. Para Marimar había encontrado un original abanico antiguo de encaje y mango de concha. Una verdadera joya, con la que pensaba sorprenderla. Pero todo tendría que esperar hasta después de la siesta.

César Santos recogió a su novia a las siete y cinco. Fueron a Vilarriba. Allí, él le enseñó lo que había comprado por la mañana en Camariñas. Marimar se emocionó porque el abanico era precioso, una antigüedad, y sabía que esas cosas eran muy caras. Y se emocionó casi más aún cuando vio lo que le había comprado a su madre. No tanto por el paño en sí, que era una preciosidad, sino por el hecho de que hubiera pensado en ella. Manuela Ponte, la madre de Marimar, era un mujer de aldea, viuda de un marinero, que no había salido nunca de su pueblo y apenas sabía leer. Precisamente por eso, César Santos era especialmente considerado y amable con ella en las raras ocasiones que tenía de verla, como cuando iba a la aldea a buscar a su novia, a pesar de que la buena mujer procuraba no dejarse ver para no avergonzar a su hija. Marimar le preguntó a César qué había ido a hacer a Camariñas. Él tuvo que explicarle lo que había pasado.

Sobre las ocho y media, fueron a la casa rural Doña Carmen, para llevarle el regalo a Lolita Doeste. Se presentaron sin avisar y se encontraron con el cabo Souto en la puerta. Acababa de llegar. Lolita se quedó encantada con la pieza de encaje de Camariñas y, como era de esperar, no dejó que se fueran así como así, por lo que se quedaron a cenar. Ya eran más de las doce cuando se fueron, tras una larga sobremesa en la que los hombres, milagrosamente, no hablaron de trabajo en ningún momento. Cuando se estaban despidiendo, el cabo Souto cogió del brazo a su amigo, lo apartó un momento y le dijo:

—Tenemos que hablar. Date una vuelta por el cuartel mañana.

—Mañana es sábado —protestó Santos—. Marimar estará conmigo todo el día.

—Es importante, César —insistió Souto—. Muy importante. Han ocurrido cosas.

—Te llamo sobre las once, ¿te parece?

—De acuerdo.

Sábado

El sábado por la mañana, después de desayunar, César Santos le contó a Marimar la breve conversación que había tenido con José Souto al despedirse.

—Voy a llamarlo por teléfono —le dijo—, a ver qué es eso tan importante que tiene que decirme. No sé qué habrá podido pasar para que quiera que nos veamos un sábado.

—¿Por qué no le dices que venga a tomar un aperitivo antes de ir a comer a su casa? Así no tienes que ir tú al cuartelillo y estaréis más cómodos aquí para hablar.

—Si no te enfadas porque hablemos de trabajo delante de ti… —dijo Santos esperando que Marimar contestara lo que efectivamente contestó.

—No te preocupes. Os dejaré solos.

—No hay como tener una novia inteligente —comentó él, como hablando consigo mismo.

Souto no se hizo de rogar. Un aperitivo en el jardín de la casa de Santos en aquel hermoso sábado de agosto era mucho más interesante que una charla en su despacho del cuartelillo. A la una y cuarto, Remigio, el guarda, le abría la verja a su antiguo jefe, el cabo primero José Souto y lo saludaba marcialmente indicándole que pasara hasta la casa. Aurora, su mujer, había preparado la mesa del aperitivo en la terraza de la entrada, a la sombra de la palmera que la separaba de la galería. En el carrito de las bebidas había una cubitera con varias cervezas metidas en hielo y, a su lado, una botella de Ribera del Duero recién sacada del armario bodega, abierta y a la temperatura justa. Santos estaba de pie en la puerta ventana del salón, con una copa de vino en la mano.

—Ahora traigo los aperitivos —dijo Aurora retirándose.

Detrás de Santos, apareció Marimar saliendo al sol desde la oscuridad interior, sonriente, haciendo una ostentación involuntaria de belleza. Era una mujer que sorprendía incluso a sus íntimos amigos cada vez que la veían, como sorprende, cada vez que se ve, una obra de arte cien veces contemplada anteriormente. Le dio dos besos a José Souto y levantó las manos en un gesto muy simpático diciendo:

—Ahí os dejo para que habléis lo que tengáis que hablar. Media hora, ¿os parece bien?

—Gracias, Marimar —dijo el cabo Souto.

Ella dio media vuelta y se fue. Cuando Aurora dejó la fuente con los aperitivos sobre la mesa y salió. Los dos hombres se sentaron.

—Sírvete lo que quieras —le dijo César a su amigo.

El cabo Souto se sirvió una copa de vino. Lo probó, hizo un gesto de satisfacción con la cabeza y bebió un trago. Después, cogió una empanadilla y se la comió en dos bocados.

—Muy rica —dijo.

—Bueno, pues ahora cuéntame —dijo Santos.

—Vamos a ver —empezó diciendo el cabo Souto—, en primer lugar: ayer por la tarde, en un peaje de la autopista de Vigo, hubo un encontronazo de los dos tipos del Nissan que vimos en Mourín con la Guardia Civil de Pontevedra. Fueron detectados por el helicóptero de Tráfico al tomar la autopista de Santiago. Todas las salidas estaban vigiladas. Les dieron el alto en el último peaje, antes de Vigo. Pero los tipos no se arredraron e hicieron frente a los agentes. Dispararon e intentaron escapar. No lo consiguieron. Uno de los tipos del Nissan murió y el otro fue detenido, herido de consideración. Dos guardias civiles resultaron heridos leves. Un tiroteo a la americana. Es increíble. Esa gente no se detiene ante nada. Las salidas estaban bloqueadas, no tenían ninguna posibilidad. Aun así, se liaron a tiros.

—¿Pudieron ser identificados?

—Todavía no. No llevaban papeles. El coche había sido robado por la mañana. Dejaron su documentación en algún sitio por si surgían problemas. Suelen hacerlo. Pero descubriremos quiénes son. Seguramente estarán fichados. Aunque eso no nos importa demasiado en este momento.

—¿Hablará el tipo que está herido? —preguntó Santos.

—No lo sé. Tampoco me importa.

—¿Entonces?

—Entonces, César, y esta es la otra cosa que quería comentarte, resulta que el tipo que murió llevaba en su móvil algo que te puede interesar.

—¿No me digas?

—Te digo. Analizaron el teléfono del fulano en cuestión. Después de haber matado a Mouriño, hizo varias llamadas a un móvil que aún no hemos podido identificar. Desde ese mismo móvil, a vuelta de correo, le enviaron un WhatsApp con dos fotos tomadas con teleobjetivo. En una, se te ve saliendo en coche de tu finca de Vilarriba, no es que se te vea demasiado bien, pero se te reconoce. En la otra, se te ve perfectamente. Estás saliendo del Porsche delante de la gestoría de Marimar. —A Santos le cambió el color—. El texto dice: «Siguiente y urgente. Julio César Santos, Vilarriba. Ojo al guarda de la finca, es un exguardia civil. Santos sale a veces a dar una vuelta por la ría en una motora.»

Julio César Santos dejó su copa sobre la mesa y se quedó callado con cara de preocupación. El cabo Souto no dijo nada y dejó que su amigo reflexionara sobre la información que acababa de darle. Santos solía tomarse a la ligera la mayor parte de las amenazas que recibía de vez en cuando. Sin embargo, esta vez se mostró especialmente afectado, sobre todo por el hecho de que lo hubieran fotografiado delante de la oficina de su novia, en Cee.

—Por favor, Pepe —dijo Santos al cabo de un rato—, no le digas nada a Marimar.

—No le diré nada, César. Pero eso no cambia las cosas. Está claro que eras un objetivo para esos tipos. Y lo seguirás siendo de los que ocupen su lugar.

—¿Por qué, Pepe? ¿Por qué?

—No lo sé. Quizá nos vieran en Pontevedra.

—Pero eso fue anteayer.

—Mouriño nos vio delante de su casa en Poio. Un Porsche negro. Seguramente se lo dijo a alguien.

—En Poio escapó de la policía y corrió a esconderse en su aldea —dijo Santos—. Ayer se lo cargaron. No tuvo tiempo de hablar de mí para que me siguieran y me hicieran fotos. Esto viene de antes. Tienen información. Me han investigado y puede que hasta me hayan seguido. Me extraña porque, te lo aseguro, es algo en lo que siempre me fijo.

—César, esa gente es profesional del crimen. Son mafiosos, se las saben todas y tienen gente en todas partes. Esto no es Madrid. Han podido seguirte a pie, desde lejos, de mil maneras, sin que te enteraras. Los asesinos nos vieron en tu coche ayer en Mourín y hablaron con sus jefes antes del tiroteo. Ni la foto de tu finca ni la otra están tomadas ayer. Llevan tiempo detrás de ti, no lo dudes.

—¿Y tú estás completamente seguro de no tener ningún infiltrado en el cuartelillo? Porque eso lo explicaría todo. Recuerda…

—No hace falta que me recuerdes nada, César —lo interrumpió el cabo—. Sí, en principio, es posible que haya algún infiltrado en el cuartelillo. Lo estoy investigando. Un infiltrado o alguien que hable más de la cuenta. Pero eso no es lo que importa ahora. Lo que importa es que hay una organización criminal, que ha secuestrado al hijo de un millonario belga. Hasta ahora, les ha salido bien la operación y han obtenido lo que quería: los diamantes. Sabemos que se han cargado a los

actores materiales e intermediarios del secuestro. Y sabemos que tu nombre y tus datos estaban en el bolsillo de uno de los asesinos neutralizados por la Guardia Civil.

—¿Neutralizados? Bonito eufemismo —dijo Santos.

—No deberías tomártelo a broma —dijo Souto muy serio—. No olvides dónde han tomado la última foto. ¿Y si secuestraran a Marimar para obligarte a dar la cara?

—No me lo tomo a broma en absoluto, Pepe. Estoy pensando.

—Pues piensa deprisa. Ya ves que no pierden el tiempo. Si deciden ir a por ti, irán hoy o mañana. No cuentes con que se lo piensen dos veces. Puede que después de las detenciones de ayer se den un respiro, pero yo creo que, a pesar de todo, actuarán con rapidez. No querrán darnos oportunidades.

Los dos hombres hicieron una larga pausa. Picaron aperitivos de la bandeja de Aurora, bebieron varios vasos de vino y contemplaron en silencio el parque que rodeaba la gran casa del detective. Lucía un sol brillante, la temperatura era agradable y las matas de hortensias que adornaban los costados del edificio ofrecían una gran variedad de flores blancas y azules. El ambiente era plácido y se respiraba calma, pero en las mentes de José Souto y de César Santos se formaban los negros nubarrones de una tormenta cargada de nefastos presagios. La naturaleza permanecía completamente ajena a los designios de otros seres que, ocultos en algún lugar desconocido, tramaban la muerte de cualquiera que amenazara con entorpecer sus planes o descubrir sus crímenes.

Un poco antes de las dos de la tarde, volvió Marimar y se sentó con ellos. Notó que había cierta tensión en el ambiente y preguntó si había ocurrido algo malo. El cabo Souto le dijo que siempre estaban ocurriendo cosas y se levantó para irse porque, dijo, ya era la hora de comer y Lolita lo estaba esperando.

—César te contará —añadió antes de despedirse.

Ella se quedó intrigada mirando cómo se iba su amigo Pepe y cómo Remigio salía a cerrar la verja.

—¿Qué pasa, cariño? —le dijo con voz tierna a su novio.

* * * * * * *

A esa misma hora, en la terraza del chalé de Bastiagueiro, los dos hombres mayores estaban sentados tomando sendos vermús con un platito de aceitunas rellenas de anchoas. El más viejo estaba de muy mal humor.

—Me pregunto —le dijo a su compañero— cómo es posible que, ayer, esos dos imbéciles de Vigo fueran a encargarse de Mouriño a las once de la mañana y que la Guardia Civil estuviera allí a los cinco minutos. ¡Joder! ¿Cómo coño se pudieron enterar? Nadie lo sabía. Recibieron la orden a medianoche del jueves. Sin embargo, allí estaba el Porsche negro del detective madrileño, un tío a su lado haciendo fotos, otro coche, seguramente también de la Guardia Civil y, para rematar, el coche patrulla que se cruzó con ellos cuando se largaban. No iban a estar todos en esa mierda de aldea por casualidad, digo yo.

—Mouriño se escapó de Poio en un taxi —dijo el otro, tomando un trago de vermú—. El detective y el cabo de Corcubión seguramente lo vieron. No tenían más que preguntar en la central de taxis a dónde fue. No veo otro modo de dar con la casa de sus viejos en Mourín. En la oficina de los taxistas les facilitarían la dirección y, por la mañana, se dieron una vuelta por la aldea para ver si estaba allí y detenerlo. Encontraron la casa y el fiambre unos minutos después de que los de Vigo salieran zumbando. Se cruzaron. Está claro.

—¿Estás seguro de que ese guardia que tenemos en Corcubión no estará jugando un doble juego? —preguntó el más viejo.

—No puede ser. Para empezar, no sabía nada respecto a los de Vigo. No podía saberlo. Pero incluso en el caso de que lo supiera, aunque, como te digo, no lo sabía, ¿cómo iba a explicar a sus jefes que lo sabía? Que la Guardia Civil y el detective estuvieran allí no está relacionado con los de Vigo. O siguieron el viernes a Mouriño o se enteraron de a dónde había ido por el taxista. No hay otra explicación.

—En cualquier caso, los de Vigo la cagaron.

—Ya, pero, al menos, hicieron el trabajo, que es lo que a nosotros nos importa. Mouriño ya no puede hablar.

—Pero el de Vigo que sigue vivo, sí. Y, como sabes, nos confirmaron de Pontevedra que les habían enviado instrucciones respecto al detective. Instrucciones e información por WhatsApp. La Guardia Civil habrá recuperado sus móviles.

—No importa —dijo con aire de suficiencia el más joven—. Son de prepago, como los demás, y el titular no existe.

—Pero sabrán que vamos a por el detective y tomarán precauciones. Ya no será tan fácil. Tenemos que acabar con este asunto de una vez por todas. Es cierto que el secuestro dio resultado, pero esto parece una casa con goteras. Cuando arreglas una, aparece otra. Antoliano parecía seguro y metió la pata. Mouriño era absolutamente de fiar y supuestamente competente. Arregló el tema de Antoliano a la perfección. Pero no tuvo en cuenta que en los aeropuertos hay cámaras de vigilancia. Un fallo imperdonable. A los dos tipos de Vigo, desconocidos, también seguros y fiables, les dan el alto y se lían a tiros con la Guardia Civil. Ni siquiera son capaces de hacerse matar, coño. Ese que sigue vivo, ¿sabe quién lo contrató?

—No. No lo sabe. Esos tipos nunca saben nada. Reciben instrucciones. Cobran un anticipo en un bar del puerto. Un sobre con dinero y una llamada a un móvil que les entregan en la barra del bar. Solo podrían delatar al camarero y no tienen por qué saber ni cómo se llama.

—Algo se nos está yendo de las manos y no sé por qué. Creo que ese detective madrileño tiene mucho que ver. La Guardia Civil va poco a poco, sigue sus métodos y tiene sus limitaciones. Pero ese jodido Santos, me da la impresión de que va a su aire y nos está jodiendo. ¿Qué hacía con el cabo de Corcubión en Pontevedra? ¿Qué hacía en Mourín? Es como una mosca cojonera. Tenemos que quitárnoslo de en medio como sea y cuanto antes.

Capítulo XVI

Lunes, 4 de agosto

A las nueve en punto de la mañana del lunes, en la comandancia de A Coruña tenía lugar una reunión importante. Tema: la investigación del secuestro de Jacques Steiner y los asesinatos posteriores. Asistían el jefe del Área de Investigación, el encargado del equipo de vigilancia especial de la oficina de Correos de Carballo, los jefes de los puestos de A Coruña, Santiago, Pontevedra, Vigo, Camariñas y Corcubión. Presidía el capitán Corredoira, asistido por su ayudante habitual.

La sala no se parecía a las salas de juntas de las empresas privadas. Nada de butacones de cuero ni grandes mesas enceradas de roble, cuadros abstractos de pintores más o mensos cotizados, cortinones y servicio de café. Era la sala de la comandancia. Paredes pintadas de color neutro con elementos decorativos castrenses, placas de diversos cuerpos y agrupaciones militares, foto del rey, bandera de España y de Galicia y emblema de la Guardia Civil. Un mueble corrido adosado a una de las paredes con revistas y carpetas de contenido difícil de adivinar, una mesa de reuniones larga, de aglomerado y contrachapado de color cerezo barnizado, sillas con asiento de gutapercha, y botellines de agua mineral del tiempo con vasos de plástico. Techo con placas amovibles de Armstrong, sprinklers antincendios y tubos fluorescentes. Todo correcto y limpio, ningún lujo, nada de buen gusto ni tampoco de malo. Líneas rectas y decoración moderadamente moderna.

Primer punto del orden del día: resumen de la situación actual e información sobre las novedades. El capitán Corredoira leyó un escueto resumen cronológico de los hechos ocurridos desde el catorce de julio pasado, día del secuestro de Jacques Steiner en la playa de Lires, hasta el viernes, uno de agosto. A continuación informó de la última novedad.

—El viernes pasado, a las ocho y media de la noche, en la oficina de Correos de Carballo, fue detenido el funcionario de esa oficina, Sito o Alfonso Vázquez Ríos. Este individuo, que ya había levantado las sospechas de nuestros agentes de vigilancia por su extraño comportamiento, se retrasó a la hora de cerrar la oficina. Cuando ya estaba saliendo todo el mundo, se entretuvo simulando terminar un trabajo en la zona de almacén de los envíos pendientes de recoger. El señor Villar, al que me referí en el informe que les acabo de leer, que, como les dije, estaba encargado de vigilar el paquete certificado con los diamantes, lo sorprendió cogiéndolo e intentando ocultarlo bajo su camisa. Avisó a los agentes del exterior, que decidieron finalmente entrar en la oficina y detener a Vázquez. En principio, habíamos pensado dejar que sacara los diamantes del paquete para ver qué hacía con ellos o si nos conducía a su contacto. Pero se tomó la decisión de detenerlo por temor a que pudiera, en un descuido, deshacerse del paquete o pasárselo a algún cómplice entre la gente que salía de la oficina y la que pasaba por la calle. Sito Vázquez Ríos es natural de Pontevedra, está casado

y tiene un hijo. Es funcionario de Correos desde hace doce años. Fue interrogado en esta comandancia, pero se negó a hablar y pidió un abogado. Llamó a su mujer, y poco menos de una hora después se presentó el abogado Luis Ferreiro, de Santiago. Nos sorprendió que un simple funcionario de Correos de Carballo consiguiera un viernes por la noche y en tan poco tiempo un abogado de uno de los bufetes más caros de Santiago. Pero nos sorprendió aún más comprobar que se trataba del mismo abogado que había asistido a Antoliano Fraga, el secuestrador asesinado en Corcubión. Ordené una investigación exhaustiva de Sito Vázquez Ríos. El resultado fue otra coincidencia sorprendente —el capitán Corredoira hizo una pausa calculada y algo teatral para beber un poco de agua y, cuando vio que los presentes estaban atentos a la espera del descubrimiento anunciado, continuó—. Pues bien, resulta que Sito Vázquez es hijo de una tal María Dolores Ríos Parga, natural de Ponte Caldelas, Pontevedra. Esa señora fue niñera y, más tarde, criada de la mujer de Andrés Docampo, el padre de Rosalía, la novia de Jacques Steiner. La mujer está casada con Luis Vázquez Mouriño. Su hijo, Sito, es primo carnal de Celso Mouriño y, además, ahijado de Andrés Docampo.

El capitán Corredoira hizo una larga pausa. Ordenó sus papeles y miró a los presentes, que estaban, o eso le pareció, asimilando la información que acaba de facilitarles. El cabo José Souto sonrió para sus adentros. Aquello era una de las típicas casualidades en las que él nunca creía. Las piezas empezaban a encajar. Aun así, se abstuvo de hacer comentarios. Sus conjeturas no tenían por qué interesar a los asistentes a la reunión. Algunos hicieron preguntas o expresaron sus opiniones. Él apenas escuchaba, estaba pensando. Estaba colocando cada pieza en su sitio.

El capitán Corredoira retomó la palabra. Comentó el hecho significativo de que los teléfonos incautados a los asesinos de Mouriño, que eran de prepago, hubieran sido adquiridos mediante la presentación del mismo DNI que los que había utilizado Antoliano Fraga: el de una persona fallecida hacía tiempo. Una sola organización parecía manejar todos los hilos. Corredoira explicó que, a falta de otras pistas, la investigación se iba a centrar en el entorno de Andrés Docampo. Los jefes de puesto presentes recibirían en breve instrucciones concretas para trabajar en ese sentido. Sería necesario indagar en todo lo referente a sus empresas, sus actividades, sus socios, sus relaciones, sus viajes, sus negocios y los movimientos de dinero de sus cuentas. Ya se habían cursado las peticiones pertinentes a la Audiencia. Todo debía hacerse con la máxima discreción porque, del mismo modo que tenía un informador en Correos de Carballo, podría tenerlo en cualquier banco o, incluso, en la mismísima Guardia Civil.

De pronto, al oír las últimas palabras del capitán, el cabo Souto recordó algo. Sacó discretamente su móvil y escribió un mensaje a Aurelio Taboada. «¿Cómo se apellida de segundo Benito Bardullas?». Unos segundos después, Taboada respondió: «Ríos». Souto escribió: «Gracias». Aquello podía explicar muchas cosas, pero no iba a decirlo en la reunión. Se lo diría al capitán Corredoira más tarde. No le hacía ninguna gracia que los demás supieran que, posiblemente, uno de sus guardias podría estar involucrado indirectamente en el secuestro o que pasara información sobre la Guardia Civil a los delincuentes. El guardia que se ocupaba del teléfono y de la puerta, que sabía quién entraba y salía, quién llamaba a quién y a dónde iban los agentes.

Por último, el capitán Corredoira dijo que había una posibilidad clara de relación entre los negocios de Andrés Docampo y los de Sandra Vilacoba y su marido, Gerardo Lois, que estuvo asociado con el cuñado de Docampo, Tino Nogueira, en su día procesado por tráfico de armas. El cabo Souto levantó la mano para preguntar si se descartaba la participación de Manuel Vilacoba. El capitán le respondió que Manuel Vilacoba se había retirado de los negocios hacía dos o tres años y había dejado la presidencia de sus empresas en manos de su hija Sandra.

—Actualmente, reside en una lujosa propiedad que tiene en Bastiagueiro —dijo—, entre las playas de Santa Cristina y Santa Cruz, en el concejo de Oleiros. No se le suele ver en público, excepto en el Club Náutico, cuando embarca en su yate para algún viaje de placer. No consta que desarrolle ninguna actividad industrial o comercial de ningún tipo. Pero eso no es una razón —añadió prudentemente el capitán sonriendo al cabo Souto— para que lo perdamos de vista.

Después de la reunión, el cabo Soto pidió ver al capitán Corredoira, que lo recibió en su despacho. Le contó que había ido a Pontevedra en el coche de Julio César Santos. Que Santos quiso ver dónde vivía Mouriño y que, gracias a eso, vieron su coche y avisaron a los colegas de Pontevedra. Mouriño nos tuvo que ver en el Porsche de Santos y seguramente habló con sus jefes. También le contó que había ido a Mourín con Santos, aunque avisando al agente Taboada para que se reuniera con ellos. Los asesinos, al marcharse de la casa de Mouriño, después de matarlo, también habían visto el coche de Santos, le explicó, desde el que él les hizo la foto.

—¿Por qué fue a Pontevedra y a Camariñas en el coche de un civil, cabo? Estaba de servicio —le dijo el capitán muy serio.

—Me pareció práctico, mi capitán. Iba de paisano y, aunque reconozco que no es muy regular, tampoco me pareció que hacerlo fuera contrario a las ordenanzas. En Mourín, despedí a Santos, le ordené que se fuese y nos dejara trabajar a Taboada y a mí solos. Es como si yo hubiera ido en un taxi.

Al cabo Souto no lo inquietó demasiado el aparente enfado del capitán Corredoira porque sabía que era amigo de Santos y apreciaba su colaboración, que había sido muy útil a la Guardia Civil en varias ocasiones, por lo que pensó que no iba a echarle una bronca seria y se limitaba a cubrir el expediente. Y así fue.

—Quería pedirle, mi capitán —dijo Souto después del ligero rapapolvos que acaba de recibir—, que me autorizara a tener vigilada la finca de César Santos y también a él. Creo que necesita cierta protección, después de lo que han encontrado en el teléfono de los asesinos. Piense en Fraga y en Mouriño. Parece que van en serio.

—¿Por qué no le aconseja que se vaya cuanto antes a Madrid? Eso nos evitaría los inconvenientes y gastos de una vigilancia y será más seguro para él.

—Ya sabe cómo es Santos, señor. Basta que le digamos una cosa para que haga todo lo contrario. De todas formas lo intentaré. Por supuesto que es una buena idea, lo de marcharse. Si no le importa, le diré que ha sido usted quien lo ha sugerido, a ver si así me hace caso.

—No me importa. Si tiene algún problema dígale que me llame.

Del primer interrogatorio a Sito Vázquez no se obtuvo ningún resultado. El tipo había sido aleccionado, como ocurrió anteriormente con Antoliano Fraga. Lo único que dijo fue que lo habían llamado por teléfono desde un número desconocido. Le explicaron que tenía que sacar de la oficina de Correos un paquete que iba a llegar procedente de Bélgica dirigido a un determinado apartado de Correos y llevárselo a su casa. Más adelante, alguien iría a recogerlo. Le echaron por debajo de la puerta un sobre con dos mil quinientos euros y le prometieron que le darían otros dos mil quinientos cuando lo fueran a recoger. Naturalmente, no tenía ni idea de lo que contenía el paquete. No dijo nada más. No sabía nada más y no contestó a ninguna otra pregunta. Pasó a disposición judicial y el juez ordenó la prisión preventiva. Dos días después, el abogado Ferreiro consiguió su puesta en libertad bajo fianza. La Guardia Civil se incautó del paquete. El señor Steiner recibió una notificación oficial en la que se le comunicaba que su envío certificado estaba retenido y

permanecería depositado en una caja fuerte del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Carballo hasta que se celebrara el juicio por el secuestro de su hijo, cuya instrucción ya había comenzado.

El señor Steiner llamó a Bermúdez & Asociados. Félix Bermúdez llamó a Julio César Santos que, a su vez, llamó al cabo Souto para preguntarle qué había pasado. Souto le explicó lo sucedido en Carballo. Santos llamó al señor Steiner y le explicó que la Guardia Civil había interceptado el paquete y detenido a un empleado de Correos corrupto que trataba de llevárselo a su casa.

—Recuperará esos diamantes —señor Steiner—, pero tendrá que esperar bastante tiempo.

—No es eso lo que me preocupa —dijo Steiner—, sino lo que nos puedan hacer los secuestradores. Esos diamantes eran la garantía de que nos dejarían en paz, a mi hijo y a mí. ¿Qué va a pasar ahora?

—No sé qué decirle al respecto, señor Steiner —le dijo Santos—. Usted cumplió y no es culpa suya si la policía decidió interceptar el envío. En este momento, los secuestradores están teniendo serios problemas con la Guardia Civil y no creo que vayan a ocuparse ni de usted ni de su hijo. Dos de ellos han sido asesinados y los asesinos han sido capturados. Uno murió y el otro está gravemente herido. La Guardia Civil está cerrando el círculo en torno al máximo responsable, que, naturalmente, no querrá correr riesgos innecesarios. Usted tome las precauciones que le parezcan oportunas, pero no se angustie, de verdad, no hay razón para eso.

—¿Se sabe ya quién organizó el secuestro?

—No le puedo decir nada. Pero la Guardia Civil no anda lejos. Si quiere que le diga la verdad, estoy convencido de que no tardarán mucho en cogerlo.

—¿Por qué está convencido de eso?

—Mire usted —explicó Santos—, una parte importante del peso de la investigación lo lleva el cabo primero de Corcubión, José Souto. Creo que usted lo conoció en su viaje a Lires. Es un investigador inteligente y tenaz. ¿Sabe cómo le llaman por aquí, incluso en la Guardia Civil? ¡Cabo Holmes! —El viejo se echó a reír y Santos hizo otro tanto—. Se merece el apodo, créame. Que yo sepa, y lo conozco desde hace muchos años, nunca ha dejado un caso sin resolver. Por eso estoy convencido de que acabará descubriendo al cerebro del secuestro.

—¿Cómo es que conoce usted a ese cabo de un pueblo perdido de Galicia?

—Me salvó la vida en cierta ocasión[10], señor Steiner, y nos hicimos muy amigos.

Santos no quiso decirle nada más y menos aún insinuarle que las sospechas se centraban, cada vez más, en el padre de la novia de su hijo. No sabía hasta qué punto podía confiar en la discreción de Steiner y no quería arruinar el trabajo de la Guardia Civil por hablar demasiado. De modo que se despidió de él educadamente y colgó.

Aquel mismo lunes, después de comer, el cabo Souto, de regreso de la comandancia, llamó a su amigo Santos, que estaba echándose una siesta, pero atendió la llamada del detective.

—César, tenemos que hablar —le dijo nada más descolgar—. Si quieres, lo hacemos ahora mismo, pero si estás medio dormido, como parece, lo dejamos para luego. Pero tiene que ser esta misma tarde, sin falta. Es importante y urgente.

—Ven luego a tomar una cerveza. A las seis o las siete, cuando termines de trabajar.

El cabo Souto se presentó en la finca de Santos a las seis y cuarto. Quiso llegar antes que Marimar para poder hablar a solas con su amigo. Se sentaron en el jardín.

—¿Qué es eso tan importante, Pepe? —le preguntó Santos.

—Estuve hablando con el capitán Corredoira de establecer un plan de vigilancia de esta finca, que comprendería tu propia vigilancia.

—Pero ¡qué dices! —saltó César Santos—. ¿Me vais a estar vigilando?

—Por favor, César, seamos serios. Los asesinos de Mouriño tenían instrucciones de ir a por ti con la mayor urgencia. ¿No te das cuenta?

—Pero uno está muerto y el otro en el hospital, supongo que custodiado por la Guardia Civil. ¿Por qué tendría que preocuparme?

—Mira, tío, si el capo mafioso que está detrás de todo esto ha ordenado que te quiten de en medio, cualquier persona sensata en tu lugar se daría por muerta. No sé si me explico. Se cargaron a Fraga y a Mouriño. A esos, los cogimos, pero enviarán a otros y supongo que tomarán medidas para no fallar y, también, para que no los cojan. Y parece que tienen prisa, seguramente porque se están oliendo el peligro. Por eso pensé en tu protección, aun sabiendo que, como eres tan chulo, ibas a rechazarla. Pero el capitán Corredoira, cuando se lo propuse, me dijo que por qué no te ibas a Madrid cuanto antes. Piensa que les será más difícil encontrarte allí y nos ahorraría las molestias.

—¿Eso dijo?

—Exactamente. Y yo te sugeriría algo más. Estamos en agosto y tienes un bonito chalé en la sierra madrileña con piscina, ¿no? ¿Por qué no le dices a tu novia que se coja unas vacaciones y te la llevas allí una temporada? He pensado que si esos mafiosos no te encuentran aquí, podría ocurrírseles ir a por Marimar para obligarte a dar la cara por ella. Ya sabes que esa gente, lo de la moral, no lo tiene muy claro y cualquier medio es bueno para conseguir lo que quieren. Creo recordar que ya tuviste que volver una vez, cuando ibas camino de Madrid, porque alguien te chantajeó amenazando con hacerle daño a Marimar, que ni siquiera era entonces tu novia[11]. ¿Te acuerdas?

Julio César Santos se quedó pensando. Recordaba perfectamente lo que había ocurrido. Un tipo impresentable que se la tenía jurada secuestró a Marimar y la tuvo encerrada en una casa de aldea, cerca de la playa de Nemiña. Aún no era novios, pero ya tenían una relación que iba algo más allá de la simple amistad. No tuvo más remedio que ceder al chantaje. Afortunadamente, el cabo Souto y la Guardia Civil evitaron que el secuestro terminara en una tragedia. El recuerdo de aquellos días le hizo reflexionar. La sugerencia de su amigo Souto le pareció digna de consideración. ¿Por qué no irse unos días de veraneo con su novia a Miraflores o a cualquier otro sitio?

El cabo Souto le propuso algo más.

—Podrías irte en avión y dejar tu Porsche delante de la casa, a la vista, para que los que vayan a por ti crean que estás en Vilarriba. Lo lógico es que intenten observar tus movimientos antes de actuar. Con tu sistema de cámaras de videovigilancia activado, con Remigio prevenido y con una discreta vigilancia que yo puedo organizar, seguramente sorprenderíamos a cualquier extraño que rondara por la zona, de día o de noche. Pero pienso que es algo que tienes que decidir ya. En cuanto llegue Marimar, se lo explicas. Llamas un coche de Uber, la llevas a la aldea para que ella coja lo que necesite y os vais esta misma tarde a Santiago. Yo hablo con Remigio y organizo todo lo demás. Si no te importa, le diré a Orjales que venga de noche a tu casa.

César Santos llamó a Marimar a la gestoría. La puso al corriente de la situación y le propuso que, al terminar de trabajar, fuera a su casa de Brens, le dijera a su madre que se iba de vacaciones unos días e hiciera la maleta. Mientras tanto, él pediría un coche de Uber y la iría a buscar. Después, se irían los dos a dormir a Santiago y cogerían un avión por la mañana a Madrid. Marimar, aunque al principio se sorprendió y le hizo repetir todo dos veces, se mostró encantada con la idea de ir a Madrid a pasar unas semanas de vacaciones a la casa de su novio, que no conocía. Era algo que

deseaba desde hacía mucho tiempo, pero no se había atrevido nunca a proponérselo.

De Uber avisaron a Santos que tardarían una hora. En vista de lo cual, decidió ir a buscar a Marimar en su propio coche. Salió de su finca a las siete menos cuarto. La aldea de Brens, donde vivía Marimar, estaba a uno seis o siete kilómetros de Vilarriba. En una zona ondulada, al borde de un extenso bosque de eucaliptos, pinos y árboles autóctonos. Había sido la casa de sus abuelos. Marimar la había heredado de su tío José Ponte, hermano de su madre, que fue quien le pagó los estudios y se la dejó en herencia a su muerte. Era una casa de aldea de los años cincuenta. De planta baja y un piso. La propiedad estaba apartada de las demás casas de la aldea y tenía una huerta, un prado separado de la vivienda con viejas colmenas y un pinar.

Santos salió de su finca y le dijo a Remigio que no cerrara la verja porque volvería pronto. Fue hacia Corcubión y a unos cientos de metros tuvo la sensación de que lo seguían. Se paró a la entrada del pueblo y un Ford Escort de color azul que circulaba detrás también se paró, en el lado opuesto de la calle. Dentro iban dos hombres. Santos tenía la mosca detrás de la oreja después de lo que le había dicho Souto y no dejaba de mirar a su alrededor. Abrió la guantera y comprobó que llevaba su revolver Smith & Wesson calibre 357 magnum y una caja de cincuenta cartuchos. Tenía licencia de armas. Esperó un rato haciendo como que miraba el móvil, pero sin quitar ojo al Ford azul. Al cabo de unos minutos arrancó y siguió hacia Cee. Se desvió hacia Brens por la avenida Fernando Blanco y volvió a pararse delante del Hotel Marina, a la derecha. El coche azul también se paró un poco más atrás, a la izquierda. Entonces, Santos llamó al cabo Souto.

—Pepe, estoy en Cee, delante del Hotel Marina, en la calle o carretera que va hacia Muros. Iba a Brens a buscar a Marimar, pero me han venido siguiendo desde Vilarriba.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Un Ford Escort azul con dos tipos dentro. Los tengo parados detrás de mí, en la otra acera, a unos cincuenta metros, en la esquina de un callejón junto a un semáforo. Al lado hay un local que pone «Imprenta Paco». ¿Qué me aconsejas que haga?

—Quédate dónde estás, César —le dijo el cabo—. Si ves que los tipos salen del coche y van hacia ti, arranca y sal deprisa hacia el desvío del cuartelillo. No creo que lo hagan porque ese sitio es muy céntrico. Yo salgo ahora mismo para allá con Vero y le digo a Taboada que venga detrás de mí con Orjales o con alguien más. Voy en mi coche; cuando me veas pasar, arrancas y me sigues. Iremos hacía la casa de Marimar. Le diré a Taboada que vaya detrás del Escort azul. A ver qué hacen. Estaré ahí en poco más de cinco o siete minutos.

—Llevo mi revolver —le dijo César Santos—, y una caja de munición.

—Vale. Pero que no se te ocurra sacarlo si no es absolutamente indispensable. Tienes que comprender que, comparado con lo que suelen llevar esos tipos, tu Smith & Wesson es un tirachinas.

Capítulo XVII

Lunes, por la tarde

Julio César Santos esperó impaciente la aparición del coche del cabo Souto, sin quitar ojo al Ford azul aparcado un poco más lejos en la avenida Fernando Blanco, que también era la carretera AC-530. Tenía razón Souto: no se atreverían a atacarle en aquella calle llena de tiendas y oficinas, delante del hotel. Había demasiada gente y no era fácil salir de allí deprisa con el tráfico de aquella hora. Aun así, tenía la vista clavada en el retrovisor. Los tipos permanecían dentro del coche sin moverse. Los minutos se le hacían eternos.

El cabo Souto tardó ocho minutos en aparecer. Venía con la agente Verónica Lago y circulaba despacio. Santos suspiró aliviado, arrancó su coche y se colocó rápidamente detrás de ellos evitando que ningún otro vehículo se colara entre ambos. El Escort azul arrancó inmediatamente y los siguió. Solo dos coches se interpusieron entre el Porsche y el Ford. Santos no dejaba de mirar el retrovisor del parabrisas. Cuando se pararon en un semáforo que había al principio de la cuesta de salida del pueblo, vio el coche de Taboada detrás del Ford azul. Aurelio Taboada venía en el mismo coche que había llevado a Mourín el viernes. Otra persona iba a su lado, pero no pudo ver quién era. Sonó su teléfono y lo cogió. Era Verónica Lago.

—Señor Santos —le dijo—, soy la agente Lago. Dice el cabo Souto que mantenga usted el teléfono encendido en modo altavoz para podernos comunicar constantemente. Vamos a seguir y tomaremos el primer desvío a Brens, donde el estanco. Cuando lleguemos a la altura de la casa de la señorita Marimar, usted se para y se baja. Nosotros seguiremos, pero daremos la vuelta enseguida para bloquear la pista de frente mientras Taboada llega por detrás. Así los que le siguen se quedarán bloqueados. Espere un momento, que el cabo quiere decirle algo.

—César —dijo el cabo Souto—, cuando lleguemos, bájate todo lo deprisa que puedas y entra en la casa. No tendrán tiempo de atacarte porque vendrán a cierta distancia. Cierra la puerta con cerrojo. Yo voy a llamar a Marimar desde mi teléfono para avisarla de que deje la puerta abierta, suba al piso y se encierre con su madre en una habitación. Tú sigue con tu móvil encendido en contacto con Vero. ¿Vale?

—De acuerdo —contestó Santos, que circulaba muy cerca del coche de Souto y no perdía de vista a los del coche azul, del que seguían separándolo dos coches.

—¡Ah! —añadió el cabo— y métete tu revolver en el bolsillo con la munición. Nunca se sabe. Nosotros traemos subfusiles MCX y chalecos antibalas, no creo que ellos traigan nada mejor. Espero que no tengamos que utilizarlos. Vero estará a mi lado, mantente en contacto y haz lo que ella te diga. Y, por favor, Cesar, nada de iniciativas personales. Vamos a trabajar en equipo, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, señor —dijo Santos.

El cabo miró a la agente Verónica Lago con cara de resignación. Ella le dijo:

—No sé cómo el señor Santos puede tener ganas de bromear. Yo en su lugar estaría muerta de miedo.

—Es su forma de disimular que lo está, Vero —dijo Souto sabiendo que Santos lo estaba oyendo—, pero no quiere que se le note.

Santos, que efectivamente estaba escuchando, sonrió ante la ironía de su amigo. Era cierto que tenía miedo, por él mismo y por Marimar. Sabía que los sicarios gallegos, como todos los sicarios del mundo, eran hombres brutales, despiadados y sin ningún tipo de moral o escrúpulos. Por lo tanto, si iban a por él, si alguien les había pagado para que lo mataran, lo harían en cuanto pudieran sin miramientos y sin perder tiempo. Él tendría que ser más listo, más rápido y esperar que no le fallara la Guardia Civil. Pero su carácter le impedía mostrarse atemorizado. Su forma de superar el miedo era siempre bromear. El cabo Souto lo conocía muy bien, por eso le dio aquella explicación a la agente Lago.

Al llegar al desvío de Brens, en el estanco-bar, que tenía unas mesas en la acera a modo de terraza, el cabo Souto giró a la izquierda. Una señal indicaba: «As Campas - A Grixa» y, debajo, una concha de peregrino indicaba con una flecha: «Camino de Santiago». César Souto los siguió sin separarse. Los dos coches que venían detrás continuaron por la carretera de Muros. El Ford Escort azul también giró a la izquierda, igual que el coche de Aurelio Taboada, que aceleró progresivamente para recuperar la distancia que los separaba. Todos circulaban relativamente despacio; tanto la calle, al principio, como la pista, después, eran estrechas. Nadie que los observara en aquel momento podría suponer lo que estaba pasando. Se desviaron de nuevo a la izquierda, uno tras otro, en el siguiente cruce, hacia Brens, por una pista en la que cada vez había menos casas. La última era la de Marimar. Después, la estrecha carretera seguía por el bosque de pinos y robles, como si ya no hubiera más zona habitada. Souto redujo, pero no se paró. César Santos miró por el retrovisor. El coche azul venía detrás a unos cien metros. Él puso el intermitente y metió el Porsche en un espacio de tierra que había al lado de la cancela. Se bajó todo lo deprisa que pudo, como si estuviera cayendo un chaparrón, fue hacia la casa, que estaba a unos diez metros, empujó la puerta, entró y la cerró dando un fuerte golpe. Llamó a gritos a Marimar.

—Estamos aquí arriba, en el dormitorio —dijo su novia entreabriendo la puerta del cuarto en el que se había refugiado con su madre—. Hay una escopeta colgada detrás de la puerta de la cocina y cartuchos en el cajón del aparador.

—¡Vale! –gritó él—. Quedaos ahí y no os mováis. Cierra la puerta, yo me quedo abajo.

En la planta baja había un pasillo central y una cocina grande a la izquierda, que era donde se hacía la vida. A la derecha estaba el comedor, que solo se usaba en ocasiones excepcionales. Ambas piezas tenían ventana a la fachada principal, que daba a la pista. Al fondo, había un dormitorio, un cuarto de baño y una habitación en la que Marimar había instalado su despacho, con un escritorio, su ordenador y unas estanterías llenas de libros y carpetas. El pasillo terminaba en una puerta que daba a la huerta. Santos comprobó que estaba bien cerrada y volvió a la cocina. Cerró las contraventanas interiores dejando una rendija para ver qué sucedía. Llevaba su revólver en un bolsillo del pantalón y la caja con las municiones en el otro. Sacó el revólver, comprobó que estaba cargado, aunque sabía que lo estaba, y lo volvió a guardar en el bolsillo. Descolgó la escopeta de caza que había detrás de la puerta. Buscó los cartuchos y la cargó. Se acercó a la ventana y miró hacia la carretera. El coche del cabo Souto no estaba y el Ford azul llegaba en ese momento y se detenía a unos cinco metros de su Porsche. A unos cincuenta metros, vio el coche de Taboada, que se acercaba

muy despacio. Cogió el teléfono y dijo:

—Vero, ¿está ahí? ¿Pepe? No os veo.

—Sí, estamos aquí. Estamos dando la vuelta, pero es que la pista es muy estrecha.

—El Ford está aparcado a unos metros de la cancela. Acaba de llegar Taboada. Nadie ha salido de ninguno de dos los coches.

—Quédese dentro de casa —dijo Lago obedeciendo las instrucciones del cabo—. No salga. Llegamos en unos segundos.

El cabo Souto terminaba su tercera maniobra para dar la vuelta, a unos cien metros. No había querido buscar un sitio más amplio porque no sabía si lo encontraría en el siguiente kilómetro. De modo que tuvo que hacer una cuarte maniobra antes de acelerar en sentido contrario. Santos lo vio llegar. Se paró a quince metros; las dos puertas se abrieron al mismo tiempo y Santos y Lago saltaron fuera. Llevaban chalecos antibalas y subfusiles, además de sus pistolas reglamentarias al cinto y cargadores. Se parapetaron detrás del coche y gritaron a los del Ford Escort:

—¡Guardia Civil! Bájense del coche con las manos en alto.

En ese momento, Taboada y otro guardia, también con chalecos antibalas y subfusiles salieron de su coche y se quedaron detrás apuntando al Ford, que permanecía inmóvil con el motor encendido. Aparte del canto intermitente de un pájaro, el silencio era tenso. Hacía calor. El cielo estaba casi por completo despejado y, aunque el sol ya se había puesto, aún había mucha luz. El cabo Souto repitió la orden gritando más fuerte. Taboada la repitió desde el otro lado, pero nadie se movió.

De pronto, el Ford Escort dio un acelerón y arremetió contra la cancela de madera, después de pasar entre el coche de Santos y el muro bajo de piedra. La cancela, de dos hojas, salió disparada hacia los lados hecha astillas. Por un momento pareció que el coche iba a chocar contra la fachada, pero el conductor sabía lo que hacía y debía de ser bastante hábil porque giró violentamente, rozó el muro y se dirigió hacia el lateral de la casa. Torció en la esquina tropezando por segunda vez contra el muro y se metió entre el edificio y la huerta, por la parte de atrás. En las persecuciones de coches, en las películas, los vehículos chocan unos con otros o con contenedores de basura, atraviesan puertas y rompen vallas metálicas sin que eso les impida continuar su carrera. Pero la realidad es otra. Cualquier automovilista que haya tenido un pequeño contacto con otro coche, con un árbol o una columna sabe que las aletas tienen tendencia a doblarse hacia el interior y bloquear los neumáticos, los parabrisas a romperse en mil pedazos y los motores a pararse. Eso fue lo que le ocurrió al coche azul de los mafiosos, que se quedó parado justo en la esquina de la parte de atrás de la casa de Marimar contra la que había tropezado, con el radiador echando humo, seguramente roto, y el capó doblado hacia arriba.

Los guardias civiles se quedaron de una pieza. Era extremadamente peligroso acercarse porque el vehículo había desaparecido de su vista y, por lo tanto, también los dos supuestos sicarios, que podían haberse escondido en cualquier sitio. Los mafiosos se habían bajado a toda prisa y se dirigían a la puerta de atrás de la casa. Julio César Santos, que había observado la maniobra desde la ventana del despacho de Marimar, supuso que intentarían romper la puerta y hacerse fuertes en la casa, probablemente tomando como rehenes a las dos mujeres, después de matarlo a él. Era un razonamiento lógico. Tuvo una intensa sensación de pánico al imaginar lo que iba a suceder a continuación si se quedaba allí parado. Respiró hondo y se parapetó detrás de la puerta del despacho, apuntando con la escopeta a la puerta trasera. Pensó: «Dos tipos y dos disparos. Quizá no tengan tiempo de reaccionar y Pepe llegue a tiempo para sorprenderlos por detrás». Sus pensamientos no eran netos ni precisos. Las ideas se agolpaban en su cerebro de modo incoherente. Tenía la escopeta

bien agarrada con las dos manos, pero estaba literalmente aterrorizado. Se apoyó contra la pared y esperó. Estaba a poco más de dos metros de la puerta. A esa distancia, una escopeta es como un cañón, pensó. Quitó el seguro, sujetó bien su arma y esperó.

Fuera, las cosas ocurrían deprisa. El cabo Souto y Verónica Lago, con los subfusiles en ristre se acercaron a los restos de la cancela y se protegieron detrás del murete de piedra. Veían la parte trasera del Ford, pero no a los dos hombres. Taboada y su compañero habían corrido también a protegerse detrás el muro, que no medía más de un metro de alto, por lo que los cuatro debían estar de rodillas o en cuclillas. El cabo Souto les indicó con gestos que dieran la vuelta a la casa por el lado derecho.

Dentro, César Santos seguía a la espera. De pronto, la puerta del fondo de la casa se abrió de golpe chocando contra la pared como consecuencia de la fuerte patada propinada por uno de los dos mafiosos. Santos lo vio a contraluz como si fuera una fotografía. Era un tipo alto y fuerte. Más de un metro ochenta y en torno a los cien kilos. Pantalones vaqueros, botas negras de mediacaña, camiseta negra, cabeza rapada, cara de matón y barba de varios días. En la mano izquierda llevaba una pistola enorme con silenciador. Dos palmos de cañón. El tipo miró al frente como buscando algo. Santos no lo dudó. Levantó ligeramente la escopeta y le disparó al pecho. El sonido en el interior de la casa fue ensordecedor. El fogonazo no le impidió a Santos ver cómo el tipo caía hacia atrás al mismo tiempo que disparaba su pistola. Cayó como si hubiera recibido un fuerte empujón. Entonces vio al segundo hombre, a unos dos metros detrás, que levantaba los brazos con cara de asombro y decía:

—¡Hostia!

Lo dijo y desapareció. Santos tardó un par de segundos en reaccionar. Se acercó a la puerta y lo vio correr hacia el pinar con una pistola en la mano derecha, saltar sobre los helechos y perderse en la penumbra. No le disparó. Estaba huyendo. ¿Por qué iba a dispararle? Aunque el tipo lo hubiera seguido hasta allí para matarlo, no había razón para dispararle por la espalda. Después miró al suelo y vio al otro tipo, al que le había disparado. Aún tenía su arma en la mano izquierda y en su pecho había un agujero y una horrible mancha negra. Tenía los ojos abiertos, pero estaba muerto. Se veía en su mirada perdida. Al principio, le había salido del pecho a borbotones una gran cantidad de sangre. Después ya salía muy poca y más despacio. Su corazón había dejado de latir.

En ese momento, por su derecha, aparecieron Aurelio Taboada y el otro guardia, con las armas en la mano. Santos señaló el bosque y dijo:

—Eran dos. El otro salió corriendo hacia allí.

El cabo Souto y Verónica Lago llegaron unos segundos más tarde por el lado izquierdo. Souto miró al tipo en el suelo, que ya tenía todo la pinta de estar muerto y luego a Santos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Era él o yo —dijo Santos a modo de disculpa—, me disparó.

—¡Coño, César! ¿De dónde has sacado esa escopeta?

—Es de Marimar —contestó Santos poniendo cara de bueno, como si no fuera culpa suya.

—Jo, macho —dijo el cabo—. Con vosotros dos aquí dentro, no os hacíamos ninguna falta nosotros.

En ese momento oyeron unas voces. Marimar bajaba del piso corriendo. Se dirigió a su novio y lo abrazó como si volviera de la guerra.

—¿Estás bien? ¿No te ha pasado nada?

El gesto exageradamente afectuoso y algo teatral de Marimar relajó el ambiente y, olvidándose del muerto y del que acababa de escapar, los guardias civiles se echaron a reír. Era una forma de liberarse del nerviosismo vivido. Souto reaccionó enseguida. Echó un vistazo al muerto y le dijo a Verónica Lago que llamara al juzgado y a la comandancia de A Coruña. A Taboada le dijo que

pidiera refuerzos al puesto para buscar al otro tipo por los alrededores. Él se volvió hacia Marimar y le preguntó:

—¿Cómo está tu madre?

—Asustada. Como yo. ¿Queréis explicarme qué es lo que ha pasado?

—César —dijo el cabo dirigiéndose a su amigo—, ¿quieres explicárselo tú? Yo tengo un montón de cosas que hacer.

César Santos le dijo a Marimar que era mejor dejar que la Guardia Civil, el juzgado y la policía científica se ocuparan del muerto, del coche de los mafiosos y de la búsqueda del que había escapado y que ellos dos, con su madre, se fueran a Vilarriba.

—Coge tus cosas —le dijo— y que tu madre se traiga lo que necesite. No vais a quedaros aquí a dormir esta noche. Hablaremos en casa tranquilamente mientras cenamos. ¿Quieres? Llama a Aurora para avisarla. Yo tengo que hablar un momento con Pepe y nos vamos enseguida.

Marimar subió al piso donde esperaba su madre, muerta de miedo. Santos se quedó con Souto para ver qué tenía que hacer. El cabo Souto le dijo que se fuera a su casa con las dos mujeres. A ese tipo nos lo cargamos nosotros. Olvídate.

—No me va a ser fácil olvidarlo, ¿sabes? —dijo el detective.

—Lo sé, César. Lo que has hecho ha estado muy bien. Si no llegas a cargarte a ese individuo, vete a saber lo que habría podido pasar. Posiblemente hubiera habido alguna desgracia. Pero, si se hace oficial que lo mataste tú, tendrás un montón de complicaciones. Por eso es mejor decir que los tipos nos atacaron y tuvimos que disparar.

—¿Con una escopeta?

—Déjalo de mi mano. Venga, lárgate de una vez. Te llamaré cuando terminemos, pero supongo que ya no será esta noche. Esto va a tardar lo suyo.

—¿Y el otro tipo?

—Organizaremos una batida por el bosque. Está solo, va a pie y seguramente no es de por aquí. Lo encontraremos.

Cesar Santos, Marimar y su madre se fueron a Vilarriba. Por el camino se cruzaron con varios coches patrulla de la Guardia Civil con sus luces azules centelleando, que iban hacia Brens. Ya empezaba a anochecer de verdad. Al llegar a Vilarriba, Santos tuvo que pagar al coche de Uber que estaba allí esperando desde hacía una hora. Santos lo pagó y el Uber se volvió de vacío.

La búsqueda del segundo hombre duró hasta las dos de la madrugada. El sicario había caminado sin saber a dónde iba a través del bosque y ascendido hacia el monte Brens hasta dar con una pista forestal. La Guardia Civil, con un helicóptero dotado de cámaras de visión térmica no tardó en localizarlo. Los equipos de tierra lo rodearon y el tipo no tuvo más remedio que rendirse sin ofrecer resistencia. Cuando se vio rodeado, arrojó su pistola lo más lejos que pudo, levantó los brazos y se entregó gritando:

—¡No disparen! ¡No voy armado!

No tenía nada que hacer contra una docena de agentes armados hasta los dientes, con chalecos antibalas y gafas de visión nocturna. Los agentes lo esposaron y lo condujeron al puesto de Corcubión, donde fue encerrado en espera de ser interrogado por la mañana. El cadáver de su compinche fue trasladado al depósito del juzgado de instrucción de Corcubión. Previamente, el cabo Souto le había vaciado los bolsillos y se había incautado del móvil, una cartera con sus documentos, una libreta, cuatrocientos euros en billetes, unas monedas y una navaja automática de considerables

dimensiones. Souto sacó el DNI de la cartera, miró el nombre y le dijo a Verónica Lago que lo apuntara. Como no se fiaba de los funcionarios del juzgado, prefirió meterlo todo en una bolsa, precintarla y enviarla a la comandancia.

A las tres y media de la mañana, el cabo Souto se acostaba junto a su mujer, Lolita, que solo le dijo:

—¿Todo bien, cariño?

—Sí —dijo él dándole un beso—. Siento haberte despertado.

Martes por la mañana

A las nueve y media de la mañana siguiente, una grúa se llevó el Ford Escort a las cocheras de la comandancia de la Guardia Civil de A Coruña para ser analizado por los especialistas del Área de Investigación. Antes de que se lo llevaran, Souto echó un vistazo a su interior y vio encima del asiento del copiloto un mapa de a Costa da Morte de los que se venden en las gasolineras de la región, en el que estaban señalados con rotulador rojo los nombres de Vilarriba y Brens. Lo dejó donde estaba. Miró la documentación que estaba en la guantera. El coche pertenecía a un tal José Manuel Martínez Araújo, con domicilio en Lugo. Todo estaba en orden: certificado de matriculación, seguro, ITV y hasta las revisiones en el concesionario. Demasiado en orden para un vehículo de mafiosos. Souto pensó que lo más probable es que se tratara de un vehículo robado. Dejó las cosas en su sitio y volvió al cuartelillo para interrogar al detenido. Podía esperar el informe de los expertos de la comandancia.

Ordenó que subieran al sicario a la sala de interrogatorios. Era un despacho de cuatro por cuatro metros, sin ventanas, con las paredes pintadas de un verde desvaído, el techo blanco con dos tubos led y el suelo de baldosa de color claro. Una mesa cuadrada metálica y tres sillas. La puerta tenía un ventanuco para poder observar desde el exterior lo que ocurría dentro. La mesa tenía una especie de asa de acero en un borde para fijar las esposas de los detenidos peligrosos. Subieron al detenido y detrás de él entraron el cabo Souto y Lago. En una bolsa de plástico estaban sus efectos personales. Un reloj, dos tarjetas de crédito, trescientos veinte euros, un DNI, un carné de conducir, un paquete de tabaco americano y un mechero. El cabo Souto, que ya había obtenido los datos y antecedentes del detenido, lo sacó todo y lo extendió sobre la mesa. Cogió el DNI y leyó:

—Manuel Fanjul López, nacido en A Guarda, Pontevedra, en mil novecientos setenta y ocho —luego preguntó—: ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Puedo preguntar algo?

—Pregunta —dijo secamente Souto.

—Si me van a acusar de algo, quiero un abogado. Se lo digo porque yo no he hecho nada. No he disparado a nadie y lo único que hice fue echar a correr cuando vi que eran Guardias Civiles porque hace poco que salí del trullo y me acojoné. Pero nada más, ni siquiera iba armado.

—Vamos a ver Manuel,…

—Manolo —lo interrumpió el hombre—, todos me llaman Manolo.

—… dices que no has hecho nada —siguió el cabo como si no lo hubiera oído—, venías en un coche robado con… —Souto miró con gesto interrogativo a Verónica Lago.

—José Benito Lameiro —le dijo ella después de consultar sus notas.

—Gracias. Venías con José Benito Lameiro siguiendo a un Porsche negro. Os dimos el alto en nombre de la Guardia Civil y no hicisteis ni puto caso.

—Perdone, pero no se identificaron. Cualquiera puede decir que es la Guardia Civil.

—Haz el favor de no tomarme por idiota, Manolo. Íbamos de uniforme y os ordenamos bajaros

del coche tres veces. Arrancasteis la cancela de la casa tratando de escapar. Como se os jodió el coche, tu compinche, José Benito, que no ha tenido mucha suerte, entró en la casa, pistola en mano, reventando la puerta de una patada. Tú estabas detrás. Qué ibais a hacer, ¿pedir que os dejaran llamar por teléfono para llamar una grúa? Cuando viste que dentro había gente armada, saliste por pies. Te vimos correr con una pistola en la mano, yo te vi (ninguna de las dos cosas era cierta), o sea que no me vengas con que ni siquiera ibas armado. Tiraste la pistola cuando te rodearon, y te informo de que, en este momento, hay varios agentes buscándola porque también ellos te vieron (nuevo farol). Vieron dónde la tiraste, de modo que no les costará encontrarla. ¿Y me preguntas si vamos a acusarte de algo? Pues claro que vamos a acusarte. Por ejemplo, de robo de vehículo, de desobediencia a la autoridad, de complicidad en intento de asesinato, de allanamiento de morada, de destrozos en propiedad privada, de tenencia ilícita de armas y quizá se me ocurra alguna otra cosa. Para alguien con tus antecedentes, ya sabes lo que significa. Volverás a la cárcel en cuanto te ponga a disposición del juez.

—Entonces, déjenme llamar a mi abogado.

Manuel Fanjul era un tipo fuerte, no muy alto, mal encarado, moreno, pelo corto y aspecto de presidiario. Tenía experiencia en interrogatorios y se mostraba educado y respetuoso con el cabo Souto. Sabía que no iba a servirle de nada ser violento o grosero. El cabo Souto se quedó mirándolo y le dijo:

—De momento, solo quiero hacerte unas cuantas preguntas. Tienes dos caminos a elegir. Uno es cerrarte en banda, no contestar y llamar a tu abogado. Estás en tu derecho. Y yo estoy en el mío de llevarte ante el juez acusándote de todo lo que te he dicho antes y probablemente de algo más en cuanto recuperemos tu pistola y analicemos tu móvil. El otro camino es contestar a mis preguntas ahora, aquí, solo nosotros tres. En ese caso, yo podría hacer la vista gorda sobre algunas cosas como, por ejemplo, la desobediencia a la autoridad, el allanamiento de morada y los daños en la casa. También podríamos suponer que el coche lo robó tu compañero muerto. Incluso estaría dispuesto a olvidarme de que llevabas un arma en la mano cuando te vi echar a correr. Solo por la complicidad en un delito frustrado, es muy posible que tu abogado consiga que sigas en libertad provisional hasta el juicio. La condena sería pequeña porque se podría decir que, efectivamente, tú no has hecho nada o casi nada. Si me dices quién os contrató, te puedo asegurar que no haré constar en el informe que fuiste tú quien me lo dijo. Buscaremos el modo de explicarlo de algún modo.

—Con el debido respeto, cabo —dijo Manolo sonriendo—, ¿piensa que me lo voy a creer?

—Si te lo crees o no es asunto tuyo. Yo solo tengo una palabra y lo que prometo, lo cumplo. Tienes suerte de que tu compañero esté muerto, pues así se le pueden echar las culpas a él de casi todo. O sea que tú verás. Si quieres, pido que te traigan un café y lo piensas un rato. No tengo prisa. Digamos media hora, ¿vale?

El cabo Souto se levantó e hizo ademán de marcharse y Manolo le hizo un gesto con la mano.

—Espere, cabo —dijo—. ¿Cuáles son las otras preguntas?

Souto volvió a sentarse y le indicó a la agente Lago que hiciera lo mismo.

—La primera es ¿Qué pensabais hacer en la casa de Brens?

—Cargarnos al detective madrileño.

—¿Por qué?

—¡Coño, cabo! ¿Por qué va a ser? Fue el encargo que recibimos. Nos dijeron: «Esperáis a que el tipo salga de su pazo, lo seguís y, a la primera ocasión, os lo cargáis». Yo conducía el coche, José Benito era el encargado de dispararle.

—¿Solo eso?

—¿Cómo que solo eso? ¿Qué más quiere que hiciéramos?

—¿Por qué teníais marcado en rojo en el mapa la aldea de Brens? —preguntó Souto.

—¡Ah, eso! —dijo Manolo—. Nos dijeron que era posible que el madrileño fuera allí. Es la casa de su novia. También nos dijeron que sería mucho más fácil en una aldea apartada que en Cee o en Corcubión.

—Ya. Pues ahora viene la pregunta del millón: ¿Quién os lo dijo? ¿Quién os pagó para hacerlo?

Manolo Fanjul bajó la cabeza, se frotó las manos, miró a un lado o a otro y, finalmente, miró de frente al cabo Souto y dijo:

—Cabo, ¿me puede decir usted de quién sospecha? Yo no puedo darle ningún nombre, lo juré por mi madre. Le diré con la cabeza si es o no.

El cabo Souto dijo:

—¿Andrés Docampo?

Manolo Fanjul negó con la cabeza.

—¿Tino Nogueira? —volvió a preguntar Souto.

Fanjul volvió a negar.

—¿Gerardo Lois? —preguntó el cabo Souto.

Manolo Fanjul lo miró fijamente a los ojos y movió ligeramente la cabeza.

El cabo Souto tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su asombro y su satisfacción. ¡Lois, pensó, el marido de Sandra Vilacoba! Era algo extremadamente interesante. No pudo evitar preguntarle:

—¿Puedes decirme si Tino Nogueira estaba al corriente o participó en el encargo? —preguntó el cabo Souto.

—No conozco a ese señor.

El cabo Souto esperó a que Verónica Lago terminara de tomar notas y dijo:

—Está bien. Puedes llamar a tu abogado. ¿No será por casualidad don Luis Ferreiro, de Santiago?

—No señor —dijo Manolo—. Es don Alejandro Frades, de Pontevedra.

—Bien. Ahora te llevará la agente Lago a una sala desde donde podrás telefonear. Dile al abogado que la Guardia Civil te acusa de complicidad en un homicidio frustrado o tentativa de asesinato. Cuando venga, te haremos un interrogatorio delante de él. Te preguntaré quién os contrató, pero no tienes por qué decírmelo. No insistiré: yo cumplo mi palabra. Luego volverás al calabozo y ordenaré que te den de comer. Si te portas como es debido, te quitaremos las esposas.

—¿Me pueden dejar el paquete de tabaco? —dijo el detenido.

—Está prohibido fumar en el puesto —le dijo el cabo—. Pero como no vas a poder salir a la calle, te dejaré fumar un cigarrillo.

—Muchas gracias, cabo —dijo Fanjul poniendo cara de bueno, dentro de lo cabe.

El cabo Souto volvió a su despacho y cerró la puerta. La información que acababa de obtener era fundamental. Quizá Andrés Docampo estuviera en el ajo, pero que Gerardo Lois, el yerno de Manuel Vilacoba, contratara a dos sicarios para asesinar a César Santos resultaba de suma importancia para la investigación, especialmente sabiendo que Manuel Vilacoba hacía mucho tiempo que se dedicaba al mercado de diamantes y, aparentemente, seguía en el negocio a juzgar por lo que el propio Jacob Steiner le había comentado a César Santos. La relación entre el yerno de Vilacoba (Lois) y el cuñado de Docampo (Nogueira) podía ser el eslabón que Souto andaba buscando para vincular a Andrés Docampo con Manuel Vilacoba en la preparación del secuestro del hijo del *diamantier* belga.

Estuvo un rato tomando notas y, después, cuando iba a pedir que le pasaran con la comandancia recordó la coincidencia de apellidos entre el guardia de la centralita y el funcionario de correos de Carballo, cambió de opinión y llamó personalmente al capitán Corredoira. Lo puso al corriente del resultado del interrogatorio a Manolo Fanjul y le preguntó si podía ir a verlo después de comer, dado que ya eran casi las doce. Corredoira dijo que lo esperaba a las cuatro. Souto Comió en la cantina a las dos. Cuando terminó, se acercó a la mesa de Bardullas, el guardia de la centralita y de la entrada, que estaba terminando de comer con un compañero, y le dijo que quería que lo llevara a la comandancia de Coruña en un coche del puesto.

—¿Cuándo, cabo?

—Ahora mismo.

—A la orden, cabo —dijo Bardullas marcialmente.

Capítulo XVIII

Martes, por la tarde

A la hora de comer, Marimar Pérez y César Santos, charlaron largamente sobre lo que convenía o no hacer respecto al tema de su seguridad. La madre de Marimar, Manuela, escuchaba sin comprender lo que decían. Ya, de por sí, le costaba entender el castellano culto y, por otra parte, le parecía que su hija y su novio (a quien llamaba señor Santos a pesar de que este le había insistido en que lo tuteara y le llamara César) hablaban demasiado deprisa. Marimar le había explicado a su manera por qué habían ido unos mafiosos a su casa de Brens, pero no se quedó convencida de que lo hubiera comprendido. La mujer estaba muy asustada y, en la mesa magníficamente puesta de la casa de César Santos, estaba particularmente cohibida porque no se sentía a gusto con tanto lujo y detalles de refinamiento a los que no estaba en absoluto acostumbrada. Habría preferido mil veces comer en la cocina con Aurora y Remigio, por eso comía en silencio mirando de vez en cuando a su hija, que le daba un poco de seguridad.

—¿Por qué no nos vamos ya a Madrid? —preguntó Marimar a su novio—. Mamá está muy asustada tiene miedo de volver a la casa de Brens. Hay que reparar la puerta trasera y la cancela, claro que eso se lo puedo pedir a un primo mío que es carpintero en Cee.

—Bueno, ahora el peligro pasó —dijo Santos quitando importancia al asunto y con la idea de cambiar de conversación—. No creo que quieran volver a por uvas, después de lo de ayer. Por cierto, te lo iba a preguntar y se me pasó, ¿por qué no te llevaste la escopeta a la habitación?

—Me dan pánico las escopetas. Una vez, mi tío me enseñó cómo funcionaba la suya y me dejó probarla. Me caí de culo al disparar y me hice un daño horroroso en el hombro y me salió un cardenal horrible. Por eso te avisé, para que la cogieras tú, porque no sabía si tenías tu revolver. Menos mal. Si no te defiendes, te habrían matado y no quiero ni pensar en lo que podría habernos pasado a nosotras. Te debemos la vida.

Santos se quedó callado. Marimar hizo aquel último comentario con la clara intención de insistir en que él había actuado valientemente, en defensa propia y en la de ellas dos. Estaba preocupada porque se dio cuenta de que su novio estaba muy afectado por haber matado a un hombre. Había tenido pesadillas aquella noche y sentía remordimientos porque, según le dijo, le había disparado antes de que ni siquiera le hubiera apuntado con su arma. Julio César Santos, a pesar de su aparente seguridad y un cierto aire de chulería, era una persona sensible (Marimar lo sabía), y aunque tratase de ocultarlo, lo estaba pasando mal.

—No creo que el otro tipo, el que se escapó, se diera cuenta de lo que pasaba —dijo Santos, que parecía no haber escuchado a Marimar y seguía dándole vueltas en la cabeza a lo ocurrido—. No

tuvo tiempo. Seguramente pensó que tu casa estaba vigilada y que había guardias civiles dentro. A mí, no pudo verme. Solo el fogonazo, el ruido y el cuerpo de su compañero que se le vino encima. Dentro estaba oscuro y yo estaba medio oculto tras la puerta de tu despacho. Por eso creo que ya no hay peligro. No se atreverán a intentarlo otra vez allí. De eso puedes estar segura.

—Pero Mamá y yo no queremos volver a dormir solas en la aldea, por lo menos hasta que pasen unos días. Por eso te preguntaba por qué no nos íbamos a Madrid.

—Sí, claro —dijo Santos como despertándose—. ¿Cuándo quieres que nos vayamos? Si quieres, nos vamos esta misma tarde o mañana por la mañana. Tengo que alquilar un coche en Santiago, porque en el Porsche no pueden viajar tres personas.

—¿No?

—Es demasiado incómodo detrás. Para un pequeño desplazamiento vale, pero no para un viaje de seis horas. No te preocupes. Alquilamos un coche grande y nos vamos a Miraflores un par de semanas, luego nos volvemos en el mismo coche, y listo.

—Bueno, pues nos vamos mañana por la mañana, si te parece. Pero no sé si mi madre tendrá la ropa adecuada para Madrid; yo, desde luego, no.

—¿Qué más da? En Madrid te dejo mi tarjeta de crédito y compras todo lo que necesites mientras yo hago algunas gestiones. Después me llamas, me dices dónde estás y te voy a buscar para subir a Miraflores. Hace demasiado calor para quedarnos en el piso de Serrano.

Souto llamó a la empresa de alquiler y reservó un Mercedes 300 para quince días. Después llamó a Uber y pidió que le enviaran un coche a las diez de la mañana del día siguiente para ir al aeropuerto de Santiago a recoger el coche de alquiler. Marimar estaba fascinada con la seguridad y la facilidad con la que su novio resolvía las dificultades y organizaba sus idas y venidas. Parecía que todo era sencillo, como si el mundo fuera suyo. Le daba lo mismo alquilar un Mercedes por quince días que salir de viaje en cualquier momento o encargar un coche para ir al aeropuerto, a setenta y cinco kilómetros. Daba la impresión de ignorar por completo lo que costaban esas cosas o de no concederle ninguna importancia a ese «detalle» (según él), tan importante para la gente corriente. Con César Santos nunca había ningún problema y jamás hablaba de dinero, como si no existiera.

Marimar Pérez dedicó la tarde a hacer los preparativos del viaje, terminar los asuntos pendientes de su gestoría, hacer llamadas y algunas compras. Por la noche, se esforzó por hacer olvidar a su novio las preocupaciones y remordimientos por haber tenido que matar al hombre que lo había seguido para matarlo. Se desnudó y tardó mucho en acostarse porque sabía que a él le encantaba verla desnuda. La contemplación de su excepcional belleza y el placer de hacer el amor con ella produjeron en Santos un efecto terapéutico de efecto inmediato. Olvidó por completo sus absurdos remordimientos, se relajó por completo y durmió plácidamente toda la noche.

Aquella misma tarde del martes, a las cuatro en punto, el cabo Souto llamaba a la puerta del despacho del capitán Corredoira y mandaba esperar fuera al guardia Bardullas, que le había servido de chófer. Antes de entrar en el despacho de su jefe, el cabo Souto le dijo a Bardullas:

—Siéntate ahí y espera hasta que salga. No se te ocurra hacer ninguna llamada telefónica. Aquí hay que solicitar autorización para llamar al exterior con un móvil particular. Las llamadas se interceptan y te puede caer un paquete.

El asistente del capitán abrió la puerta del despacho y le dijo al cabo Souto que podía pasar. Corredoira se levantó a saludarlo, pidió unos cafés y le mandó sentar.

—Tengo unas cuantas informaciones para usted, Souto. Pero, antes, dígame usted lo que quiere

decirme, que supongo será importante.

—Si, señor. Lo es. Esta mañana he interrogado al detenido que capturamos ayer por la noche. Conseguí que me dijera quién lo había contratado, a él y a su colega que resultó muerto: Gerardo Lois.

—¡No me diga! —dijo el capitán, aunque sin dar la impresión de sorprenderse demasiado—. ¿Cómo consiguió que se lo dijera?

—Bueno, le ofrecí la posibilidad de que solo lo denunciáramos por complicidad en tentativa de asesinato y nos olvidásemos de todo lo demás. Como hace poco que salió de prisión, no parecía tener ningunas ganas de volver.

—¿A qué se refiere con todo lo demás?

—Lo del allanamiento de morada, ya que él no llegó a entrar en la casa, lo del coche robado…

—¿Cómo sabía usted que el coche era robado? —lo cortó el capitán.

—No lo sabía, pero lo supuse —dijo el cabo muy seguro de sí mismo, como si fuera algo evidente—. También lo de los destrozos en la propiedad y la tenencia ilícita de armas. Y de todo lo que se me ocurrió para que comprendiera que no se iba a librar de volver a la cárcel. Al haber muerto su compañero, era más fácil achacarle a él esos delitos, si nos ayudaba, claro. Nosotros no lo vimos realmente con armas, aunque a él le dije que sí. Lo importante es que ahora sabemos quién les encargó asesinar a César Santos. Si quiere, le expongo mis suposiciones.

—Luego, Souto. Ahora le diré yo algunas cosas.

El capitán Corredoira lo puso al corriente de las averiguaciones de los agentes del Área de Investigación. Le confirmó que el Ford Escort había sido robado. Que el mafioso muerto en Brens era un exconvicto por tráfico de drogas, que los teléfonos que llevaban, tanto Manolo Fanjul, también condenado por tráfico de drogas, como el muerto, eran de prepago y comprados a nombre de personas fallecidas, pero distintas a las de los teléfonos del Antoliano Fraga y de los asesinos de Mouriño. Que en esos teléfonos se encontraron llamadas a otros móviles, igualmente de prepago y a nombre de personas con DNI falsos. Pero que había una llamada de salida desde el teléfono de Manolo Fanjul a un teléfono que estaba a nombre de Gerardo Lois. Esa llamada, se había hecho la víspera a las diez y cuarto de la noche. Es decir, cuando estaba huyendo de la Guardia Civil por los montes de Brens. Eso coincidía con su confesión de quién le pagaba. Y, finalmente, el capitán Corredoira le dijo:

—Tenemos vigilado hace días el chalé de Manuel Vilacoba. Desde que lo vigilamos, no ha salido y no ha recibido más que dos visitas: la de su hija Sandra y su yerno Gerardo Lois, que pasaron allí el fin de semana, y la de Tino Nogueira, el cuñado de Docampo, que se ha quedado a pasar unos días en la finca, por lo que hemos comprobado. Creo que tenía usted razón desde el principio, cabo. Entre Docampo y Vilacoba se cuece este negocio.

—Tiene toda la pinta, mi capitán.

—Cierto. Ahora dígame, ¿cuáles son esas suposiciones de las que habló antes?

—Verá, señor, al enterarme de que en estos momentos hay escasez de diamantes en el mercado internacional y que el señor Vilacoba fue procesado una vez por contrabando de diamantes, fui atando cabos. Me pareció que la relación del cuñado de Docampo con el yerno del señor Vilacoba es el eslabón que une los intereses de ambos. Andrés Docampo, cuando supo que su hija era novia del hijo de uno de los negociantes de diamantes más importantes de mundo, pudo comentarlo casualmente con su cuñado, que lo comentaría a su vez con su socio, el yerno de Vilacoba, que sin duda lo comentó con su suegro. A eso hay que añadir que a Docampo no parece gustarle nada que su hija se líe con un belga. Entre gente de esa calaña, no es extraño que se les ocurriera la idea de

secuestrar al novio y pedir un rescate en diamantes. Para ellos, era lo que se llama matar dos pájaros de un tiro. Cuando Rosalía Docampo le dice a su padre que quiere hacer el Camino de Santiago con su novio, el hombre ve la ocasión oportuna para llevar a cabo el secuestro. Como ellos no pueden hacerlo personalmente, acuden a Mouriño, hombre de confianza y empleado de Docampo, con familia o conocidos en Cee y Corcubión. Antoliano Fraga es uno de ellos y puede esconder al secuestrado. Para la ejecución material del secuestro traen de Andalucía a un par de jóvenes, hijos de un contrabandista y atracador encarcelado, que no están fichados por la policía. Pero Antoliano comete varios errores y lo descubrimos. Mouriño se encarga de eliminarlo para evitar que lo delate. Poco después, Docampo y Vilacoba se dan cuenta de que Mouriño está siendo seguido por la Guardia Civil y deciden eliminarlo también porque sabe demasiado. Contratan a dos sicarios. Ya sabe usted lo que pasó luego. Docampo y Vilacoba deben de estar muy preocupados. Han visto a Julio César Santos en varias ocasiones conmigo y piensan que es peligroso. Vilacoba conoce al detective de hace años, cuando lo secuestró y ordenó que le dieran una paliza. Pensará que quiere vengarse y que no parará hasta descubrirlo. Por eso ordena a su yerno que contrate a dos matones para que lo maten eliminen. Eso es lo que pienso que ha ocurrido. Esta teoría se ve reforzada por varios detalles o coincidencias sospechosas. Como que el empleado de correos corrupto sea hijo de una criada de Docampo y ahijado suyo. No puede ser una casualidad.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, cabo —dijo el capitán Corredoira—. Todo encaja. Pero no hay pruebas suficientes para detenerlos. Podemos detener a Gerardo Lois, a partir de la confesión de ese Fanjul que tiene usted detenido en Corcubión. Pero ¿cómo llegar a Docampo y Vilacoba?

—Hay otra cosa, Señor —dijo el cabo Souto.

—¿Qué?

—En varias ocasiones tuve la impresión de que Mouriño sabía lo que íbamos a hacer. No sé exactamente por qué. Es difícil de explicar. Me pareció que era como si llegaramos demasiado tarde a algunos sitios o como si supieran que íbamos a llegar. No sé si me explico, señor, pero he estado preguntándome si no tendremos un topo dentro del puesto de Corcubión.

El capitán escuchaba al cabo Souto con mucha atención y sin decir nada. El cabo continuó:

—No sé si le habrán dicho los de la entrada que no he venido conduciendo yo, mi capitán. —Corredoira arqueó las cejas con un gesto de sorpresa—. He traído un conductor, en contra de mi costumbre. Y lo he hecho porque resulta que el agente Benito Bardullas, que es quien me ha traído, es el responsable de la centralita y de la puerta. Sabe quién me llama y a quién llamo, sabe quién entra y quién sale y, casi siempre, a dónde van los que salen. Pues bien, da la casualidad de que su segundo apellido es Ríos. Benito Bardullas Ríos. Como el segundo apellido del funcionario de correos y ahijado de Docampo: Alfonso Vázquez Ríos. ¡Qué casualidad! ¿No cree?

El capitán Corredoira se rio discretamente y le dijo:

—Nunca deja usted de sorprenderme, cabo Souto. Como siga así no le van a caber las medallas en el pecho. ¿Ha tomado alguna medida al respecto?

—No, mi capitán. Bueno, pedí a mis hombres que investigaran discretamente, a él y a su familia. Precisamente lo he traído a la comandancia para que usted decida qué tengo que hacer. No quise hablar con él por miedo de que avise a su contacto, si es que alguien le paga. Ahora le he dicho que no se le ocurra hacer ninguna llamada desde aquí con su móvil porque no quiero que nadie sepa que he venido a verlo a usted.

Corredoira le dijo a su ayudante que saliera y le pidiera el móvil al guardia que esperaba fuera.

—Dígale que no se permite entrar aquí con teléfonos móviles al personal ajeno a la

comandancia y que se lo devolverá cuando se vayan.

El ayudante hizo lo que le mandaba su jefe y volvió a entrar unos segundos después con el teléfono de Bardullas. Entonces, el capitán le dijo que lo llevara al departamento de informática y telecomunicaciones y que tomaran nota de todas las llamadas salientes y entrantes registradas, así como de todos los números de la agenda, de Whatsapp y direcciones de correos electrónicos de los últimos quince días.

—Que lo hagan ya —añadió—, porque tendrán que marcharse cuando acabemos la reunión. —Se volvió hacia Souto y le dijo—: Ha hecho bien, cabo. Es mejor que no sospeche nada. Indague sobre la familia de ese guardia, sus cuentas, su tren de vida. Usted ya sabe qué es lo que hay buscar. Intente también tenderle una trampa dándole alguna información a él solo, a ver si pica. En cuanto tenga algo concreto, hablamos. Es mejor eso que apartarlo de la centralita, si quiere evitar que sospeche.

Después, el capitán Corredoira y el cabo Souto pasaron revista a todos los elementos que tenían sobre el caso del secuestro y los asesinatos y detenciones posteriores. Fijaron una lista de sospechosos, añadieron junto al nombre de cada uno las circunstancias y los hechos que motivaban las sospechas, redactaron un guion esquemático de la teoría expuesta por el cabo Souto y, para acabar, señalaron en rojo los puntos débiles de la investigación en los que no había pruebas suficientes para llevar el caso al juzgado.

Ya habían terminado cuando llamaron al capitán para avisar de que ya podían recoger el teléfono móvil del agente Bardullas. El ayudante fue a buscarlo.

—Cuando hayamos analizado todo lo que había en ese móvil —dijo Corredoira—, le pondré al corriente. ¿Algo más?

—Nada más, mi capitán. Muchas gracias por recibirme.

Saludó marcialmente y se retiró. Al salir, le devolvió el teléfono a Bardullas y le dijo:

—Toma, no sabía que hilaban tan fino en la comandancia.

—¿A usted también se lo han quitado?

—No. Solo me dijeron que lo apagara. Se supone que no iba a ponerme a hablar con nadie delante del capitán —explicó—. Venga, vámonos. Conduzco yo; si quieres llamar a alguien, puedes hacerlo en el coche.

El cabo Souto y el guardia Bardullas volvieron a Corcubión por la autopista, que se terminaba unos kilómetros antes de Vimianzo, y tardaron poco más de una hora en llegar. Apenas hablaron durante el trayecto. El cabo iba pensando en cómo poner a prueba a Bardullas, en qué tipo de información podría interesar a los mafiosos y llevarles a hacer algo que pusiera en evidencia al informador. Se le ocurrió que lo mejor era utilizar a César Santos como cebo. Al estar su amigo con Marimar en Madrid, no podía meter la pata con alguna de sus genialidades ni correría ningún riesgo

Al llegar a Corcubión, en lugar de ir al puesto, fue a Vilarriba y se paró ante la verja de la finca de Santos. Cuando Bardullas le preguntó qué iba a hacer, Souto le contestó:

—Me quedo aquí para ver al señor Santos, que estará solo porque Remigio y su mujer se van esta tarde a su pueblo y no vuelven hasta pasado mañana. Tú vete. No sé cuánto tiempo me quedaré y ya me has esperado bastante hoy.

—Lo que usted diga, cabo. ¿Quiere que venga luego a buscarlo? —preguntó Bardullas.

—No. El señor Santos me llevará, más tarde —contestó Souto.

* * * * * * *

Aquel mismo martes, por la noche

En el chalé de Bastiagueiro, sentados en la terraza norte frente a la bahía coruñesa inundada de luces y reflejos sobre sus oscuras aguas, los dos hombres se miraban a los ojos. Uno colgaba el teléfono y el otro bebía un sorbo de whisky haciendo tintinear los hielos en el vaso de cristal tallado. El mayor de los dos preguntó:

—¿Quién era?

—Tu yerno —dijo el otro—. Le acaban de pasar una información interesante. El detective madrileño va a estar solo en su pazo de Vilarriba esta noche y mañana. El guarda, que es un guardia civil jubilado, y su mujer se han ido a su pueblo y no vuelven hasta pasado mañana. Es una ocasión única y dice que no quiere desperdiciarla. Va a hacerlo mañana por la tarde.

—¿Por la tarde? ¿Será de día? ¿Por qué no de noche?

—Porque, de noche, el detective tendrá las alarmas conectadas —contestó el otro—. Dice que lo hará salir de la casa haciendo que llame a la puerta alguien que no sea sospechoso, tendrá un tirador profesional apostado en algún lugar estratégico. No me ha dicho dónde. Por lo visto es un tipo muy bueno que nunca falla.

—A ver si es cierto, ¡joder! —dijo el más viejo—. Porque parece que nos hayan echado el mal de ojo con todo esto. Mira que lo tenían fácil ayer. El jodido detective se iba solo a una aldea en el fin del mundo. No tenían más que llegar y cargárselo. Ya oíste lo que nos dijo mi yerno. El tipo que se salvó lo llamó cuando escapaba. Parece ser que había allí un montón de guardias civiles. Unos fuera de la casa y otros dentro. ¿Cómo coño sabía la Guardia Civil que iban a cargarse al detective? Lo mismo que en Mourín.

—Esta vez, el contacto del cuartelillo no pudo ser —dijo el más joven—. No sabía nada. Como no hubieran descubierto a esos dos y los hubiesen seguido, no me lo explico.

—Si los seguían, tendrían que ir detrás. Pero el tipo dijo que los tenía detrás y delante y que el que mató a su colega estaba dentro de la casa. Dijo que llevaban chalecos antibalas y armas de combate. Si los guardias los hubieran seguido, no podían estar allí antes que ellos y, además, equipados. Yo tampoco me lo explico. Pero creo que, a partir de ahora y en cuanto nos carguemos a ese jodido detective, hay a tener muchísimo cuidado de no dar un paso en falso. Los otros diez diamantes los damos por perdidos. Al fin y al cabo no estaba previsto. No podemos correr más riesgos.

El más joven se quedó un rato en silencio. Rellenó su copa y, al cabo de un buen rato, dijo:

—Perdemos esos diez diamantes, sí. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que sigue habiendo cabos sueltos: el hijo de la criada de mi hermana, los chicos andaluces, el guardia de Corcubión, todos pueden hablar en cualquier momento. No podemos eliminarlos a todos.

—Vamos a ver —dijo el viejo—. El hijo de Lola Ríos no sabe nada de Mouriño para arriba. Los chicos andaluces, lo mismo. Y el primo de Corcubión tampoco tiene por qué saber nada más allá de Mouriño. No veo por qué preocuparse de esos cabos sueltos. El que se cargó a Mouriño, el que está detenido, recibió el encargo a través de contactos anónimos de Vigo y su compinche está muerto. Tampoco ahí hay nada que temer.

—–Ya, pero Gerardo me dijo que los que fueron a por el detective sabían de dónde llegaba la orden. Y uno de ellos, Fanjul, está detenido. Ahí sí que hay un problema.

—Estoy seguro de que mi yerno sabe perfectamente a quién contrata —dijo el más viejo—. Nunca hace las cosas a lo loco. Fanjul también sabe que Gerardo se encargará de sacarlo de la cárcel. Él no mató a nadie, ¿no? No puede caerle mucho, no tanto como para jugársela hablando. Todos

saben que hablar es lo mismo que pegarse un tiro, tanto en la cárcel como fuera.

—Ojalá tengas razón. Y ojalá no falle ese tirador que dice Gerardo, porque a ese supongo que también lo conocerá.

—No le des más vueltas —zanjó el viejo—. Ya sabes lo que tenemos que hacer. Hasta que esto se enfríe, nos quedamos calladitos y no nos dejamos ver. Yo estoy pensando en irme a navegar una temporada. Cuando se carguen al detective, va a haber movida, a ti también te conviene desaparecer. ¿Por qué no te vas a Marbella a jugar al golf?

—No es mala idea.

Julio César Santos, Marimar y su madre habían llegado a Madrid por la tarde. Fueron al piso de Serrano directamente, en lugar de ir al chalé de Miraflores, porque Marimar tenía demasiadas ganas de conocerlo como para esperar. A Santos no le importó, e incluso le convino porque así podía explicarle a su vieja muchacha, Hortensia, lo que pasaba, presentarle a su novia y decirle que se iban unos días a la casa de Miraflores.

Por la noche, después de cenar, cuando la madre de Marimar ya se había ido a acostar, César Santos le dijo a su novia que había pensado volver al día siguiente a Vilarriba para traer su coche.

—Tu madre —le dijo— se mareó mucho durante el viaje y me da mucha pena. La pobre no había hecho nunca un viaje tan largo en coche y, ya viste, tuvimos que pararnos dos veces para que devolviera. Debe de estar sufriendo solo de pensar que tiene que volver a Brens otra vez en coche. Por eso, he pensado en irme mañana en avión a Santiago. Dejo el Mercedes en el aeropuerto, y me cojo el vuelo de la mañana. Voy a Vilarriba y me vuelvo con el Porsche. Dentro de quince días, tu madre y tú os vais en avión a Santiago y yo voy en mi coche a buscaros al aeropuerto.

—Seguro que Mamá se muere de miedo solo de pensar en subir a un avión —dijo Marimar.

—No lo creo —contestó Santos—. El vuelo dura solo media hora y, cuando se quiera dar cuenta, ya habréis llegado. Me fastidia andar todos estos días con ese trasto alquilado.

—¿Ese trasto? ¡Es un Mercedes!

—Por favor, Marimar, es un tanque.

A pesar de conocer a su novio y saber que era bastante snob, no comprendía que se pudiera llamar «trasto» a un Mercedes 300 nuevo, que a ella le parecía una maravilla de coche. Por eso se calló y no dijo nada más.

—Tendréis todo el día en Madrid para ir de compras al Corte Inglés o a donde quieras. Coge los taxis que necesites. Yo llegaré por la tarde y nos iremos a Miraflores. Aquí hace demasiado calor. ¿Te parece bien?

A las once y media de la mañana del día siguiente, Julio César Santos volaría hacia Santiago. No había avisado a nadie, dado que solo pretendía coger su coche y volverse a Madrid. Tampoco esperaba encontrarse con lo que se encontró.

Capítulo XIX

Miércoles

Gerardo Lois, el yerno de Vilacoba, tuvo que programar todo con mucha rapidez. Envió a un empleado de su oficina a Cee, a primera hora de la mañana, para hacer una compra en Mercadona. Fruta, verduras, un pollo y cervezas. El hombre hizo el pedido, pagó y pidió que lo enviaran a partir de las tres de la tarde a Vilarriba, a la casa de don Julio César Santos. A continuación, mandó un WhatsApp a un número que le había facilitado su jefe diciendo que, a primera hora de la tarde, llegaría a la finca de César Santos un pedido de Mercadona. El empleado se montó en su coche y se fue.

A las doce y media del mediodía, un camión de grandes dimensiones, cabeza tractora y semirremolque, aparcaba a unos ciento cincuenta metros de la entrada de la finca de Santos, al borde de la carretera y al lado de una nave de maquinaria agrícola. El conductor salió de la cabina y se fue andando en dirección a Duio. Detrás de los asientos delanteros, en la parte ocupada por la cama para el descanso del conductor, un hombre desembaló un rifle de largo alcance, montó una mira telescópica y la ajustó asomándose por la ventanilla lateral derecha de la cabina del camión. Una vez terminados los primeros reglajes, dejó el rifle sobre la cama y lo cubrió con una manta. Se sentó, sacó de su mochila unos prismáticos y los colocó a su lado, en el asiento del copiloto. Luego sacó un bocadillo y una botella de Aquarius y se puso a comer, sin dejar de mirar hacia la entrada de la finca del detective. Cuando terminó de comer, estuvo un buen rato observando la finca con los prismáticos.

El cabo José Souto, había puesto en marcha su plan de vigilancia por la mañana. Esperaba que la información facilitada a modo de comentario inocente y sin importancia al guardia Benito Bardullas diera como resultado el intento de los mafiosos de atentar aquel mismo día contra César Santos, cuya solitaria presencia en la casa suponían. Dentro de la mansión, estaban los agentes Orjales y Taboada, fuertemente armados y atentos a la llegada de cualquier sospechoso. Los sistemas de vídeo y alarma que César Santos había instalado hacía dos años, estaban activos. En el exterior había una vigilancia extremadamente discreta. Dos agentes estaban escondidos, equipados con rifles automáticos, en un gran hórreo de una finca cercana. Él mismo, acompañado por la agente Verónica Lago, circulaba por los alrededores y se detenía de forma aleatoria y cada vez en un sitio distinto en puntos desde los que se veía la verja de entrada de la propiedad. En el pinar situado al fondo de la finca, había otros dos guardias con perros, enviados por la comandancia para evitar la aproximación a través del bosque, por la parte de atrás. En las cuatro pistas por las que se podía acceder a Vilarriba, la Guardia Civil de

Tráfico había establecido controles en coches camuflados. Tanto los guardias del interior de la casa, como los del exterior y los de Tráfico estaban en contacto directo con el cabo Souto por radio.

Remigio, el guarda, emocionado y feliz con aquella operación de vigilancia, permanecía en un cuartito junto a la cocina, donde se hallaban los monitores del sistema exterior de videovigilancia, con su pistola en un bolsillo, antigua arma reglamentaria de cuando estaba en activo, que conservaba gracias a la tolerancia del cabo Souto, y con la escopeta de caza de cinco tiros que le había regalado el propio César Santos cuando entró a su servicio.

Aquella misma mañana, a primera hora, el cabo José Souto había reunido a todos los participantes en la operación, incluido Remigio, para repartir instrucciones precisas. La consigna era desconfiar de cualquiera que se acercara a la verja de entrada.

—Los asesinos —dijo— son astutos y habrán imaginado una forma de entrar en la finca o de hacer salir al señor Santos que no despierte sospechas. Por lo tanto, deben estar todos muy atentos y considerar sospechoso y peligroso a cualquiera que se acerque a pie, en bicicleta, en moto o en coche. Camionetas de reparto, de Correos, de Amazon, de El Corte Inglés o de lo que sea. Puede venir vestido de cura, de policía o de bombero, Puede ser joven o viejo, hombre o mujer, conocido o desconocido, me da igual. Sea quien sea, hay que abordarlo con extrema precaución; siempre dos agentes, uno con el arma a punto a diez metros mientras el otro se acerca a pedir la documentación. Si algún mafioso se atreve a entrar o a intentarlo, será alguien que viene a matar. Sacará su arma cuando menos se lo esperen y disparará rápidamente y sin dudarlo. La mejor forma de estar prevenidos es no perder la concentración y pensar que cualquiera que aparezca delante de la casa es, por definición, muy peligroso. Y, no lo olviden, puede que no venga solo. Puede que haya otro detrás del muro, de un árbol o en cualquier sitio. Mantengan la comunicación por radio abierta e informen de cualquier movimiento que les parezca sospechoso.

Todos asintieron con la cabeza.

La primera alarma surgió cuando la Guardia Civil de Tráfico observó al camión que aparcaba junto a la nave de material agrícola. Tomaron nota de la matrícula, la buscaron en su ordenador y resultó pertenecer a un turismo particular de Málaga. Consultaron al cabo Souto para saber qué debían hacer. El cabo dijo que, de momento, no hicieran nada. Podría tratarse de una estratagema para distraer a los vigilantes. Nadie debía abandonar su posición, por si ocurría algo sospechoso en la finca de Santos o cerca de la entrada, pero les dijo que no perdieran de vista el camión, por si salía o entraba alguien.

—El conductor salió, se fue y no ha vuelto —le dijo al cabo Souto el agente que vigilaba, al que había sorprendido la exagerada desconfianza del cabo Souto porque no le parecía lógico que un asesino que iba a matar a alguien fuera en un camión.

—Observen lo que hace, si vuelve, e informen. ¿Algún otro vehículo sospechoso?

—No. Esto está completamente tranquilo.

Incluso en verano, Vilarriba, una aldea de cuarenta habitantes, era un lugar muy tranquilo, y la zona retirada donde se situaba la propiedad de César Santos, mucho más. Por eso, el cabo Souto estaba seguro de que, por muy astutos que fueran los posibles asesinos, les iba a costar mucho pasar inadvertidos y no ser detectados por los agentes y las cámaras de seguridad.

Julio César Santos se bajó del avión a las doce menos cinco. Como de costumbre, no llevaba equipaje, por lo que salió el primero de la terminal, se dirigió a la parada de taxis y tomó el primero de la fila.

—Buenos días —contestó al saludo del taxista—, ¿sabe usted dónde está Vilarriba?

—¿Vilarriba? —dijo el taxista con cara de extrañeza— No, señor, pero lo busco en el GPS.

—No se moleste. Vaya a Corcubión y ya le indicaré yo después.

El taxi informó por radio a su central de adónde se dirigía y arrancó encantado de pillar una carrera larga. Salió del aeropuerto en dirección a Santiago. Se desvió por la autopista de circunvalación en dirección a Negreira, Cee y Finisterre.

—¿Ha llegado usted en el avión de Madrid? —preguntó el taxista, que tenía ganas de hablar.

—Sí —dijo Santos, a quien le daba igual hablar o no.

—¡Ah! —dijo el taxista—. Me extrañaba que no trajera equipaje.

—Nunca lo llevo —contestó Santos como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Nunca lleva equipaje cuando va de viaje?

—Vengo de mi casa de Madrid a mi casa de Vilarriba. ¿Para qué necesitaría equipaje?

El taxista se quedó un rato callado tratando de asimilar la explicación que le acababa de dar su cliente. Cuando su cerebro encajó los datos, le preguntó:

—¿Y cuando no va a su casa? ¿Si va a un hotel?

—Envío el equipaje por agencia.

—¡Ah! —se limitó a exclamar el taxista ante aquella segunda explicación de Santos, que ya sobrepasaba su capacidad de comprensión, y se quedó callado un buen rato.

Santos aprovechó el silencio para intentar echar una cabezada porque el madrugón le había sentado como un tiro. El taxista vio por el retrovisor que su cliente cerraba los ojos y lo dejó en paz. Cuando llegaron al cruce de Berdoias, donde había que girar a la izquierda y tomar la AC-552, el taxista dio un ligero frenazo que despertó a Santos, que miró a su alrededor para ver dónde estaba. Era un recorrido que conocía bien, por lo que enseguida se situó. Faltaban unos veinte kilómetros y la carretera descendía suavemente hacia el Atlántico en su recorrido ondulado a través de los pinares. Una carretera buena y rápida. Cuando soplaba el viento del oeste, podía olerse el mar. Estuvo a punto de llamar a Remigio para avisarlo, pero no lo hizo. Solo pensaba pedirle a Aurora que le preparara algo rápido para comer y volverse inmediatamente a Madrid en su Porsche. Quería estar allí antes de que se hiciera de noche.

A la una y cuarto se bajaba del taxi delante de la reja de su finca.

Aquello desconcertó a un montón de gente. Al tirador que esperaba tranquilamente en su camión la llegada del repartidor de Mercadona después de comer, según lo habían informado, y que no perdía de vista la reja, le sorprendió que se bajara del taxi un individuo cuyo aspecto coincidía exactamente con la descripción y la foto que le habían dado de su objetivo. Le habían dicho que aquel tipo estaría solo en la casa y que saldría a abrir a los de Mercadona. A un profesional no le gustan las imprecisiones. Pero se tranquilizó viendo la hora que era. Había tiempo de sobra. Aun así, le fastidió el hecho de que el individuo iba a tener que recorrer andando los veinticinco o treinta metros que había entre la verja y la casa. Un momento ideal para dispararle. Calculó. Pero no tenía tiempo de pasar a la parte de atrás, coger el rifle, ajustarlo de nuevo, volver a colocarse en posición, bajar un poco la ventanilla, apoyar el rifle, apuntar y disparar. En ese tiempo, el tipo ya habría llegado a la casa y entrado.

Por otra parte, la llegada inesperada de Julio César Santos trastornó por completo los planes del equipo de vigilancia de la Guardia Civil, que había sido precisamente planificado por el cabo Souto. El primero que lo vio fue Remigio, en el monitor de las cámaras de videovigilancia exterior.

Inmediatamente después, lo vieron los agentes Taboada y Orjales, que estaban en el salón de la casa mirando lo que pasaba fuera. También lo vieron los que estaban escondidos en el hórreo. Todos llamaron al cabo Souto al mismo tiempo. El cabo pasaba en ese momento cerca de la entrada de la finca. Como había insistido tanto en la charla de la mañana sobre la posibilidad de que el asesino podía llegar disfrazado, nadie sabía qué hacer. No tenía ningún sentido que el asesino llegara disfrazado de la supuesta víctima y, además, era evidente que la persona que acababa de llegar en el taxi, pagaba y se disponía a entrar era el mismísimo Julio César Santos, que se suponía que estaba en Madrid. ¿Qué hacer?

José Souto cogió su móvil y llamó a Santos.

—¿Se puede saber —dijo— qué coño estás haciendo aquí?

Santos, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, miró a su alrededor y vio llegar el coche de Souto. Contestó sorprendido:

—¡Coño, Pepe! Estoy entrando en mi casa, ¿de dónde sales tú?

—¿No te habías ido a Madrid? —dijo Souto, totalmente desconcertado. Inmediatamente se dio cuenta de la estupidez de su pregunta, pues era evidente que Santos estaba allí y no en Madrid. Antes de darle tiempo a contestar, añadió—: No te pares. Corre hacia la casa, deprisa. Ya te lo explicaré luego.

En un primer momento, César Santos, que avanzaba tranquilamente hacia la casa con el teléfono en la mano, no comprendió a su amigo, pero muy pronto se dio cuenta de que algo estaba pasando y lo asoció con las amenazas que había recibido indirectamente. Sobre todo, al ver que se abría la puerta principal de su casa y aparecía Aurelio Taboada con un chaleco antibalas y apuntándolo con un subfusil. Al reconocerlo, gritó:

—¡No dispare, Taboada, soy yo, Santos! —Y se quedó parado con las manos en alto.

—No voy a dispararle, señor Santos —dijo Taboada—. Corra, venga, dese prisa.

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó Santos en cuanto entró y vio que Taboada cerraba la puerta de golpe— ¿Me quiere explicar que hace en mi casa pertrechado como si fuera a la guerra?

—Señor Santos —le dijo Aurelio Taboada—, creíamos que estaba en Madrid. Van a venir a matarlo.

Santos se quedó de una pieza. Pensó decir algo gracioso, pero al ver aparecer al agente Orjales en el recibidor, que también llevaba un chaleco antibalas y un arma en la mano, comprendió que no era el momento de hacer bromas. Les preguntó:

—¿Pueden explicarme qué es exactamente lo que está pasando?

—Espere un momento —dijo Taboada. Inclinó la cabeza y habló por el micro que llevaba sujeto en el hombro—. Cabo, el señor Santos ya está con nosotros, ¿qué hacemos?

—Espérenme, ahora voy —dijo Souto—. Permanezcan atentos.

Mientras esperaban al cabo Souto, Taboada le explicó en pocas palabras a Santos el plan de vigilancia que se había montado porque suponían que iban a intentar ir a matarlo.

—¿Por qué lo suponen? —preguntó el detective.

—Espere a que llegue el cabo Souto y él se lo explicará —contestó Taboada, que ignoraba la razón por la que su jefe sabía o suponía que los mafiosos iban a actuar precisamente aquel día.

Souto no había querido decirle a nadie, absolutamente a nadie más que a Benito Bardullas, lo de que el señor Santos estaría solo en la casa aquel día, de modo que el encargado de la centralita fuera la única persona capaz de pasar la información a los secuestradores. Por eso ni siquiera Aurelio Taboada lo sabía.

—No esperábamos verle a usted por aquí —le dijo Taboada—. Creíamos que estaba en Madrid

con la señorita Marimar y su madre. ¿Han venido ellas también?

—No, no. He venido yo solo a llevarme mi coche. ¡Menudo susto me ha dado usted cuando lo vi aparecer apuntándome! Menos mal que estaba hablando con el cabo Souto y me dijo que entrara en mi casa. Aun así, me asusté al verlo, amigo Taboada.

Un par de minutos después llegó el cabo, que había dejado a la agente Lago en el coche a cargo de la vigilancia exterior próxima a la entrada. César Santos le hizo un montón de preguntas y Souto le explicó parte de su plan. Le dijo que, a través de un confidente, había hecho llegar a los mafiosos la falsa información de que él estaría solo en la finca aquel día. Por eso, estaba convencido de que vendrían a por él. No le dijo toda la verdad ni, por supuesto, que creía tener un topo en el cuartelillo. Temía que Santos se molestara, con razón, si descubría que estaba utilizando su casa, en realidad, para averiguar si era cierto o no que un guardia del puesto pasaba información a los secuestradores. Y temía, igualmente, que si no aparecía nadie, Santos se estuviera riendo de él durante una temporada.

Cuando terminó sus explicaciones y César Santos dejó de hacerle preguntas, Souto le dijo que no podría volverse a Madrid inmediatamente, como pensaba, hasta que no estuvieran seguros de que los asesinos no vendrían o hasta que todo hubiera acabado. César Santos, resignado, le preguntó:

—¿Y crees que si esos supuestos asesinos lo intentan, no se darán cuenta de que estáis vigilando? Me dijiste que había guardias en el bosque con perros y tú andas dando vueltas a la finca. Me imagino que los asesinos no son tontos, tomarán precauciones y observarán antes de atreverse a entrar en pleno día.

—No estoy de acuerdo contigo, César —dijo Souto—. Hemos visto actuar a esa gente dos veces. Y tú también. Llegan, disparan y se largan. No me parece que sean de los que se pasan días preparando un atentado. Por otra parte, nuestra vigilancia es muy discreta. Tú mismo, no has visto nada hasta después de entrar.

—Vi tu coche, Pepe.

—Porque yo te vi a ti bajar del taxi y me acerqué. Si no, no me habrías visto. O simplemente habrías visto pasar un coche, sin fijarte en quién iba dentro.

—Esto no es la casa de la aldea de Marimar en Brens ni la casucha de los abuelos de Mouriño —dijo Santos—. Aunque supusieran que yo iba a estar solo, tendrían que haber visto que hay un sistema de alarma. Tendrían que saltar la tapia o la verja para llegar hasta la casa. Lo natural es que supongan que yo tengo armas. Al menos una escopeta de caza, como todo el mundo en las aldeas, según parece. No creo que se atrevan a venir a matarme aquí. Lo lógico es que esperen a que salga.

—Puede ser. Sin embargo, sigo convencido de que vendrán.

—Pues si quieres que te diga la verdad —insistió César Santos—, si yo fuera el asesino, me escondería fuera con un fusil con mira telescópica y dispararía cuando la víctima apareciera en una ventana o saliera al jardín. Eso es mucho más seguro y menos arriesgado que entrar en la propiedad. Disparas desde cien o doscientos metros, recoges el casquillo, guardas el fusil y te largas en tu coche sin que nadie se entere. No estamos en Dallas, Pepe, aquí no te ve nadie.

Al cabo Souto se le abrieron los ojos. ¡Un tirador oculto! Tenía razón su amigo. Era una posibilidad muy plausible. El problema era que, alrededor de la propiedad de César Santos, no había edificios desde donde disparar. Había unos maizales, un par de campos sin cultivar y pinares. Resultaría difícil y arriesgado subirse a un pino para alcanzar un punto de la casa o el jardín al que disparar por encima de la tapia de la finca. Como mínimo a dos o tres metros de altura. Y en un pino, a esa altura, ¿cómo subirse, instalarse y sujetar un fusil para apuntar? Impensable. Si no, haría falta subirse a un tejado, y solo había dos casas desde las que se podría hacer, pero eran casas habitadas. Imposible.

—Hay un galpón aquí cerca —dijo Santos—. Un sitio donde guardan tractores y maquinaria. Pero necesitarían una escalera grande para subir al tejado de uralita. No es nada fácil y lo verían los de la aldea.

—¡El galpón! —exclamó el cabo Souto— ¡El camión que está junto al galpón!

—¿De qué estás hablando? —le preguntó César Santos.

Cesar dejó a Santos con la palabra en la boca y se dirigió por radio a los agentes del hórreo. Les ordenó que fueran hasta el galpón por el lado contrario a la finca de Santos y se mantuvieran a cierta distancia del camión que estaba aparcado allí, sin dejarse ver.

—Estén muy atentos —les dijo—. Es muy posible que haya alguien dentro del camión y que esté armado. Esperen a que llegue yo.

Se fue de nuevo en busca del coche y pasó cerca del camión sin pararse. A unos cien metros vio a los dos agentes detrás de unas matas. Se detuvo, se bajó del coche y les dijo que tenían que acercarse al camión.

—Nosotros dos —explicó mirando Verónica lago— también iremos, por detrás, por el lado izquierdo de la cabina, vosotros por el derecho. Despacio y separados. Si hay alguien dentro puede vernos por los retrovisores y liarse a tiros.

Mientras tanto, el tirador que estaba en el camión llamaba muy enfadado a su contacto.

—¡Esto es una encerrona, jefe! —gritó—. El tipo que debía estar en casa llegó en un taxi hace un momento. Podía haberle disparado, pero empezaron a aparecer guardias civiles por todos lados. Dos en un coche, otro en la puerta de la casa y seguro que hay más. Van con chalecos antibalas y ametralladoras. ¿Qué cojones hago ahora? El chófer del camión se ha largado. —De pronto vio a los guardias que se acercaban por detrás y exclamó—: ¡Hostia, jefe! Me están rodeando. La cagamos.

—Coño, tío —dijo el Gerardo Lois, con quien hablaba—, ¿no puedes dispararles y echar a correr?

—¿Está de coña? Vienen por los dos lados armados hasta los dientes. No me queda otra que entregarme. Si me ven salir con un arma me fríen.

Del otro lado colgaron.

El cabo Souto se acercó a dos metros del camión y gritó sin dejar de apuntar con su subfusil:

—¡Guardia Civil! Abra la puerta del camión y salga con las manos en alto.

El de dentro, bajó una ventanilla y gritó:

—¡No disparen, voy a salir!

Los demás agentes estaban apoyados contra la carrocería del remolque apuntando con sus armas. Se abrió la puerta del lado derecho y aparecieron, primero, las piernas y, luego, los brazos extendidos del tirador. Después asomó la cabeza y se giró agarrándose al asidero para bajarse de la cabina. Era un hombre fuerte, no muy alto, con abundante pelo negro y barba de varios días. Iba en vaqueros, con zapatillas deportivas y una camiseta gris. Saltó ágilmente desde el primer peldaño y se quedó con las manos en alto. Un agente se acercó a esposarlo con las manos a la espalda y lo obligó a quedarse con la cabeza pegada a la carrocería mientras los demás se aproximaban y Souto se subía al camión.

El cabo abrió el departamento donde estaba la documentación y se llevó la carpeta con todos los documentos. Después echó un vistazo a la parte de atrás y descubrió debajo de una manta el rifle, montado con la mira telescópica. Llamó a Verónica y le dijo que lo cogiera con guantes para no invalidar huellas y lo llevara al coche con la documentación. Después empezó a mirar por todos los rincones de la cabina hasta que encontró lo que buscaba: el teléfono móvil del tirador. Se lo guardó en un bolsillo y bajó del camión. Llamó al jefe de los agentes de Tráfico que vigilaban las carreteras de acceso a Vilarriba, le dijo que ya no era necesario mantener la vigilancia porque habían detenido al

sospechoso y le pidió que le enviara a alguien capaz de inmovilizar un camión. A los dos o tres minutos, apareció un coche con dos agentes. Uno de ellos se bajó, levantó la cabina del camión, manipuló unos cables y le dijo al cabo Souto que el camión ya no se podía arrancar. Entonces Souto mandó a uno de sus agentes que precintara con cinta de la Guardia Civil la cabina.

—Llévate al puesto a ese individuo. Explícale sus derechos, regístralo, tómale las huellas y enciérralo —le dijo a la agente Lago. Después se dirigió a uno de los guardias—: tú, acompáñala. Yo voy dentro de un momento. Esperadme allí y que no se vaya nadie hasta que yo llegue.

Al otro agente le ordenó que se quedara de vigilancia junto al camión por si venía el conductor. Se deshizo del chaleco antibalas, lo dejó con el subfusil en el maletero del coche y volvió a la finca de Santos andando. Entró y se dirigió a la casa. Le abrió la puerta el agente Taboada, que estaba charlando con Santos.

—Avisa a los del bosque —le dijo—. Diles que hemos terminado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Santos

—Tenías razón, César —dijo Souto mirándolos a los dos—. Era un francotirador. Estaba dentro del camión aparcado junto a la nave de los tractores. Lo hemos detenido. — Se volvió hacia Taboada y le dijo—: Tú, Orjales y yo nos vamos ahora en tu coche. Lo primero que hay que hacer es arrestar a Benito Bardullas.

En ese momento apareció una camioneta de Mercadona, que se paró ante la verja y llamó por el telefonillo. Todo el mundo se sorprendió. Remigio descolgó el auricular y preguntó:

—¿Qué desea?

—Mercadona —dijo un joven que traía dos bolsas en la mano—. Un pedido para don César Santos.

—Un momento —dijo Remigio, que salió al salón y dijo—: traen un pedido de Mercadona para don César. ¿Qué hago?

—Yo no he hecho ningún pedido —dijo César Santos.

El cabo Souto dijo:

—Ya voy yo a ver de qué se trata. Orjales, ven conmigo.

El empleado de Mercadona se asustó al ver a los dos guardias, uno armado y con chaleco antibalas, que se dirigían a paso rápido hacia él. Dejó caer las bolsas e instintivamente levantó las manos. Al llegar a la puerta, el cabo Souto le dijo que bajara las manos. Abrió la verja y le preguntó si estaba seguro de que el pedido era para el señor Santos.

El chico dijo que sí, que ese era el nombre y la dirección que le habían dado. Dijo que era un pedido hecho por la mañana y estaba pagado. Souto le preguntó si sabía quién lo había hecho. El de Mercadona dijo que no. Que solo sabía lo que le acababa de decir y que eso tendría que preguntarlo a la cajera. El cabo Souto comprendió. Un coche de Mercadona, el chico con uniforme del supermercado y el pedido con el tique de caja. Se dio cuenta de que era el truco utilizado por los asesinos para hacer salir a César de su casa y que el tirador pudiera dispararle. Despidieron al repartidor y volvieron a la casa.

Después de las explicaciones pertinentes, el detective le preguntó a su amigo si lo necesitaba para algo o podía irse a Madrid.

—Como te puedes imaginar —le dijo Souto—, tenemos un montón de cosas que hacer y es incluso posible que tenga que ir a la comandancia, con todo este jaleo. Vete si quieres. Son las tres y cuarto, si comes algo rápido puedes estar en Madrid a las diez de la noche. Supongo que volverás dentro de unos días a traer a la familia —añadió con sorna—. Entonces hablaremos con calma. ¿Te parece?

—Gracias, Pepe. No te entretengo. Te llamaré cuando llegue.

Taboada sacó su coche de detrás de la casa y cuando Souto y Orjales se montaron, antes de arrancar para volver al cuartelillo, le preguntó sonriendo:

—¿Te entendí bien, Holmes? ¿Vamos a detener a Bardullas?

—Entendiste bien, Watson. Ayer le dije a ese cabrón que, hoy, el señor Santos estaría solo todo el día en su casa porque los guardas se iban a su pueblo. Se lo dije a él solo, a nadie más, porque sospechaba de él. Y ya ves lo que ha pasado. ¿Casualidad? Sabes de sobra que yo no creo en esa clase de casualidades.

Capítulo XX

El cabo Souto llamó a la comandancia para informar al capitán Corredoira de lo sucedido a lo largo de la mañana y primera hora de la tarde. El capitán le dijo que iba a ir personalmente a Corcubión a interrogar al agente Bardullas y al detenido, que resultó ser Edelmiro Veiga, de 43 años, natural de Vigo y exsargento del ejército de tierra, empleado como guarda de seguridad en la empresa que dirige Gerardo Lois, en A Coruña.

Mientras esperaba a su jefe, el cabo José Souto analizó los documentos que había encontrado en el camión del tirador y su teléfono móvil. Según la documentación, cuya matrícula había sido cambiada por una falsa, el camión pertenecía a Construcciones Atlántico, S.A., de Pontevedra, empresa propiedad de Andrés Docampo, en la que Celso Mouriño trabajaba de aparejador. Primer descubrimiento interesante. El agente Orjales buscó la empresa en Internet y comprobó que el director era Faustino Nogueira. Segunda coincidencia de las que tanto le gustaban al cabo Souto. El análisis del teléfono móvil también aportó información de interés. En el registro de llamadas, aparecieron llamadas entrantes y salientes del y al teléfono de Gerardo Lois, el yerno de Vilacoba. Muchas. Podía considerarse algo normal, puesto que era guarda de seguridad de la oficina principal del empresario coruñés. Pero la última se había hecho a las dos y cinco de la tarde de aquel mismo día. O sea, unos instantes antes de ser detenido por los agentes de la Guardia Civil en Vilarriba. No había duda, pues, de que el tirador había sido contratado por Gerardo Lois para matar a Santos y se había desplazado hasta Corcubión, a fin de perpetrar el crimen, en un camión de la empresa de Docampo que dirigía Tino Nogueira. El círculo se cerraba.

El capitán Corredoira llegó al cuartelillo a las cinco y media de la tarde. Saludó al cabo Souto y le preguntó por César Santos. Torció el gesto cuando el cabo le dijo que se había vuelto a Madrid hacía un par de horas. Souto pensó que, seguramente, contaba con una merienda o una cena en casa del detective que lo compensara del desplazamiento.

—Bien, cabo, antes de ver a los detenidos, quiero comunicarle ciertos avances importantes que hemos hecho en la comandancia. Y también quiero felicitarle por cómo ha llevado usted este asunto y sus excelentes resultados. Luego le pediré que me explique algunas cosas.

—Muchas gracias, mi capitán —dijo Souto casi sonriente.

—Ya le dije el otro día que vigilábamos al señor Vilacoba. Hemos tenido que ser muy prudentes en esto porque ese señor tiene muchas amistades en las altas esferas, entre las que se incluye el coronel jefe de la comandancia. Un asunto muy delicado, como puede suponer. Conseguimos la autorización para intervenir el teléfono del señor Vilacoba y estoy en tratos con el juzgado para conseguir una orden de registro del chalé. También es algo muy delicado, pero creo que la conseguiré antes de

mañana porque el juez no solo es amigo mío sino que, a instancias de la Agencia Tributaria y de nuestros compañeros de la policía aduanera, está muy interesado en la investigación de los negocios de Vilacoba. Estábamos a punto de detener a Gerardo Lois, apoyándonos en las declaraciones de Manolo Fanjul, pero he preferido esperar a ver qué pasaba hoy con su plan de vigilancia a la finca de nuestro amigo César Santos. En cualquier caso tenemos una orden de registro de su piso en la Ciudad Vieja. Necesito que me cuente si ha descubierto algo nuevo, aparte de la detención de ese tirador.

El cabo Souto estaba contento, aunque no se le notara. Tenía ante él una carpeta con sus notas y esperaba la oportunidad de lucirse ante el capitán. Era el momento.

—Lo primero que quiero decirle es que el camión donde se escondía el tirador pertenece a Construcciones Atlántico, S.A., que, como usted sabe, pertenece a Andrés Docampo. Es la empresa donde trabajaba Mouriño, el organizador del secuestro de Jacques Steiner. Hemos averiguado que su director es Tino Nogueira, cuñado de Docampo y socio de Gerardo Lois en varios negocios. Por otra parte, he encontrado en el móvil del tirador numerosas llamadas al número de teléfono de Gerardo Lois, llamadas hechas y recibidas. Es el mismo teléfono al que llamó Manolo Fanjul cuando escapaba de la casa de Marimar Pérez en Brens. La última, hace tres horas, cuando íbamos a detenerlo en el camión. Debió de ser una llamada de socorro a su jefe o, simplemente, para decirle que lo íbamos a detener. Por lo tanto, en mi opinión, no hay duda de que Gerardo Lois es el cerebro o uno de los cerebros del secuestro del chico belga. Vio en varias ocasiones a César Santos conmigo y tiene que saber por su mujer, Sandra Vilacoba, que, hace unos años, Santos tuvo que ver con la detención de su suegro. Vilacoba hizo en aquella ocasión que lo secuestraran y le dieran una paliza. Pensará que César quiere vengarse, por lo que resulta peligroso y, por eso, ha decidido matarlo.

—Muy interesante —comentó pensativo el capitán. De pronto, dijo—: Dígame una cosa, cabo. Es algo que quería preguntarle ayer, cuando me pidió refuerzos, pero al final no lo hice. ¿Por qué sabía o suponía que vendrían hoy a matarlo?

El cabo Souto explicó de nuevo al capitán por qué sospechaba de Benito Bardullas. Y cómo, siguiendo el consejo que él mismo le había dado en la comandancia, decidió tenderle una trampa. Le explicó cómo se le había ocurrido la idea de dejar caer, sin darle importancia, que el detective iba a estar completamente solo ese día en su finca. La trampa funcionó y Gerardo Lois envió a un sicario de confianza a matarlo. Su guardia de seguridad. Debía de estar muy seguro de que el hombre no iba a fallar. Era un profesional del ejército, con probada experiencia al parecer, y que no estaba fichado por la policía. Aparentemente, nada podía fallar. Un francotirador escondido en un camión a cien metros, fuera de la finca, un lugar solitario. Solo un par de casas de la aldea a cierta distancia y en medio del campo. Una pista sin tráfico. Llegaría un pedido del supermercado. Santos supondría que lo habría hecho Aurora antes de irse. Saldría a recogerlo. El tirador tendría tiempo de apuntar y disparar. Incluso de volver a hacerlo si fallaba el primer tiro. Nada podía fallar. Salvo algún imponderable.

El olfato y la astucia del cabo Souto y la intuición de César Santos. Esos eran los, imponderables.

—Muy agudo, cabo —dijo el capitán riéndose—, no me extraña que le llamen cabo Holmes. De modo que el guardia Bardullas pasaba información a los secuestradores. ¿Ha conseguido que hable?

—No, mi capitán. Aún no lo he interrogado. De momento, he ordenado que lo encierren. Quería estar seguro. Si esta mañana no se hubiera presentado el asesino, no habría podido hacer nada. De hecho, hasta que no descubrí que el empleado de Correos de Carballo se apellidaba Ríos,

no lo asocié con Bardullas, que también se apellida Ríos. El de Carballo, Sito Vázquez Ríos, era primo de Mouriño y Bardullas es primo de Sito Vázquez. Tendrá que hablar, tendrá que decirnos todo lo que sabe, quién le pagaba, qué información pasó y desde cuándo. ¿Quiere que suba ahora y lo interrogamos? ¿O prefiere interrogar primero al tirador?

—Vamos a empezar por ese tirador —dijo el capitán—. ¿Cómo se llama?

—Edelmiro Veiga —contestó el cabo—. Solo sé los datos de su DNI, que fue militar y que trabaja de guardia de seguridad en la empresa Ebuques, S.A., según confesó cuando le preguntamos su profesión. Buscamos en Internet y resulta que esa empresa pertenece a Sandra Vilacoba y el director es Gerardo Lois. Armadores de pesqueros. El tipo no ofreció resistencia y no ha vuelto a abrir la boca después de haberse identificado. No sé si se prestará a declarar.

—Está bien, tráigalo. Pero antes voy a hacer una llamada.

El cabo Souto salió al pasillo y le dijo a Verónica Lago que trajeran al detenido. Volvió a entrar y al ver al capitán con el teléfono en la mano, le preguntó si quería que esperara fuera. Corredoira le hizo un gesto para que se quedara. El capitán hablaba con su ayudante.

—Vayan ahora mismo a detener a Gerardo Lois —dijo con voz autoritaria—. En su oficina, en su casa o donde esté. No le den tiempo a llamar a nadie y quítenle su teléfono móvil: es muy importante. Reténganlo en la comandancia. Procuraré estar ahí sobre las ocho. Avísenme en cuanto lo hayan detenido o si hay algún problema. —Se quedó un rato escuchando y después dijo—: Muy bien. Pues dígales que no salga nadie del chalé sin ser identificado. Si sale el señor Nogueira, lo llevan a la comandancia y lo retienen hasta que llegue yo. No lo esposen, no le digan que está detenido. Solo que necesitamos interrogarlo ¿Entendido? —Se volvió hacia Souto y le dijo—: Nogueira está con Vilacoba. Ya me ha oído.

—¿Y si Vilacoba se va?

—Si Vilacoba quiere irse, lo hará en su yate. Tengo un contacto en el Náutico que ha recibido instrucciones para que no lo dejen salir sin avisarme antes.

Llamaron a la puerta. Entró Verónica Lago que saludó muy marcialmente al capitán y dijo:

—El detenido Edelmiro Veiga está en la salita.

—Vamos —dijo el capitán.

El capitán y el cabo entraron en el cuarto donde se interrogaba a los detenidos. Corredoira le hizo un gesto a Souto para que empezara él. Souto, después de pedir a Veiga que se identificara, le dijo:

—Usted estaba esta tarde, cuando la Guardia Civil le dio el alto, en un camión de la empresa Construcciones Atlántico, ¿no es cierto?

—No tengo ni idea de quién es ese camión —contestó Veiga.

—En su teléfono móvil hemos encontrado varias llamadas al mismo número, el del señor Lois, Gerardo Lois. La última fue un minuto antes de que lo detuviéramos. ¿Quiere decirnos por qué llamó a ese señor?

—No sé de qué móvil me habla. Yo no tengo ningún móvil.

—¿No hizo usted ninguna llamada desde el móvil que encontramos en el camión? —le preguntó Souto.

—Ya le he dicho que no tengo móvil. No recuerdo haber hecho ninguna llamada.

—Acabamos de comprobar que las huellas halladas en el teléfono que encontramos en el camión son las suyas. ¿Tiene algo que decir al respecto? —preguntó el capitán Corredoira sacándose de la manta lo de las huellas.

—No. No tengo nada más que decir y no diré nada más sin saber de qué me acusan y sin la

presencia de un abogado.

El cabo Souto miró al capitán, que le hizo una indicación para salir de la sala. Dejaron al Veiga solo, esposado a la mesa, y salieron al pasillo. El capitán le dijo al cabo Souto:

—Me da la impresión de que el tipo se va a cerrar en banda y no hablará. Pensaba interrogar al agente Bardullas pero se me hace tarde, lo siento. Ya me ha oído, tengo que irme urgentemente a la comandancia. Los dejo en sus manos. Infórmeme mañana a primera hora. Buena suerte.

El capitán se despidió y se fue. Souto lo acompañó hasta el coche. Le sorprendía que su jefe hubiera hecho el viaje prácticamente para nada. Lo que le había dicho, podía habérselo dicho por teléfono. Pero se alegró de que hubiera ordenado la detención de Gerardo Lois y de que intentase hacer otro tanto con Nogueira. No había duda de que estaban acercándose al final de las investigaciones. Faltaba aún el eslabón que conectara al yerno y el cuñado con sus respectivos suegro y cuñado para sacar conclusiones. También faltaba alguna prueba irrefutable de que habían participado en la organización del secuestro de Jacques Steiner, lo que parecía muy lejano. No era fácil demostrar que los asesinatos de Antoliano Fraga y el de Mouriño se habían cometido por orden de alguno de los dos. Y tampoco se podía demostrar que los dos intentos de matar a Santos por encargo de Lois estuvieran relacionados con el secuestro. Paciencia, se dijo Souto. Todo se andará.

Volvió a la sala donde estaba el detenido, se sentó parsimoniosamente y le dijo:

—Usted ha dicho que quiere saber de qué lo vamos a acusar. Muy bien. Si usted nos da una explicación plausible sobre qué es lo que estaba haciendo en ese camión con matrícula falsa aparcado frente a la finca del señor Santos; por qué llevaba un rifle con mira telescópica cargado, que también tiene sus huellas, por cierto, —se marcó el farol Souto siguiendo el ejemplo de su capitán— y por qué llevaba usted en el bolsillo una descripción y una fotografía del señor Santos, entonces veré de qué se le puede acusar. Y también, tendrá que decirme si trabaja por su cuenta o recibió el encargo de alguien. Si no lo hace, de momento lo acusaré de tenencia ilícita de armas, de robar un camión y de tentativa de asesinato. ¿Algo más?

—Sí. Quiero llamar a un abogado.

—Muy bien, ya que usted no tiene teléfono, según acaba de decirnos al capitán y a mí, le dejaré llamar desde un teléfono de la Guardia Civil. ¿Sabe a quién tiene que llamar o le pedimos un abogado de oficio?

—Sé a quién llamar.

—Ya —dijo Souto—. Espere un momento.

Souto salió y le dijo a Verónica Lago, que estaba esperando junto a la puerta, que trajera un teléfono inalámbrico de la sala. Lago fue a buscarlo y se lo dio al cabo. Souto volvió a entrar y se lo pasó a Edelmiro Veiga diciéndole:

—Le advierto que todas las llamadas hechas desde los teléfonos de la Guardia Civil quedan registradas.

—¿No tengo derecho al secreto entre abogado y cliente? —preguntó Veiga.

—Si, claro que lo tiene, si la juez de instrucción lo permite, cuando el letrado se presente a hablar con usted —dijo con mucha frialdad el cabo—, pero para llamarlo y pedirle que venga, no veo qué secreto puede usted reclamar. Usted se niega a hablar y a responder a mis preguntas, no pretenderá que yo sea amable con usted.

—¿No hay una cabina o un teléfono público? —preguntó Veiga.

—No —contestó secamente el cabo—. Entonces, ¿quiere llamar a su abogado o no?

—Me lo pensaré. ¿Cuánto tiempo van a tenerme aquí?

—El máximo que permite la ley —dijo el cabo—, a no ser que se decida a responder a mis

preguntas. Setenta y dos horas. Después lo pondré a disposición de la jueza de Corcubión. Si quiere hacer una llamada a su familia, se lo permitiré. Solo para decir dónde está o pedir que avisen a su abogado. Cuando lo haya pensado, dígamelo.

Santos se sentó en su despacho y estuvo cerca de media hora revisando sus notas, antes de pedir que le trajeran al agente Bardullas. Cuando Verónica Lago lo llevó a su despacho, Souto le pidió que los dejara solos y a él le dijo que se sentara. Lago cerró la puerta. Benito Bardullas se sentó. Permanecía con la cabeza baja, como si estuviera contando los botones de su camisa. El cabo Souto se quedó mirándolo un buen rato sin decir nada. Finalmente, carraspeó y dijo:

—Bardullas, supongo que no querrá que estemos media hora perdiendo el tiempo, ¿verdad?

Bardullas levantó la cabeza, miró al cabo y asintió.

—Bien, pues vamos al grano. Espero que no vaya a preguntarme por qué lo hemos detenido. Lo sabe de sobra, espero, ya que no lo tengo a usted por un imbécil. De modo que voy a hablarle claro. Lo que ha hecho es extremadamente grave. Ha estado pasando información a personas involucradas en un secuestro y varios asesinatos. Una información de lo que hacía o iba a hacer la Guardia Civil respecto a esas personas, lo que les permitía y facilitaba la comisión de esos delitos. No hace falta que le explique las consecuencias de su actuación. Expulsión inmediata del Cuerpo y puesta a disposición del juzgado, acusado de complicidad en secuestro y asesinato, cohecho y defraudación, pues supongo que no habrá declarado a Hacienda lo que le hayan pagado por su complicidad en esos delitos. Va a estar unos cuantos años a la sombra. Y supongo que sabrá que no es nada agradable convivir con delincuentes que saben que ha sido usted Guardia Civil. Dicho esto, quiero decirle algo importante: si colabora con la Justicia y responde a mis preguntas diciendo la verdad, es muy posible que tanto la Guardia Civil como la jueza de instrucción lo tengan en cuenta a la hora de establecer la gravedad de sus delitos. Incluso puede que no llegue usted a pisar la cárcel.

—¿Lo está diciendo en serio, cabo? —preguntó Bardullas abriendo los ojos con aire de incredulidad.

—Yo siempre hablo en serio —dijo Souto—. Y también le prometo que haré todo cuanto esté en mi mano para que pueda usted pedir la baja del Cuerpo antes de ser expulsado.

—Gracias, cabo.

—¿Está dispuesto a responder a mis preguntas?

—Sí, cabo.

Souto levantó el teléfono, llamó a la agente Lago y le dijo que fuera a su despacho para tomar notas del interrogatorio. Verónica Lago se presentó al cabo de unos segundos con un cuaderno y una grabadora. Souto esperó a que se sentara y cuando ella le hizo un gesto para indicar que estaba lista, se dirigió a Benito Bardullas.

—Lo primero que quiero preguntarle es quién era su contacto.

—Fue Celso Mouriño, es mi primo segundo.

—Cómo estableció contacto con usted la primera vez? ¿Qué le pidió y qué le ofreció a cambio?

—Verá cabo, yo soy de Pereiriña, ya sabe, y tengo una casa allí muy antigua que heredé de mis padres, está casi en ruinas y hay que rehacerla completamente. Me piden casi cien mil euros por arreglarla de arriba abajo. Mi novia no tiene trabajo y yo estoy endeudado. Necesitamos esa casa para poder casarnos e irnos a vivir allí. Lo estaba comentando con mis primos el mes pasado, cuando la primera comunión de un sobrino. Al terminar la comida, Celso me llevó a un rincón y me dijo que, si le hacía un favor, él me daría el dinero para arreglar la casa. Un regalo. No tendría que devolvérselo, me dijo. Entonces me explicó que su jefe estaba preparando un secuestro para sacarle unos diamantes a un millonario belga. Me aseguró que no iban a matar a nadie. Que solo era un

negocio de extorsión. Yo solo tenía que informarlo de lo que hacía o averiguaba la Guardia Civil. Le dije que me lo pensaría. Dos semanas después tuvo lugar lo del secuestro. Celso vino a verme y me explicó que había habido un accidente con el escolta del secuestrado, pero que acababan de soltar al hijo del millonario belga sin hacerle daño. Yo tenía que informar de todo lo que supiera sobre la investigación de la Guardia Civil. Eso fue lo que pasó. Solo le dije algunas cosas que no me parecieron importantes.

—¿Y cuando mataron a Celso Mouriño, qué hizo? —le preguntó Souto.

—Me asusté. No me lo esperaba. Entonces me llamó mi primo Sito, de Carballo, me dijo que había trabajado con Celso y que su jefe quería hablar conmigo. Quedamos el viernes pasado por la noche en un restaurante cerca del puente del Pasaje, en Coruña.

—¿Cómo se llama ese restaurante? —le preguntó Souto.

—El Puente —dijo Bardullas.

—Sigue.

—Allí, aquel señor me dijo que sabía lo que me había prometido mi primo y que él se comprometía a cumplirlo. Me dio un sobre con diez mil euros y me explicó lo que tenía que hacer. Era lo mismo que me había pedido Celso. Llamarlo a un número y contar todo lo que supiera y que tuviese que ver con la investigación del secuestro. Eso fue lo que hice.

—¿Tienes ese número?

—Claro, cabo.

—Está bien. Otra pregunta. ¿Sabes quién mató a Antoliano Fraga, el tratante de Corcubión que participó en el secuestro? —le preguntó el cabo Souto.

—Celso me dijo que habían tenido que matar a Antoliano porque la Guardia Civil lo había descubierto y tenían miedo de que hablara. Pero no me dijo quién fue, aunque supongo que él tendría algo que ver.

—Ya. ¿Y sabes quién lo mató a él?

—¿Pero, cabo, no nos dijeron que habían cogido a los asesinos en un peaje o una gasolinera de la autopista de Vigo?

—Me refiero a quién dio la orden de que lo mataran —precisó el caco.

—No, cabo. Eso no lo sé. Yo creía que Celso era un tipo de los de arriba, de los que habían montado el asunto del secuestro. No tengo ni idea de qué puso pasar. Se habrán peleado entre ellos.

—¿Tampoco tienes idea de quiénes eran sus socios o su jefe? —insistió Souto.

—Bueno, Celso era jefe de obra de una empresa constructora de Pontevedra. Su jefe era el señor Nogueira. Eso lo sé. Pero no sé si también era el jefe en el asunto del secuestro. Eso no me lo dijo.

—El señor con el que te reuniste en Coruña, con tu primo de Carballo, ¿sabes quién era?

Benito Bardullas se quedó callado, como si necesitara reflexionar antes de contestar a una pregunta difícil. El cabo Souto dio una palmada en la mesa que hizo saltar la grabadora y le preguntó:

—¿No te acuerdas de si lo sabes o no? ¡Vamos Bardullas! No me toques los cojones. ¿Sabes quién es ese señor o no lo sabes?

—No sé cómo se llama, cabo, de verdad, pero puedo describirlo porque me acuerdo de cómo era, claro.

Ante la exigencia del cabo Souto, Benito Bardullas fue dando una descripción detallada del personaje, su físico, su voz, cómo iba vestido y su manera de hablar. Al terminar, insistió en que no sabía cómo se llamaba. No se lo había dicho.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —preguntó Souto.

—Ayer. Me llamó y me preguntó si sabía cómo nos habíamos enterado de que iban a ir a por el detective madrileño. Le dije que no lo sabía. Se enfadó y, entonces, pensé en mi casa de Pereiriña y, para contentarlo, le dije lo que me había dicho usted. Que, hoy, el detective estaría solo todo el día.

—Y no te importó que pudieran a matarlo por tu culpa —lamentó el cabo.

—No lo pensé. Créame, cabo, lo siento. Me arrepiento y me alegro de que no lo consiguieran.

—Está bien, Bardullas. No te encerraré en el calabozo, pero estás bajo arresto. Sube a tu apartamento. Te prohíbo salir de la casa cuartel bajo ningún concepto. Si lo intentas, ordenaré que te detengan, te esposen y te encierren con el asesino que tenemos abajo. Mañana por la mañana hablaremos. Ahora vete. Ah, y para que lo sepas: el señor con el que cenaste en Coruña está detenido en la comandancia. Fue él quien ordenó el asesinato del señor Santos y, seguramente, también el de tu primo, Celso Mouriño. Esa es la gente a quien informabas. ¿Te das cuenta? ¡Un agente de la Guardia Civil! No comprendo cómo no se te cae la cara de vergüenza.

Souto llamó al capitán Corredoira para comunicarle lo que el guardia Bardullas había confesado en el interrogatorio y se permitió sugerirle que alguien verificara quién había reservado una mesa para tres en el restaurante El Puente el viernes pasado y, si habían pagado con tarjeta, el nombre del titular. El capitán le dio las gracias y lo informó de que había conseguido una orden de registro del chalé de Vilacoba.

* * * * * * *

A las ocho menos cinco de la tarde sonó el teléfono principal del chalé de Bastiagueiro. El fijo. Tino Nogueira, el más joven de los dos hombres, miró a Manolo Vilacoba, el más viejo. Vilacoba le hizo un gesto para que descolgara.

—Diga –dijo Nogueira.

—¿Está mi padre? —contestó una voz de mujer aparentemente excitada.

—Un momento, Sandra —dijo Nogueira. Miró al viejo y le dijo pasándole el teléfono—: Tu hija.

—Gracias —dijo Vilacoba al coger el inalámbrico—. Hola, hija, ¿qué pasa?

—Papá, la Guardia Civil ha detenido a Gerardo. Se han presentado en casa hace media hora sin avisar y se lo han llevado. Le han quitado el móvil, no le han dejado ni cambiarse. Le comunicaron sus derechos y se lo llevaron esposado. Después, un oficial me enseñó una orden de registro y han empezado a registrar de arribo abajo el piso.

Manuel Vilacoba se quedó perplejo. No dijo nada. Su cerebro debía de estar procesando a toda velocidad las posibles consecuencias de aquella información. Unos segundos después, Sandra Vilacoba dijo:

—¿Estás ahí?

—Sí, hija —dijo él—, estoy aquí. ¿No le dijeron por qué lo detenían?

—Dijeron algo de haber ordenado el asesinato del detective Julio César Santos. ¿Es cierto?

Vilacoba no contestó. Dejó pasar unos segundos y dijo:

—¿Has hablado con alguien? ¿Has llamado a nuestro abogado?

—Sí, acabo de llamar al despacho de Aranguren. Hablé con uno de los abogados y me ha dicho que se ocuparían inmediatamente del asunto y me volvería a llamar. Papá —dijo Sandra angustiada —, ¿sabes de qué va esto? Porque yo no tengo ni idea. Gerardo no me dijo que estuviera involucrado en ningún asunto de esa envergadura, no me ha comentado absolutamente nada. ¿Ha hablado contigo? ¿Por qué iba a ordenar Gerardo el asesinato de ese detective? Hace años que no sabíamos

nada de él

—Parece ser que Santos lo estaba fastidiando por alguna razón. No te puedo decir exactamente por qué.

—¿Quieres decir que Santos estaba investigando a Gerardo por algún negocio o algo así? No veo que pinta aquí otra vez ese detective de Madrid; pensaba que se le habían quitado las ganas de meter sus narices en nuestros asuntos desde el escarmiento que le diste la última vez.

—No sé, hija. Tu marido solo me dijo que Santos estaba trabajando con la Guardia Civil de Corcubión en algo relacionado con él. Pero no sé nada más.

—¿La Guardia Civil de Corcubión? —dijo ella extrañada—. No tenemos ningún negocio en Corcubión. ¿De verdad que no tienes ni idea de en qué lío está metido mi marido?

—Te lo aseguro —dijo Vilacoba, que sabía por experiencia que no era prudente hablar de ciertas cosas por teléfono—. No tengo ni idea. No te preocupes demasiado, Aranguren se encargará del asunto. Es el mejor de La Coruña. Seguro que se trata de un error.

—¿Un error? —dijo ella muy irritada— ¡Se han llevado a Gerardo esposado y me están poniendo la casa patas arriba! ¿Cómo va a ser un error? No me creo que no sepas nada, Papá. Tú siempre lo sabes todo.

—Tranquilízate, Sandra. No vamos a hablar de nuestros problemas por teléfono. ¿Por qué no vienes a Bastiagueiro y hablamos con clama. Veremos qué es lo que podemos hacer y lo que nos dicen los abogados.

—No puedo moverme de aquí hasta que no se vayan los guardias.

—Bueno, pues llámame en cuanto se vayan.

En ese momento sonó el timbre de la verja de entrada a la finca. Unos segundos después apareció en el salón una muchacha y dijo:

—Don Manuel, es la Guardia Civil.

—¿Qué quieren? —dijo Vilacoba poniéndose pálido.

—Quieren que abra, señor. Me han dicho que traen una orden judicial. Eso me pareció.

Capítulo XXI

A las nueve de la noche, José Souto llegaba a la casa rural Doña Carmen. Se dio una ducha, se vistió con unos vaqueros y una camisa de verano y le dijo a Lolita, su mujer, que estaba muerto de hambre y que tenía muchas cosas que contarle.

—Tengo que acabar cuatro cosillas abajo, cariño —le dijo Lolita—. Tómate algo y enseguida subo. Cenamos los dos arriba, así no nos molestarán.

A las diez menos veinte, Lolita y José Souto se sentaban a cenar. Souto le contó a su mujer cómo había transcurrido aquel miércoles. Hacía mucho tiempo que no ocurrían tantas cosas en un solo día. Souto se relajó hablando con ella. Estaba tenso y lo necesitaba. La aparición imprevista de César Santos lo había desconcertado por completo. Debido probablemente a su experiencia, tras los muchos años transcurridos desde que, casualmente, se conocieron, lo había invadido aquel día una sensación de miedo difícil de explicar. Había temido que la llegada de Santos y su habitual temeridad, abrieran alguna grieta en el desarrollo de su plan, basado precisamente en su ausencia, con consecuencias graves para su seguridad.

Lolita Doeste era una mujer inteligente y a José Souto le gustaba hablar con ella cuando estaban solos, contarle sus experiencias y compartir tanto sus satisfacciones como sus temores. Ella, una mujer sin dobleces y de muy buen carácter, sabía escucharlo y decirle en el momento oportuno la palabra justa. Cuando su marido le contó lo que había pasado, esperaba de ella alguna forma de apoyo, un comentario neutro, como un tranquilizante que, sin interferir en su forma de tratar el problema que le preocupaba desde que se había producido el secuestro del joven belga, le sirviera de apoyo moral o de «descanso del guerrero».

Mientras cenaban, recibieron la llamada de César Santos. Solo quería decirles que había llegado bien. El detective le preguntó a Souto si había novedades y él le dijo que ya hablarían.

—¿Crees que César vino solamente para llevarse su coche? —le preguntó Lolita— ¿No habrá sospechado algo del plan que tramaban contra él?

—No podía saberlo.

—Bueno, ya sabes cómo es César —siguió ella—. Aparenta no enterarse de nada o hacerse el duro cuando le dices que corre peligro, pero no está loco ni es un inconsciente.

—Pues a veces lo parece —dijo Souto.

—Te lo perece, Pepe, porque tú eres una persona seria y prudente. Yo creo que la manera de actuar de César se debe a su carácter despreocupado. Es el típico niño rico que nunca ha tenido ninguna clase de dificultades en la vida. Eso hace que se sienta seguro. Y si alguna vez, como ya le ocurrió en varias ocasiones hace años, se mete en un problema serio que está a punto de costarle la

vida, se ríe. Es una reacción primaria y momentánea de alguien para quien todo es normalmente fácil en la vida. Es como decir: «¡Uf!, de buena me he librado», sin reflexionar realmente sobre el riesgo que se ha corrido. Ese es tu amigo César y por eso sois tan amigos. Porque sois complementarios, como dos ángulos que suman noventa grados.

José Souto sonrió por la comparación, propia de una profesora de instituto, como había sido Lolita. Pensó que tenía razón. Él apreciaba el permanente optimismo, el esnobismo, la independencia y la aparente falta de seriedad de su amigo. Eran cualidades o defectos que un guardia civil no podía permitirse. En cuanto a su fastidiosa seguridad, pensó que solo era una fachada. Souto pensaba que una persona solo puede sentirse segura cuando domina la situación por sus conocimientos o por los medios de control. César Santos lo estaba por pose o por costumbre. Aun así, era digno de admiración. Y, en la amistad, hay mucho de admiración, generalmente mutua.

Se acostaron pasadas las doce de la noche. José Souto abrazó cariñosamente a Lolita y la acarició despacio, sin agitación ni premura. Como un marido acaricia a su mujer (y viceversa), no para disfrutar, sino para demostrarle que la quiere. Nada parecido a la excitación y brusquedad que se ve en las películas cuando las parejas practican sexo como los animales. No había pasión en sus abrazos mutuos ni en sus besos ni en el acto sexual, solo amor.

Santos había llegado a Madrid poco antes de las diez de la noche. Cenaron en el piso de Serrano y se quedaron allí a dormir. A la mañana siguiente, sobre las once, fueron al chalé de Santos en Miraflores. A Marimar le encantó el sitio. Su madre, que nunca decía nada, se sentía más cómoda allí que en Madrid. Hacía calor, y la mujer se sentó bajo una sombrilla en el jardín mirando a la sierra y no se movió en toda la mañana. Cuando Santos propuso dar un paseo por el puerto de la Morcuera hasta Cotos y Navacerrada, uno de los recorridos más bonitos que se pueden hacer en la comunidad de Madrid, Manuela Ponte dijo que prefería quedarse con Antonia y Vicente, los viejos criados de César, que vivían en el chalé. Santos y Marimar no pusieron ningún inconveniente, sobre todo porque hacer un recorrido de montaña en el asiento posterior de un Porsche les parecía un verdadero suplicio.

César y Marimar comieron en el Paular y regresaron sobre las cuatro y media de la tarde. Marimar le propuso con una sonrisa maliciosa echarse una pequeña siesta y César Santos le dijo que antes quería hablar un momento con Pepe Souto para saber qué estaba pasando en Corcubión. Marimar se fue al dormitorio y Santos se quedó en el despacho biblioteca para llamar a su amigo. Estuvieron al teléfono más de veinte minutos.

—Tengo ciertos remordimiento, Pepe —empezó diciendo César Santos—, por haberte dejado ahí con el terrible embolado que tenías entre manos cuando me fui. Pero no quise complicar las cosas y preferí irme porque me di cuenta de que era lo que estabas deseando. ¿Qué pasó? Cuéntame.

—Será mejor que te sientes, César, porque no puedo ser breve.

—Tranquilo, Pepe. Aquí, en plena sierra madrileña, no tengo gran cosa que hacer —dijo Santos con cierto remordimiento de conciencia al pensar que Marimar lo estaba esperando—. Cuéntame.

—Bueno, te resumiré lo esencial. El tipo que detuvimos en el camión, el que había ido a matarte, se cerró en banda y aún no hemos podido sacarle nada. Solo que trabaja para Gerardo Lois. Pero resulta que teníamos un topo en el cuartelillo y…

—¿Qué me dices? —lo cortó Santos.

—Si me dejas hablar… —dijo Souto.

—Sí, sí. Perdona, sigue.

—Como te decía, teníamos un topo en el cuartelillo y conseguí descubrirlo. Y detenerlo. Al hombre, no le quedó más remedio que hablar. Estaba pringado por culpa de ciertos compromisos familiares. Bueno, eso no importa. El caso es que el tipo habló y descubrimos un montón de cosas.

—Por ejemplo… —dijo Souto.

—Por ejemplo, que Mouriño obedecía órdenes de Tino Nogueira, cuñado de Andrés Docampo, y director de Construcciones Atlántico. Que Gerardo Lois, marido de tu amiga Sandra —dijo Souto con sorna recordando acontecimientos pasados[12]—, era quien manejaba el cotarro y daba las órdenes, en connivencia con Tino Nogueira. Sus declaraciones coincidían con las de Fanjul, el tipo que fue a asesinarte a Brens con el que tú te cargaste. Con esos datos y un montón de cosas más que debía de saber mi jefe, tu amigo Corredoira, detuvieron ayer a Gerardo Lois y registraron su casa. Según me acabo de enterar, encontraron en su caja fuerte documentos y contratos con un conocido traficante de armas ruso que vive en Marbella. Parece ser, según mi capitán, que es algo muy serio. Además, en el registro de llamadas de su teléfono, aparecen algunas muy comprometedoras. Todo indica que Nogueira y Lois han sido los que ordenaron la muerte de Antoliano Fraga, posteriormente la de Mouriño y por último la tuya.

—Pero —dijo Santos—, ¿y del secuestro? ¿Se ha descubierto algo?

—Ahí está la clave, César —respondió el cabo Souto—. No éramos capaces de probar que fueran los cerebros del secuestro, aunque lo supusiéramos por pura deducción lógica, como cae de cajón, ya que Antoliano y Mouriño solo se encargaron de organizarlo y llevarlo a cabo. Pero gracias al convencimiento de todos nosotros, incluido tú, y a las numerosas «coincidencias» que aparecían por todas partes, el capitán Corredoira ató cabos y logró obtener la autorización de un juez coruñés que, sea dicho de paso, es muy amigo suyo, para registrar el domicilio de Lois y la casa de Vilacoba. Eso descubrió el pastel.

—¿Qué pastel? —preguntó César.

—Por una parte los documento en casa de Lois sobre traficantes de armas. Por otra, ¡eureka! En la caja fuerte de Vilacoba, en su despacho del chalé, los especialistas de la comandancia encontraron el «Arca perdida». ¿Te imaginas qué? —preguntó satisfecho Souto a su amigo pensando que no iba a acertar.

—¡Los diamantes! —exclamó Santos.

—Muy agudo —dijo Souto fastidiado.

—¡Elemental!

—A veces, resultas irritante, César.

—Lo siento, Pepe, no quería molestarte. Pero, a juzgar por el tono triunfal con el que me has hecho la pregunta, no podía ser otra cosa. Era precisamente lo único que faltaba para relacionar a esos cabrones con el secuestro, ¿no? Ahora ya has resuelto el enigma. Tenías razón desde el principio, lo viste claro. Eres más listo de lo que pareces. ¿Qué pasa con Andrés Docampo, Nogueira, Sandra Vilacoba y su padre? Los vas a meter a todos en chirona?

—De momento, no tenemos nada contra Docampo. Aunque a mí aún me cueste creérmelo, puede ser que no tuviera nada que ver con el secuestro. Pudo ser su cuñado, Nogueira, quien, sin decírselo, lo organizara con su socio cuando se enteró del noviazgo de Rosalía con el belga. Habrá que esperar el resultado de ciertas investigaciones pendientes. Nogueira acabará cayendo, de eso no te quepa duda. El marido de tu guapa amiga, la que te dio calabazas hace años, ya está encerrado y a Vilacoba le va a costar explicar qué hacía la bolsita con los famosos cincuenta diamantes en la caja fuerte de su chalé de Bastiagueiro.

—Y el famoso cabo Holmes se apuntará otro triunfo en su larga lista de casos resueltos…, con la ayuda de su amigo César Santos.

—Bueno —dijo Souto—, debo reconocer que, al menos esta vez, no la has cagado como de costumbre, aunque no te faltó mucho.

—Me están esperando, Pepe. Tengo que dejarte —dijo César al ver entrar en la biblioteca a Marimar con cara de pocos amigos. En su mirada se leía perfectamente la pregunta: «¿vienes o no?»—. Te volveré a llamar.

César Santos pudo hacer frente al malhumor de su novia, gracias a la noticia de que, por fin, el cabo José Souto había solucionado definitivamente, al menos en apariencia, el complicado caso del secuestro del joven Jacques Steiner y que la amenaza que pendía sobre su cabeza había desaparecido. Unos instantes después, ambos se abrazaban en la penumbra del dormitorio, con las cortinas corridas, en el fresco ambiente que les proporcionaba el aire acondicionado. Santos también era refinado haciendo el amor.

14 de agosto, jueves

La madre de Marimar, Manuela Ponte, le dijo a su hija que le gustaría pasar la fiesta de la Virgen en su aldea. El quince de agosto era fiesta en muchos pueblos de Galicia, como en tantos otros de España. De modo que Julio César Santos se ocupó de encargar los billetes de avión a Santiago y enviar por mensajero el equipaje de Marimar y su madre. Sobre todo porque el de Marimar había duplicado su volumen durante su estancia en Madrid. El jueves, víspera de la fiesta, encargó un coche de Uber para que las llevara al aeropuerto de Barajas, Adolfo Suarez, a coger el avión de la tarde y él se fue a las diez de la mañana en el Porsche para poder recogerlas en Santiago a su llegada.

Santos llamó a Aurora y le pidió que preparara una buena cena aquella noche para ellos tres y para Pepe Souto y su mujer. Después llamó a Lolita para decírselo. Llegaron a Vilarriba un poco antes de las seis de la tarde. Marimar le dijo que querían ir a la aldea a ver cómo había arreglado la puerta su primo y echar un vistazo a la casa. Santos las llevó a Brens y esperó pacientemente en el coche más de media hora hasta que, por fin, Marimar apareció sonriente, como si solo lo hubieran hecho esperar cinco minutos. Santos les propuso quedarse a dormir en su casa aquella noche. Tanto Marimar como su madre estuvieron de acuerdo.

A las once de la noche, aunque José Souto y Lolita tenían que madrugar, seguían todos charlando en la terraza del jardín porque la noche era templada, el cielo estaba estrellado y la temperatura era muy agradable, gracias a una suave brisa de poniente. Santos había puesto de fondo una música de piano, las Baladas de Chopin, que llegaba desde el salón dulcemente, como el aroma de un plato delicioso que se cocina en la proximidad. Marimar y su amiga Lolita charlaban de sus cosas, la madre de Marimar hacía como que escuchaba, aunque en realidad solo oía el murmullo de la conversación sin prestarle ningún interés.

El cabo Souto y César, que se habían separado un poco de las tres mujeres, hablaban, naturalmente, del secuestro y sus consecuencias. Ambos estaban demasiado involucrados como para hablar de otra cosa.

—Lo que no entiendo muy bien —decía Santos— es por qué Corredoira actuó con tanta decisión contra Vilacoba, sin tener pruebas definitivas de su participación.

—Creo que debía de tener más pruebas de las que suponemos —dijo el cabo Souto como hablando solo—. Había conseguido intervenir los teléfonos de unos y otros. Aunque esa gente es

astuta y desconfiada, seguramente no pudieron evitar alguna indiscreción en un momento dado. El capitán llevaba tiempo detrás de Vilacoba y vigilaba su casa. Sabía quién entraba y salía del chalé y con qué frecuencia. Tenía informaciones de otras fuentes sobre los movimientos de las empresas del viejo, aunque ahora las dirija su hija, y debió de ir atando cabos, hasta que le llegó la información del asesino de Brens que delató a Gerardo Lois y las declaraciones del topo, que fueron muy precisas y confirmaron las anteriores. El círculo se cerró, como se suele decir. El hallazgo de los documentos en casa de su yerno y el de los diamantes en Bastiagueiro fueron la guinda del pastel. En la comandancia tienen muchos más medios que nosotros aquí.

—No seas humilde, Pepe —le dijo Santos—. Fuiste tú el que más cosas descubrió desde un principio.

—Puede que sí, pero en la Guardia Civil es como en el fútbol. Somos un equipo. Uno puede ser muy bueno, pero sin los demás, no se puede ganar. Aunque tú quizá no lo comprendas porque trabajas por tu cuenta, como un jugador de tenis..

—Vale, tío —dijo Santos terminando su copa y sonriendo—. No me sueltes ahora el rollo de los reclutas. No te está escuchando el capitán Corredoira. Yo creo que el verdadero equipo somos tú y yo.

—Eres un cachondo, César. Tú y yo somos amigos y lo pasamos bien, estoy de acuerdo. Pero la Guardia Civil es mi trabajo, no tiene nada que ver. Enviamos a tipos a la cárcel, César. Eso es muy serio, no creas que siempre me gusta. Por eso no me tomo las cosas tan a ligera como tú. Y por eso también, a veces, no te entiendo o me cabreo.

—Quizá no debieras tomarte la vida tan en serio, Pepe —dijo Santos—, porque la vida no es seria.

José Souto miró con una sonrisa apenas esbozada a su amigo y no le contestó. Le pareció en aquel momento que el único que no era serio era César. Quizá por eso lo envidiaba y lo apreciaba al mismo tiempo. Disfrutaba de su compañía. Terminó también su copa y se quedó un rato mirando el cielo estrellado. Se veía perfectamente la Vía Láctea, el Camino de Santiago, el «escenario del crimen».

Epílogo

El proceso judicial fue largo. Vilacoba, su yerno Gerardo Lois y Tino Pereira, cuñado de Andrés Docampo, fueron juzgados como instigadores del secuestro de Jacques Steiner y condenados a seis años de prisión. Lo mínimo, dado que la víctima había sido liberada sin daños antes de cumplirse los tres días de su detención, y a una indemnización por daños. Gerardo Lois fue condenado, además, a cuarenta años de prisión como autor por inducción de los asesinatos de Mouriño y, en grado de tentativa, de Santos. Los abogados de Vilacoba reclamaron su inocencia basándose en que los diamantes habían sido guardados por su yerno en su caja fuerte sin su conocimiento. Pero no consiguieron convencer al jurado.

Benito Bardullas, expulsado del Cuerpo, y Alfonso Vázquez, expedientado en Correos, fueron condenados a penas menores y no llegaron a ingresar en prisión. El tribunal juzgó que las consecuencias de su participación en el secuestro no habían sido relevantes.

Andrés Docampo, a pesar de su relación directa con Mouriño y Nogueira y las sospechas del cabo Souto, no fue procesado. La fiscalía no presentó denuncia contra él. Unos meses antes del juicio, los cuerpos de los hermanos andaluces se hallaron carbonizados dentro de un coche incendiado tras precipitarse por un barranco cerca de Almería. No llegaron a aclararse las causas del accidente.

Jacques Steiner no volvió a tener noticias de su novia Rosalía, que fue enviada por su padre a Estados Unidos. Él tampoco intentó ponerse en contacto con ella. Fin del noviazgo.

El cabo José Souto fue condecorado por su actuación en el caso. Sus superiores lo llamaron a la comandancia de A Coruña y le ordenaron presentarse a un curso de ascenso y promoción, junto con otros miembros del Cuerpo con carrera universitaria, cuya meta era alcanzar el grado de oficial. Souto pidió un tiempo para pensarlo, dado que la promoción traería consigo un cambio de destino.

José Souto no tenía ningún interés especial en llegar a oficial y menos aún la intención de abandonar su vida en Corcubión.

Fin

Nota

Como en todas las novelas de la serie del cabo Holmes, tanto los hechos como los personajes son inventados. Cualquier parecido o coincidencia con sucesos y personas de la vida real es mera e involuntaria coincidencia.

La mayoría de las localidades y lugares que se describen existen, pero los establecimientos públicos, instituciones y organismos oficiales que se citan y que también existen solo se mencionan para dar un toque realista a la narración y, por supuesto, no tienen nada que ver con los hechos imaginarios que constituyen la trama de la novela.

Tres Cantos (Madrid), a 30 de noviembre de 2022

CRÉDITOS

Primera edición digital: junio, 2023
Título: *Al final del camino. Otro caso más del cabo Holmes*

© 2022, Carlos Laredo Verdejo

ISBN: **9**78-84-12517**9**-**9**-6

© De la portada y diseño de cubierta: Pablo Uría Díez

© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing (William E. Fleming)

© 2023 Kokapeli Ediciones



Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
Todos los demás derechos están reservados.

Notas

[1] La tradición lo considera el límite occidental de Europa, pero no lo es. El Cabo Touriñán, un poco más al norte, y el Cabo de la Roca, en Portugal, lo superan en longitud oeste. <<

[2] Ver: «El rompecabezas del cabo Holmes», primera novela de la serie. <<

[3] Siglas en inglés del Centro Mundial de Administración del Diamante. <<

[4] Ver «La línea divisoria», cuarta novela de la serie «El cabo Holmes». <<

[5] Ver: «La línea divisoria» <<

[6] Ver: «La línea divisoria» <<

[7] Ver: «Matar al heredero», quinta novela de la serie del Cabo Holmes. <<

[8] Diez nudos son unos 18,5 km por hora. Un nudo es una milla náutica por hora. <<

9 Ver «La línea divisoria» <<

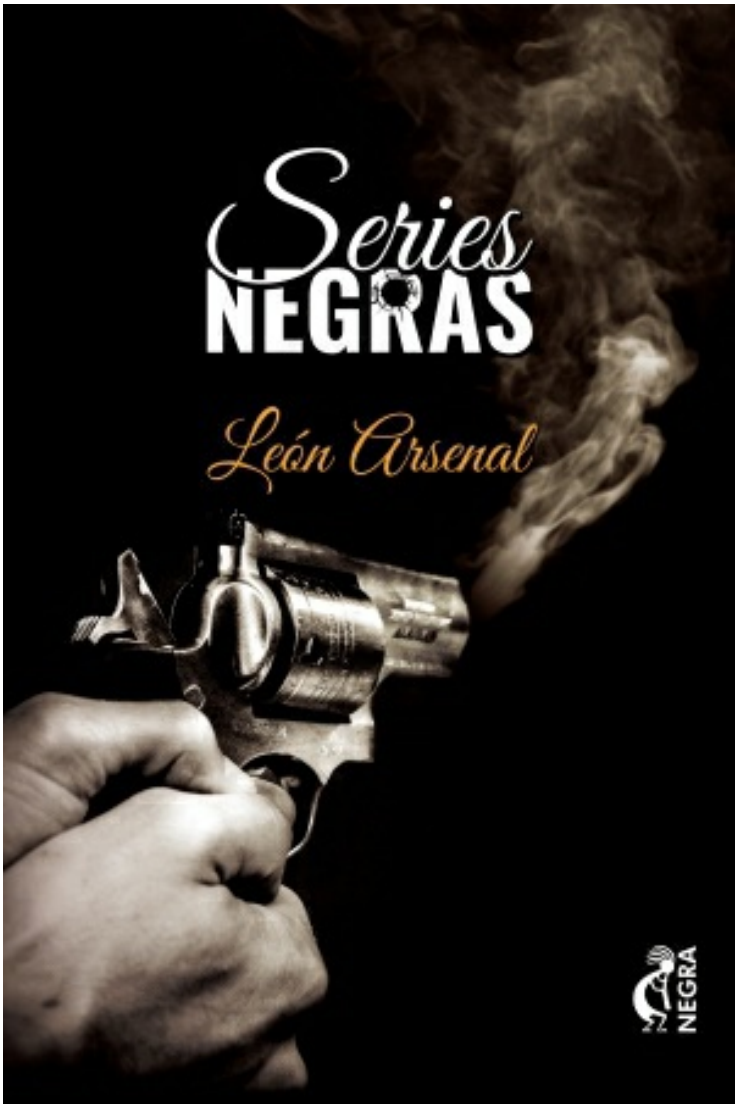
[10] Ver: «El rompecabezas del cabo Holmes», primera novela de la serie. <<

[11] Ver: «El caso Pereira», quinta novela de la serie. <<

[12] Ver: «La línea divisoria». <<

Esta edición de «Al final del camino.
Otro caso más del cabo Holmes»
se terminó de editar
en junio de 2023.





Series Negras

Arsenal, León
9788412517934
512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Madrid, 2008. Carmelo Bey, empresario mexicano radicado en España, ve cómo su próspero negocio de instalaciones termosolares se desmorona. Desesperado y al borde de la ruina, acepta una propuesta arriesgada y se embarca en la búsqueda de una herencia desaparecida. Pero lo que no sabe es que esa decisión lo sumergirá en un

peligroso mundo de saqueadores del patrimonio histórico, narcotraficantes y asesinos en serie. ¿Podrá salir de este laberinto sin fin? León Arsenal, conocido por sus ensayos divulgativos y novelas históricas, te sorprenderá con esta incursión en la narrativa negra. Tras triunfar en México, "Series Negras" llega ahora a España gracias a la editorial Kokapeli. No te pierdas en esta trama oscura y recuerda que todo siempre puede empeorar.

Cómpralo y empieza a leer



Doble crimen en Finisterre

Laredo, Carlos
9788412174540
324 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

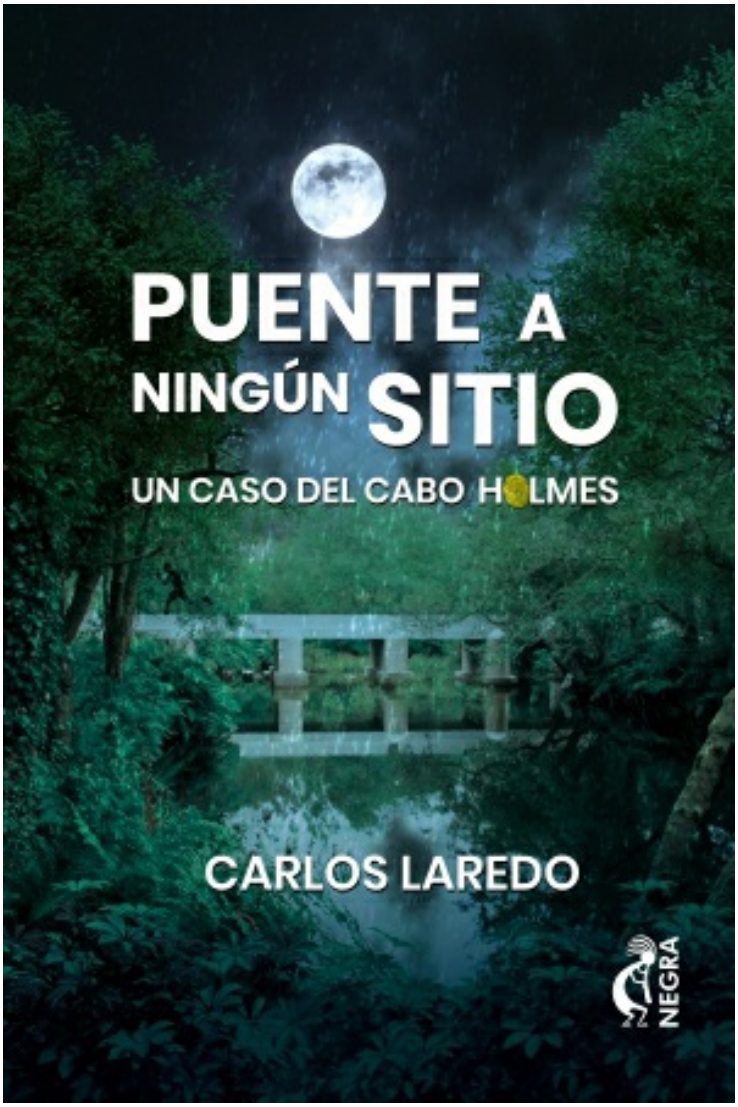
Descubre por qué llaman Holmes a un guardia civil de las Rías Bajas.

Doble crimen en Finisterre es la octava novela de la colección **el cabo Holmes**, con una nueva trama basada en un crimen que llevará al inteligente y metódico guardia, no solo hasta quien lo cometió, sino también hacia el complejo mundo de la trata de

blancas. Como de costumbre, Carlos Laredo, con su lenguaje sencillo, fluido y culto, cuenta algo más que un doble crimen y la correspondiente investigación.

Los hechos y los personajes son el soporte de una historia de intereses, sentimientos y circunstancias que muestran el lado más humano de los protagonistas, situados en el decorado mágico de la Galicia más recóndita, la Costa de la Muerte. La presencia casual del millonario y caprichoso detective Julio César Santos, amigo del cabo Holmes, que se mueve por los prostíbulos de lujo con soltura, aporta un toque irreverente de humor y colorido a la trama y acompaña al lector hasta el final sin hacerle perder su interés e intensidad.

Cómpralo y empieza a leer



Puente a ningún sitio

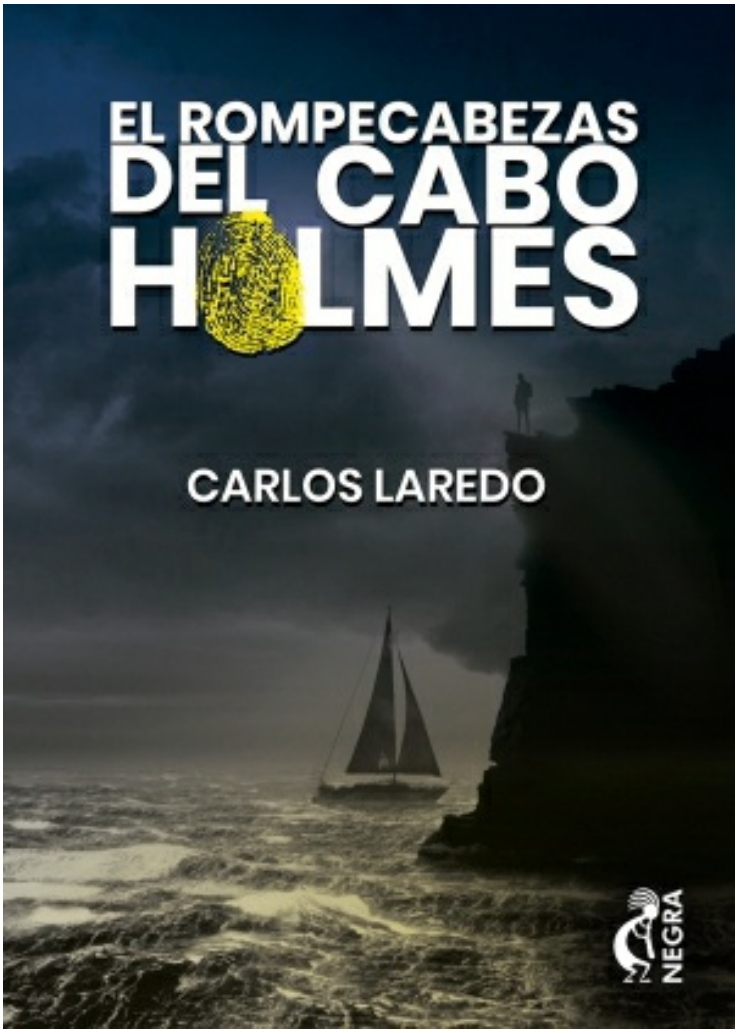
Laredo, Carlos
9788412517927
390 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El cabo primero José Souto está disgustado porque no consigue avanzar en la investigación del triple asesinato cometido en la aldea de Lires hace más de un año. Una familia entera, fríamente asesinada una noche, sin motivo aparente. No hay huellas, no hay testigos. Su amigo, el millonario detective Julio César Santos acude en

su ayuda. Nadie se beneficia, aparentemente, del crimen. Solo, quizá, una pariente lejana que vive en Bruselas, pero que tiene una coartada irrefutable. La paciencia del cabo Holmes (como llaman sus amigos al jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión, en la Costa de la Muerte Gallega), su metodología y el ingenio de su amigo Santos, libre de ir y venir a su antojo sin sujetarse a ninguna regla, consiguen poco a poco horadar el muro que protege a los posibles culpables del crimen, incluidos algunos miembros de los servicios secretos belgas, en una interesante intriga salpicada de pistas falsas, muertes de testigos y otras dificultades. La novena novela de la serie del Cabo Holmes, como todas las anteriores, narra con un lenguaje sencillo y preciso, y con ciertos toques de humor, una historia que mantiene en vilo al lector de principio a fin.

Cómpralo y empieza a leer



El rompecabezas del cabo Holmes

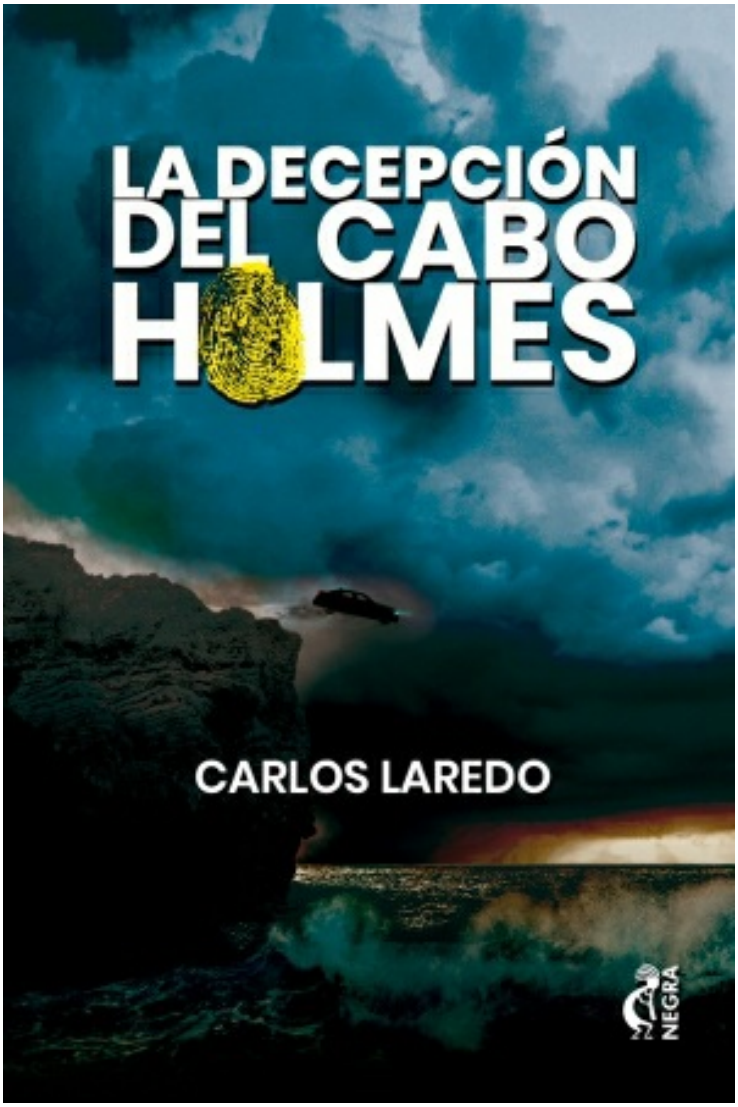
Laredo, Carlos
9788494782039
504 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una joven modelo aparece ahogada en la costa gallega, junto con algunos restos del yate en el que viajaba con el presidente de uno de los más importantes grupos empresariales del mundo de la moda, la publicidad y los negocios inmobiliarios, que se da por desaparecido. El cabo de la Guardia Civil José Souto, apodado Holmes por su minuciosidad y su afición a las novelas policíacas, es el encargado de investigar lo que se supone un desgraciado accidente. Cuando empiezan a surgir extrañas y oscuras

coincidencias relacionadas con el supuesto naufragio, Holmes se encontrará buscando trabajosamente cada pieza y su lugar en un complicadísimo rompecabezas en el que se mezclan la moda, el lujo y la prostitución, mafiosos de medio pelo, matones barriobajeros y hasta un peculiar y refinado detective privado que contribuirá de forma eficaz y sorprendente a la resolución de un caso en el que nada ni nadie es lo que parece.

Cómpralo y empieza a leer



La decepción del cabo Holmes

Laredo, Carlos
9788494782046
248 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El cabo José Souto, apodado Holmes por su afición a las novelas detectivescas y por su minuciosidad en el trabajo, se enfrenta a la investigación de un extraño accidente automovilístico en un salvaje acantilado de la Costa de la Muerte. Lo que a simple vista parece un caso fácil se va complicando a medida que la identidad del fallecido y las

circunstancias del accidente resultan cada vez más dudosas. Con la ayuda de su amigo Julio Santos, el detective privado y dandi madrileño al que ya conocimos en El rompecabezas del cabo Holmes, Souto conseguirá desenredar trabajosamente una trama en la que se mezclan contrabando, conexiones políticas, el Prestige y hasta su vida personal. Con un final frenético y sorprendente, esta nueva aventura del cabo Holmes nos transporta de nuevo a los bellos paisajes de la costa gallega mientras el protagonista pone a prueba su suspicacia y el valor de la amistad, el amor y la lealtad. Segunda entrega de la serie del "cabo Holmes", de nuevo enfrascado en resolver un enrevesado caso en la "Costa da Morte" gallega, con conexiones que ponen a prueba el talento de nuestro peculiar investigador.

Cómpralo y empieza a leer